



HARLAN  
COBEN

FACTOR  
DE RIESGO

RBA

HARLAN  
COBEN  
FACTOR  
DE RIESGO

Traducción de  
Fernando González Corrugado

**RBA**

Título original inglés: *Miracle Cure*.

Autor: Harlan Coben.

© Harlan Coben, 1991, 1992.

© de la traducción: Fernando González Corrugado, 2019.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.

Av. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona

[rbalibros.com](http://rbalibros.com)

*Primera edición: abril de 2019.*

REF.: OAFI865

ISBN: 978-84-9187-411-9

GAMA, SL • PREIMPRESIÓN

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

## CONTENIDO

NOTA DEL AUTOR

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

EPÍLOGO

PARA CORKY,  
LA MEJOR MAMI DEL MUNDO

## NOTA DEL AUTOR<sup>1</sup>

Bueno, si este es el primero de mis libros que vas a leer, para. Devuélvelo. Coge otro. No pasa nada. Puedo esperar.

Si sigues ahí, que sepas que no he leído *Factor de riesgo* en al menos veinte años. Es la segunda novela que publiqué; la escribí cuando tenía poco más de veinte años y aún era un chaval algo simplón que trabajaba en el sector turístico, preguntándome si debía seguir los pasos de mi padre y mi hermano e ingresar —qué escalofrío— en la facultad de Derecho.

Soy muy crítico con esta obra, pero supongo que todos lo somos con nuestros primeros trabajos. Piensa en esa redacción que escribiste en el colegio, por la que te dieron un sobresaliente, la que el profesor te dijo que mostraba una gran «inspiración»... y que un día, rebuscando por un cajón, leíste y, al hacerlo, se te encogió el corazón y dijiste: «Tío, ¿en qué estaría pensando?». ¿Te suena de algo? Pues así es como uno se siente a veces con sus primeras novelas.

Esta es en ocasiones algo moralizante, y otras veces parece un poco antigua (aunque lo cierto es que me habría gustado que los conceptos sobre medicina fueran algo más anticuados, pero eso es otro asunto). Quizá pienses que basé parte de la historia en una situación real. No lo hice. Este libro se adelantó a lo que ocurrió después. Y no voy a decir más, porque podría arruinar la lectura.

De todos modos, con todos sus defectos, es un libro que me encanta. *Factor de riesgo* tiene una energía y una capacidad de afrontar peligros que no estoy muy seguro de conservar después de todo este tiempo. Yo ya no soy aquel tipo, pero no pasa nada. Nadie se queda estancado en sus pasiones y en su trabajo. Y eso es bueno.

Disfrútalo.

HARLAN COBEN

1 .Cinco años antes de convertirse en el famoso creador de Myron Bolitar, Harlan Coben escribió a principios de la década de 1990 dos novelas que durante mucho tiempo quedaron descatalogadas. *Factor de riesgo* es la segunda de ellas. Casi tres décadas después de su debut, decidió recuperarlas, pero mantuvo un espíritu muy crítico respecto a ellas, que a nuestro juicio (y el de muchísimos fans) es excesivo. Por esta razón, hemos querido publicarla. Estamos ante una novela que ya contiene todos los elementos que han hecho de Coben uno de los autores actuales con mayor número de seguidores. (*N. de los ee.*)

## PRÓLOGO

VIERNES, 30 DE AGOSTO

El doctor Bruce Grey intentaba no andar demasiado deprisa. Redujo el paso y reprimió la tentación de echar a correr por el suelo sucio de la terminal de llegadas internacionales del aeropuerto Kennedy, dejar atrás a los funcionarios de aduanas e inmigración y salir al aire húmedo de la noche. Sus ojos iban de un lado a otro. Cada pocos pasos fingía una molestia en el cuello para poder mirar a sus espaldas y asegurarse de que no lo seguían.

«¡Para ya! —se dijo—. Déjate de estar al acecho como una versión cutre de James Bond. Estás temblando como si estuvieras enfermo de malaria, por Dios. Solo te falta llevar una pancarta».

Pasó por al lado de la cinta transportadora de maletas y saludó cortésmente a la ancianita que se había sentado junto a él en el vuelo. La buena mujer no había cerrado la boca en todo el viaje; le había estado hablando sobre su familia, sobre lo que le gustaba volar, sobre su último viaje transcontinental. La verdad es que era una dulzura, como la abuelita de cualquiera, pero aun así Bruce había cerrado los ojos y había fingido estar dormido en un intento por lograr un poco de paz y de silencio. Pero, naturalmente, el sueño no llegaba. Y tardaría un tiempo en hacerlo.

«Pero igual no era una dulce ancianita cualquiera, Bruce, muchacho. Igual es que venía siguiéndote...».

Rechazó la voz interior con una sacudida nerviosa de la cabeza. Todo aquello lo estaba trastornando. Primero estuvo seguro de que lo seguía el tipo con barba del avión. Después se fijó en el grandote con el pelo repeinado para atrás y el traje de Armani de la cabina de teléfono. Y no olvidemos la rubia guapa a la salida de la terminal. También había estado siguiéndolo.

Y ahora, la ancianita.

«Echa el freno, Bruce. Lo que menos falta nos hace ahora es andar con paranoias. Mente clara, colega... Eso es lo que buscamos».

Bruce dejó atrás la cinta transportadora de equipajes y se acercó al funcionario de aduanas.

—Pasaporte, por favor.

Bruce le tendió el pasaporte.

—¿No lleva equipaje, señor?

Negó con la cabeza.

—Solo de mano —respondió.

El funcionario miró el pasaporte y luego a Bruce.

—Está usted muy distinto de la fotografía.

Bruce esbozó una sonrisa cansada, que se desvaneció al instante. La humedad era casi insoportable. Tenía la camisa del traje pegada a la piel, la corbata tan suelta que el nudo prácticamente había desaparecido. La frente perlada de gotas de sudor.

—Sí..., he cambiado un poquito.

—¿Un poquito? En esta foto tiene el pelo oscuro y lleva barba.

—Ya lo sé...

—Ahora tiene el pelo rubio y va afeitado.

—Ya le he dicho que he cambiado un poco...

«Por suerte, en la foto del pasaporte no se distingue el color de los ojos, porque también querría saber por qué me cambiaron de castaños a azules».

El funcionario de aduanas no parecía muy convencido.

—¿Viaje de placer o de negocios?

—De placer.

—¿Siempre lleva tan poco equipaje?

Bruce tragó saliva y se encogió de hombros.

—No soporto tener que esperar a que salgan las maletas.

El funcionario dirigió la mirada a la fotografía del pasaporte y luego otra vez al rostro de Bruce, y de nuevo a la foto.

—¿Quiere abrir la maleta, por favor?

Bruce apenas podía mantener las manos lo bastante firmes para marcar la combinación. Necesitó tres intentos para que la maleta se abriera, por fin, con un chasquido.

—Aquí la tiene.

El funcionario rebuscó entre el contenido con los ojos entrecerrados.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Unas carpetas.

—Eso ya lo veo —replicó el hombre—. ¿Para qué son?

—Soy médico —le explicó Bruce con la voz entrecortada—. Quería revisar los historiales de unos pacientes mientras estaba fuera.

—¿Siempre hace eso cuando se va de vacaciones?

—No siempre.

—¿Cuál es su especialidad?

—Soy internista en el Columbia Presbyterian —respondió Bruce con una media verdad. Decidió omitir el detalle de que también era experto en salud pública y epidemiología.

—Entiendo —dijo el funcionario—. Ojalá mi médico fuera tan entregado como usted.

De nuevo Bruce intentó sonreír. Y otra vez fracasó en el intento.

—¿Y este sobre tan bien cerrado?

Bruce sintió que se le estremecía todo el cuerpo.

—¿Disculpe?

—¿Qué es este sobre marrón?

Intentó poner una expresión despreocupada.

—¡Oh! Solo es una información médica para enviársela a un colega —logró decir.

El funcionario mantuvo la mirada fija en los ojos rojos de Bruce durante un buen rato.

—Entiendo —dijo mientras volvía a meter el sobre en la maleta con toda la calma. Luego, una vez que hubo revisado el resto del contenido de la maleta, firmó la declaración de aduanas de Bruce y le devolvió el pasaporte—. Entréguele la tarjeta a aquella mujer al salir.

Bruce recogió la maleta.

—Gracias —dijo.

—¡Ah, doctor!

Bruce levantó la vista.

—Tal vez debiera ir a visitar a algún colega —le sugirió el funcionario—. Si no le importa que un lego le dé una opinión médica, tiene usted muy mal aspecto.

—Lo haré.

Bruce cogió la maleta y miró para atrás. La viejecita seguía esperando el equipaje. Al hombre de la barba y a la rubia guapa no se los veía por ninguna parte. El tipo grandote del traje de Armani seguía hablando por teléfono.

Bruce se apartó del mostrador de la aduana. Con la mano derecha agarraba demasiado fuerte la maleta, con la izquierda se frotó la cara. Alargó la declaración de aduanas a la mujer y atravesó las puertas correderas de cristal para salir a la zona de espera. Fue recibido por una multitud de rostros expectantes. Gente que se ponía de puntillas, que atisbaba desde todas partes a cada apertura de las puertas de cristal para luego bajar la cabeza, decepcionada, al ver que quien se acercaba al umbral era una cara desconocida.

Bruce avanzó con paso firme entre los amigos y familiares que esperaban, entre los chóferes de vehículos de alquiler con nombres escritos en letreros que sujetaban contra el pecho. Se acercó al mostrador de billetes de Japan Airlines, a su derecha.

—¿Hay algún buzón por aquí? —preguntó.

—A su derecha —respondió la mujer—. Junto al mostrador de Air France.

—Gracias.

Pasó junto a un cubo de basura y dejó caer despreocupadamente en su interior la tarjeta de embarque hecha trocitos. Se había creído muy listo por haber reservado el billete con un nombre falso. Muy listo, sí, hasta que llegó al aeropuerto y le informaron de que no podía obtener un billete internacional emitido a un nombre distinto del que figura en el pasaporte.

Vaya, pues.

Por suerte, en el avión había mucho espacio libre. Y aunque tuvo que comprar otro billete a su nombre, lo de reservar uno a un nombre ficticio no había sido una idea tan estúpida. Antes de la hora real de salida, nadie podía descubrir en qué vuelo tenía su reserva porque su nombre no figuraba en el ordenador. Una pura genialidad por su parte.

«Sí, señor Bruce. Eres un auténtico genio».

Sí, claro. Un genio. Menuda idiotez.

Localizó el buzón de correos junto al mostrador de Air France. Unos pasajeros hablaban con el empleado de la aerolínea. Nadie le prestó la menor

atención. Recorrió rápidamente la sala con la mirada. La anciana, el barbudo y la rubia guapa o bien se habían marchado, o bien estaban todavía en los trámites de aduana. El único «espía» que tenía a la vista era el tipo grandote del traje de Armani que en ese momento cruzaba a toda prisa las puertas de cristal y salía del edificio de la terminal.

Bruce soltó un suspiro de alivio. Ya nadie lo miraba. Se fijó de nuevo en la ranura del correo. Metió la mano en la bolsa y rápidamente deslizó por ella el sobre marrón lacrado. Su póliza de seguro había iniciado su viaje con total garantía.

¿Y ahora qué?

Desde luego, no podía irse a casa. Si alguien lo estaba buscando, el apartamento de Upper West Side sería el primer sitio donde mirarían. Y a aquellas horas de la noche tampoco la clínica era buena idea. Allí sería igual de fácil pescarlo.

«La verdad es que no soy muy bueno para estas cosas. No soy más que el típico médico normal y corriente que fue a la universidad; luego, a la facultad de medicina; se casó; tuvo un hijo; aprobó los cursos de residente; se divorció; perdió la custodia del niño y ahora trabaja más de la cuenta. No estoy para jugar a los espías».

Pero ¿tenía otra elección? Podía acudir a la policía, pero ¿quién iba a creerle? Todavía no tenía ninguna prueba tangible. Diantre, si ni siquiera estaba seguro de lo que ocurría. ¿Qué podía decirle a la policía?

«Prueba con esto para empezar, querido Bruce: “¡Socorro! ¡Protéjanme! Ya han asesinado a dos personas y muchísimas más pueden seguir la misma suerte, ¡yo incluido!”».

Tal vez fuera verdad. Tal vez no. La cuestión: ¿qué era realmente lo que sabía con certeza? Respuesta: no gran cosa. Más bien casi nada. Bruce sabía que, si acudía a la policía, lo único que lograría sería destruir la clínica y todo el importante trabajo que habían llevado a cabo allí. Había dedicado los tres últimos años a esa investigación y no estaba dispuesto a entregar a esos malditos fanáticos el arma que necesitaban para acabar con el proyecto. No, tendría que manejar el asunto de otra forma.

Pero ¿cómo?

Se cercioró una vez más de que no lo seguían. Ya habían desaparecido

todos los espías enemigos. Eso estaba bien. Un poco de alivio, qué agradable. Llamó con la mano a un taxi amarillo y se subió al asiento de atrás.

—¿Adónde?

Bruce pensó un instante, repasando todas las novelas de intriga que había leído en su vida. ¿Adónde iría George Smiley o, mejor aún, Travis McGee o Spenser?

—Al Plaza, por favor.

El taxi arrancó. Bruce miró por la ventanilla trasera. No parecía que ningún coche siguiera al taxi cuando inició la carrera hacia Manhattan por la autopista Van Wyck. Bruce se arrellanó en el asiento, apoyó la cabeza en el respaldo. Intentó respirar profundamente y relajarse, pero no dejaba de temblar de miedo.

«Piensa, puñetas. No es momento para sueñecitos».

Lo primero: necesitaba un nuevo alias. Sus ojos fueron de izquierda a derecha y acabaron mirando el nombre del taxista en la licencia, Benjamin Johnson. Bruce le dio la vuelta al nombre: John Benson. Ese sería su nombre hasta el día siguiente. John Benson. Solo hasta el día siguiente. Bueno, si conseguía seguir vivo hasta entonces.

No osaba pensar más allá.

En la clínica todos creían que aún estaba de vacaciones en Cancún, México. Nadie —absolutamente nadie— sabía que todo aquello de las vacaciones era una mera maniobra de distracción. Bruce representó el papel de viajero feliz todo lo mejor que pudo. Se compró ropa de playa, voló a Cancún el último viernes, se registró en el hotel Cancún Oasis, pagó su semana por adelantado y dijo en recepción que iba a alquilar un barco y estaría ilocalizable. Después se afeitó la barba, se cortó y se tiñó el pelo y se puso unas lentillas de color azul. Hasta a él mismo le costaba reconocer su imagen en el espejo. Volvió al aeropuerto, salió de México, facturó el vuelo a su verdadero destino con el nombre de Rex Veneto y empezó a investigar sus terribles sospechas.

Sin embargo, la verdad resultó ser todavía más chocante de lo que había imaginado.

En ese momento el taxi se detuvo delante del hotel Plaza, en la Quinta Avenida. Las luces de Central Park parpadeaban al otro lado de la calle y al

norte. Bruce pagó al conductor y le dio una propina ni mayor ni menor de lo correcto y entró en el lujoso vestíbulo del establecimiento. A pesar del traje de marca, se sentía llamativamente desaliñado. Su chaqueta estaba arrugadísima; los pantalones, hechos una pasa. Tenía toda la pinta de llevar una ropa que venía de estar una semana en el fondo del cesto de la ropa sucia; desde luego, muy lejos de lo que su madre catalogaría como «presentable».

Echó a andar hacia el mostrador de recepción cuando atisbó algo con el rabillo del ojo que lo hizo parar en seco.

«Te lo estás imaginando, Bruce. No es el mismo tío. No puede serlo».

Notó que se le aceleraba el pulso. Dio media vuelta, pero no vio al tipo grande con traje de Armani por ningún sitio. ¿De veras había visto a aquel hombre? Probablemente no, pero no había razón para correr riesgos. Se marchó del hotel por la puerta de atrás y se fue andando al metro. Compró un billete, tomó la línea 1 hasta la calle Catorce, cambió a la línea A y fue hasta la calle Cuarenta y dos, tomó la línea 7 para cruzar la ciudad y saltó del vagón un instante antes de que se cerrasen las puertas en la Tercera Avenida. Se pasó otra media hora cambiando de trenes al azar, entrando o saliendo siempre en el último segundo y, finalmente, terminó el juego en la calle Cincuenta y seis y la Octava Avenida. Ahí, «John Benson» anduvo unas pocas manzanas y se metió en el Days Inn, un hotel en el que el doctor Bruce Grey nunca se había hospedado.

Cuando llegó a su habitación del piso undécimo, cerró la puerta con llave y colocó la cadena de seguridad.

¿Y ahora qué?

Llamar por teléfono podía ser peligroso, pero Bruce decidió arriesgarse. Hablaría con Harvey solo un momento y colgaría. Descolgó el teléfono y marcó el número de la casa de su socio. Harvey contestó al segundo tono de llamada.

—¿Diga?

—Harvey, soy yo.

—¿Bruce? —Su voz denotaba sorpresa—. ¿Qué tal todo por Cancún?

Bruce no hizo caso de la pregunta.

—Tengo que hablar contigo.

—Dios, esto parece grave. ¿Algo va mal?

—Por teléfono no —dijo Bruce, cerrando los ojos.

—Oye, pero ¿de qué hablas? ¿Sigues todavía...? —preguntó Harvey.

—Por teléfono no —repitió—. Hablamos mañana.

—¿Mañana? Pero qué demonios ocurre...

—No me hagas más preguntas. Nos vemos mañana por la mañana a las seis y media.

—¿Dónde?

—En la clínica.

—¡Dios! Pero ¿estás en peligro? ¿Es por lo de los asesinatos?

—No puedo seguir habl...

Clic.

Bruce se quedó helado. Había oído un ruido en la puerta.

—¡Bruce! —gritó Harvey—. ¿Qué ha sido? ¿Qué sucede?

El corazón de Bruce empezó a acelerarse. No apartaba los ojos de la puerta.

—Mañana —susurró—. Mañana te lo explico todo.

—Pero...

Colgó el auricular con suavidad. Harvey no pudo terminar la frase.

«No estoy preparado para esto. Dios mío, por favor, haz que sea mi cerebro, que me engaña. Yo no estoy preparado para esto. Realmente no estoy preparado para una cosa así...».

No se oyó ningún ruido más y, por un instante, Bruce se preguntó si no habría sido todo pura imaginación de sus sobreexcitadas neuronas. Tal vez no había habido ningún ruido. Y si lo había habido, ¿qué tenía de extraño? Estaba en un hotel de Nueva York, por el amor de Dios, no en un estudio de grabación insonorizado. Tal vez fuera simplemente la camarera. O simplemente un botones.

«Tal vez fuera simplemente el tipo grandote del pelo planchado para atrás y el traje de Armani a medida».

Se acercó muy despacio a la puerta. Primero adelantó lentamente la pierna derecha; luego arrastró la izquierda. Nunca había sido precisamente un atleta, nunca había sido el individuo con la mejor coordinación del mundo. En ese preciso momento parecía como si estuviera bailando una especie de foxtrot para tarados.

Clic.

Le dio un vuelco el corazón. Las piernas le flaquearon. No había error posible sobre la procedencia del ruido.

La puerta.

Se quedó paralizado. Su respiración le resonaba tan fuerte en los oídos que estaba convencido de que la oían todos los que estaban en aquel piso.

Clic.

Un sonido metálico breve, rápido. No un sonido titubeante, sino un clic de lo más preciso.

«Corre, Bruce. Corre y escóndete».

Pero ¿dónde? Estaba en una habitación pequeña del piso 11 de un hotel. ¿Adónde diantre iba a poder huir y esconderse? Dio un paso más hacia la puerta.

«Puedo abrirla muy deprisa, ponerme a gritar como un poseso y salir corriendo por el pasillo como un paciente psicótico que huye. Podría...».

El golpe de nudillos sonó tan de repente que casi suelta un chillido.

—¿Quién es? —preguntó prácticamente a gritos.

—Toallas —respondió una voz masculina.

Bruce se acercó aún más a la puerta. «Toallas, sí. Y un huevo».

—No necesito ninguna —aclaró con firmeza sin abrir la puerta.

Pausa.

—De acuerdo. Buenas noches, señor.

Oyó los pasos del señor Toallas alejarse de la puerta. Bruce apoyó la espalda contra la pared y continuó el camino hacia la puerta. Le temblaba todo el cuerpo. A pesar del potente aire acondicionado de la habitación, tenía la ropa empapada de sudor y el pelo pegado a la frente.

¿Y ahora qué?

«La mirilla, señor James Bond de los cojones. Echa un vistazo por la mirilla».

Bruce obedeció a esa voz interior. Se volvió lentamente y aproximó el ojo a la mirilla. Nada. Allí no había nada de nada. Nada ni nadie. Intentó mirar a la izquierda y después a la derecha.

Entonces la puerta se abrió de golpe.

La cadena se rompió como si fuera un hilo. El pomo de metal salió

disparado e impactó contra la cadera de Bruce. Toda la zona se le encendió de dolor. Y, en un acto reflejo, quiso cubrirse la cadera con la mano. Eso resultó ser una equivocación. Un puño gigante salió volando de detrás de la puerta directo a la cara de Bruce. Intentó esquivarlo, pero no fue lo suficientemente rápido. Los nudillos aterrizaron sobre el puente de la nariz de Bruce con un ruido sordo aterrador y le aplastaron los huesos y el cartílago. La sangre brotó de inmediato de la nariz.

«Ay, madre mía; oh, Dios santo...».

Se tambaleó hacia atrás llevándose la mano a la nariz. El tipo grandote del traje de Armani entró en la habitación y cerró la puerta. Se movía con una rapidez y una elegancia que contrastaban con su voluminoso cuerpo.

—Por favor... —logró decir Bruce antes de que una mano poderosa del tamaño de un guante de boxeador le tapara la boca para silenciarlo. La mano chocó sin miramientos contra las ventanas aplastadas de la nariz y tiró de ellas hacia arriba. Una oleada ardiente de dolor le recorrió la cara.

El hombre sonrió y saludó cortésmente con la cabeza, como si acabaran de presentarlos en algún sarao. Luego levantó el pie y le soltó una patada con una precisión experta. El golpe destrozó la rótula de Bruce, que oyó el chasquido seco del hueso de la rodilla al fracturarse. La mano del hombre se apretó más sobre su boca para ahogar el grito. Luego, la mano gigante se fue para atrás justo lo suficiente para impactar con fuerza contra la mandíbula de Bruce y partirle otro hueso y hacerle saltar varios dientes. El hombre agarró entonces la mandíbula rota con los dedos, los metió en la boca de Bruce y tiró fuerte para abajo. Fue un dolor enorme, desgarrador. Bruce notó que los tendones de la boca se le rasgaban del todo.

«Oh, Dios mío, por favor...».

El hombretón del traje de Armani soltó a Bruce, que se derrumbó sobre el suelo como un saco de patatas. La cabeza le daba vueltas. Vio, como si fuera a través de una niebla turbia, que el tipo examinaba una mancha de sangre de su traje. Parecía muy irritado por aquella mancha, molesto ante la perspectiva de que no se quitase bien ni en la tintorería. Sacudió la cabeza y luego se fue hasta la ventana y corrió la cortina.

—Ha escogido un piso estupendo, alto —dijo en tono despreocupado—. Eso nos facilitará las cosas.

El tipo grande se apartó de la ventana. Dio unos pasos para llegar a donde Bruce se retorció de dolor. Se agachó, asió con firmeza a Bruce por un pie y levantó suavemente en el aire la pierna destrozada. El sufrimiento era insoportable. Unos calambrazos de dolor le recorrían el cuerpo con el más leve movimiento del miembro roto.

«Por favor, Dios mío, por favor, haz que me desmaye».

De pronto, Bruce se dio cuenta de lo que aquel hombre iba a hacer. Quiso preguntarle qué quería, quiso ofrecerle todo cuanto tenía, quiso pedirle compasión, pero de su boca deshecha no salió más que un balbuceo. Lo único que podía hacer era elevar la mirada en una súplica sin esperanza, unos ojos llenos de pánico. La sangre le corría por la cara y le bajaba por el cuello y el pecho.

Por entre una nube de dolor, Bruce vio la expresión de los ojos de aquel hombre. No era una mirada bestial, enloquecida; no era una mirada de odio ni sedienta de sangre; no era la mirada de un asesino psicótico. Aquel hombre estaba tranquilo. Ocupado. Era alguien que llevaba a cabo una tarea tediosa. Objetiva. Impasible.

«Para este tío esto no es nada —pensó Bruce—. Un día más en la oficina».

El hombre metió la mano en el bolsillo y lanzó al suelo un bolígrafo y una hoja de papel. Luego agarró bien el pie de Bruce con una mano en el talón y la otra en los dedos. Bruce dio una sacudida, asaltado por unos espasmos de dolor incontrolables. El hombre hizo flexionar sus músculos antes de hablar.

—Voy a retorcerle el pie hasta ponérselo del revés —dijo finalmente—, hasta que los dedos queden mirando a la espalda y los huesos rotos perforen la piel.

Hizo una pausa, le dirigió una sonrisa ausente y colocó mejor los dedos de la mano para tener más agarre.

—Le soltaré cuando termine de escribir la nota de suicidio, ¿entendido?

Bruce escribió una nota muy breve.

SÁBADO, 14 DE SEPTIEMBRE

Sara Lowell miró su reloj de pulsera. Dentro de veinte minutos debutaría en la televisión nacional ante treinta millones de personas. Una hora después, su futuro estaría decidido.

Veinte minutos.

Tragó saliva, se levantó poco a poco y se puso bien el aparato de la pierna. El pecho se le trababa a cada respiración. Necesitaba moverse, hacer algo antes de enloquecer. El metal del aparato le rozaba la pierna, le irritaba la piel. Después de tantos años, Sara seguía sin poder acostumbrarse a aquella torpe limitación artificial. A la cojera sí. La cojera llevaba con ella desde que tenía memoria. Le resultaba algo casi natural. Ahora bien, no se le habían quitado las ganas de arrojar aquel trasto a un río.

Inspiró profundamente para intentar relajarse y luego se revisó el maquillaje en el espejo. Tenía la cara un tanto pálida, pero eso no era nada nuevo. Era como la cojera; estaba acostumbrada. Llevaba los cabellos rubio miel recogidos para resaltar sus facciones delicadas, preciosas, y sus grandes ojos verdes como de muñeca. Tenía la boca ancha, los labios sensuales y carnosos hasta el punto de parecer hinchados. Se quitó las gafas metálicas y limpió los cristales. Se le acercó uno de los de producción.

—¿Preparada, Sara? —le preguntó.

—Cuando queráis —contestó con una sonrisa poco convincente.

—Muy bien. Entrás con Donald en quince minutos.

Sara miró al otro protagonista, Donald Parker. A sus sesenta años, le doblaba la edad y mil millones de veces la experiencia. Llevaba en *NewsFlash* desde los primeros años, desde antes de los fantásticos índices de audiencia de Nielsen y una cuota de pantalla que ningún otro programa de noticias había alcanzado hasta entonces ni desde entonces. En pocas palabras: Donald Parker era una leyenda del periodismo de televisión.

«¿En qué demonios me he metido? Todavía no estoy preparada para una cosa así».

Sara recorrió con la vista su material por enésima vez. Las palabras empezaron a ponerse borrosas. Se preguntó una vez más cómo había llegado tan lejos tan deprisa. Su mente recorrió en un instante los años de universidad, la columna en el *New York Herald*, el trabajo en la televisión por cable, los debates en el canal de la televisión pública. A cada peldaño que subía, Sara se cuestionaba su capacidad para subir uno más. Se había enrabiado con las habladurías y los celos de sus colegas, las voces viperinas que murmuraban: «Ojalá yo tuviera parientes famosos... ¿Con quién se ha acostado?... Es por la dichosa cojera».

Pero no, la verdad del asunto era algo mucho más simple: el público la adoraba. Ni siquiera cuando se ponía dura o sarcástica con algún invitado la gente se hartaba de ella. Es cierto que su padre había sido director general de Salud Pública y su marido era una estrella del baloncesto, y también que su infancia traumática y su belleza física la habían ayudado. No obstante, Sara no olvidaba lo que le había dicho su primer jefe: «En este oficio nadie puede sobrevivir solo con su físico. Si acaso, es más bien una desventaja. Todo el mundo tendrá la idea preconcebida de que, como eres una rubia muy guapa, es imposible que seas brillante. Ya sé que eso es injusto, Sara, pero así son las cosas. No puedes limitarte a ser tan buena como tus competidores; tienes que ser mejor. Porque, si no, te pondrán la etiqueta de cabeza hueca. Como no seas la persona más brillante de las que salgan ahí, te echarán del escenario a patadas».

Sara repitió aquellas palabras como si fueran un grito de batalla, pero su confianza se negaba a abandonar las trincheras. La noche de su debut traía un reportaje sobre las irregularidades financieras del reverendo Ernest Sanders, el telepredicador que había fundado la Santa Cruzada, y un pez gordo y escurridizo (es decir, que no merecía su confianza). De hecho, el reverendo Sanders había aceptado aparecer en persona tras la emisión del reportaje y responder de las posibles acusaciones en una entrevista en directo (con la condición de que el programa sacase en pantalla el número de teléfono gratuito para donaciones, por supuesto). Sara había procurado presentar la historia lo más imparcialmente posible. Se limitaba a constatar hechos con un

mínimo de insinuaciones y conclusiones, aunque en el fondo Sara conocía la verdad del reverendo Ernest Sanders. Eso no había modo de evitarlo, sencillamente.

Aquel hombre era pura escoria.

El estudio bullía de actividad. Los técnicos consultaban medidores y ajustaban focos. Las cámaras colocaban adecuadamente los objetivos. Iban probando el teleprónter, no más de tres palabras por línea para que los espectadores no vieran moverse los ojos del presentador. Directores, productores, ingenieros y asistentes corrían de un lado para otro del decorado, que representaba una sala de estar grande sin techo y con una sola pared, como si un gigante hubiera roto el exterior para poder fisgar en el interior. Un hombre al que Sara no conocía se le acercó corriendo.

—Aquí tiene —le dijo, y le tendió unas cuantas hojas de papel.

—¿Qué es esto? —preguntó ella.

—Papeles.

—No; quiero decir, ¿para qué son?

—Para ojearlos —le respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Ojearlos?

—Claro, ya sabe, como cuando se hace un corte para publicidad y la cámara se aleja y entonces usted los ojea.

—¿De veras?

—La hace parecer importante —le aseguró él antes de marcharse a toda prisa.

Sara negó con la cabeza. Vaya. Todavía tenía mucho que aprender...

Sin darse ni cuenta empezó a cantar en voz baja. Solía cantar en la ducha o en el coche, preferiblemente acompañada por una radio a toda potencia, pero en ocasiones, cuando estaba nerviosa, empezaba a cantar en público. Y muy fuerte.

Cuando llegó al estribillo de *Tattoo Vampire* alzó la voz y empezó a tocar una guitarra inexistente. Ahora ya estaba en plena actuación. Y bailaba como una loca.

En ese momento se percató de que todos la miraban con curiosidad.

Bajó las manos a los costados y dejó que su guitarra inexistente pasara al olvido. La canción se le fue de los labios. Sonrió. Se encogió de hombros.

—Oh..., perdón.

El equipo regresó al trabajo sin volver a mirarla siquiera. Ya sin la guitarra de aire, Sara intentó pensar en algo que le resultase entretenido y reconfortante.

Al instante se acordó de Michael. Se preguntó qué estaría haciendo en ese momento. Probablemente estaría de vuelta a casa después del entreno de baloncesto. Se imaginó ese cuerpo de casi dos metros de altura abriendo la puerta con una toalla blanca sobre los hombros y el sudor empapándole la camiseta gris de entrenar. Siempre usaba unos pantalones cortos que daban la nota: unos naranjas o amarillo chillón o unos de color rosa al estilo hawaiano hasta la rodilla o unos *shorts* de surfista diseñados por cualquier chiflado. Sin perder el paso, rodearía el carísimo piano y se dirigiría al estudio, donde pondría cualquier cosa de Bach, luego se desviaría hacia la cocina, se serviría un vaso de zumo de naranja recién exprimido y se lo bebería de un trago. Finalmente, se dejaría caer en el sillón reclinable y se dejaría llevar por la música de cámara.

Michael.

Otro golpecito en el hombro.

—Teléfono.

El mismo hombre que le trajo los papeles le traía ahora un teléfono portátil.

Lo cogió.

—¿Diga?

—¿Ya has empezado a cantar?

Una sonrisa le iluminó el rostro. Era Michael.

—¿Blue Öyster Cult? —le preguntó.

—Sí.

—Déjame adivinarlo —dijo Michael, y se quedó pensando unos instantes —. *Don't Fear the Reaper?*

—No, *Tattoo Vampire*.

—Dios, qué horror. Y bien, ¿qué haces ahora?

Sara cerró los ojos. Empezaba a notarse ya más relajada.

—Nada en concreto, la verdad. Estoy por aquí, en el plató, esperando la hora.

—¿Has tocado la guitarra inexistente?

—¡Pues claro que no! —respondió ella—. ¡Soy una profesional del periodismo, por el amor de Dios!

—Ya, ya. ¿Cómo están esos nervios?

—En estos momentos de lo más tranquilos, la verdad —contestó.

—Mentirosa.

—Vale, estoy muerta de miedo. ¿Contento?

—Eufórico —le contestó—. Pero no te olvides de una cosa.

—¿De qué?

—Que siempre te mueres de miedo antes de salir en antena y que, cuanto más miedo tienes, más rompedora estás.

—¿Eso crees?

—Lo sé muy bien —dijo Michael—. Ese pobre tipo va a alucinar, ya lo verás.

—¿En serio? —le preguntó ella con un incipiente brillo en la cara.

—Sí, en serio. Ahora déjame que te haga una pregunta rápida: ¿esta noche tenemos que ir a la fiesta de gala de tu padre?

—Déjame darte una respuesta rápida: sí.

—¿Esmoquin? —preguntó Michael.

—Otro sí.

—Estos eventos son tan aburridos...

—Qué me vas a decir...

Hubo una pausa.

—¿Por lo menos podré montármelo contigo durante la fiesta?

—¿Quién sabe? —respondió Sara—. Igual tienes suerte. —Sujetó un momento el auricular entre el cuello y el hombro—. ¿Vendrá Harvey a la fiesta esta noche?

—Tengo que recogerlo de camino.

—Vale. Sé que no se entiende muy bien con mi padre...

—Quieres decir que tu padre no se entiende bien con él —corrigió Michael.

—Lo que sea. ¿Hablarás con él esta noche?

—¿De qué?

—Déjate de juegos ahora, Michael —dijo ella—. Estoy preocupada por tu

salud.

—Escucha, con la muerte de Bruce y con todos los problemas de la clínica, Harv ya tiene más que suficiente. No quiero darle más la lata.

—¿Ya te ha comentado lo del suicidio de Bruce? —preguntó Sara con interés.

—No, no me ha dicho ni una palabra —dijo Michael—. Si he de serte sincero, estoy un poco preocupado por él. Ya no sale nunca del laboratorio. Trabaja día y noche.

—Harvey siempre ha sido así.

—Ya lo sé, pero esta vez es distinto.

—Dale un poco más de tiempo, Michael. Solo hace dos semanas que murió Bruce.

—Hay algo más que lo de Bruce.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé. Es algo que tiene que ver con la clínica, supongo.

—Michael, por favor, dile lo de tu estómago.

—Sara...

—Habla con él esta noche... Hazlo por mí.

—De acuerdo —aceptó él de mala gana.

—¿Me lo prometes?

—Sí, te lo prometo. Ah, oye, Sara.

—¿Qué?

—Cébate en el reverendo ese.

—Te quiero, Michael.

—Yo también te quiero.

Sara notó un golpecito en el hombro.

—Diez minutos.

—Tengo que irme —dijo por el teléfono.

—Hasta la noche, entonces —dijo Michael—. Pienso montármelo con una famosa estrella de la tele en el cuarto de cuando era pequeña.

—Sigue soñando.

Un dolor agudo atravesó de nuevo el abdomen de Michael Silverman nada más

colgar el teléfono. Se dobló por la cintura; la mano apretada bajo el tórax, la cara retorcida en una mueca. Llevaba ya varias semanas con molestias intermitentes en el estómago. Al principio pensó que no era más que una gripe, pero ahora no estaba tan seguro. El dolor se le hacía cada vez más insoportable. Solo pensar en comida le daban ganas de vomitar.

La Séptima Sinfonía de Beethoven flotaba por el cuarto como un soplo de bienvenida. Michael cerró los ojos y dejó que la melodía le masajeara suavemente los músculos doloridos. Sus compañeros de equipo siempre le daban el coñazo con lo de sus gustos musicales. Reece Porter, el ala-pívot negro que capitaneaba el equipo junto con Michael, no paraba de meterse con él.

—Pero ¿cómo puedes escuchar esa mierda, Mikey? —le preguntaba—. Si no tiene compás ni ritmo.

—Ya comprendo que el oído musical de Chopin no puede compararse con el de MC Hammer —le replicaba Michael—, pero intenta ser más abierto de mente. Tú escucha, Reece. Deja que las notas fluyan a través de ti.

Reece hacía una pausa y se ponía a escuchar unos momentos.

—Me siento como si estuviera atrapado en la consulta de un dentista —dijo—. ¿Cómo puedes motivarte con una mierda así para un partido? Si no se puede bailar ni nada.

—Ya, pero tú escucha, solo eso.

—No tiene letra —alegó Reece.

—¿Y esa contaminación acústica tuya sí? ¿Acaso puedes entender la letra en medio de ese barullo?

—Eres el típico esnob blanco, Mikey —le espetó Reece entre risas.

—Prefiero que me llames «blanco tonto del culo», gracias.

El bueno de Reece. Michael alzó un vaso de zumo de naranja recién exprimido, pero la simple idea de darle un sorbo le produjo náuseas. El año pasado la rodilla, y ahora el estómago. Era algo incomprensible. Siempre había sido el jugador con mejor salud de la liga. Había pasado las primeras diez temporadas de la NBA sin un rasguño, y luego se destrozó la rodilla hacía poco más de un año. Y había sido durísimo recuperarse de una operación de rodilla a su edad... Lo último que le faltaba: esas misteriosas molestias estomacales.

Dejó el vaso sobre la mesa, cruzó el cuarto y se aseguró de que el vídeo estaba preparado. Luego apagó el equipo de música y encendió la televisión. Sara iba a debutar en *NewsFlash* en cuestión de minutos. Michael se revolvió en el asiento. Se puso a darle vueltas y más vueltas al anillo de casado y luego se frotó la cara. Intentó relajarse, pero, al igual que Sara, no podía. No había por qué estar nervioso, se recordó a sí mismo. Todo lo que le había dicho a Sara por teléfono era verdad. Era una reportera fantástica, la mejor. Aguda y rápida. Mucho. Bien preparada y, sin embargo, espontánea. Un poquito sabihonda, a veces. Con sentido del humor cuando hacía falta. Un bulldog casi siempre.

Michael había descubierto de primera mano lo dura que podía ser una entrevista con Sara. Se habían conocido hacía seis años, cuando en el *New York Herald* le encargaron que lo entrevistase dos días antes de que empezaran las finales de la NBA. Ella tenía que escribir un trabajo de tipo personal, sobre su vida fuera de la cancha y no sobre el deporte. Pero a Michael eso no le gustó. No quería que su vida personal, y sobre todo su pasado, se plasmara en unos titulares. Eso no le importaba a nadie, le dijo a Sara, recurriendo a unos términos subidos de tono para subrayar su punto de vista, y luego le colgó el teléfono para darle más énfasis. No obstante, a Sara Lowell no era tan fácil quitársela de encima. Para ser más precisos, Sara Lowell no sabía lo que era darse por vencida. Quería aquella entrevista. Y fue a por ella.

Una sacudida de dolor espantó los recuerdos. Michael se apretó la parte baja del abdomen y se dobló sobre el sofá. Apretó y esperó. El dolor fue cediendo lentamente.

«¿Qué demonios me pasa?».

Se echó para atrás, contemplando la fotografía de Sara y él que estaba en el estante detrás de la tele. Se quedó mirando la foto, se vio inclinado sobre Sara sujetándola con los brazos alrededor de su estrecha cintura. Se la veía tan diminuta, tan increíblemente bella, tan condenadamente frágil... Con frecuencia se preguntaba qué era lo que le daba a Sara aquella apariencia tan inocente, tan delicada. Desde luego, su figura no. A pesar de la cojera, Sara hacía ejercicio tres veces por semana. Tenía un cuerpo pequeño, prieto, atlético; tal vez *explosivo* fuera el mejor término para describirlo. Tremendamente sexi. Michael volvió a examinar la fotografía intentando mirar a su esposa de forma

objetiva. Habría quien dijera que su tez pálida de porcelana era lo que le daba aquel aspecto tan natural, pero no era exactamente eso. Sus ojos, pensó Michael en ese momento, aquellos grandes ojos verdes que reflejaban fragilidad y dulzura, y, a la vez, mantenían toda su capacidad de mostrarse agudos y perspicaces. Eran ojos confiados y ojos en los que se podía confiar. Un hombre podía sumergirse en aquellos ojos, desaparecer en ellos para siempre, perder allí su alma para toda la eternidad.

También eran tremendamente sexis.

El teléfono interrumpió sus pensamientos. Michael alargó la mano hacia atrás y descolgó el auricular.

—¿Diga?

—Hola, Michael.

—¿Qué tal todo, Harvey?

—Nada mal. Escucha, Michael, no quiero entretenerte. Ya sé que el programa está a punto de empezar.

—Tenemos un par de minutos. —De fondo se oyó un estrépito difuso—. ¿Qué es todo ese ruido? ¿Sigues en la clínica?

—Ajá —respondió Harvey.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste un poco?

—¿Eres mi madre?

—Solo pregunto —dijo Michael—. Pensaba que tenía que recogerte en tu apartamento.

—No he podido ni salir de aquí —dijo Harvey—. He mandado a una enfermera que me alquilara un esmoquin y me lo trajera. Estos días estoy ocupadísimo. Eric y yo estamos agobiados. Como no está Bruce...

Harvey dejó de hablar.

Hubo un momento de silencio.

—Todavía no me hago a la idea, Harv —dijo Michael con cautela, esperando que su amigo estuviera dispuesto por fin a hablar del suicidio de Bruce.

—Ni yo tampoco —dijo Harvey, inexpresivo. Luego añadió—: Oye, tengo que preguntarte una cosa.

—Dispara.

—¿Sara va a ir a la fiesta benéfica de esta noche?

—Llegará un poco más tarde.

—Pero ¿estará allí?

Michael notó la urgencia del tono de su viejo amigo. Hacía casi veinticuatro años que conocía a Harvey, desde que un interno de segundo año, que se llamaba doctor Harvey Riker, tomó a su cargo a un Michael Silverman de ocho años al que habían llevado a toda prisa al Hospital Saint Barnabas con un brazo roto y un traumatismo craneoencefálico.

—Pues claro que estará.

—Bien. Entonces nos vemos esta noche.

Michael se quedó mirando el auricular, perplejo.

—¿Está todo en orden, Harv?

—Todo perfecto —masculló.

—Entonces, ¿a qué viene esta llamada de teléfono como clandestina?

—No es... nada. Te lo contaré más tarde. ¿A qué hora vendrás a recogerme?

—A las nueve y cuarto. ¿Vendrá Eric?

—No —contestó Harvey—. Uno de los dos tiene que atender el negocio. Tengo que irme, Michael. Te veo a las nueve y cuarto.

Michael oyó el clic del teléfono.

El doctor Harvey Riker colgó el teléfono. Lanzó un suspiro profundo y se pasó la mano por esos cabellos largos y rebeldes, de un castaño canoso, un cruce entre los de Albert Einstein y Art Garfunkel. Aparentaba cada uno de los cincuenta años que tenía. Los músculos se le habían quedado fofos por la falta de ejercicio. Su rostro era de una normalidad casi tediosa. Nunca había sido un tío cachas, desde luego, pero con los años se había ido estropeando como un Chianti de dos dólares.

Abrió el cajón de la mesa del despacho, se sirvió un lingotazo rápido de whisky y se lo ventiló de un golpe. Le temblaban las manos. Estaba asustado.

«Solo se puede hacer una cosa. Tengo que hablar con Sara. Es la única forma. Y después...».

Mejor no pensar en ello.

Hizo girar la silla en redondo para mirar las tres fotografías que tenía

sobre la cajonera. Cogió la de la derecha del todo, la de él de pie junto a su amigo y socio, Bruce Grey.

Pobre Bruce.

Los dos policías de paisano habían escuchado muy atentos las sospechas de Harvey, habían asentido a la vez con la cabeza y habían tomado notas. Cuando Harvey intentó explicar que Bruce no era de los que se suicidan, lo escucharon muy atentos, asintieron a la vez y tomaron notas. Cuando les contó que Bruce le había llamado por teléfono la noche que se tiró por la ventana del undécimo piso del Days Inn, lo escucharon muy atentos, asintieron a la vez y tomaron notas... para llegar a la conclusión de que el doctor Bruce Grey se había suicidado.

Habían encontrado una nota de suicidio en el lugar de los hechos, le recordaron los detectives. Un experto en grafología había confirmado que la había escrito Bruce. El caso abierto quedó cerrado.

En un abrir y cerrar de ojos.

La segunda foto enmarcada de la cajonera era de Jennifer, la que había sido su esposa durante veintiséis años y que ahora era su ex, porque acababa de abandonarlo definitivamente. La tercera era de Sidney, su hermano pequeño, cuya muerte de sida tres años antes había cambiado para siempre la vida de Harvey. En la imagen, Sidney aparecía de lo más saludable, bronceado, un pelín regordete. Al morir, dos años después, tenía la piel de un blanco macilento en los sitios donde no estaba cubierta de lesiones amoratadas, y pesaba menos de cuarenta kilos.

Harvey meneó la cabeza. Todos se habían ido.

Se inclinó hacia delante y cogió la fotografía de su exmujer. Sabía bien que él tenía tanta culpa como ella (o más) del fracaso de su matrimonio. Veintiséis años. Veintiséis años de matrimonio, de sueños compartidos y sueños rotos cruzaron veloces por su cabeza. ¿Y por qué? ¿Qué había sucedido? ¿Cuándo había permitido Harvey que su vida privada se derrumbara? Pasó suavemente las puntas de los dedos por la imagen de Jennifer. ¿Acaso podía reprocharle a Jennifer que se hartase de la clínica?, ¿que no quisiera sacrificar su vida por una causa?

La verdad es que sí.

«No es sano, Harvey. Estás todo el tiempo trabajando».

«Jennifer, ¿es que no entiendes lo que intento conseguir?».

«Pues claro que sí, pero esto ya es más que una obsesión. Tienes que tomarte un descanso».

Pero no podía. Reconocía que su dedicación al trabajo traspasaba ya todos los límites, pero es que su otra vida le resultaba algo tan insignificante cuando consideraba el objetivo que perseguía en la clínica... Así que Jennifer se marchó. Hizo las maletas y se mudó a Los Ángeles, a vivir con su hermana, Susan, la exmujer de Bruce Grey. Sí, Harvey y Bruce habían sido cuñados, además de socios y amigos íntimos. Casi sonrió al imaginarse a las dos hermanas viviendo juntas en California. Hablando de cosas divertidas. Le parecía oír a Jennifer y Susan discutiendo sobre cuál de las dos había tenido el marido más abominable. Probablemente el premio hubiera sido para Bruce, pero seguro que, como estaba muerto, las chicas lo pondrían en un altar.

Lo cierto era que todo el mundo de Harvey, su mundo entero, para bien o para mal, estaba allí. En la clínica y el sida. La peste negra de los años ochenta y noventa. Después de ver a su hermano destrozado y deshecho, con los huesos quebrados por el sida, Harvey dedicó su vida a destruir ese temido virus, a borrarlo de la faz de la Tierra. Como Jennifer explicaba a cuantos quisieran oírla, la meta que Harvey se había propuesto se convirtió en una obsesión devoradora, una obsesión que a veces asustaba al propio Harvey. Sin embargo, había llegado ya muy lejos en su búsqueda. Por fin, Bruce y él habían hecho verdaderos progresos, verdaderos avances y...

Llamaron a la puerta. Harvey se volvió, sentado en la silla.

—Adelante, Eric.

El doctor Eric Blake giró el pomo.

—¿Cómo has sabido que era yo?

—Porque eres el único que llama. Entra. Acabo de hablar con tu viejo compinche de la escuela.

—¿Michael?

Harvey asintió. Eric Blake había entrado a formar parte del equipo de Bruce y Harvey dos años antes, cuando se dieron cuenta de que dos médicos solos no podían atender a tantos pacientes. Eric era un buen muchacho, pensaba Harvey, aunque se tomaba la vida un poco demasiado en serio. Estaba bien eso de ser serio, sobre todo si tratabas con pacientes de sida todo el día;

pero una persona también tiene que soltarse un poco, hacer algo no del todo convencional, permitirse algún detalle disparatado para sobrevivir a la experiencia cotidiana del sufrimiento y la muerte.

Eric tenía incluso un semblante demasiado rígido. Su rasgo más distintivo era su pelo pelirrojo estropajoso y bien cortado. Al mirarlo, la palabra que a uno le venía a la mente era *pulcro*. Zapatos brillantes. Un buen sastre. La corbata siempre planchada y con el nudo perfecto; la cara recién afeitada incluso después de cuarenta y ocho horas de guardia.

Harvey, por su parte, llevaba siempre la corbata suelta, casi por las rodillas; no creía en los afeitados hasta que la barba empezaba a picar y le hubiera hecho falta una escopeta para ponerle el pelo en su sitio a perdigonadas.

Eric Blake había crecido en la misma manzana de un barrio residencial de Nueva Jersey que Michael. La primera vez que Michael se convirtió en paciente de Harvey en el hospital, el pequeño pelirrojo Eric Blake lo visitaba a diario y se quedaba por la habitación todo lo que le permitían. En aquellos tiempos, Harvey era un interno desbordado de trabajo, pero le gustaba pasar cualquier momento libre que tenía haciéndole compañía a Michael. Hasta Jennifer, voluntaria en el hospital por entonces, se sentía atraída por aquel crío. Muy pronto, Harvey y Jennifer establecieron una relación especial con aquel irresistible muchacho que vivía atrapado en un mundo de constantes malos tratos.

A lo largo de los años Harvey y Jennifer vieron crecer a Michael, pasar de la infancia a la adolescencia y a la edad adulta. Iban a verlo jugar al baloncesto, a sus recitales de música y a las cenas de los premios, y aplaudían sus logros como unos padres orgullosos. Estaban allí para consolarlo después de las palizas, después del suicidio de su madre, después de que su padrastro lo abandonara. Ahora, al volver la vista atrás, Harvey se preguntó si aquella relación tan próxima con Michael no habría agravado el mayor problema que tenían Jennifer y él como pareja: la falta de hijos.

Quizá sí. Lo intentaron, pero Jennifer no conseguía llevar los embarazos a término. Tal vez si hubiera podido las cosas habrían sido distintas.

Dudoso. Muy dudoso.

Harvey se preguntó si Jennifer seguiría en contacto con Michael.

Sospechaba que sí.

—¿Le has dicho a Michael...? —empezó a preguntar Eric.

Harvey lo interrumpió con un movimiento de cabeza.

—Todavía no. Solo quería asegurarme de que Sara estaría en la fiesta de esta noche.

—¿Y estará?

—Sí.

—¿Y qué le vas a decir?

—Todavía no lo sé —contestó Harvey.

—No tiene ningún sentido. Vaya, ahora que estamos tan cerca de...

—No estamos tan cerca.

—¿No estamos tan cerca? —repitió Eric—. Pero Harvey, mira ahí fuera. Hay personas que están vivas gracias a ti.

—Gracias a esta clínica —le corrigió.

—Lo que sea. Cuando hagamos públicos los resultados, entraremos en la historia de la medicina al lado de Jonas Salk.

—A mí me preocupa más el presente.

—Pero nos hace falta publicidad para recaudar dinero suficiente para poder continuar...

—Basta —lo interrumpió Harvey, mirando el reloj—. Vamos a hacer una comprobación rápida de los historiales y luego nos vamos al salón. —Esbozó una sonrisa cansada—. Quiero ver el reportaje de Sara sobre el reverendo Sanders.

—Ese no es que sea muy amigo de la causa.

—No —asintió Harvey—. Muy amigo no es.

Eric cogió una de las fotografías de la cajonera.

—Pobre Bruce.

Harvey asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

—Ojalá su muerte signifique algo —dijo Eric—. Ojalá Bruce no haya muerto en vano.

Harvey se encaminó hacia la puerta cabizbajo.

—Sí, ojalá, Eric.

George Camron se quitó el traje de Armani gris de raya diplomática, dobló con cuidado los pantalones por los pliegues y lo colgó de una percha de madera. Dos semanas antes se había visto obligado a quemar otro Armani, y eso le había molestado mucho. Menudo despilfarro. Tendría que tener más cuidado con su guardarropa. Los trajes de seda manchados de sangre aumentaban los gastos generales.

George, un hombre muy corpulento, disfrutaba con las cosas más selectas de la vida. Solo usaba trajes a medida. Solo se hospedaba en los hoteles más lujosos. Solo frecuentaba los restaurantes para los *gourmets* más refinados. El pelo, que se peinaba para atrás, se lo esculpían (no se lo cortaban, se lo esculpían) los estilistas más caros del mundo (no esteticistas, sino estilistas). Disfrutaba de manicuras y pedicuras.

Se acercó al teléfono del hotel, descolgó el auricular y apretó el 7.

—Servicio de habitaciones —dijo una voz—. ¿Qué podemos hacer por usted, señor Thompson?

En el Ritz siempre se dirigían a los clientes por su nombre cuando llamaban. El toque personal de un hotel realmente de primera. A George le gustaba. Thompson era el nombre falso que utilizaba entonces, por supuesto.

—Caviar, por favor. Iraní, no ruso —pidió.

—Sí, señor Thompson.

—Y una botella de Bollinger de 1979. Muy frío.

—Sí, señor Thompson.

George colgó el teléfono y se relajó sobre la enorme cama de matrimonio. Había recorrido un largo camino desde sus humildes comienzos en Wyoming, un largo camino desde sus días como militar en Vietnam, un largo camino desde Tailandia, el país que ahora consideraba su hogar. El hogar de George era ahora una amplia variedad de habitaciones de hotel elegantes. La suite Somerset Maugham en el Oriental de Bangkok. El ático sobre el puerto en el Península de Hong Kong. La suite esquinera en el Crillon de París. La suite presidencial en el Hassler de Roma.

George miró la hora en su reloj, encendió el televisor con el mando a distancia y puso el Canal 2. Dentro de unos pocos minutos empezaría *NewsFlash*, con Donald Parker y Sara Lowell. Tenía mucho interés en ver ese programa.

Sonó el teléfono. George contestó.

—Hola.

—Soy...

—Ya sé quién es —lo interrumpió George.

—¿Recibió el último pago?

—Sí.

—Bien —repuso la voz.

Una voz que sonaba nerviosa. George no estaba muy convencido de que eso le gustase. Las personas nerviosas tienden a cometer errores.

—¿Puedo hacer alguna cosa más por usted? —inquirió.

—Pues la verdad es que...

Otro trabajo. Excelente. George no tenía ni idea de quién era su patrón, ni le importaba. Ni siquiera sabía si la voz que oía al otro lado del teléfono era la del superior o la de un mero intermediario. Era igual. El suyo era un trabajo en el que no se hacían preguntas. Él hacía su faena, cobraba la paga y adiós. Las preguntas no venían al caso.

—Lo escucho —dijo.

—El último trabajo que le encargué... ¿salió sin problemas? ¿No hubo complicaciones?

—Habrás leído los periódicos. ¿Usted qué cree?

—Sí, bueno, solo quería estar seguro. ¿Tiene las carpetas del doctor Grey?

—Aquí están —dijo George—. ¿Cuándo quiere recogerlas?

—Pronto. Muy pronto. ¿Ha utilizado guantes y mascarilla tal y como le dije?

—Sí.

—¿Y no pasó nada más?

George se preguntó por un momento si debía decirle a su patrón lo del paquete que Bruce Grey había echado al correo en el aeropuerto. Pero no, no era asunto que le concerniese. A él lo habían contratado para matar a aquel hombre; hacer que pareciese un suicidio; apoderarse de las carpetas y papeles que llevara encima, y dejar el dinero, los efectos personales y los documentos de identificación intactos. Punto. Ninguna instrucción sobre paquetes enviados por correo.

Aunque, claro está, el asunto sí le concernía. No tendría que haberle

dejado echar el paquete en el buzón. Nunca. Fue un error, de eso George estaba convencido, pero no tuvo manera de impedirselo. Sacudió la cabeza. Tal vez hubiera debido hacer más comprobaciones antes de aceptar el trabajo. Algo había que no era correcto.

—Nada más —dijo George.

—¿Está seguro?

George se aclaró la garganta. El doctor Bruce Grey se lo había puesto rematadamente fácil. Lo de que optara por alojarse en un piso alto del hotel fue una bendición para George; le permitió emplear cualquier medio que le apeteciese para provocar dolor y pedirle la nota de suicidio. Y los traumatismos que le había practicado al doctor Grey no se apreciarían al quedar aplastado contra la acera.

—Sí, estoy seguro —dijo George—. Y en el futuro no haga que me repita. Es una pérdida de tiempo.

—Perdone.

—¿Ha dicho algo de otro trabajo?

—Sí —dijo la voz—. Quiero que elimine a... otra persona.

—Le escucho.

—¿Hay alguien con usted?

—No.

—Oigo voces.

—Es la televisión —explicó George—. Está a punto de empezar *NewsFlash*. El debut de Sara Lowell.

La voz del teléfono pareció sobresaltarse.

—Pero... por qué... ¿por qué dice usted eso?

«Qué reacción tan extraña», pensó George.

—Me ha preguntado por las voces —replicó.

—Ah, claro. —La voz intentaba recuperar la calma, pero la tensión era inconfundible—. Sí, quiero que elimine a alguien más.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—Eso es muy poco tiempo. Le costará más.

—Por eso no se preocupe.

—Muy bien —dijo George—. ¿Dónde?

—En casa del doctor John Lowell. Esta noche da una fiesta benéfica de gala.

A George casi se le escapa la risa. Sus ojos saltaron otra vez a la televisión. El doctor Lowell. El director general de Sanidad. El padre de Sara Lowell. Eso explicaba la extraña reacción. Se preguntó si Sara estaría en la fiesta.

—¿El mismo método que con los dos primeros? —dijo George.

—Sí.

George sacó el estilete del bolsillo, lo abrió y examinó la hoja, larga y brillante. Sería un trabajo poco pulcro, de eso no cabía duda. Contempló su guardarropa y se decidió por el polo de Ralph Lauren de color verde que había adquirido en Chicago. Le quedaba un poco apretado en los hombros, de todas formas.

«No te pongas nerviosa. No te pongas nerviosa. No te pongas nerviosa...».

—Cinco segundos —oyó Sara.

El anuncio le encogió el estómago. Por un breve instante estuvo a punto de ponerse a cantar otra vez. Se obligó a cerrar la boca, se colocó bien las gafas y esperó.

«Voy a hacerlo muy bien. Voy a dejar a alguien alucinado. Voy a...».

—¡Cuatro, tres, dos...! —La mano apuntó a las dos personas sentadas ante la mesa de escritorio.

—Buenas noches, soy Donald Parker.

«Por favor, no cantes...», pensó Sara.

—Yo soy Sara Lowell. Bienvenidos a *NewsFlash*.

La finca del doctor Jonh Lowell en los Hamptons era enorme. Una mansión de estilo Tudor asentada majestuosamente sobre cuatro hectáreas de paisaje bien cuidado. Tenía pista de tenis de hierba, además de piscina interior y exterior, tres *jacuzzis*, dos saunas, una cabaña espaciosa, un helipuerto y más habitaciones de las que Lowell sabía cómo ocupar. La casa había sido de su abuelo, un capitalista que, según los manuales liberales, había sometido a violación y pillaje la tierra y a sus habitantes en beneficio propio. El padre de John, sin embargo, prefirió dejar de lado el negocio familiar y se hizo cirujano. Y John siguió su ejemplo. Se ganaba muy bien la vida, aunque la práctica de la medicina no fuera ni de lejos tan lucrativa como el pillaje y la violación.

Dentro de unas pocas horas, el ala este estaría llena hasta los topes de algunas de las personas más ricas del mundo, todas las cuales habían donado miles de dólares al Centro del Cáncer Erin Lowell para poder asistir. John iba a tener que sonreír un montón y estar atento. Odiaba hacer eso. Durante su controvertido mandato como director general del Servicio de Salud Pública a

principio de los ochenta, John Lowell no aprendió mucho sobre diplomacia ni sutileza política. Organizó una cruzada llena de celo para acabar con el cáncer, aplastando lo que y a quien se interpusiera en su camino. Declaró la guerra a los fumadores de cigarrillos, con un comentario airado en la televisión nacional: «Los cigarrillos son armas mortales, así de claro y así de simple. No siento ninguna compasión por los fumadores que se regalan a sí mismos un cáncer de pulmón. No les importa si hacen enfermar a otras personas con humo de segunda mano, ni tampoco si hacen enfermar mortalmente a sus propios hijos. Es increíble que podamos convivir con gente tan egoísta y destructiva».

Aquel comentario conmocionó a todo el país. La industria del tabaco presionó para que John Lowell fuera destituido. Fracasó, pero no por falta de esfuerzo. Y desde aquel día quedaron trazadas las líneas de batalla y, aunque John ya no era director general, continuaba en su lucha.

—Hola, papá.

John Lowell se volvió hacia su hija mayor, Cassandra. Llevaba un albornoz de baño y sandalias.

—Cassandra, pero ¿adónde vas?

—Voy a darme un chapuzón rápido en la piscina. Me apetece —respondió.

—Pero tu hermana va a salir dentro de unos minutos. Todos los invitados están entrando para verla.

Los ojos de Cassandra se nublaron un poco, pero John no pareció darse cuenta.

—Solo será un momento.

—Tendrías que entrar con todos los demás y ver a Sara.

De nuevo pareció no advertir la mirada desafiante de su hija.

—Vas a grabar el programa, ¿verdad? —preguntó Cassandra.

—Claro.

—Pues entonces podré ver a mi hermana todas las veces que quiera. Qué suerte tengo.

—Cassandra...

Echó a andar sin hacer caso de su padre. Sara. El nombre de su hermana pequeña siempre la rodeaba como una bandada de miles de pájaros diminutos. «Sara está enferma». «Tenemos que llevar a Sara al hospital». «No seas tan

bruta cuando juegues con Sara». Para su padre, Cassandra nunca había sido tan bonita, tan amable, tan ambiciosa ni tan inteligente como Sara.

Con su madre era distinto. Erin Lowell quería a Cassandra tanto como a Sara, a pesar de que esta fuera más bonita, más amable, más ambiciosa, más trabajadora y más inteligente. Dios, cómo echaba de menos a mamá. Hacía ya más de diez años, pero aun así el dolor era fresco, constante y, a veces, acaparador.

Ese día el calor era de nuevo asfixiante, y muchos de los invitados se habían librado del bochorno con un chapuzón en la piscina. La mayoría ya empezaban a dirigirse al interior de la casa para ver el debut de la maravillosa Sara en *NewsFlash*. No obstante, al descubrir que Cassandra se dirigía a la piscina, varios de los hombres se quedaron inmóviles.

Cassandra era alta y tenía una mirada salvaje, con un pelo oscuro ondulado y la piel aceitunada. Era tan distinta de Sara que nadie podía sospechar que fueran hermanas. Para decirlo en dos palabras: Cassandra era ardiente. Abrasaba. Abrasaba peligrosamente. Mientras que para describir los ojos de Sara se podía hablar de estanques apacibles, los de Cassandra echaban fuego como brasas.

Cassandra llegó a la piscina y se quitó las sandalias. Con una tenue sonrisa dejó que el albornoz le resalara por los hombros. El albornoz cayó al suelo y reveló un reluciente traje de baño de una pieza que luchaba por encerrar sus voluptuosas curvas. Se subió al trampolín, sabiendo que los ojos de todos iban tras ella, y dio un salto hacia delante. Luego estiró los brazos hacia arriba y se sumergió en el agua fresca, que le erizó la piel. Empezó a nadar; su largo torso avanzaba con cada brazada y sus piernas bien contorneadas se movían muy ligeramente. Su cuerpo se abría paso en el agua sin esfuerzo, formando apenas una pequeña onda.

—Son casi las ocho —avisó una voz desde la casa—. El *NewsFlash* está a punto de empezar.

De nuevo las mujeres empezaron a ir hacia la casa, pero los hombres no podían liberarse con facilidad del embrujo de Cassandra. Oh, sí, se esforzaban por parecer indiferentes, encogiendo la barriga en silencio y tirando de sus camisas para cubrir imperfecciones demasiado obvias. Pasaban junto a ella poco a poco, tratando desesperadamente de echarle un último vistazo.

Cassandra salió de la piscina y se dirigió despacio hacia una tumbona. No se molestó en secarse. Metió la mano en el bolsillo del albornoz y sacó unas gafas de sol, se las puso y se tumbó boca arriba con las piernas cruzadas. Procuró parecer que descansaba tranquilamente, pero detrás de las gafas de sol sus ojos no paraban de moverse.

Descubrió al gordinflón Stephen Jenkins, el antiguo senador por Arkansas de sesenta y dos años. Stephen, al que Sara y ella llamaban tío Stevie, era un viejo amigo de la familia. John Lowell y él habían ido juntos a Amherst, sus respectivas esposas habían dado fiestas juntas, sus hijos habían ido juntos a los campamentos de verano. Todo de lo más cariñoso y agradable. Y, seamos francos, tener un encuentro sexual con el líder de la minoría conservadora del Senado de Estados Unidos había sido una especie de desafío para la treintañera Cassandra. Aunque, desde luego, no podía decirse que fuera sexualmente excitante.

—Hola, Cassandra —dijo Jenkins en voz alta.

—Hola, tío Stevie.

Cassandra había considerado también la idea de seducir al guapo hijo soltero del senador, pero Bradley era un auténtico plasta. Y aún peor: era amigo de Sara. Cada vez que se veían se ponían los dos a charlar durante horas, sin hacer el menor caso a Cassandra. Si Sara y Bradley hubieran sido amantes, Cassandra tal vez se lo habría planteado. Pero no lo eran. Desde el día de su boda, hacía ya dos años, Sara estaba dedicada a Michael hasta el extremo del más absoluto aburrimiento.

Cassandra se puso un poco de aceite bronceador en la mano y empezó a masajearse las piernas. El senador Jenkins la observaba desde el otro lado de la piscina con los ojos bien abiertos y voraces.

—¿Stephen? —exclamó la señora Jenkins—. ¿Bradley?

El senador apartó la mirada de mala gana.

—Un minuto, querida.

—¡Deprisa, venid todos! ¡Sara ya ha salido!

Entonces, todos se movieron rápidamente. En unos instantes todos estaban dentro viendo la televisión. Cassandra siguió tumbada y cerró los ojos. Sara en la televisión nacional. «¿A quién puñetas le importa?».

Sara sintió un nudo en el estómago. Sabía que el reverendo Ernest Sanders estaba sentado en el cuarto de al lado, esperando a que lo entrevistara. Sabía manejarse en las entrevistas; era escurridizo como un cochinito untado con manteca. Si al reverendo Sanders no le gustaba una pregunta, la esquivaba con un antiguo método muy eficaz: la ignoraba. Conseguía frustrar y desbaratar a cualquier entrevistador, incluso a los mejores.

La mayor parte del reportaje de Sara sobre Sanders y su Santa Cruzada estaba grabado, así que se quitó las gafas, respiró hondo e hizo un esfuerzo por mantener la calma. Había revisado las pautas tantas veces que se sabía de memoria hasta la última palabra. Se puso a cantar suavemente para sus adentros y escuchó solo algunos trocitos de la historia:

Tras empezar hace doce años con apenas unas pocas docenas de miembros, el reverendo Ernest Sanders, antiguo miembro de varios grupos de supremacía blanca, convirtió la Santa Cruzada en un sólido movimiento que ahora reúne a miles de miembros por todo el país. La Santa Cruzada, que combina lo que Sanders llama «profundos valores religiosos» y «derechos tradicionales estadounidenses», se ha visto envuelta en controversias desde sus inicios...

[...] El Servicio de Impuestos Internos nos ha confirmado que ni el reverendo Ernest Sanders ni su esposa, Dixie, han presentado la declaración de la renta desde hace doce años... El reverendo Sanders ha gastado hasta diez mil dólares al día en su propia persona y en varias mujeres jóvenes durante sus viajes «misionales» a algunas islas del Caribe, sin que haya reclutado un solo miembro nuevo para la Santa Cruzada [...] Han desaparecido millones de dólares de los donativos a la Santa Cruzada [...] El FBI investiga por corrupción a los mandos superiores del reverendo Sanders...

Cuando se acabó la parte grabada de la historia, la cámara giró para enfocar el rostro familiar y reconfortante de Donald Parker. Sara dejó de cantar por completo.

—Tenemos en el estudio al reverendo Sanders —declaró Parker—. Buenas noches, reverendo Sanders.

Ernest Sanders apareció en una pantalla y no en persona. Como en el programa *Nightline* de Ted Koppel, los invitados muy pocas veces o nunca se sentaban en la misma sala que los entrevistadores. Bajo la imagen de Sanders apareció un número de teléfono gratuito.

—Buenas noches, Donald. —Sanders tenía una voz agradable, relajada. Sara sintió que el nudo de su estómago se tensaba. El pastor llevaba un terno azul claro, un bisoñé evidente y una alianza de oro. Sin reloj. Sin más joyas. Nada ostentoso. Tenía una cara amable, que daba confianza; la cara de un tío favorito o de un vecino cordial. Enarbolaba firmemente uno de sus activos principales: su luminosa sonrisa.

—Gracias por acompañarnos.

—Gracias, señor Parker.

Donald Parker le hizo la primera pregunta.

—Ya ha visto usted el reportaje, reverendo Sanders. ¿Tiene algún comentario al respecto?

La expresión de Sanders se mostraba tan tranquila que Sara sintió ganas de gritar.

—Soy un hombre de Dios —dijo con un suave acento del sur—. Soy comprensivo con los deseos humanos.

—No estoy muy seguro de entenderle, señor Sanders.

—Para mí y para cuantos temen a Dios en toda nuestra nación está muy claro lo que aquí se pretende. No considero que tenga necesidad de rebajarme al nivel de la señorita Lowell y contestar sus acusaciones.

—No se ha presentado ninguna acusación, reverendo Sanders —interrumpió Sara, y volvió a ponerse las gafas metálicas—. ¿Lo que pone usted en cuestión son los hechos que se presentan en el reportaje?

—No sea usted tan ladina, señorita Lowell. Sé muy bien lo que anda buscando.

—¿Y qué es, reverendo Sanders?

—Hacerse un nombre —contestó con una sonrisa—. Una fama rápida. ¿Y qué mejor modo que intentar arrastrar por el barro el buen nombre de un simple predicador? Un hombre que predica la Biblia en toda su gloria, que ayuda a esos menos afortunados...

—Reverendo Sanders —lo interrumpió Sara—, sus ingresos personales

del año pasado están calculados en más de trece millones de dólares, y sin embargo no pagó usted el impuesto sobre la renta. ¿Puede explicárnoslo?

Sanders ni se inmutó.

—Si no me equivoco, señorita Lowell —dijo—, su familia no está exactamente falta de recursos económicos. Me parece recordar que su padre tiene una mansión bastante espaciosa de su propiedad. ¿También hay que cuestionar su economía?

—Mi padre declara sus ingresos cada año —replicó—. Mi padre puede explicar de dónde sale hasta el último centavo. ¿Puede usted hacer lo mismo?

—Naturalmente —declaró con énfasis—. Sus mentiras e insinuaciones no engañan al pueblo elegido de Dios. Muchos han intentado apartar a los justos de los senderos del Señor, pero la Santa Cruzada seguirá adelante. La Santa Cruzada no permitirá que Satanás triunfe.

—¿Puede precisar estas supuestas mentiras? —preguntó Sara—. ¿Puede ser más concreto?

Sanders alzó los ojos al cielo y sacudió la cabeza.

—Satanás usa las palabras para retorcer la bondad y la rectitud y hacerlas aparecer como males —explicó como si fuera un maestro de escuela regañando a un alumno insubordinado—, pero no nos engañará. Hoy vivimos en una sociedad desbordada por la inmoralidad, pero nos mantenemos firmes. ¿Qué ha pasado con los valores familiares y éticos en este país, señorita Lowell? Personas temerosas de Dios como mi esposa, Dixie, y yo mismo ya no podemos educar a nuestros hijos en esta sociedad. Se obliga a los niños a asistir a escuelas públicas de las que se ha expulsado a Dios y en las que se da la bienvenida a los homosexuales. ¿Acaso el Señor no nos dice...?

—Discúlpeme, señor, pero al parecer iba usted a responder a las cuestiones planteadas en nuestro reportaje.

—¿Qué cuestiones? Su reportaje no se ocupa de las cuestiones importantes de Estados Unidos. Y estoy hablando del Armagedón, señorita Lowell. Los miembros de la Santa Cruzada entienden bien lo que está sucediendo. Entienden que vivimos en una era de Sodoma y Gomorra, que los herejes y los infieles atacan a Dios. Dixie y yo hacemos el trabajo del Señor, pero Él nos auxilia. A todos nos envía señales que usted prefiere ignorar.

—El reportaje hablaba de su situación eco...

—Fíjese en eso que llaman «el virus del sida», por ejemplo —la interrumpió Sanders, alzando la voz en exceso—. Lo que llama usted «el nuevo fenómeno del sida» no es más que el capítulo final de Sodoma y Gomorra. Está muy claro que Dios ha castigado con su plaga a esos homosexuales y pervertidos infames e inmorales.

—Reverendo Sanders...

—¿Por qué le resulta tan difícil creerlo? —preguntó con voz serena y una sonrisa que era ahora más brillante, con ojos chispeantes—. La mayoría de los estadounidenses creen en la obra de Dios tal y como la transcribe la Biblia. ¿Por qué, entonces, va a ser difícil creer que el Señor sigue actuando en nuestros tiempos presentes? No tenemos ninguna dificultad en aceptar la historia de las plagas del antiguo Egipto. ¿Por qué, entonces, es tan difícil aceptar una plaga en los Estados Unidos modernos? La aflicción caiga sobre quien haga oídos sordos. Los pecadores, señorita Lowell, ya no tienen un lugar en el que ocultarse. Si el sida no es una señal de lo que está por llegar, si el sida no le lleva a aceptar que Nuestro Señor es su única salvación y su único arrepentimiento, nada podrá mostrarle la luz. Estará condenada.

Sara cerró los ojos e intentó mantener su ira bajo control. Se daba cuenta de que tenía que continuar con la misma línea de preguntas, que sería una equivocación apartarse del tema de sus irregularidades financieras. Sin embargo, la ira que la embargaba tenía otras ideas.

—¿Y qué me dice de las otras víctimas, reverendo Sanders? —le preguntó, intentando mantener la calma en la voz.

—¿Qué otras víctimas?

—Sí, ¿qué me dice de las llamadas víctimas inocentes del sida, los niños recién nacidos que llegan con esa enfermedad mortal o las personas que contraen el virus a través de transfusiones de sangre? ¿Cómo explica usted el hecho de que el sida sea actualmente la primera causa de muerte entre los hemofílicos?

Otra vez aquella maldita sonrisita de suficiencia.

—Yo no lo explico, señorita Lowell. Yo no explico nada. La Biblia lo explica por mí. Lea las palabras del Señor y lo verá con sus propios ojos. La Biblia nos dice que no todas las criaturas vivas de los tiempos de Noé eran crueles y sin corazón, y sin embargo el Señor decidió salvar solamente a las

criaturas que entraron en el arca. Y en la historia de Moisés, ¿por qué los inocentes se vieron obligados a sufrir aquel vendaval de plagas que asediaba Egipto? La Biblia nos da una respuesta muy simple, señorita Lowell. Que los caminos del Señor son inescrutables. ¿Quiénes somos nosotros para poner en cuestión sus planes finales? Lo sé, lo sé, es un viejo tópico, pero resulta que es verdad. No puede usted negar que la gran mayoría de los afectados por esta plaga divina son personas anormales de conductas perversas, y que sí, que en ocasiones los inocentes han de pagar por los pecados de sus hermanos. Es por eso por lo que les pido a todos que regresen de nuevo al Señor y se arrepientan antes de que sea demasiado tarde. El Señor no permitirá que se encuentre una cura para ese mal hasta que haya librado a todo el planeta de los inmorales...

«Menuda jugada, Sara». Le había hecho caer en la trampa. Había permitido que aquel imbécil se subiera a la tarima y se pusiera a predicar. Y ya era hora de bajarlo de allí.

—Reverendo Sanders, ¿por qué no ha presentado usted la declaración de la renta desde hace doce años? ¿Por qué su esposa, Dixie, y usted no han pagado un céntimo de impuestos sobre la renta en todo este tiempo?

Donald Parker estaba sentado cómodamente, expectante. No quería interrumpir. El director del programa indicó que venía un corte publicitario, pero Donald le hizo un gesto de que lo retrasara.

—Señorita Lowell, usted conoce la ley tan bien como yo. Este gran país de nuestros desvelos se esfuerza por proteger la libertad religiosa, a pesar de lo que intentan hacer algunos comunistas y ateos. Puede que hayan logrado un éxito temporal y expulsado a Dios de las escuelas y asesinado a niños no nacidos, pero la marea va a cambiar...

—Gracias, reverendo Sanders, pero estábamos hablando de sus impuestos. Trate de responder a la pregunta, por favor.

—Estoy contestando a su pregunta, señorita Lowell. Dixie y yo somos ciudadanos respetuosos con la ley. Pagamos la cuota de impuestos que nos corresponde.

—¿Cuánto pagó usted de impuestos sobre la renta el año pasado, reverendo Sanders?

—Las iglesias no tienen que pagar impuestos. Es lo que se llama

separación entre la Iglesia y el Estado. Puede leer sobre el tema en la Constitución.

—He leído la Constitución, reverendo Sanders —dijo Sara, colocándose bien las gafas—, pero, con el debido respeto, usted no es una iglesia. Sin duda, no pretenderá sugerir que las personas que trabajan en las iglesias pueden librarse de pagar impuestos y obligar a los estadounidenses que trabajan duro a llevar también su carga, ¿o sí?

La sonrisa le flaqueó un tanto y, durante un breve momento, apareció una grieta en la fachada, que permitió atisbar el alma fría que había tras la sonrisa.

—Por supuesto que no —dijo—. Tergiversa usted todo lo que se le dice para conformarlo a sus propósitos, y los justos lo saben. Los justos no se desviarán del camino del Señor por sus mentiras. Repito cuanto he dicho hasta aquí. He pagado mi parte proporcional de impuestos. Todo este tema no es más que una trama de los laicistas para arruinar mi buen nombre.

En ese momento, Donald Parker intervino por fin:

—Gracias, reverendo Sanders. Haremos una pausa y volveremos después de este mensaje. No se vayan.

—Doctor Lowell, ¿puedo hablar con usted un momento?

El doctor Lowell levantó la mirada, visiblemente molesto.

—¿No puede esperar a que termine el programa, Ray?

—Ahora hay anuncios —dijo Raymond.

Era el doctor Raymond Markey, que trabajaba para el Departamento de Salud y Servicios Humanos. Un hombre bajito, con unos brazos y unas piernas que parecían demasiado cortos para el cuerpo. Los gruesos cristales de sus gafas aumentaban cinco veces el tamaño de esos ojos pequeños y oscuros y le conferían un aspecto más bien de bobo de película antigua que de doctor en Medicina. La verdad es que ahora Markey apenas ejercía la medicina. Su trabajo como secretario adjunto del departamento lo introducía en el terreno político mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Con un profundo suspiro, John Lowell se levantó y salió de la habitación. Los dos hombres caminaron juntos por el pasillo. Una vez solos del todo, Lowell dijo:

—Muy bien, ¿de qué se trata?

Los gigantescos ojos de Raymond Markey exploraron el pasillo como los haces de dos focos del patio de una cárcel.

—Esta noche va a venir a su fiesta.

—¿Qué? —El rostro de Lowell se puso rojo de ira—. No quiero a ese hombre en mi casa. Creí que lo había dejado claro.

—Y lo dejó.

—Es demasiado peligroso —susurró—. En este momento, con esta fiesta, con todo.

—No importa —dijo Markey—. Vendrá. Creí que debería decírselo.

Lowell renegó en silencio, apretando los puños.

—Ese hijo de puta nos va a destruir a todos.

Mientras la fiesta iba llegando a su apogeo, el grupo de hombres que rodeaba a Cassandra luchaba por ocupar el centro del escenario como actores engreídos. Sin embargo, a Cassandra, habituada a escenas así, no podían importarle menos. Se limitaba a sonreír encantadora, seductora, saludando con la cabeza aquí y allá, pero sin escuchar nunca de verdad. Sí, sí, todos eran hombres importantes. Randall Crane era el propietario de varios grupos empresariales. Había aparecido en la portada de la revista *Fortune* con un aire de lo más serio y distinguido. Ahora bien, era un pelmazo. Todos eran de lo más aburridos. Si aquellos hombres no poseyeran unas cantidades tan descomunales de dinero, nadie se habría molestado siquiera en escuchar sus peroratas autocomplacientes.

Un grupo de hombres bien vestidos comentaba el debut de Sara en *NewsFlash*. Cassandra recorrió con la mirada la gran sala de baile de la mansión y reconoció la mayor parte de los casi trescientos invitados. «Hipócritas», pensó. La verdad es que les importaba una buena mierda lo de la lucha contra el cáncer. Habían ido para que los vieran, para hacer relaciones e impresionar. Si eso exigía rascarse el bolsillo y dar un poco de dinero para la beneficencia, estupendo, era el precio de la entrada. Pero lo importante era que lo vieran a uno.

Randall Crane interrumpió sus pensamientos.

—¿Sabes cómo he llegado aquí esta noche, Cassandra? —preguntó.

—No, Randall —le contestó sin mirarlo apenas—. ¿Por qué no me lo cuentas?

—En mi helicóptero privado —dijo orgulloso—. Acabo de comprar ese pajarito. De ocho plazas. Y tengo piloto, copiloto y azafata propios con dedicación exclusiva.

—¿Azafata? —repitió Cassandra—. ¿En un helicóptero?

Randall Crane asintió con la cabeza.

—Vinimos desde el tejado de mi rascacielos de la calle Cuarenta y siete hasta aquí en menos de una hora.

—Me dejas muy impresionada, Randall.

El viejo sonrió encantado.

—¿Quieres que demos una vuelta en él? Ni te imaginas lo rápido que vuela.

Se había metido en la cama con Randall Crane hacía más de tres años, y el hombre había durado más o menos lo que un chaval de quince años en su primera vez. Casi no había podido ni quitarse los pantalones.

—Tendrías que aprender a ir más despacio, Randall —le dijo ella con una sonrisa maliciosa—. La velocidad no siempre es buena, ya sabes.

Mientras veía ruborizarse a Randall, Cassandra descubrió a Michael en la esquina del fondo, de pie en un rincón con aquel medicucho amigo suyo.

Michael estaba rematadamente guapo con su esmoquin; era el único hombre de la fiesta que se atrevía a llevar una pajarita morada de flores y una faja a juego en vez de las negras convencionales. Pero así era Michael. Siempre un poco alejado del centro. Hacía casi seis meses que Cassandra no lo había visto, pero seguía con un aspecto fantástico.

La verdad es que era algo extraño. Durante años, Cassandra había ido robándole a Sara todos sus novios, empezando por Eddie Myles, su primer enamorado en el instituto. Cassandra había montado el acto de seducción de tal forma que Sara no tuviera más remedio que encontrarse con los dos.

Y así fue.

A Sara se le pusieron los ojos como platos cuando vio a su novio con los pantalones en los tobillos y Cassandra arrodillada delante de él. El rostro se le retorció con angustia. Pero Eddie no fue más que el primero. Para

Cassandra se convirtió en un juego. Un nuevo desafío. Cada vez que Sara se arriesgaba a confiar en alguien, su hermana iba a por él. Con cada seducción, las heridas de Sara volvían a sangrar. La inseguridad fue instalándosele en la psique. Sara se hizo más consciente de sus problemas de salud. Se le fue esfumando la confianza. Convirtió el sarcasmo en una defensa. Cassandra observaba cómo su hermana se iba distanciando del mundo exterior. Se dedicaba a sus estudios, se quedaba sola en su habitación poniendo aquella espantosa música heavy metal a toda pastilla. Hasta que no quedaron más chicos a cuya casa pudiera ir Cassandra.

Pero Sara se había hecho la mosquita muerta. De alguna manera, la muy ladina había pescado al mejor de todos. Al cabrón de Michael. A aquel cabrón guapísimo y maravilloso.

Cassandra dio un paso hacia delante.

—Perdonen un momento, caballeros.

Los hombres se fueron separando para dejarle paso. Cassandra no podía quitar los ojos de Michael. Habían pasado seis meses desde la última vez que se vieron. Y en seis meses podían haber cambiado muchas cosas.

Cassandra avanzaba hacia Michael.

En el asiento de atrás de una limusina del estudio, Sara no podía estarse quieta. Intentaba deshacerse de la excitación del programa, pero el flujo constante de adrenalina no se lo permitía. Se balanceaba atrás y adelante en el mullido asiento de cuero, con un torbellino de ideas en la cabeza. Había pasado del Blue Öyster Cult al sonido más contemporáneo de Depeche Mode, pero seguía sin reducir la marcha. A mitad de *Basphemous Rumor*, el chófer de la limusina levantó la ventanilla de separación para aislarse del sonido.

Bien.

Pronto vería a Michael. Resultaba una cursilada, pero en días como ese lo mejor era recordar cada uno de los detalles con su marido. Con una mueca, Sara se soltó el aparato de la pierna y se frotó el pie. Los aparatos para las piernas habían mejorado de forma espectacular con los años, desde los tiempos en que tenía que llevar uno muy pesado de metal que le apretaba como un tornillo de banco a los de fibra de vidrio actuales, que ceñían pero no

comprimían. Aun así, el aparato estorbaba y la pierna le daba pinchazos dolorosos cuando tenía que llevarlo mucho tiempo. Se dio un masaje con una mano experta en el pie y la parte baja de la pantorrilla. La sangre empezó a circular otra vez.

Sara había nacido dos meses antes de tiempo, y desde el principio fue una niña enfermiza. Unas infecciones le afectaron los pulmones y le produjeron una neumonía y una infancia llena de complicaciones de salud. El difícil parto también le había provocado un daño irreparable en un nervio del pie izquierdo. De niña, Sara necesitaba un aparato y unas muletas de metal para caminar. Ahora ya no usaba muletas, pero el aparato y, de vez en cuando, un bastón seguían a la vista.

Toda su juventud estuvo llena de visitas constantes al hospital y viajes para ver médicos especialistas y terapeutas. Durante interminables días soleados de verano, Sara se veía obligada a permanecer encerrada en su cuarto en vez de jugar al aire libre con los otros niños. Los tutores iban a verla a casa o al hospital porque se perdía muchas clases. Tenía pocos amigos. Las compañeras de colegio nunca la hacían rabiar ni se mofaban de ella, pero daban de lado a aquella extraña niña y la trataban como a una especie de intrusa. A Sara no le permitían asistir a clase de gimnasia. En los recreos tenía que sentarse en los escalones. Los otros niños la miraban con cautela, casi asustados de aquella muchachita frágil y pálida, como si representara la muerte en un lugar que solo entendía de inmortalidad.

Por mucho interés que pusiera en intentar no serlo, Sara fue siempre distinta, siempre consentida, siempre atrasada. Y lo odiaba. Al hacerse mayor, Sara fue aprendiendo que la cojera y el aparato no eran tan difíciles de superar como la percepción de los demás. Cada vez que sufría un revés, a los profesores les faltaba tiempo para excusarse en su salud.

—No es por tu culpa, Sara. Si tuvieras mejor salud...

Sin embargo, cada vez que le decían eso, Sara tenía ganas de gritar. No quería escuchar más excusas ni utilizarlas para justificar sus carencias; lo que quería era superarlas. Controlar eso. Borrarlas del mapa.

El conductor salió de la carretera y tomó el camino de entrada a la casa. Había coches estacionados por todas partes: Rolls Royces, Mercedes, grandes limusinas de toda suerte, coches con matrículas especiales del gobierno.

Algunos chóferes estaban de pie alrededor del camino de entrada, fumando cigarrillos y charlando. Otros permanecían en su coche y leían la prensa.

Cuando la limusina llegó a la casa, Sara volvió a ponerse el aparato, agarró el bastón y se encaminó con todo el garbo que pudo hacia la puerta de entrada.

Michael dio otro sorbo a su Perrier. Sentía un dolor constante que le machacaba el abdomen, pero no se lo comentó a Harvey. Había planeado decirle algo, pero esa noche Harvey estaba tan distraído que Michael decidió esperar. Observó que los ojos de Harvey saltaban nerviosos de uno a otro de los invitados reunidos en la gran sala de baile. Su aspecto general, siempre con un toque de desaliño, era un desastre absoluto.

—¿Te encuentras bien, Harv?

—Estupendo —respondió rápidamente.

—¿Estás pensando en algo?

—Pues... ¿A qué hora tiene que aparecer Sara?

Era la tercera vez que lo preguntaba.

—En cualquier momento —dijo Michael—. Pero ¿por qué demonios es tan importante?

—Nada —contestó Harvey con una sonrisa algo tensa—. Tu esposa y yo estamos teniendo un fogoso romance a tus espaldas, eso es todo.

—¿Otra vez? No soporto que me robes a las mujeres, Harv.

Harvey se dio unos golpecitos en la barriga e intentó alisarse aquel pelo alborotado.

—¿Qué puedo decirte? Soy un semental.

—¿Qué planes tienes para la semana que viene? —le preguntó después de dar otro pequeño trago a su agua.

—¿La semana que viene?

—Tu cumpleaños, Harv.

—Ah —dijo Harvey—, eso.

—Solo se cumplen cincuenta una vez, muchachote.

Harvey apuró lo que quedaba de su martini.

—No me lo recuerdes.

—Cincuenta años —dijo Michael, soltando un silbido—. Cinco décadas enteras.

—Cierra el pico, Michael.

—Medio siglo. Las bodas de oro. Cuesta creerlo.

—Eso es un amigo, Mike. Gracias.

—Venga, Harv —dijo Michael, sonriendo—. Nunca has tenido mejor aspecto.

—Sí, bueno, es que me canso de quitarme a las mujeres de encima a fuerza de palos. —Harvey miró detrás de Michael y descubrió que Cassandra se dirigía hacia ellos—. Hablando de apartar a las mujeres a fuerza de palos...

—¿Qué?

—Alarma de cuñada.

—¿Dónde?

—Hola, Michael —dijo Cassandra, dándole unas palmaditas en el hombro.

—Justo detrás de ti.

—Gracias. —Michael se volvió de mala gana hacia Cassandra—. Buenas noches, Cassandra.

—Cuánto tiempo sin verte, Michael —le dijo—. Mucho. Seis meses, creo.

—Una cosa así. ¿Te acuerdas de mi amigo Harvey Riker?

—Ah, sí. El médico.

Harvey dio un paso adelante.

—Me alegro de volver a verte, Cassandra.

Cassandra hizo un ligero gesto con la cabeza, ignorándolo, porque no quitaba los ojos del rostro de Michael.

—¿Qué tal me ves esta noche, Michael?

—Bien.

—¿Bien? —repitió ella.

Michael se encogió de hombros.

—Eso no compromete a nada —señaló Cassandra.

Michael volvió a encogerse de hombros. Cassandra dirigió su atención a Harvey por un brevísimo instante.

—Doctor Riker, ¿está usted de acuerdo con la valoración de Michael?

Harvey se aclaró la garganta.

—Esto... Me vienen a la cabeza un montón de palabras, Cassandra. Pero *bien* no es una de ellas.

Cassandra sonrió brevemente, con la mirada de nuevo puesta en Michael.

—Michael, ¿podemos hablar un momento? —preguntó.

—Mira, Cassandra...

—No hay problema —interrumpió Harvey—. De todos modos, necesito llenar el vaso.

Los dos lo miraron mientras se alejaba. En la parte delantera del salón, los músicos de la orquesta contratada por el doctor Lowell terminaron de interpretar *Tie a Yellow Ribbon* y pasaron a *Feelings*. El vocalista sonaba como un gato atrapado en un horno.

—¿Te apetece bailar? —preguntó Cassandra.

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—No estoy de humor. ¿De qué querías hablar conmigo?

—Deja de ser tan grosero, Michael. Te lo diré enseguida. Finjamos que estos son los preliminares. Has oído hablar de los preliminares, ¿verdad?

—Me parece que leí algo sobre el tema en *Cosmopolitan*.

—Muy bien. ¿Te gusta mi vestido?

—Divino. ¿Qué quieres?

—Michael...

—No pretenderás realmente empezar otra vez la misma mierda, ¿verdad?

—¿Qué mierda?

—Sabes muy bien qué mierda, Cassandra.

—Ah, ¿sí?

—Estoy casado con Sara, por el amor de Dios. ¿Te acuerdas de Sara, esa rubia, pequeña, preciosa, con un gusto horrendo para la música y que es tu hermana?

—¿Y qué?

—Entonces, ¿por qué no dejas de molestarme? —dijo Michael, alzando los ojos—. ¿Por qué siempre tienes que acercarte a mí como una fulana de telenovela?

Cassandra se lo quedó mirando.

—No pruebas mi comportamiento, ¿eh, Michael?

—No me corresponde a mí aprobar o desaprobar.

—Bueno, ¿y qué piensas de mí, entonces? —le preguntó, dando un sorbo a la bebida—. Pero de verdad.

—Pienso que eres estupenda —le dijo—. Eres muy guapa, divertida y lista, pero cuando te comportas de este modo —añadió, encogiéndose de hombros— me pones medio enfermo.

—Eres tan encantador... —Cassandra alargó la mano y la puso sobre el pecho de Michael. Luego le guiñó el ojo, se inclinó hacia delante y lo besó en la mejilla.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó él.

Volvió a guiñarle el ojo y señaló a su espalda.

—Por eso —dijo.

Michael dio media vuelta. De pie, en la entrada, Sara los observaba.

Unas pocas horas antes, George había conseguido robar un coche y cambiarle la placa de la matrícula. Estuvo un rato dando vueltas por la zona próxima a la finca de los Lowell para asegurarse de que se aprendía todas las posibles vías de huida antes de aparcar el vehículo en un solar abandonado, a varios kilómetros de distancia. Una vez allí, untó el paté de hígado de oca en una tostada y se sirvió un vino tinto. Muy joven. Un Beaujolais-Villages.

El almuerzo perfecto.

Una vez terminó, limpió el coche, miró el reloj y arrancó de vuelta hacia la mansión del doctor Lowell. Metió la mano en el bolsillo de sus pantalones de Banana Republic y sacó el estilete. Apretó el botón del muelle con el pulgar. La hoja larga y fina saltó con un elegante movimiento.

Espléndido.

Cerró la hoja y volvió a guardársela en el bolsillo. Basta de juegos. Basta de vino y canciones. Era hora de ponerse a trabajar.

Harvey Riker decidió tomarse otro martini. El tercero. ¿O era el cuarto? No estaba seguro. Harvey no era un gran bebedor, pero últimamente se había descubierto echando el ojo a las botellas con un respeto y un deseo nuevos. Habían pasado tantas cosas las últimas semanas... ¿Por qué ahora? ¿Por qué cuando estaban a punto de acorrallar e incluso destruir el virus del sida tenía que suceder todo aquello? Le tendió el vaso al camarero.

—Otro —dijo sin más.

El camarero titubeó, pero luego cogió el vaso.

—El último, ¿de acuerdo?

Harvey asintió. El camarero tenía razón. Ya era más que suficiente. Dio media vuelta y volvió con la gente. Michael seguía hablando con Cassandra. Tío, aquella mujer era otra cosa. Y luego hablan del calor. Cualquiera se quemaría solo con estar al lado de aquel sol. O pillaría una insolación.

«¿Qué edad debe de tener, Harvey? Es lo bastante joven como para ser tu hija, calculo».

Se encogió de hombros. Las fantasías no hacen daño, ¿verdad? No obstante, enseguida volvió a centrarse en otro asunto: el asunto. Sus ojos recorrieron el salón, pero seguía sin haber señales de Sara.

—Hola, doctor Riker.

Harvey se volvió hacia aquella voz conocida.

—¡Hombre, Bradley! ¿Cómo estás?

Bradley Jenkins, el hijo del senador, le ofreció una sonrisa.

—Mucho mejor, gracias.

—¿Alguna complicación?

Bradley negó con la cabeza.

—Ahora mismo me encuentro estupendamente —respondió—. Es como una especie de milagro... Solo que no sé lo que durará.

Harvey miró a aquel joven de voz suave. Sara se lo había presentado hacía años, mucho antes de que Bradley se convirtiera en paciente suyo o de que

sospechara siquiera que tenía sida.

—Tampoco nosotros, Bradley —le dijo en tono serio—. Lo importante es continuar con el tratamiento. Interrumpirlo a la mitad puede ser más peligroso que la enfermedad en sí.

—Estaría loco si lo interrumpiera.

—¿Cuándo te toca la próxima visita?

Bradley no llegó a contestar porque su padre se interpuso en medio de los dos.

—Ni una palabra más —le susurró el senador Jenkins a Harvey—. Venga conmigo.

Harvey hizo lo que el senador le pedía. Fue tras él por el largo pasillo, dejando uno o dos metros entre ambos. El senador Stephen Jenkins se detuvo junto a la última puerta, la abrió, miró hacia atrás para asegurarse de que no había nadie mirando en el pasillo y luego hizo un gesto a Harvey para que entrara. Cerró la puerta tras ellos.

Se encontraban en la biblioteca del doctor Lowell. Una sala enorme, de dos niveles, repleta desde el suelo hasta el alto techo de gruesos libros encuadernados en cuero. Había una escalera móvil para facilitar el acceso a los volúmenes de los estantes más altos y un pasillo volado que rodeaba la sala como una pista de atletismo. Las estanterías, el suelo y los muebles eran de color roble oscuro.

El senador Jenkins se puso a dar vueltas.

—Tendría que ser más prudente y no hablar con mi hijo en público.

—Solo estábamos conversando —le dijo Harvey—. Esto es una fiesta. La gente charla.

—¿Sabe usted lo que ocurriría si la gente descubriera la verdad sobre Bradley?

Harvey hizo una pausa.

—¿La paz en Oriente Medio?

—No se haga el gracioso conmigo, Riker.

—¿El apocalipsis nuclear? ¿El final de las secuelas de *Viernes 13*?

—Estoy en deuda con usted, doctor Riker, pero no me pinche, por favor.

—Usted no me debe nada —dijo Harvey con tono cortante.

—Le ha salvado la vida a mi hijo.

—Eso no lo sabemos. Solo estaremos seguros con el tiempo.

—Aun así —dijo el senador—, es alentador. Le estoy muy agradecido.

—Me conmueve.

—También he sabido lo de la muerte de su socio, el doctor Grey. Mi sentido pésame.

—¿Le apetece hacer una donación pública a su causa favorita?

El senador soltó una risita sin ningún humor.

—No.

—Entonces, ¿qué me dice de hacer que el Senado vote concedernos más fondos?

—Usted sabe que no puedo hacer eso. Los medios de comunicación y la oposición me harían trizas.

—¿Por ayudar a curar una enfermedad mortal?

—Por gastarme los dólares ganados con esfuerzo por los contribuyentes para ayudar a un puñado de pervertidos inmorales y afeminados.

—¿Como su hijo?

El senador bajó la cabeza.

—Un golpe bajo, Riker —le dijo—. Muy bajo. Si llegara a saberse que Bradley era... —Calló de pronto.

—¿Gay? —Harvey terminó la frase por él—. ¿Es esa la palabra que buscaba? Bueno, pues no se sabrá, por lo menos por mí no.

—En ese caso, haré todo cuanto pueda por ayudar a su clínica..., pero discretamente, por supuesto. —El senador Jenkins se paró a pensar un momento—. Además —continuó—, hay otras maneras de recaudar más dinero sin involucrarme a mí.

—¿Como qué?

—Hacer públicos sus resultados.

—Es demasiado pronto.

—Nunca es demasiado pronto —replicó Jenkins—. ¿No cree usted que en Washington ya hay rumores sobre sus éxitos? ¿Cómo piensa que lo descubrí yo? Basta con que enseñe a la prensa unos cuantos análisis de sus pacientes. Con que les enseñe los de ese chico, Krutzer, o los de Paul Leander.

—¿Y qué me dice de Bradley? —sugirió Harvey casi sonriente—. No hay duda de que el hijo de un senador atraería más la atención que un par de gais

desconocidos.

—A él no puede utilizarlo.

—¿Aunque eso significara salvar más vidas...? ¿O es que su hijo es el único homosexual que se merece que lo salven?

—No puede utilizar a Bradley, Riker. Y eso es incontestable. ¿Entendido?

—Entendido, senador. Entiendo que hay cosas más importantes que las vidas humanas. Como las campañas para la reelección, por ejemplo.

El senador se acercó un paso más. Era un hombre alto y el doctor, a su lado, parecía muy menudo.

—Empiezo a estar cansado de tanta indignación moral por su parte, doctor Riker. Tiene las de perder, y he visto hundirse a mucha gente por errores más pequeños.

—¿Es una amenaza?

—No, un aviso. Alguien puede decidir darle una patada si se pone demasiado pesado.

Harvey le devolvió la mirada al senador.

—Me parece que me toma por alguien que no vale una mierda —replicó en tono calmado—. Si mi clínica se va a pique, hay cierto senador por Arkansas, un derechista de mente estrecha, que se hundirá conmigo.

—Caray, está usted ciego, Riker —le espetó el senador Jenkins negando con la cabeza—. Ni siquiera entiende en qué se ha metido.

—Pues dígamelo usted.

—Su causa tiene una buena cantidad de enemigos —continuó Jenkins—. Hay muchísima gente a la que no le importaría acabar con sus investigaciones. Gente poderosa.

—¿Como usted?

Jenkins dio un paso atrás y sacudió la cabeza.

—Yo solo pretendo salvar la vida de mi hijo —dijo en voz baja—. Pero hay personas importantes que quieren que se cierre la clínica... definitivamente.

—Eso ya lo sé, pero puedo arreglarlo.

El senador Stephen Jenkins echó a andar hacia la puerta y la abrió.

—No —dijo—, no creo que pueda.

Sara se quedó mirando a Michael y a Cassandra. Apretó la empuñadura del bastón con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos. Reprimió el deseo de machacar a Cassandra con ese mismo bastón. Cerró los ojos por un instante. Comprendió que eso sería seguirle el juego a su hermana, ya que lo que pretendía Cassandra era justamente ponerla nerviosa. Aun así, no por eso dejó de sentir una oleada de rabia y de celos que le pintó las mejillas de rojo.

Dios sabía que ya tendría que estar acostumbrada al *modus operandi* de Cassandra.

Se aclaró la garganta y empezó a andar hacia ellos, pero alguien le bloqueó el paso.

—Buenas noches, señorita Lowell.

Levantó la vista, sorprendida.

—Ah, buenas noches, reverendo Sanders.

—Por favor —dijo el predicador con su famosa sonrisa iluminándole la cara—, concédame un momento.

La acompañó hacia el pasillo vacío hasta quedar fuera del campo de visión.

—No esperaba verlo aquí —empezó Sara.

«¿Y qué demonios está haciendo aquí, por cierto?».

—La Santa Cruzada es un importante contribuyente a la organización de su padre —explicó—. Así que su padre no tuvo más remedio que invitar a un representante de nuestra organización. Y como yo siempre quise conocer al prestigioso doctor Lowell, decidí ser yo ese representante.

—Entiendo —replicó Sara.

—Sí, señorita Lowell, a pesar de su crítica despiadada a la Santa Cruzada y a lo que como temerosos de Dios creemos...

—Yo no he hablado de creencias en el reportaje —lo interrumpió Sara—. Me he referido a las finanzas y los impuestos.

Sanders sonrió.

—Se cree usted muy lista, ¿verdad que sí, señorita Lowell? —le dijo Sanders—. ¿De veras cree que su mezquino reportaje puede hacer daño a mi ministerio? Es usted idiota. Al intentar destruirme ha conseguido justo lo contrario.

Sara se apoyó en el bastón.

—No sé de qué me habla, pero si me disculpa... —dijo, y se dispuso a regresar a la fiesta, pero Sanders alargó la mano y la sujetó con firmeza por el codo.

—No han dejado de enviarnos dinero desde que finalizó la transmisión, señorita Lowell. Nuestro número de teléfono suena como un loco. La publicidad gratuita del programa...

—Suélteme o me pongo a cantar con voz de tiple.

La sujetó aún más fuerte. Continuó:

—Sus ataques contra mí han movilizado a mis partidarios. Los justos ven una amenaza y se alzan para ayudar...

—¿Hay algún problema por aquí?

Sanders soltó el brazo de Sara y se volvió rápidamente hacia la voz. Recuperó la sonrisa.

—¡Caramba, si es Michael Silverman! ¡La estrella del baloncesto! Soy un gran fan suyo. Me alegro de conocerlo.

Sara vio que Sanders tendía la mano. Los ojos de Michael echaban chispas, apenas conseguía contener la ira. Sara se acercó a Michael y le acarició el hombro. Los músculos de Michael estaban tensos y agarrotados. Él siguió ignorando la mano tendida del reverendo. Unos segundos después, Sanders la retiró casi sin suavizar la sonrisa.

—Sí, bien, ha sido muy agradable hablar con ustedes —farfulló Sanders—, pero debo volver de inmediato a la fiesta.

—Oh, ¿de veras? —replicó Michael.

Sanders estaba empapado de sudor.

—Espero volver a verlos en la fiesta —dijo—. Adiós, señorita Lowell.

—Adiós, reverendo.

Sanders se volvió hacia Michael.

—Ah, por cierto, señor Silverman, la Santa Cruzada apoya de forma incondicional a Israel. He pensado que debería saberlo.

Michael se quedó mirando cómo Sanders desaparecía por el pasillo.

—Permiso para machacarle la cabeza.

—Permiso denegado... Por ahora.

—Ya nunca me dejas divertirme —dijo Michael, empezando a relajarse un poco.

—Lo siento.

—Así que apoya de forma incondicional a Israel. ¿No es estupendo, cariño? Apostaría a que algunos de sus mejores amigos son judíos.

Sara asintió con la cabeza.

—Y probablemente quiera convertirse.

—Yo le haré la circuncisión.

Michael estrechó fuertemente a Sara.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

—Muy bien —respondió Sara. Se quitó las gafas y las limpió con el pañuelo de Michael—. Así, ¿qué ha hecho esta noche, mi valiente héroe?

—Lo de siempre. —Michael se encogió de hombros—. He salvado a niños pequeños de las llamas, he luchado contra el crimen en las calles, he sufrido los coqueteos de tu hermana.

Sara se rio.

—Cassandra es un pelín agresiva.

—Solo un pelín, como Napoleón. No te habrás molestado, ¿verdad?

—¿Yo? —preguntó Sara—. Qué va. Aunque he sentido un fuerte deseo de aplastarle la cabeza con el bastón.

—¡Esta es mi chica!

—Supongo que te has defendido con bravura.

Michael se llevó la mano al pecho.

—Mi castidad permanece intacta.

—Bien.

—Por cierto, esta noche has estado estupenda.

Sara arqueó las cejas.

—Quiero decir en el programa, boba. No me extraña que Sanders estuviera cabreado. Has ido a machete contra él.

—Pero probablemente tenga razón, Michael. Lo único que hará el informe es dar alas a sus adeptos y aportarle unos cuantos más. Eso es todo.

—A corto plazo, puede ser. Pero hasta los imbéciles acaban aprendiendo.

—No son imbéciles. Un poco crédulos, tal vez...

—Lo que sea —le replicó él, cogiéndola de la mano—. ¿Preparada para presentarte ante el público que te adora?

—No del todo.

—Bueno, entonces sígueme, minina.

—¿Adónde?

—Antes, por la tarde, me has dicho algo de montármelo contigo, creo recordar.

—Ah, ¿sí? No me acuerdo.

—Ha sido justo después de que me llamaras «taladro».

—¡Oh! —dijo, echando a andar hacia la escalera—. Ahora me acuerdo.

—¡Senador Jenkins!

Stephen Jenkins se volvió hacia la voz. Su sonrisa falsa de buscavotos, que lucía clavada en su flácido rostro, se mostró todavía más agradable.

—Hola, reverendo —dijo—. ¡Qué maravilla verlo a usted!

El senador Jenkins y el reverendo Sanders se dieron un buen apretón de manos. El senador sabía que Sanders era una de las personas más influyentes en el sur. A lo largo de los últimos diez años, la derecha religiosa había sido crucial para la reelección del senador Jenkins y nadie le procuraba tantos votos como el reverendo Ernest Sanders. Si alguien tenía a Sanders de su lado, se dedicaba a alabarlo como un auténtico descendiente de los profetas. Si lo tenía en contra, bueno, el demonio recibía mejor trato que él en sus sermones. Por suerte para Jenkins, el reverendo lo había respaldado. Sin su apoyo bien enraizado, el senador tal vez hubiera perdido en la última ronda frente a aquel progresista en ascenso que los demócratas habían presentado contra él.

—Gracias, Stephen. Menuda fiesta, ¿verdad?

—Oh, sí —repuso Jenkins.

Sin ni siquiera hacer un gesto con la cabeza o cruzar una mirada de complicidad, los dos hombres echaron a andar por el largo pasillo hasta que estuvieron lo suficientemente lejos de las miradas y los oídos. Sus sonrisas desaparecieron de inmediato. Ernest Sanders se acercó al oído de Jenkins con la expresión tensa y decidida.

—No estoy muy satisfecho con la lista de invitados de esta fiesta —dijo.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué diantre hace aquí el doctor Harvey Riker?

—Es muy amigo de la hija de John —le explicó Jenkins.

—Eso no es bueno, Stephen. Que este hombre esté aquí... sirve para conferirle cierta legitimidad, ¿no le parece?

El senador asintió, aunque en realidad no estaba de acuerdo. Sabía también que su viejo amigo John Lowell estaba infinitamente más molesto por tener a Sanders allí que a Riker. John había dejado muy claro que no quería que nadie supiera de su relación con el predicador.

—Últimamente han pasado muchas cosas —continuó Sanders—. Será mejor que estemos preparados. Creo que deberíamos reunirnos la semana que viene.

—¿Dónde?

—En Bethesda.

El senador asintió de nuevo.

—¿Se queda mucho tiempo en la ciudad, reverendo? —preguntó.

—No —respondió Sanders—. Me marcho mañana por la tarde. Solo he venido por lo de la entrevista y... ¿cómo lo diría? —Hizo una pausa, pensativo—. Para mantener unida la sagrada coalición.

Jenkins sintió un latigazo frío recorrerle la espalda.

—No le entiendo —dijo.

Sanders miró directamente a Stephen Jenkins.

—No hay nada de lo que preocuparse, Stephen —dijo—. Yo me ocuparé de todo.

Unas pocas horas después, Harvey Riker descubrió a Sara, sola, junto a la barra del bar. «Por fin —pensó, mientras algo semejante al alivio le recorría el cuerpo—, una oportunidad para hablar con ella a solas». Durante los últimos quince minutos, Harvey había estado observando a Sara y a Bradley Jenkins sumidos en lo que parecía una conversación muy seria. Fueron interrumpidos por el padre de Bradley, que se unió a ellos y se llevó a Bradley consigo. Nada sorprendente. Harvey sabía que Sara era la confidente de Bradley. Y probablemente el senador Jenkins también lo supiera.

Sara estaba apoyada sobre su bastón dando pequeños sorbos a su bebida. Harvey se le acercó.

—Aquí estás —empezó—. Llevo toda la noche buscándote. Enhorabuena

por el programa.

—Gracias, Harvey —dijo ella tras darle un beso en la mejilla—. ¿Cómo andas?

—Muy bien.

—¿Y la clínica?

—Bien —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Has hablado ya con Michael?

—¿De qué?

—De su estómago.

—No —repuso—. ¿Qué le pasa a su estómago?

—Lo mataré —dijo Sara, frunciendo el ceño.

—¿Qué le pasa a su estómago?

—Lleva más de una semana con unos dolores de estómago terribles.

Harvey asintió. Por fin lo entendía.

—Eso explica las muecas que lleva haciendo toda la noche.

—Es que no me lo puedo creer —continuó Sara—. Me prometió que hablaría contigo.

—No le echas la culpa a él, Sara. Esta noche no he estado demasiado receptivo. Es probable que haya pensado que era un mal momento.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Necesito hablar contigo de una cosa importante. —A pesar de lo que hubiera prometido antes, Harvey había ido bastante más allá del cuarto martini. Le pegó otro trago y disfrutó de la sensación de frescor del líquido circulándole por la boca antes de engullirlo. Tal vez antes estuviera un poquito alegre, pero ahora tenía la mente sobria y alerta—. Es sobre la clínica —empezó a explicar lentamente, sopesando cada palabra antes de articularla—, y creo que también sobre la muerte de Bruce.

Se detuvo. Hizo un gesto con la mano.

—Vamos a dar un paseo.

Cruzaron la cristalera y salieron al amplio espacio de los terrenos ajardinados. Había muchos invitados por allí porque la fiesta iba esparciéndose desde el salón de baile lleno de gente hacia los prados y los jardines de diseño formal que había detrás. Caminaron los dos en silencio hasta pasar la piscina, la cabaña y las pistas de tenis. Sara condujo a Harvey

hacia el cobertizo donde su padre tenía los caballos. Abrió la puerta de la cuadra y la invadió el olor a heno y animales. Entraron. Un caballo relinchó.

—Es una finca hermosa —dijo Harvey.

—Sí que lo es.

Harvey acarició la ancha frente de un gran caballo gris.

—¿Montas mucho a caballo? —preguntó.

Sara sacudió la cabeza.

—Cassandra es la amazona de la familia. Cuando era niña a los médicos no les gustaba la idea de verme encima de un caballo, así que nunca monté.

—Oh.

—Bueno, ¿por qué no me cuentas qué ocurre?

—Vas a pensar que estoy loco.

—No sería nada nuevo.

Harvey soltó una risita y luego recorrió con la mirada la zona para asegurarse de que no había nadie.

—Muy bien —dijo lentamente—, vamos allá. Como bien sabes, Bruce y yo llevábamos casi tres años dirigiendo la clínica, haciendo todo lo posible por mantener en secreto nuestros resultados y evitar la prensa a cualquier precio.

—Lo sé —apuntó Sara—, pero nunca he entendido por qué. Normalmente lo que más buscan las clínicas y los médicos es la atención de los medios.

—Normalmente sí. Y yo, por mi parte, no tengo nada en contra de lo de ver mi cara sonriente en la tele. Pero esto es muy distinto, Sara; es algo gordo. En primer lugar, nuestro tratamiento es experimental. En estos casos, hasta un rumor de éxito genera unas expectativas que probablemente no podamos satisfacer. En segundo lugar, trabajamos solo con cuarenta pacientes, y muchos de ellos no quieren que sus casos se hagan públicos por razones obvias. El sida sigue siendo una plaga maligna en nuestra sociedad, una plaga que provoca prejuicios y discriminaciones de primer orden.

—Entiendo.

—Pero ahora han entrado en juego algunos factores nuevos.

—¿Como qué?

—Dinero —indicó rotundamente—. Nos estamos quedando sin él y necesitamos más con urgencia. Sin un poco de presión popular para que el

gobierno federal nos alargue la subvención y sin algunas donaciones independientes, la clínica no podrá sobrevivir por mucho más tiempo. Y... — Hizo una pausa—. Hay algo más —añadió—. Algo que tienes que jurarme que mantendrás en secreto.

—Adelante.

—Júralo.

Sara lo miró, perpleja.

—Lo juro.

—Probablemente hayas oído algunos rumores, Sara —dijo tras un profundo suspiro de alivio—. Por mucho esfuerzo que pongamos en que las cosas no se sepan, empiezan a haber filtraciones. Todo empezó con el éxito del fármaco contra el virus aislado en el laboratorio. Luego se lo inyectamos a ratones. En poco tiempo el VIH fue destruido en prácticamente cada caso, y lo mismo sucedió cuando experimentamos con los monos.

Sara tragó saliva.

—¿Qué tratas de decirme? —le preguntó.

—Algo así no puede mantenerse en secreto por mucho tiempo —continuó Harvey—, y quiero ser franco: pensamos que iba siendo hora de dar a conocer los hechos, poco a poco, claro está.

Sara se quedó boquiabierta. Había oído algún rumor, pero lo había desechado como si fuera una mera ilusión.

—¿Quieres decir que...? —preguntó.

—Que hemos encontrado una cura —confirmó Harvey—, o por lo menos un tratamiento muy eficaz contra el virus del sida.

—Dios mío.

—Todavía no funciona siempre —se apresuró a explicar—, y no es una cura milagrosa en el sentido clásico. Es un tratamiento largo y a menudo doloroso, pero en varios casos hemos logrado un gran éxito.

—Pero ¿por qué, entonces, queréis mantenerlo en secreto?

Harvey Riker se sacó un pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de la cara. Sara nunca lo había visto tan tenso y cansado.

—Buena pregunta —le respondió—. El VIH, lo que llamamos virus de inmunodeficiencia humana, es un bichejo muy escurridizo. Resultó difícil saber con certeza si estábamos bloqueando realmente los efectos del virus o si

solo nos estaba eludiendo él a nosotros durante un tiempo. El VIH cambia de forma constante, muta, incluso se oculta en el interior de las células humanas. Así que no sabíamos nada de los verdaderos efectos a largo plazo de lo que hacíamos. Imagínate que asegurábamos que teníamos una cura para el sida y luego descubríamos que estábamos equivocados, Sara.

—Sería catastrófico —dijo ella.

—Por decirlo suavemente. Y luego tenemos que batallar con el Departamento de Salud y Servicios Humanos.

—¿El Departamento de Salud y Servicios Humanos? ¿Y qué tienen que ver ellos con eso?

—Todo. Es un gigante de la burocracia, y los burócratas siempre tienen un modo de frenar las cosas para que vayan a paso de tortuga. El Servicio Nacional de Salud, demonios, la Administración de Alimentación y Medicamentos, los Centros de Prevención y Control de las Enfermedades, los Institutos Nacionales de Salud... Puñeta, todos están regulados por el Departamento de Salud y Servicios Humanos.

—Burócratas encima de burócratas.

—Exacto. Es una de las razones por las que tenemos nuestras cajas de seguridad fuera del país, donde ese departamento no pueda meter las narices cuando se aburren o el ego de algún burócrata se sale de madre.

—Ahora no te sigo.

—Sabes que trabajé de médico en Vietnam, ¿verdad?

Sara asintió en silencio.

—Bueno, me pasé un montón de tiempo en el Sudeste de Asia. Es una sociedad silenciosa. Misteriosa. Nadie interfiere en los asuntos de uno. Bruce y yo decidimos guardar todos nuestros análisis de laboratorio (muestras de tejido, análisis de sangre, ese tipo de cosas) en Bangkok para que estuvieran fuera del alcance.

—¿Para evitar parte de la burocracia?

Él asintió.

—De todos modos, en algunos casos su función es justificable, sin duda. Por ejemplo, la FDA se empeña en hacer pruebas durante años con los medicamentos nuevos para garantizar que son seguros. Probablemente hayas leído cosas sobre medicamentos experimentales que la FDA no permite tomar

a los pacientes de sida.

—Nunca he creído que esto tenga mucho sentido.

—Es un debate complicado, pero estoy de acuerdo contigo. Si el sida es una enfermedad terminal, ¿qué daño puede causarle a un pobre desgraciado que experimenten con él si ya está en el corredor de la muerte? Lo que nosotros esperábamos hacer en la clínica era proporcionar a la FDA tantas pruebas que se pudiera impedir cualquier retraso innecesario. Y, al mismo tiempo, ir haciendo pruebas con nuestro compuesto sin el pánico y la atención mediática que podrían causar nuestros resultados.

Sara se quedó un momento pensando.

—Pero ¿no podríais presentar vuestros resultados a los de la administración en secreto? Seguro que os concederían más fondos en cuanto vieran algunos resultados positivos.

—Olvidas —le respondió él con una sonrisa— que las personas que deciden esos asuntos son políticos. ¿Puedes imaginarte a un político con la boca cerrada sobre un tema de esta magnitud? Imposible, Sara. Intentarían exprimirlo al máximo para sacarle todos los votos que pudieran.

—Buena observación.

—Y una cosa más. No todos los peces gordos están a favor de nuestro programa. Por ejemplo, tu padre.

—Las objeciones de mi padre a vuestra clínica son diferentes —replicó ella a la defensiva—. Si supiera que ya habéis encontrado una cura...

—Quizá me he precipitado al hablar —la interrumpió—. Tu padre es un terapeuta entregado a su trabajo y nunca cuestionaría su compromiso con la lucha por acabar con el sufrimiento humano. No estoy de acuerdo con su postura ante el sida, pero comprendo que es una diferencia de opiniones, no de ideología. Pero hay otros, Sara; tipos como ese cabrón de Sanders y sus seguidores lobotomizados, que harían lo que fuera para impedir nuestra investigación.

—Pero no entiendo qué tiene que ver todo esto con la muerte de Bruce. Si estabais tan cerca de alcanzar el objetivo, ¿por qué se suicidó?

Harvey bajó la cabeza. Clavó los ojos enrojecidos y cansados en sus zapatos.

—Esa es justamente la cuestión.

—¿El qué?

Se puso a jugar con la pajita de la copa.

—Pongamos que yo quiero demostrarte que realmente habíamos dado con una cura para el sida —dijo—. ¿Qué podría enseñarte para demostrar esa pretensión sin sombra de duda?

—Historiales clínicos.

Harvey asintió.

—En otras palabras: pacientes ya curados, ¿verdad?

—Verdad.

—Bruce, Eric y yo lo veíamos del mismo modo. La parte más importante de nuestra investigación son los pacientes, Sara. Es evidente que si podemos presentar al mundo a los pacientes que se hayan curado totalmente, pacientes que no sigan siendo VIH positivos, tendremos las pruebas necesarias para apoyar nuestra afirmación.

—Entendido.

—El problema es que ahora dos de nuestros mejores casos, Bill Whitherson y Scott Trian están muertos.

—¿Por culpa del sida? —preguntó Sara.

—Asesinados —respondió Harvey negando con la cabeza.

A Sara la palabra le cayó como un bofetón en seco.

—¿Qué?

—Los dos murieron por múltiples heridas de arma blanca con dos semanas de diferencia el uno del otro.

—No leí nada de eso.

—Los asesinatos de gays pocas veces llegan a las primeras páginas, Sara.

—¿Has hablado con la policía?

—Les pareció una coincidencia interesante, pero nada más —explicó—. Indicaron otras similitudes entre ambos hombres: los dos eran gays, los dos vivían en Greenwich Village, los dos tenían el pelo castaño, etcétera.

—Puede que tuvieran razón —dijo Sara—. Podía ser solo una coincidencia.

—Ya lo sé. Yo también lo pensé.

—¿Pero?

—Pero ahora Bruce también ha muerto.

—¿Y crees que su suicidio tiene relación con esto?

Harvey Riker hizo una pausa y exhaló profundamente.

—Yo no creo que Bruce se suicidara, Sara. Creo que lo asesinaron.

Sara notó que se le secaba la boca.

—Pero ¿cómo puede ser eso? ¿No había una nota?

—Sí.

—¿Y no era de puño y letra de Bruce?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo...?

—No estoy muy seguro de cómo lo hicieron. Podía ser una buena falsificación o cualquier cosa... No lo sé.

En el rostro de Sara apareció una expresión de perplejidad.

—Entonces —dijo—, ¿lo que insinúas es que a Bruce lo arrojaron por la ventana?

—Lo que digo es que merece la pena considerarlo. Se suponía que Bruce estaba de vacaciones en Cancún. ¿Qué clase de persona acorta unas vacaciones para volver a casa y suicidarse? Y algo más.

—¿Qué?

—Pocos minutos antes de morir, Bruce me llamó por teléfono. Me pareció que estaba cagado de miedo. Dijo que tenía que hablar conmigo en privado de algo importante. Estoy seguro de que era sobre los asesinatos. Hablamos solo uno o dos minutos y luego colgó de repente.

—¿Bruce te dijo dónde estaba?

—No.

—Déjame hacerte otra pregunta —continuó Sara, cuya mente iba ahora a toda velocidad—. ¿Hay otros casos clínicos válidos que puedas presentar, además de las dos víctimas de asesinato?

—Sí. Por lo menos otros cuatro. Ya sé que esta historia parece una locura, Sara, y sí, sé que hay un millón de soluciones racionales más a todo esto. Podría haber un trastornado antigay rondando por la clínica y que siguiera a Whitherson y a Trian a sus casas y los matara. Incluso podría ser otro paciente o alguien del personal. Pero esto es algo tan grande, tan importante, Sara... Si alguien, y reconozco que es un «si» muy grande, si alguien los asesinó por su relación con la clínica y ese alguien hace lo mismo con el resto, eso

significaría otro retraso en la demostración de que el tratamiento funciona. Y ese retraso podría costar miles, tal vez hasta cientos de miles de vidas.

—Entiendo tu punto de vista —le dijo Sara—, pero ¿por qué me lo cuentas a mí?

Harvey sonrió, aunque su expresión seguía reflejando el agotamiento.

—Yo no tengo muchas cosas, Sara. Me he divorciado. No tengo hijos. Mi único hermano murió de sida. Mi padre murió hace años y mi madre tiene alzhéimer. Estoy todo el día trabajando, así que tampoco tengo muchos amigos. —Hizo una pausa como si quisiera coger un poco de fuerza—. Para mí, Michael ha sido siempre como un hijo. Eso te convierte a ti, bueno, en una nuera de primera clase. Te guste o no, Michael y tú sois mi familia.

—Sí que nos gusta —dijo ella en tono suave. Le cogió de la mano—. ¿Le has contado esto a alguien más?

—Voy a decírselo a Michael, pero quería hablarlo antes contigo. Y Eric lo sabe, naturalmente. Ha estado maravilloso desde que entró en la clínica el año pasado. Dependo de él para casi todo.

—Me alegro de que funcionara tan bien.

—Sí, bueno, Eric y yo empezamos a cuestionarnos nuestra cordura después de todo este follón de los asesinatos. Ya no estamos seguros de si somos unos dementes rematados o solo un par de conspiradores paranoicos. Trabajar en una enfermedad como esta acaba volviéndote un poco chiflado. ¿Querrás ayudarme a investigar este tema?

—Me pondré a ello inmediatamente —accedió Sara—. Tengo un amigo en Homicidios, el detective Max Bernstein. Hablaré con él. Pero tengo otra sugerencia.

—¿Cuál?

Sara titubeó.

—Déjame hacer un reportaje sobre la clínica —dijo finalmente.

—¿Qué?

—Lo haremos en directo en *NewsFlash*. La publicidad positiva obligará al gobierno a refinanciar la clínica.

—No lo sé, Sara —dijo Riker—. Igual los de Washington se cabrean.

—¿Y qué? —replicó ella—. Después del reportaje tendrás a todo Estados Unidos de tu parte. Los políticos no se atreverán a cerrar el centro.

Harvey bajó la mirada y estuvo unos instantes sin hablar.

—¿Harv?

—¿Se podría mantener en secreto la identidad y la dirección? —preguntó—. Que no salgan nombres de médicos, ni nombres de pacientes, ni nada así. No puedo arriesgar la confidencialidad de mis pacientes.

—Ningún problema.

Harvey miró alrededor con los ojos empañados de temor.

—Si crees que puede funcionar...

—Tiene que funcionar —insistió Sara—. Como has dicho antes, es hora de que el mundo lo sepa.

—De acuerdo, pues —accedió Harvey—. Hazlo. —Sacudió la cabeza en un vano intento por aclarar las ideas. Trataba de alegrar la cara—. Ahora cambiemos de tema un ratito. ¿Cómo estás?

—De hecho —dijo Sara con un atisbo de sonrisa—, necesito que me hagas un pequeño favor.

—Tú dirás.

—Necesito que me encuentres un tocólogo.

Ahora fue Harvey quien se sorprendió.

—Dios, Sara, ¿estás...?

Sara se encogió de hombros, intentando contener la excitación. Estaba deseosa de decir que sí, de ver la cara que ponía Michael después de recibir los resultados positivos del análisis.

—Solo tengo un retraso.

—Tal vez esta sea una pregunta poco sensible, pero ¿qué pasa con tu carrera?

—En este aspecto, no hay problema. Puedo seguir grabando los programas hasta que nazca, y a las cadenas les encanta hacer publicidad con los permisos de maternidad. Al parecer, eso pone los índices por las nubes.

—¿Puedes estar en el Columbia Presbyterian mañana a las diez de la mañana?

—Sí.

—Bien. Pregunta por la doctora Carol Simpson. Ya sabrá que vas a ir. —Hizo una pausa y luego añadió con un tono serio—: Sé que Michael y tú llevabais tiempo intentándolo. ¿Se lo has dicho?

Sara negó con la cabeza.

—Prefiero esperar los resultados de los análisis —dijo—. No quiero que se haga muchas ilusiones si no es más que otra falsa alarma.

—¿Te importa si quedo allí contigo?

—Me gustaría.

—Fantástico. Entonces nos vemos allí.

—¿Harvey?

—¿Sí?

—No te olvides de hablar con Michael sobre lo de su estómago. Él no te dirá nada, pero la verdad es que le está dando bastantes problemas.

—Hablaré con él ahora mismo.

George estaba sentado en su coche, detrás de unos frondosos arbustos, donde empezaba el camino de entrada de la casa del doctor Lowell. Echó una ojeada a su Piaget de oro. Se hacía tarde. La fiesta iba cuesta abajo. Muchos de los invitados ya se habían marchado.

George llevaba horas sentado en el coche vigilando cuando su supuesta víctima llegó a la casa en una limusina reluciente. Aquella alma de cántaro andaba ahora por la enorme mansión disfrutando del paté de fuagrás y el champán Dom Pérignon, alternando con la *jet set*, y sin tener ni idea de que al cabo de unas pocas horas el estilete en manos de George le abriría en canal las arterias y pondría fin a su vida para siempre.

Examinó la hoja del estilete por delante y por detrás. Hasta en plena oscuridad refulgía amenazadora.

Una limusina bajó por el camino de entrada y se alejó. George alzó la mirada. Reconoció inmediatamente la matrícula. El flujo de adrenalina, tan familiar, le recorrió las venas.

Hizo girar la llave de contacto y la siguió.

Era un contraataque rápido dos contra uno. Michael se había enfrentado a cientos de ellos en su carrera; a miles, quizá. Observó al primer seleccionado por los New York Knicks de los nuevos fichajes, un chaval negro esquelético de la Memphis State University que se llamaba Jerome Holloway, fintar hacia él con la velocidad del rayo. A la izquierda de Jerome corría Mark Boone, el segundo seleccionado de los Knicks, un blanco grandote de Brigham Young que parecía un destripaterrones gigante. Los dos chavales iban lanzados contra el viejo veterano con los ojos llenos de determinación.

«Venid con papá», pensó Michael.

Michael sabía defender un dos contra uno mejor que nadie: confundir a ambos, especialmente al que conducía la pelota. La clave estaba en hacer que ese chico, Holloway, hiciera un pase malo o retrasarlo el tiempo suficiente para que llegaran los compañeros de equipo de Michael, sus refuerzos.

Michael amagó con la cabeza atrás y adelante, alternando los intentos de bloquear el avance de Holloway hacia el aro e ir a por Boone, el jugador que estaba solo. Tenía toda la pinta, pensó, de un hombre a punto de sufrir un ataque. Pero eso era bueno; a los novatos había que espabilarlos.

Jerome Holloway iba derecho al aro. En el último instante, Michael se interpuso. Jerome dio un salto, buscó desesperadamente con la mirada a Boone, que corría por el otro lado. Michael casi sonríe. En cuanto los pies de Holloway dejaran el suelo, estaría vendido. Error. El típico error de novato. Como era de esperar, al chico se le puso cara de susto y empezó a mover los brazos hacia el pecho, preparándose para pasarle la pelota a Boone.

Como quitarle un caramelo a un niño.

Michael se deslizó entre los dos con la intención de robar el balón en el pase y salir corriendo por la pista en un rápido contragolpe. Había hecho eso mismo innumerables veces. Muchos partidos se habían decidido con un cambio de ritmo así. Michael dio un paso adelante y alargó el brazo a la línea de pase justo en el momento en que Holloway iba a soltar el balón.

Pero Holloway se hizo atrás. El intento de pase y la cara de pánico no eran más que una trampa. Michael quedó entonces completamente descolocado y tuvo que ver cómo Holloway ponía el balón entre mano y antebrazo con una sonrisa y se deslizaba hacia la canasta. El mate entró por el aro con una fuerza notable. El tablero vibró tras el ataque.

Holloway aterrizó y se volvió hacia Michael. La sonrisa seguía plantada en su rostro. Casi sin aliento, Michael logró decirle:

—Ya lo sé. Ya lo sé. En mi cara, ¿eh?

—Tú lo has dicho, vieja gloria, no yo. Pero me encanta jugar contra leyendas.

—Esto es un entreno, chaval. Estamos en el mismo equipo.

—Los Knicks hasta el final. Por cierto, qué pantalones tan bonitos.

—¿Te gustan?

—¿Flores de color rosa y aguamarina? Muy en la onda.

Corrieron hacia el otro lado de la pista. Después de la pachanga, los diez jugadores estaban empapados de sudor. Los cuerpos brillaban bajo la luz tenue. Michael tenía calor, estaba cansado, un poco en baja forma. El dolor de barriga tampoco le ayudaba mucho.

La próxima temporada sería la duodécima de Michael en los New York Knicks. Había empezado igual que Holloway, como número uno de los nuevos fichajes. Tras titularse en la Universidad de Stanford con veintidós años, en su primera temporada en la NBA ya se había convertido en una estrella al ganar el premio al Rookie del año y entrar en el equipo del All Stars. Ese mismo año, los Knicks pasaron del último al segundo puesto en la Conferencia Este, o sea, veinte partidos ganados más. Al año siguiente, Michael condujo al equipo hasta la final, que perdieron tras un enfrentamiento a siete partidos con los Phoenix Suns. Dos años después recogía su primer anillo de campeón de la NBA. En su carrera ya llevaba ganados tres, siempre con los Knicks; lo habían seleccionado diez veces para el All Stars y había sido el número uno del campeonato en robos de balón y asistencias durante ocho temporadas.

Nada mal para una vieja gloria.

Michael jugaba de escolta polivalente, porque hacía de todo. Había muchos que anotaban tanto como él, un par que pasaban como él, pero prácticamente ninguno que supiera defender como él. Si se sumaba todo, se

obtenía el jugador que necesitaba cualquier equipo que quisiera ser campeón.

—¿Qué pasa, Michael? ¿Te pesan los años? ¡Mueve el culo!

Michael se oyó coger aire. La voz pertenecía al nuevo primer entrenador de los Knicks, Richie Crenshaw. Richie había sido el elegido en segunda ronda por los Boston Celtics el mismo año que los Knicks eligieron a Michael en primera. En los tiempos de Crenshaw como jugador habían tenido una cierta rivalidad, pero una rivalidad amistosa en casi todos los aspectos. Los dos se llevaban muy bien fuera de la cancha. Ahora, Richie Crenshaw era el entrenador de Michael y seguían siendo buenos amigos.

«¡Vete a la mierda, Richie!», le gritó Michael, pero para sus adentros.

Los pulmones le ardían; tenía la garganta seca. Se estaba haciendo mayor, puñeta, a pesar de que los dioses de la salud siempre le habían sonreído en las más de diez primeras temporadas que había estado en la NBA. Sin lesiones. Tuvo un accidente náutico hace unos años, pero sucedió en vacaciones, así que no contaba. En casi diez temporadas completas solo se perdió dos partidos y fue por un tirón en la ingle poco importante. Increíble, desde luego. Inaudito. Pero entonces debió de pasar algo que cabreó un montón a los dioses. Michael cayó mal en un partido contra los Washington Bullets y se torció la rodilla. Para acabar de empeorar las cosas, el animal de Big Burt Wesson, el matón de los Bullets lanzó sus ciento veinte kilos encima de Michael en la pista. El pie de Michael estaba firmemente plantado en el suelo. Pero su rodilla no. Se torció para el lado malo..., para atrás, en realidad. Se oyó un fuerte chasquido y el grito de Michael atronó el estadio.

Más de un año retirado del baloncesto.

Le pusieron una escayola enorme en la pierna que era más o menos igual de eficaz que una coquilla de *tweed*. Meses enteros cojeando y oyendo a Sara hacerle rabiar.

«—Deja de imitar mi cojera. Eso no es nada bonito. Genial. Me he casado con una actriz de comedias.

»—Pues podríamos formar una pareja de cómicos —había sugerido Sara con entusiasmo—. El Dúo Cojitrancos. Arrastraríamos la pata para reírnos. Tendríamos tanta gracia como una muleta de goma.

»—Horrible. Horroroso. Ni gota de gracia. Déjalo ya.

»—¿Que no es divertido? Pues entonces formamos una pareja de baile.

Cojea a la izquierda. Cojea a la derecha. Podríamos cambiar los aparatos de las piernas durante un tango.

»—Para ya. Socorro. Policía. Que alguien se la cargue».

Tanto Michael como Sara reconocían que tal vez no pudiera volver a jugar, y estaban preparados para ello. Michael nunca había sido un deportista descerebrado que pensara que una carrera en el baloncesto podía durar eternamente. En el Partido Republicano se hablaba de presentarlo a las elecciones al Congreso cuando se retirase. Sin embargo, Michael no estaba por la labor de dejarlo. Todavía no, al menos. Se pasó un año entero trabajando duramente con un fisioterapeuta que le encontró Harvey y que logró reconstruir su rodilla destrozada.

Y ahora estaba metido en las sesiones de pretemporada de los Knicks para intentar recuperar la forma y jugar. Pero mientras que la rodilla le funcionaba perfectamente con su aparato como de tornillo, el abdomen le complicaba las cosas. La noche antes le prometió a Harvey que aparecería por la clínica antes de las tres para hacerse un chequeo completo. Con un poco de suerte, Harv le haría unos análisis, vería que otra vez se trataba solo de algún bichejo estúpido, le recetaría unas inyecciones de antibióticos y se marcharía por donde había venido.

Harvey. Cielo santo, ¿qué ocurría? Michael y Sara casi no habían dormido la noche antes. Se fueron a casa, hicieron el amor otra vez entre un revoltijo de ropa de gala y después se sentaron y se pusieron a analizar lo que les había contado Harvey. Si eso que les había contado era cierto, si verdaderamente había descubierto un tratamiento para el virus del sida...

Un compañero del equipo hizo pantalla para que pasara. Michael aprovechó el bloqueo y corrió del lado izquierdo al derecho de la cancha. Vio con el rabillo del ojo que el reloj de la pared marcaba las diez. Una hora más y se iría a la zona residencial de la ciudad a ver a Harvey. A la Clínica. Con C mayúscula en su cabeza.

No es que le apeteciera mucho hacer esa visita. Parecía de inmaduros decirlo, pero aquel sitio le ponía de los nervios. No estaba seguro de si era la magnitud de aquella enfermedad o su homofobia no tan latente, pero la clínica de Harvey lo intimidaba. Bueno, en realidad le daba pavor.

Para ser sinceros, Michael nunca se había encontrado demasiado cómodo

con los gais. Sí, consideraba que había que tratar a los homosexuales como a todos los demás, que su vida privada era asunto suyo, que discriminar a alguien por sus preferencias sexuales estaba mal. Reconocía que Sanders y su pandilla de fanáticos desnutridos eran gente delirante y peligrosa. Pero, aun así, Michael se descubría de vez en cuando haciendo el típico chiste de mariquitas, o refiriéndose a algún afeminado como «ese mariconazo», o manteniendo las distancias con alguien que era «un mariposón descarado». Se acordó de cuando su compañero de equipo Tim Hiller, un buen amigo y en apariencia mujeriego, dejó atónito al mundo de los deportes cuando admitió que era gay. Michael permaneció a su lado, lo defendió, pero al mismo tiempo se distanció de él. No es que su amistad se fuera al garete, pero Michael fue dejando que se difuminara poco a poco. Y eso le hacía sentirse mal.

En la pista le pasaron la pelota a Reece Porter, el mejor amigo de Michael en el equipo y el único que pasaba de los treinta aparte de él. Reece vio a Michael y le lanzó el balón.

—Métela tú, Mikey —le gritó Reece.

Michael hizo un amago precioso en las narices del novato Holloway, dribló por el medio de la zona y lanzó a canasta con suavidad. Mientras observaba cómo la pelota se deslizaba despacio hacia el aro, Jerome Holloway apareció volando por los aires. El novato golpeó el balón con la palma de la mano y lanzó la esfera de color naranja fuera del perímetro, a los asientos del público. Un tapón impecable.

El novato volvió a exhibir su mejor sonrisa. Michael levantó una mano.

—No lo digas. Otra vez en tu cara, ¿verdad?

La sonrisa arrogante se hizo más amplia.

—Llevas la palabra *Spalding* escrita en la frente, vieja gloria.

Michael oyó las risas. Eran de Reece Porter.

—¿De qué puñetas te ríes?

Reece apenas si podía controlarse.

—¡Vieja gloria! —consiguió decir entre hipidos—. ¿Vas a tragarte esa mierda, Mikey?

Michael se volvió hacia Holloway.

—Saca la pelota del perímetro, campeón, y finta mientras yo te cubro.

—¿Uno contra uno? ¿En serio? —preguntó el jovencito sin poder creerlo.

—Lo has pillado.

—Te desbordaré tan rápido que no sabrás siquiera si me has visto allí.

—Sí, vale —dijo Michael muy sonriente—. Venga, vamos, campeón.

Jerome Holloway cogió el balón. Dio un par de botes y empezó a acelerar en dirección a Michael. Lo había sobrepasado ya un par de metros cuando se dio cuenta de que ya no tenía el balón.

—Pero ¿qué demo...?

Holloway se volvió a tiempo de ver a Michael hacer un gancho sin oposición. Ahora le tocaba sonreír a Michael.

Jerome Holloway se rio.

—Sí, sí, ya lo sé. En tu cara, ¿eh?

Reece gesticulaba y se reía como si le hubiera tocado la lotería.

—Puedes apostar a que sí, colega. En toda tu cara. Qué fastidio.

—Eso parece —aceptó Holloway—. ¿Sabes una cosa, Michael? Eres una vieja gloria que sabe mucho. Apuesto a que aprenderé un montón viéndote.

Vieja gloria. Michael suspiró profundamente.

—Gracias, Jerome.

Sonó un silbato.

—Cinco minutos —avisó Crenshaw, el entrenador—. Id a beber algo y luego quiero que todos lancéis cincuenta tiros personales cada uno.

Los jugadores corrieron hasta la fuente, todos menos Michael, que se quedó donde estaba, doblado hacia delante, con las manos apoyadas en las rodillas. Richie Crenshaw se le acercó.

—Te he visto con mejor aspecto, Michael.

Michael siguió tomando aire con inspiraciones profundas.

—Te agradezco los ánimos, entrenador.

—Bueno, es que es cierto. No querrás que te mienta, ¿verdad?

—Puede que un poco sí.

—¿La rodilla te está dando la lata?

Michael negó con la cabeza.

—Pues parece que algo te da la lata.

—Estoy... —La siguiente palabra no llegó a pronunciarla. Un latigazo de dolor le traspasó todo el abdomen. Soltó un grito corto, potente, y se apretó el vientre por debajo de la caja torácica.

—¡Michael!

El que gritó fue Jerome Holloway. Con los ojos desorbitados por el miedo, el novato volvió corriendo a la pista. Reece Porter lo siguió a toda velocidad.

—Mikey —dijo arrodillándose a su lado—. ¿Qué te pasa?

Michael no le contestó. Se derrumbó en el suelo, retorciéndose de dolor. Era como si le estuvieran rasgando las entrañas con unas garras afiladas.

—¡Llamad a una ambulancia! —gritó Reece—. ¡Deprisa!

La doctora Carol Simpson acompañó a Sara a la zona de espera del pabellón Atchley. Situado al lado del edificio principal del Columbia Presbyterian, el pabellón Atchley albergaba las consultas particulares de muchos de los numerosos doctores del centro médico. Cuando Harvey se llevó a Michael y a Sara a recorrer el Centro Médico Columbia Presbyterian para enseñárselo un año antes, Sara se había quedado atónita ante el tamaño de las instalaciones, por no hablar de su reputación. Estaba la maternidad, un centro pediátrico muy conocido, y el pabellón Harkness, donde se acogía a los pacientes privados. El Instituto Neurológico y el Instituto Psiquiátrico, cada uno con su propio edificio, y considerados los mejores del mundo en su campo, por no mencionar el Instituto Oftalmológico Harkness, el Hospital Ortopédico de Nueva York, el Hospital Sloane, la Clínica Urológica Squier, la Clínica Vanderbilt y el gigantesco edificio del Hospital Milstein recién terminado. Y toda aquella brillantez médica se había instalado al oeste de Broadway entre las calles Ciento sesenta y cinco y Ciento sesenta y ocho del Harlem hispano.

Una o dos manzanas más lejos, hacia el norte y el oeste, estaban las residencias de estudiantes de la Universidad de Medicina y Cirugía de Columbia, también una de las escuelas de medicina de mayor reputación y más selectas del país. Ahora bien, otras cinco manzanas más al norte estaba el parque J. Hood Wright, un nombre respetable para uno de los primeros callejones del *crack*, donde cuantos pasaban podían ser testigos o participar del tráfico de drogas. Su proximidad al hospital, había dicho Harvey medio en broma, lo convertía en el lugar ideal para la sobredosis.

Una de las secciones más nuevas y más pequeñas de todo el centro

médico, casi oculta a las miradas, estaba cerca de la calle Ciento sesenta y cuatro. Por fuera nadie hubiera pensado que aquel edificio destartalado se dedicaba a la medicina curativa y experimental. Lo habían bautizado con el nombre del hermano de Harvey Riker, el pabellón Sidney, y era un área de estudios epidemiológicos protegida por el secreto y la alta seguridad. Nadie podía entrar sin permiso de los doctores Harvey Riker o Eric Blake. Personal y pacientes eran muy reducidos, y todos ellos habían sido seleccionados uno a uno personalmente por Riker y el difunto doctor Bruce Grey. Los miembros del consejo del centro médico raramente trataban de esa nueva sección en público, si es que lo hacían alguna vez.

La doctora Simpson indicó una silla a Sara y luego se acercó a una ventana para entregar un tubo de ensayo con la sangre de Sara a una enfermera.

—Lleve esto al laboratorio. Dígalos que hagan un beta hCG de inmediato.

—Sí, doctora.

—¿Un beta hCG? —preguntó Sara.

—Una manera complicada de decir «prueba de embarazo» —le explicó Carol Simpson—. A los médicos nos gusta usar palabras en clave que nadie más entienda. Hace que parezcamos más inteligentes, ¿no crees?

A Sara le había gustado Carol Simpson. Al contrario que muchas otras de su profesión, no había nada en ella estirado o intimidante. Su actitud relajada la hacían sentirse cómoda.

—Si tú lo dices... —replicó Sara.

—Bueno, tenemos que hacer algo para justificar tantos años de estudios y de internos y de residentes..., aparte de llevar la matrícula de médico para poder aparcar ilegalmente delante del Macy's.

—¿Haces eso?

—Solo en las rebajas.

Por lo menos había otras cuarenta pacientes sentadas y matando el tiempo en la sala de espera, que levantaban la vista de las revistas con miradas furtivas y deseosas de que saliera su médico y las llamara.

—Lláname esta tarde —dijo Carol—. Para entonces ya tendremos los resultados.

—Fantástico —dijo Sara.

—Y procura no preocuparte. Ya sé que estás nerviosa, pero intenta no

pensar demasiado en el tema. Haz lo que hago yo cuando necesito distraer la mente: comprar hasta reventar.

—Bien, hola, señoras.

Sara y Carol se giraron y vieron a Harvey acercarse hacia ellas. De toda su persona emanaba el agotamiento, pensó Sara. Tenía la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si dormitara; la espalda encorvada, como caída.

—Hola, Harvey —dijo la doctora Simpson.

—Hola, Carol. ¿Cómo está mi paciente favorita, doctora?

—Estupendísimamente. Dentro de unas horas sabremos los resultados del análisis. —La doctora Simpson giró la cabeza hacia las que esperaban en la sala—. ¿La señora Golden?

Una mujer con una barriga enorme miró en su dirección.

—Yo.

—Venga. Usted es la próxima concursante.

Harvey y Sara le dijeron adiós y se fueron hacia el ascensor.

—Estás en buenas manos —dijo Harvey—. Puede que Carol Simpson sea muy joven, pero ya está considerada una de las tocólogas más importantes del país.

—Me cae bien.

—Oye, Sara, de lo que te dije anoche...

—¿Sí?

—Bueno, a la luz del día, mis teorías de la conspiración siempre me parecen un poco más delirantes. No me tomes la palabra, ¿vale?

—De momento, todavía no, pero ¿de verdad que la clínica ha encontrado una cura?

—En algunos casos..., tal vez en la mayoría, sí. Como te dije anoche, todavía estamos en fase de desarrollo y no ha funcionado en todo el mundo, pero...

Sonó el pitido del busca. Harvey miró los números que aparecían en la pantalla del aparato.

—Oh, mierda.

—¿Qué es?

Pero él ya corría hacia el mostrador de las enfermeras y descolgaba un teléfono.

—Ese número significa que es una urgencia. —Marcó el número y le cogieron el teléfono al primer tono—. Soy el doctor Riker. —Pausa—. ¿Qué? ¿Cuándo? —Otra pausa—. Voy inmediatamente —Volvió a colgar el auricular. —Es Michael. Acaban de trasladarlo a la sala de urgencias.

El cadáver estaba en el maletero.

George siguió adelante. La noche anterior el cuerpo del maletero estaba lleno de vida. Tenía sueños, esperanzas, objetivos, deseos. Como la mayoría de las personas, probablemente solo quisiera ser feliz, encontrar su pequeño hueco en este mundo. Quizá fuera una persona luchadora, que intentaba hacer cuanto podía, que se aferraba a las pocas alegrías que le ofrecía la vida e intentaba esquivar las abundantes adversidades. Ahora estaba muerto.

Muerto. Desaparecido. Nada.

No era otra cosa que tejidos en destrucción, útiles solo para estudiantes de medicina y velado solo por su afligida familia. ¿Por qué, se preguntó George, a la gente le importa tanto el envoltorio vacío de un hombre, su fachada? ¿Por qué tratan esa carne sin valor como algo sin precio? ¿Era inclinación innata del hombre ver solo la máscara externa del ser humano y no reconocer su alma? ¿O acaso George estaba siendo demasiado duro con sus congéneres? Tal vez el hombre solo necesitara aferrarse a algo tangible cuando se enfrentaba a lo intangible definitivo.

«Material del duro, George. Muy profundo».

Soltó una risita y encendió un pitillo.

La noche anterior, después de la fiesta de gala del doctor Lowell, George había seguido a la limusina hasta que el largo automóvil plateado depositó a la víctima delante de su apartamento en la ciudad.

Perfecto.

Como un verdadero profesional, George ya había estudiado el edificio y la zona circundante. Sabía que su víctima vivía en el apartamento 3 A. Sabía que no había portero. Aparcó el coche al otro lado de la calle y entró en el edificio de apartamentos. Subió por las escaleras en vez de tomar el ascensor, se detuvo delante de una puerta con un 3A borroso clavado encima. George se preguntó por qué, con todo el dinero que tenía, la víctima había elegido vivir

en aquel cuasi tugurio. Podía vivir donde quisiera: la Quinta Avenida, el Central Park West, el edificio San Remo, el Dakota, en cualquier parte. George se encogió de hombros y dejó de pensar en ello. No era de su incumbencia.

Buscó en el bolsillo con los dedos y sacó una herramienta pequeña. Hizo palanca dos veces en la cerradura, igual que había hecho en el Days Inn con el doctor Bruce Grey. Esta vez, sin embargo, no permitió que el sonido del cerrojo al soltarse fuera audible. Atacar por sorpresa, como George había aprendido hacía ya mucho tiempo, era un éxito seguro. Bruce Grey sospechaba ya, así que una simple llamada con los nudillos sobre la puerta no lo hubiera hecho ponerse delante del panel de madera sin más. Porque Bruce Grey estaba preparado para un ataque y, por lo tanto, en guardia. Pero lo de derribar la puerta encima de él en el preciso instante en que se sentía a salvo, cuando pensaba que la puerta era algo seguro y no había nadie tras ella, fue justo todo lo que George necesitaba.

Esa otra víctima, sin embargo, no sospechaba nada. Al contrario que Grey, no tenía ni idea de que la muerte lo acechaba en el pasillo. Lo único que George necesitaba era llamar a la puerta.

Una vez inutilizada la cerradura, George volvió a guardarse la herramienta en el bolsillo y golpeó la madera.

Se oyó una voz dentro.

—¡Un momento!

George oyó a la víctima acercarse a la puerta. Se preguntó si aquel hombre sería tan estúpido como para abrirla sin preguntar quién era. Pero volvió a oírse la voz.

—¿Quién es?

George sabía que el hombre estaba de pie justo detrás de la puerta, probablemente inclinado hacia delante para mirar por la mirilla, así que lanzó todo su peso contra la puerta sin titubear. Los tablones se aplastaron contra el hombre que estaba tras ellos y lo lanzaron contra el suelo al otro lado de la habitación.

George se movió a toda prisa. Cerró la puerta y se lanzó sobre su presa. Agarró con la mano el cuello de aquel hombre y empezó a apretar. Se oyó un ruido rápido de estrangulamiento. Luego, silencio. El hombre se debatió,

aferrándose con las manos y dando patadas, pero eran golpes desesperados e imprecisos. No incomodaban a George. Sin soltar la mano de la garganta, George puso la cara a unos centímetros de la de su víctima.

—Solo hay una forma de que te perdone la vida —dijo George con una voz tan monótona que resultaba escalofriante, como si leyera un texto preparado—. Y es que hagas todo lo que yo te diga. Desvíate un ápice de lo que te digo y morirás. ¿Entendido?

A aquel hombre se le salían los ojos por falta de oxígeno y el terror añadido. Consiguió asentir con la cabeza.

—Bien. Te soltaré. Grita o intenta escapar y conocerás un dolor que muy pocos han experimentado.

Lo soltó. El hombre se balanceó atrás y adelante con unas náuseas incontrolables.

George se puso de pie y observó el suplicio de aquel hombre con una expresión cercana al puro aburrimiento.

—Ahora vamos a bajar a mi coche —dijo cuando le pareció que su víctima ya podía entenderlo— y recorreremos la ciudad como un par de colegas. Haz lo que te diga sin rechistar y no te haré daño.

El hombre asintió. Su obediencia inmediata hizo las cosas mucho más fáciles. Si George se hubiera visto obligado a matarlo allí mismo, habría tenido que limpiar la sangre, deshacerse de cualquier posible pista y, lo peor de todo, arrastrar un cadáver hasta el coche sin que nadie lo viera. Mucho más difícil.

Cruzaron la calle juntos y George abrió el maletero.

—Entra ahí.

—Pero...

George le agarró una mano y la apretó hasta romperle un par de huesos. Con la mano libre le tapó la boca y ahogó su grito. Luego agarró bien la mano destrozada y apretó un poco más fuerte para que los huesos fracturados se rozaran entre sí y cortaran los tendones. La cara del hombre se puso blanca como el papel.

—Te he dicho que hagas lo que te digo sin rechistar. ¿Ahora te acordarás?

El hombre asintió rápidamente y se metió en el maletero. George sabía que el hombre quería preguntarle si habría aire suficiente allí dentro una vez

cerrado, pero no se atrevió. Ya había experimentado el dolor. George sabía muy bien que el dolor puede ser una amenaza mayor que la muerte.

Observó la calle. Tres hombres acababan de doblar la esquina y avanzaban hacia ellos. Se los veía francamente borrachos, andando en una línea sinuosa que se cruzaba constantemente con la de los otros. George cerró el maletero y arrancó el coche.

Encontró una carretera abandonada que ya había utilizado antes para sus propósitos. Aparcó el coche y sacó la navaja de la guantera. Según las instrucciones que le habían dado por teléfono, George se puso unos guantes de cirujano y una mascarilla. Se sintió como un médico que se prepara para una operación importante.

—Bisturí —dijo en voz alta. Se rio de su propio chiste.

Se bajó del coche y fue al maletero. Aquella era la parte de su trabajo que a George le resultaba más intrigante. Siempre se preguntaba qué pasaría por la cabeza de las víctimas. Un rato antes su mundo era un mundo normal, corriente, seguro en apariencia. Y, de repente, lo habían amenazado, atacado y encerrado en un maletero. Ya no tenía voz ni voto en lo que le sucedía.

¿Qué pasaría por su cabeza?

Fue un pensamiento fugaz. George sabía que al final eso no importaba. Para George lo único que importaba era terminar el trabajo.

Cuando George abrió el maletero, el hombre lo miró con ojos de animal atrapado.

—¿Q... q... qué...?

George se llevó el dedo a los labios cubiertos con la mascarilla.

—Chis.

Alargó la mano y agarró al hombre por la cabeza para sujetarlo. Luego empuñó la navaja y puso la punta bajo la nariz del hombre, con la hoja fría directamente en las ventanas de la nariz. Bajó la empuñadura hacia la boca, casi tocando los labios, y empujó la cuchilla para arriba. Rompió el fino tejido, atravesó el cartílago, penetró en el cerebro. La sangre salió a borbotones. El cuerpo tuvo un espasmo, pero la muerte fue instantánea. Su última mirada quedó fija en George; una mirada de ojos muy abiertos que no entendían.

George sacó la navaja y, exactamente igual que con sus dos primeros

trabajos, apuñaló el cuerpo dos docenas de veces. Un sonido líquido, de desgarrar, acompañaba su metódica faena. Y la expresión de George se mantuvo serena mientras él hundía el cuchillo una y otra vez.

Todo quedó hecho un desastre. George sabía que iba a tener que dejar el cadáver en el maletero toda la noche. Y luego ya podría tirarlo en la zona adecuada. Con los otros no tenía importancia dónde apareciera el cadáver, pero esta vez la voz del teléfono le había dado instrucciones muy específicas de que lo dejara en el callejón que estaba detrás de un bar gay del Greenwich Village llamado Black Magic. George sabía que por la noche esos sitios estaban llenos de toda clase de sucesos extraños. Estaban abarrotados de gente. Decidió que sería más seguro deshacerse del cadáver a la luz del día, cuando la zona estaba vacía.

Al día siguiente, George se despertó temprano, recuperado tras un sueño reparador y sosegado. Llevó el coche de vuelta a la ciudad y acabó deteniéndose detrás del bar Black Magic. Un tugurio con una pinta infecta, pensó. Le recordó a la calle Patpong de Bangkok. Patpong, el famoso barrio de prostitución de Bangkok, se dirigía a los heterosexuales, pero todo el mundo sabía que dos manzanas más al norte había un área exclusivamente dedicada a los homos. Y Pattaya, la popular playa de vacaciones tailandesa no muy lejos de Bangkok, tenía una calle entera repleta de niños dispuestos a servir a sus clientes masculinos sin preguntas ni vacilaciones.

«Degenerados», pensó George.

Detuvo el coche y se bajó. Miró arriba y abajo del callejón. Nadie. Un montón de bolsas de plástico llenas de basura apiladas junto a la entrada trasera del bar. La entrada trasera, bromeó George. Qué apropiado.

Echó una última mirada, extrajo el cadáver del maletero y lo arrojó entre las bolsas de basura, volvió a subirse al coche y se marchó. Llevaba recorridas tres manzanas cuando se miró en el espejo retrovisor.

¡Demonios! Tenía el pelo horrible.

Sara cojeaba detrás de Harvey, que corría hacia la zona de urgencias. Diez metros enfrente de la entrada casi choca con Eric Blake, que había hecho un giro sin mirar para tomar la misma dirección.

—¿Te han avisado a ti también? —preguntó.

Harvey asintió. Los dos hombres, tras apenas un par de zancadas, irrumpieron por la puerta de la sala de espera. Inmediatamente descubrieron a Reece Porter. Harvey fue el que llegó a su lado primero.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Mikey se apretó con fuerza la barriga y se cayó al suelo. Está ahí dentro.

—Vamos, Eric.

Los dos médicos desaparecieron detrás de una puerta con un letrero de «Prohibido el paso». Un momento después, Sara entraba cojeando en el pabellón de urgencias.

Reece levantó la mirada y se sorprendió al verla ya en el hospital.

—¿Qué haces aquí?

—¿Dónde está? —preguntó Sara sin hacer caso de la pregunta de Reece—. ¿Está bien?

—El médico de urgencias ya se está ocupando de él. Y Harvey y Eric están también ahí dentro.

—¿Qué ha ocurrido?

—No lo sé. Estábamos entrenando como siempre, haciendo bromas y eso. Hemos parado para hacer descanso y un minuto después...

—Un minuto después, ¿qué?

—Mikey se ha derrumbado en el suelo con las manos en la barriga. Hemos avisado una ambulancia y yo me he venido con él. Parecía que el dolor le ha dado un poco de tregua durante el camino. Cuando hemos llegado aquí, le he dicho a la enfermera que avisara a Eric y a Harv.

—¿Está consciente?

—Sí, está despierto. Supongo que le ha sentado mal alguna comida o algo... Con todos esos platos chinos que come sin parar... Pero, ahora, contesta mi pregunta: ¿qué haces tú aquí?

—Tenía cita con mi médico, ahí en la puerta de al lado.

—¿Te encuentras mal?

En su voz sonaba la calidez de un interés sincero. Sara oyó a unos niños que susurraban al fondo:

—¡Mira, mamá, ese es Reece Porter!

Los más de dos metros que medía Reece era una estatura mediana para la NBA, pero en cualquier otro sitio le daban un aspecto medio friki. Su altura siempre atraía miradas fascinadas.

—Estoy bien —respondió Sara, abrazándolo con fuerza—. Gracias por venir con él, Reece.

—Es un amigo —dijo Reece simplemente, encogiéndose de hombros—. Y no estés demasiado preocupada por Mikey. Tiene una flor en el culo. ¿Te acuerdas de lo asustados que estábamos la última vez que nos vimos en un hospital? ¿Con toda aquella sangre y lo demás?

Sara se acordaba. Todos los años, cuando terminaba la temporada de baloncesto, Michael y ella se iban con Reece y Kureen, su esposa euroasiática, a pasar unas vacaciones alejados de todo. Hacía cinco años, cuando Michael y Sara empezaban a tener una relación seria, decidieron alquilar un pequeño crucero entre los cuatro en Florida y explorar los Cayos y las Bahamas. Aquella temporada de baloncesto había sido especialmente larga, porque no terminó hasta que los Knicks vencieron a los Seattle Supersonics en un enfrentamiento final a siete partidos extenuantes y durísimos. Así que los cuatro estaban ansiosos por escapar del mundo, de los fans y de la prensa.

Durante el tercer día de viaje, Michael y Reece se levantaron temprano, contrataron a un chaval con una motora rápida y se fueron a hacer esquí acuático. El chaval iba borracho y estrelló la lancha contra unas rocas mientras arrastraba a Michael en los esquís. Tuvieron que evacuarlo a toda prisa a un hospital bahameño porque sangraba mucho, y se pasó en cama las tres semanas siguientes.

—Me acuerdo —dijo Sara en voz baja.

—Pero Mikey es, como diría uno de los novatos, una vieja gloria dura de pelar. Se pondrá bien.

Sara intentó encontrar consuelo en las palabras de Reece, pero había algo en el fondo de su mente que no dejaba de pincharle y decirle que no se iba a poner bien y que nada volvería a estar del todo bien otra vez.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Harvey.

El joven residente, en cuya placa identificativa ponía «John Richardson», levantó la mirada y habló con rápida precisión.

—Todavía no estamos seguros. Sufre un dolor abdominal agudo. En la exploración física el hígado es palpable a cuatro centímetros por debajo del margen costal. Es extremadamente blando.

—Decir que duele a rabiar sería mucho más exacto —logró decir Michael, que estaba tumbado boca abajo en la camilla.

—¿Constantes vitales?

—Todas estables.

Harvey se acercó a la cama.

—Tienes buen aspecto, campeón.

—Pues me siento hecho una mierda, entrenador.

—Era broma. También tienes pinta de estar hecho una mierda.

Michael consiguió sonreír.

—Ya veo que tengo aquí a todo el equipo. ¿Cómo andas, Eric?

—Bien. ¿Crees que tengo que avisar al doctor Sagarel, Harv?

Harvey asintió.

—Te veo dentro de un momentito, Mike —dijo Eric.

—Aquí te espero. —Michael dirigió su atención a Harvey—. ¿Quién es el doctor Sagarel?

—Un gastroenterólogo.

—Claro. Tendría que haberlo supuesto.

—¡Cielo santo, Michael! ¡Pero qué pantalones llevas! Son horrorosos. Te has superado.

—He pedido un médico y me viene un crítico de moda.

Harvey le palpó la zona del hígado.

—¿Te duele?  
—Como un condenado hijo de puta.  
Harvey enderezó la espalda y se volvió hacia el residente.  
—¿Ya le han extraído sangre para las pruebas?  
—Sí.  
—Que le hagan una radiografía simple del abdomen inmediatamente.  
—También necesitaré completar el historial —dijo Richardson—. Podría ser que hubiera consumido algo que...  
—No. Lleva semanas con este dolor. Y ya tiene ictericia evidente.  
Eric regresó a la habitación.  
—El doctor Sagarel llegará en una media hora.  
—Michael —le preguntó Harvey—. ¿Últimamente has notado algo extraño en la orina?  
—El otro día me salió un Datsun cinco puertas.  
—Muy gracioso. Ahora contesta a mi pregunta.  
Harvey vio que el miedo se concentraba en los ojos de Michael.  
—No lo sé. Puede que sea de un color más oscuro.  
Los médicos intercambiaron una mirada de complicidad.  
—¿Qué? —preguntó Michael—. ¿Qué tengo?  
—Todavía no lo sé. Eric, asegúrate de que hacen un cribado de hepatitis en la sangre. Y también recuentos de VEB y de VCM. Y que luego lo lleven abajo y le hagan una ecografía abdominal.  
—Ya vamos un paso por delante de usted.  
—¿Me lo dices en cristiano? —preguntó Michael.  
—Todos los síntomas apuntan a una hepatitis —le explicó Harvey—. Eric y el doctor Richardson van a llevarte abajo a rayos X. Te veré dentro de un ratito.

El doctor Raymond Markey, secretario adjunto de Salud del Departamento de Salud y Servicios Humanos, contempló desde su ventana el frondoso verdor del complejo de Bethesda, Maryland. Para él los Institutos Nacionales de la Salud suponían un cruce entre un balneario europeo y una base militar. Desde su despacho, situado en la esquina, la naturaleza parecía extenderse a lo largo

de muchos kilómetros. Aunque sabía más cosas. Sabía, por ejemplo, que a unos quince kilómetros de allí el gran jefe, el presidente de Estados Unidos, iniciaba la reunión del *brunch* semanal con el vicepresidente. Ambos se reunían casi todos los lunes para tomar un almuerzo ligero y conversar de temas serios. Raymond había asistido a algunos de esos almuerzos. No le interesaron en particular ni el debate ni la comida.

Dio un profundo suspiro, se quitó las gafas y se frotó los ojos. Era espantosamente miope. Cuando observaba el vasto pasaje sin las gafas, el mundo se convertía en una gran pintura abstracta. Los brillantes colores se entremezclaban y parecía moverse en una retícula caleidoscópica.

Volvió a ponerse las gafas, se olvidó de la vista sedante y lanzó una mirada a los dos informes que tenía sobre la mesa. En el primero había un sello de «Confidencial» y llevaba numerosos precintos en el sobre, de modo que Markey podía estar bien seguro de que nadie lo había abierto antes que él. El sobre, además, había sido tratado con productos especiales para que no pudiera leerse el contenido a contraluz. Cualquier manipulación dejaba marcas permanentes, lo cual suponía una seguridad exagerada, pero a veces toda precaución era poca.

En el segundo ponía «Pabellón Sidney. Centro Médico Columbia Presbyterian, Nueva York». La seguridad que rodeaba a este sobre era menor.

«Secretario adjunto de Salud del Departamento de Salud y Servicios Humanos, un título muy largo, pero más bien mediocre», pensó Raymond Markey. Aunque él sabía qué se escondía detrás. Su departamento tenía a su cargo el Servicio de Salud Pública de Estados Unidos y controlaba organismos gubernamentales como la Administración de Alimentación y Medicamentos, los Centros de Prevención y Control de las Enfermedades y los Institutos Nacionales de Salud, así que no podía decirse que el suyo fuera un cargo sin importancia o meramente honorífico.

Markey alargó la mano en busca del abrecartas y abrió el sobre confidencial. Luego puso los informes uno al lado del otro. El normal había sido cumplimentado por el doctor Harvey Riker, y por primera vez faltaba la firma del doctor Bruce Grey. Qué lástima. Y respecto del informe confidencial... Bueno, era preferible no ponerse a pensar en su procedencia. Repetir en voz alta el nombre de su autor podría ser un riesgo para la salud de

uno. Incluso un riesgo mortal.

Markey cotejó los informes en busca de discrepancias evidentes. Una le saltó inmediatamente a la vista.

El número de pacientes.

De acuerdo con el informe de Riker, habían tratado a cuarenta y un pacientes, dos de los cuales habían sido asesinados en las últimas semanas. Riker se limitaba a transcribir datos, sin sacar ninguna conclusión, pero hacía mención de la extraña coincidencia de que dos pacientes hubieran muerto a causa de múltiples puñaladas con apenas un par de semanas de diferencia. Markey se dio cuenta, además, de que Riker nunca se refería a la muerte de Grey como un suicidio, sino como «un golpe muy duro» o «una muerte sin sentido».

Una curiosa descripción, reflexionó.

Examinó de nuevo los informes. El del sello «Confidencial» señalaba claramente que al principio eran cuarenta y dos pacientes, no cuarenta y uno. «¿Por qué esa discrepancia?», se preguntó Markey. Dudaba mucho de que fuera un error. Nadie se equivoca en esa clase de situaciones. Tenía que haber una razón para la discrepancia. Solo tenía que descubrirla.

Volvió al principio del informe confidencial. Estaba seguro de que Harvey Riker era el origen de la discrepancia. Lo conocía bien y no se fiaba de él. Muchos años antes, cuando Raymond Markey era jefe de personal en el Hospital de Saint Barnabas de Nueva Jersey, se había topado por primera vez con un joven interno que se llamaba Harvey Riker. Ya entonces, Riker aborrecía las reglas y normativas. Y ahora que esas reglas y normativas venían impuestas por los servicios gubernamentales, Markey sabía que Riker sería aún más proclive a considerarlas flexibles. Era un hombre de muchísimo talento, pero muy poca disciplina. Era necesario vigilarlo. Y de cerca.

Ah, ahí está. En la página 2.

En la página 2 del documento confidencial se transcribía la lista de todos los miembros del equipo y los pacientes del pabellón Sidney. Markey fue repasando el informe de Riker hasta dar con la lista de pacientes. Los contó. Sí, cuarenta y dos en el confidencial. Cuarenta y uno en el del doctor. ¿Qué nombre faltaba en el informe de Riker?

No le llevó mucho tiempo encontrarlo. Era un nombre que muy bien

podrían haber subrayado.

Raymond descolgó con mano temblorosa el teléfono que estaba detrás de la mesa del despacho. Era más que probable que el oficial estuviera interceptado, pero su línea particular la revisaba a diario con sumo cuidado. «Nunca se es demasiado precavido». Marcó el número. Al otro lado descolgaron el auricular después de tres timbrazos.

—¿Sí?

—Tengo el informe confidencial. Me ha llegado esta mañana.

—¿Y?

Markey tragó saliva.

—Todavía no he podido leerlo entero —dijo—, pero creo que es mejor que actuemos deprisa. Se van acercando.

—Entonces, tal vez tendríamos que mandar a alguien a Bangkok. ¿Cuándo podré tener una copia?

—Te la pondré hoy mismo en el correo.

—Muy bien.

—Hay algo más.

—Dime.

—El doctor Riker trabaja con mucho secreto con un paciente importante —dijo Markey—. Dejó el nombre fuera de la lista de su informe.

—¿Quién es?

—Bradley Jenkins. El hijo del senador...

—Ya sé quién es. —Hubo un breve silencio—. Eso explica muchas cosas, Raymond.

—Ya lo sé —dijo Markey.

—Hazme llegar ese informe enseguida.

—Te lo mando inmediatamente. Lo tendrás en la mesa mañana por la mañana.

—Gracias, Raymond. Adiós.

—Adiós, reverendo Sanders.

Todavía apoyándose con fuerza en el bastón, Sara fue cojeando hacia la habitación de Michael. Había muchas cosas en marcha, muchas cosas que

sucedían al mismo tiempo. La enfermedad de Michael, su posible embarazo, aquel extrañísimo misterio en torno a la clínica de Harvey. Dos pacientes asesinados. ¿Coincidencia?

Tal vez, pero ella no lo creía. Decidió llamar a Max Bernstein en cuanto surgiera una oportunidad. Puede que él supiera algo.

Dobló la esquina y abrió la puerta de la habitación de Michael. Ese día se notaba el pie rígido, más como un palo sujeto a la pierna que de carne y hueso. Michael la miró desde la cama. La cara se le iluminó al verla. Sara se acercó a la cama y le dio un suave beso.

—¿Te encuentras mejor? —le preguntó.

—Mucho mejor —respondió.

—Me has dado un susto de muerte, ¿sabes? He llamado a mi padre. Estará aquí enseguida.

—Sara —dijo él—. ¿Qué hacías tú hoy en el hospital?

Sara vaciló.

—No quería decirte nada hasta que estuviera segura —contestó.

Michael se incorporó y preguntó con voz inquieta:

—¿Segura de qué? ¿Estás bien?

Sara asintió con un gesto. La mirada preocupada y tierna de Michael le llegó al corazón.

—¿Sabes lo que me viene cada mes?

—Me hago cargo —contestó Michael—. Me lo explicaron de sobra en la clase de naturales de séptimo.

Sara soltó una risita, pero la ansiedad no abandonaba el rostro de Michael.

—Bueno, pues tengo un atraso de seis semanas.

—¿Estás embarazada? —le preguntó con unos ojos como platos.

—Todavía no lo sé. Tendré los resultados dentro de unas horas.

—¡Dios mío, Sara! ¿Por qué no me lo habías dicho?

Sara se sentó junto a él en la cama y le cogió una mano entre las suyas.

—No quería que nos hiciéramos ilusiones, por si era otra falsa alarma. No soporto verte con esa cara de frustración... —Miró hacia otro lado, pero Michael le giró el rostro hacia él con delicadeza.

—Sara, te quiero. Si no podemos tener hijos, eso no cambiará.

Ella apoyó la cara contra su pecho.

—¿Lo dices de verdad?

—Sí, lo digo de veras —aseguró él con una risa.

—Te llevaste una buena birria cuando te casaste conmigo.

—Sí, pero una birria que es un bombón. Y una máquina en la cama.

—No seas descarado. Se supone que estás enfermo.

—Pero todavía me enciendo cuando hace falta. El médico dice que es bueno para la salud.

—Qué gracioso. Yo no se lo he oído decir.

—¿Y qué le has oído decir?

—Algo de que tienes ictericia en la piel y que puede que sea hepatitis.

—Bueno, ¿y es verdad? ¿Tengo la piel amarilla?

Sara lo observó bien.

—Estás de un amarillo subido.

—Gracias.

—Pero te favorece.

Llamaron a la puerta con un golpe seco y luego el padre de Sara asomó la cabeza por la rendija.

—¿Interrumpo algo?

—Pasa, pasa —le dijo Michael—. Todos los médicos me vienen bien.

John Lowell entró en la habitación. Era de estatura media y extraordinariamente guapo. El pelo gris y abundante, con raya al medio, le confería un aire de distinción. En las mejillas se le formaban unos hoyuelos cuando sonreía y también tenía otro en la barbilla, pero lo que atraía de inmediato eran sus ojos, unos ojos tan verdes y vivos como los de Sara. Cruzó la habitación, le dio un beso a su hija y estrechó la mano de Michael.

—Me temo que esto está un tanto fuera de mi especialidad. ¿Quién te ha visitado?

—Harvey y Eric... ¿Te acuerdas de mi amigo Eric Blake?

—Desde luego. He oído que está trabajando con el doctor Riker en la... en la clínica.

A John Lowell se le ensombreció la cara al mencionar la clínica. Tanto Sara como Michael se dieron cuenta. Michael decidió disimular, pero Sara no.

—Pues sí, trabaja allí —dijo ella—. Y la clínica está haciendo unos progresos maravillosos.

—Espléndido —dijo su padre con un tono que ponía fin a cualquier otro comentario sobre el tema—. Entonces, Michael, ¿qué es lo que tienes?

—Me están haciendo análisis, pero creen que es hepatitis.

—¿Qué especialista ha recomendado Harvey Riker?

—El doctor Sagarel.

—Un buen médico —dijo John con un movimiento de aprobación—. Haz caso de lo que te diga Sagarel, Michael, no de esos dos epidemiólogos amigos tuyos.

—Sabes perfectamente que Harvey Riker es un médico fuera de serie, uno de los mejores en su campo —contraatacó Sara.

—Seguro que sí y...

—Y la clínica está a punto de lograr un gran avance en la lucha contra el sida.

—Me alegro de oírlo —dijo John sin ningún entusiasmo—. Cuanto antes, mejor. Necesitamos esos fondos en otro sitio.

—¿Cómo puedes decir eso?

—No empecemos otra vez con lo mismo, ¿de acuerdo? —sugirió Lowell—. Es una simple cuestión de economía.

—¿De economía? —repitió Sara—. ¿La economía es más importante que salvar vidas?

—Por favor, no utilices ese argumento de predicador simplista conmigo —le dijo su padre en tono ecuánime—. Ya lo he usado yo lo suficiente ante los subcomités del Senado para que me vaya a afectar ahora. Lo cierto es que solo una cantidad equis de dólares se destinan a temas de sanidad y de investigación médica. Una cantidad equis y punto. Una parte va a la Asociación del Corazón, otra a mi Centro del Cáncer y luego están la distrofia muscular, la artritis reumatoide, la tercera edad, mil cosas. Y todos competimos por los mismos fondos. Y ahora llega el sida y se lleva una tajada astronómica, por no decir desproporcionada, del pastel.

—Lo dices como si fuera una especie de concurso —apuntó Sara—. ¿Es que la compasión...?

—Estamos en el mundo real —la interrumpió el padre—. En el mundo real tienes que vértelas con las realidades económicas. Y el hecho es que cada dólar que se gasta en el sida hay que quitárselo a todas esas otras

organizaciones.

—Falso —pronunció una voz. John Lowell se volvió. Harvey Riker estaba plantado en la puerta—. Las donaciones para la investigación sobre el sida se recaudan casi siempre de maneras distintas —continuó.

—Algunas, quizá —repuso Lowell—. Pero Liz Taylor y sus amigos también pueden organizar mercadillos benéficos para la Asociación del Corazón o el Centro del Cáncer. Y déjeme preguntarle, doctor Riker, ¿quién es el mayor contribuyente de su clínica aquí en el hospital?

Harvey se quedó callado.

—El gobierno federal y la junta directiva del hospital.

—¿Y adónde iría ese dinero si no fuese a su clínica? A la cura del cáncer y de la artritis o las enfermedades cardíacas, claro está. Este año morirán muchas personas de sida, pero ¿cuántos miles más morirán de cáncer o de cardiopatías? Víctimas inocentes que no se permiten conductas inmorales y autodestructivas...

—Escúchese a sí mismo —lo interrumpió Harvey—. Parece el reverendo Sanders en persona.

Lowell se fue hacia Harvey con los ojos echando chispas.

—No conozco personalmente al reverendo Sanders, pero no se atreva nunca a compararme con ese cerdo ávido de dinero, ¿entendido? Y deje de hacer este papel de erudito ingenuo. Sabe perfectamente que tiene que haber prioridades en la investigación médica, y negar eso es negar la realidad. Algunas enfermedades han de pasar por delante de otras.

—¿Y no cree que el sida deba ser una prioridad?

—Es una enfermedad que se puede prevenir en el cien por cien de los casos, doctor Riker. ¿Puede decir lo mismo del cáncer? ¿O de las enfermedades del corazón? ¿O la artritis? Por eso voté contra los fondos para su clínica en la reunión del consejo. Personas inocentes, personas que no se dedicaban a fornicar con desconocidos detrás de las barras de bares asquerosos ni metiéndose agujas llenas de veneno por las venas mueren de maneras espantosas. Personas que no realizaban actos sexuales que dejan a uno patidifuso, doctor Riker; usted no es un idiota, sabe que la comunidad gay ignoró todas las señales de alarma. El virus de Epstein-Barr hacía estragos entre ellos, y no le hicieron el menor caso. Los citomegalovirus y una legión

de otros virus iban infectando a un porcentaje alarmante de miembros de la comunidad gay, pero ellos prefirieron continuar con sus conductas disolutas.

—¿Así que hay que castigar la promiscuidad con la muerte? —replicó Harvey—. ¿Eso quiere decir usted? Entonces será mejor que un montón de homosexuales se anden con cuidado.

—Lo único que digo es esto: que estaban avisados. Pero a cualquiera que dijese algo en contra de su conducta sexual disparatada, a cualquiera que pretendiese hacerles frenar un poco, lo etiquetaban como intolerante y homófobo. Con tanta infección viral acosando a toda la comunidad gay durante años, ¿qué esperaban que sucediera?

—Eso es ridículo.

—Ah, ¿sí? ¿Es que esos hombres no eran responsables de esas actividades narcisistas y peligrosas? ¿No lo estaban pidiendo a gritos en cierto modo?

—¡Papá!

—Nunca pidieron la muerte, doctor Lowell —sentenció Harvey en tono frío—. Por mucho que lo intente, no conseguirá librarse de esta enfermedad negando su existencia. No estamos hablando de algo que afecta a animales o a criaturas extrañas ni a alguna clase de seres infrahumanos. Miles de seres humanos que viven y respiran tienen una muerte horrible por el sida.

—Eso ya lo sé —dijo Lowell—, y Dios sabe que confío en que esos muchachos se curen. Pero la cantidad de dinero que se gasta en el sida es escandalosa, porque un buen autocontrol bastaría para frenar su expansión.

Harvey negó con la cabeza.

—Está completamente equivocado, doctor Lowell, incluso desde el punto de vista económico. ¿Sabe cuánto acabará costándonos el sida si no le encontramos una buena cura? ¿Tiene idea de los gastos enormes que nos supone tratar a los pacientes de sida? Dejaremos secos todos los programas médicos y sociales. Ciudades enteras acabarán en la bancarrota por culpa de las facturas médicas.

—Los pacientes deberían asumir las facturas por su cuenta —repuso Lowell—. Hay otras prioridades, otras cuestiones en las que la junta directiva debería haber gastado ese dinero. —Empezó a quebrársele la voz, y Sara ya sabía lo que vendría a continuación. Cerró los ojos y esperó—. Tuve que ver cómo el cáncer mataba a mi esposa —continuó—. Ver cómo iba devorando a

mi Erin hasta que... —Se calló, cabizbajo y con una expresión angustiada.

—Y su compromiso es admirable —intervino Harvey—. Yo, sin embargo, no tuve la oportunidad de ver morir a mi hermano Sidney. Tuvo que sufrir solo mientras las lesiones e infecciones asaltaban y devoraban su cuerpo. Fue rechazado, convertido en un paria por mi propia familia, yo incluido. La mayor parte de esos jóvenes, muchachos de veinte y treinta años, por el amor de Dios, mueren como morían los leprosos. Si esta enfermedad hubiera atacado a cualquier otro segmento de la población, el gobierno hubiera reaccionado rápidamente y con montones de dinero. Pero todos pensamos que no era más que una «enfermedad de maricas», y ¿quién demonios se va a preocupar por un puñado de maricas?

—Deberían haber tenido cierto autocontrol.

Harvey negó con la cabeza.

—No se puede jugar a ser Dios, doctor Lowell. Una parte de mí está de acuerdo con sus duras declaraciones sobre fumar cigarrillos, pero tendría que preguntarle, señor, dónde se traza la línea roja. ¿Hay que dar prioridad a los delgados frente a los obesos? ¿Hay que decirles a los que no hacen caso de las advertencias de su médico sobre el colesterol que «estaban pidiendo a gritos» un ataque de corazón? ¿Dónde trazamos la línea, doctor Lowell? ¿Quién quiere jugar a ser Dios?

John Lowell abrió la boca para continuar la discusión, pero luego la cerró. Su expresión era de puro agotamiento.

—La triste realidad es que los recursos son limitados. Y eso significa que hay que tomar decisiones difíciles.

—¿Y quién va a tomar esas decisiones, doctor Lowell?

Lowell agitó la mano como desestimando la pregunta. Su voz adquirió un tono nervioso, inseguro.

—Dejemos ya esto de momento —dijo—. Me gustaría saber cuál es el estado de Michael.

El teniente de policía Max Bernstein, «el Tics», no soportaba Nueva York en verano. ¡Puñetas!, hacía demasiado calor para que un ser humano aguantara en la ciudad en esa época del año. Aunque no es que Max conociera muchas

cosas más: había nacido y crecido en Manhattan, había estudiado en la New York University en Manhattan, había trabajado de policía en Manhattan. Homicidios. El negocio siempre iba viento en popa si se trabajaba en Homicidios en un sitio como Manhattan, pero en verano los pirados se multiplicaban de forma inexplicable.

Max aparcó el Chevy Caprice de patrulla sin distintivos (sin distintivos, y una mierda... como si un delincuente no fuera a saber que era un coche de la poli al primer vistazo), y se dirigió a la barrera policial. No tenía aspecto de detective de Homicidios. Era demasiado joven, llevaba el pelo demasiado largo y rizado, tenía el bigote demasiado tupido, la nariz y la cara un poco demasiado largas y finas. La verdad es que tenía más pinta de andar repartiendo pizzas que persiguiendo asesinos.

Fue andando hacia un lateral del edificio donde había un letrero encima de la puerta que decía «Bar brasería Black Magic». Max había visitado el Black Magic en otros tiempos más liberados y amantes de la diversión, cuando se llamaba Butt Seriously. Había ido más de una vez, en realidad. Siempre disfrazado. Y, además, con seudónimo.

Enseñó la placa a un par de guardias de uniforme y se metió por el callejón. El sargento Willie Monticelli lo recibió.

—¿Cómo anda todo, Tics? —le preguntó Willie.

A Bernstein no le importaba lo del apodo. Para empezar, no tenía ningún tic. Sí, no paraba de moverse, gesticulaba como un loco, se mordía las uñas hasta las raíces, jugueteaba con cualquier cosa que tuviera a mano, parpadeaba mucho también y nunca se sentaba ni se quedaba de pie. Y, claro, todo el mundo le preguntaba cuándo había dejado de fumar sin parar.

No obstante, no tenía ningún tic, eso seguro.

—Mejor antes de recibir esta llamada —respondió—. Parece que te has puesto encima unos kilitos, ¿eh, Willie?

Monticelli se dio unas palmadas en la barriga.

—Es agradable encontrarse con alguien que no ha sucumbido al furor por las dietas, ¿eh?

—Genial. —Bernstein sacó un lápiz, se lo puso en la boca y empezó a morderlo, aunque ya parecía un juguete de perro demasiado usado—. ¿De qué va esto?

—Un basurero lo encontró hace media hora. ¿Quieres echarle un vistazo? Aunque ya notaba que se le revolvía el estómago, Max asintió con un gesto y mordió el lápiz algo más fuerte. Esa parte la aborrecía.

—Qué remedio. Para eso me pagan ese sueldazo.

—Sí, ya veo el buga que gastas.

Willie se acercó a la silueta inmóvil despatarrada sobre la basura. Tiró de la sábana para atrás. Tragó saliva para controlar las náuseas y luego se inclinó hacia delante y examinó el revoltijo que había sido un hombre vivo.

—¡Dios!

—Me parece que el Destripador de Gais ha vuelto —dijo Willie—. El mismo *modus operandi* que con los otros dos.

—Con una diferencia notoria —observó Max casi sin despegar los labios—. Y no lo llames así, Willie. La prensa se va a recrear.

—Se va a recrear de todos modos.

—A las dos primeras víctimas no les hicieron ni caso —señaló Max escuetamente.

—Pero a este sí que se lo harán.

—¿Por qué lo dices?

—¿No sabes quién es?

Bernstein miró el rostro desfigurado y luego volvió a mirar a Willie.

—No lo reconocería ni su madre.

—No te va a gustar.

—Nunca me gusta.

—Según su cartera, se llama Bradley Jenkins. Lo he comprobado. Su padre es...

—Un senador de Washington, ya lo sé. —Max cerró los ojos y se volvió. Se acarició el bigote.

—Correcto. Bradley vive en la calle Doce. Su padre y su madre tienen una casa en los Hamptons. Curioso, ¿eh? Un senador por Arkansas que veranea en Long Island.

—El senador Jenkins lleva viviendo en el noreste desde que empezó a ir a la escuela aquí de niño —le explicó Max—. Dudo de que el tipo haya pasado más de cinco días seguidos en Arkansas, salvo durante las campañas electorales.

—¿Cómo sabes tantas cosas de él?

Max se pasó la mano varias veces por el espeso pelo rizado y oscuro.

—Primero, porque es el líder de la minoría del Senado. Segundo, porque leo el periódico de vez en cuando.

—¿Y tercero?

—Bradley es muy amigo de Sara Lowell. Estuve una vez con él.

—Oh —dijo Willie—. Mala suerte. ¿Crees que Sara se hará cargo de la información? Sería agradable tener a alguien de la prensa de nuestra parte, para variar.

—Lo dudo.

—Sí, ahora que es importante ya no perderá el tiempo con nosotros. ¿La viste anoche en la tele?

Max asintió mientras paseaba arriba y abajo a toda velocidad, aunque sin andar más de un metro y medio en cada dirección.

—¿Tienes el *Herald* de hoy en el coche? —le preguntó a Willie.

—Claro. ¿Por qué?

—Tráelo. Quiero enseñarte una cosa.

Willie fue a por el periódico y se lo tendió a Bernstein, que lo cogió y fue pasando las páginas con rapidez, desgarrando alguna con las prisas.

—Oye, Tics, tío, frena un poco.

—Está justo aquí...

—¿Qué está justo ahí? —preguntó Willie.

Bernstein siguió hojeando el diario sin molestarse en quitarse el lápiz de la boca.

—¿Has leído las páginas de sociedad de hoy?

—Mierda, no, esa mierda no la leo. Pero sí que miré los resultados de deportes.

—Eso nos será de mucha ayuda —dijo Max. Pasó unas cuantas páginas más dando golpecitos impacientes con el pie derecho en el pavimento—. ¡Bingo! —dijo por fin—. Échale una ojeada a esto.

Willie miró desde detrás del hombro de Max. Una página llena de fotografías mostraba a la gente vestida de etiqueta que había asistido al acto benéfico organizado por el doctor John Lowell la noche anterior. Max le señaló la foto de la esquina superior derecha.

—Aquí.

—¡Mierda cochina! —susurró Willie.

El pie de foto decía: «La radiante Sara Lowell disfruta de la fiesta tras su triunfante debut en *NewsFlash* junto a su apuesto marido, la superestrella de los Knicks, Michael Silverman y (a la izquierda) el elegante Bradley Jenkins, hijo del senador Stephen Jenkins».

—Es él —exclamó Willie, señalando la fotografía—. Es Bradley Jenkins.

—Correcto.

—Pues ahora ya ni se le parece. Puede que un poco alrededor de las orejas.

—Muy gracioso.

—¡Dios! No soporto estos casos importantes —lamentó Willie—. El alcalde se pasará el día llamando. Y todo el mundo exigirá respuestas.

—Entonces, será mejor que empecemos. Quiero que hables con los vecinos. A ver si alguien vio algo.

—Eso seguro. Alguien tiene que haber oído algo... Gritos, peleas o algo.

Bernstein negó con la cabeza.

—No creo que lo mataran aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Échale una ojeada al cadáver —añadió—. Bradley Jenkins lleva muerto desde anoche, ¿verdad?

—Eso parece.

—Pero de noche este callejón está repleto de clientes del Black Magic.

—Clientes. ¿Así es como los llaman ahora?

Bernstein acogió el comentario con un esbozo de sonrisa. «Ay, Willie, si supieras...».

—Alguien habría visto el crimen si hubiera tenido lugar aquí detrás anoche. Y solo hay sangre en el cuerpo, no hay nada en la zona. Si le hubieran metido trocientas puñaladas aquí, tendría que haber salpicaduras de sangre por el callejón. No, creo que a Jenkins lo mataron en otro sitio y se deshicieron del cuerpo aquí. Así que, en eso, el *modus operandi* es diferente. Esta vez trasladaron el cuerpo.

Willie seguía con la cabeza los andares de su joven teniente, con lo que la movía de un lado a otro como si estuviera viendo un partido de tenis.

—No tiene lógica, Tics. Hay montones de sitios menos arriesgados para librarse de un cadáver. ¿Por qué aquí?

—No lo sé.

—¿Quieres que averigüe si este Bradley era gay?

Max empezó a notar unos pinchazos en la cabeza y empezó a masajearse las sienes con la yema de los dedos. El hijo de un destacado senador conservador aparece con múltiples heridas de arma blanca detrás de un bar gay... No bastaría con un paracetamol para aliviar el dolor de cabeza.

—No hace falta —dijo Bernstein—. La información personal se la pediré a Sara.

—Dale el pésame de mi parte.

—Se lo daré. Quiero que los del laboratorio peinen hasta el último rincón del callejón y que habléis con todos los vecinos. Hay que preguntarles si anoche o esta mañana han visto algo fuera de lo común.

—Entendido. Ah, una cosa más.

—¿Qué?

—Buena suerte con esos cabrones de la prensa. Ya verás que todos los majaras del barrio enseguida confiesan el marrón o quieren imitar a ese hijo de puta.

Max asintió y apretó los dientes. El lápiz que tenía en la boca saltó en dos pedazos. Casi le rasga las encías.

Iba a ser una semana dura.

—¿Cómo estás? —preguntó Sara a Michael por vigésima vez.

—Bien —respondió él—. Pregúntamelo otra vez y me pongo a gritar.

—Es que estoy preocupada.

—Entonces, haz algo constructivo —dijo Michael.

—¿Como qué?

—Como cerrar la puerta y desnudarte.

—He caído en la trampa, ¿eh?

Michael asintió.

Una voz de mujer dijo a sus espaldas:

—Hola, Sara.

Ambos miraron hacia la entrada, donde estaba de pie la doctora Carol Simpson. En el pequeño reproductor de CD que había junto a la cama de Michael sonaba el concierto en re menor de Chopin. Nada menos que Reece se lo había traído del vestuario de los Knicks en el Madison Square Garden y había aparecido con él en el hospital diciendo: «Esta mierda me pone malo, pero puede que sea justo lo que necesita el viejo Mikey».

—Michael —dijo Sara—, te presento a la doctora Simpson, la tocóloga de la que te he hablado.

—Encantada de conocerte, Michael —dijo Carol Simpson.

—Encantado.

—Me he enterado de que te habían traído de urgencia —continuó la doctora—. ¿Cómo te encuentras?

—Mejor, gracias —respondió.

—Estupendo —dijo ella—. En cuanto he sabido que los dos estabais aquí, he pensado que me pasaría para daros la noticia personalmente.

Michael se incorporó. Se notó los labios secos. Intentó mojárselos con la lengua, pero también la tenía seca.

—¿La noticia? —preguntó.

—Sí. Tengo los resultados del análisis de Sara.

—¿Y? —saltó Sara.

Carol Simpson le tendió la mano.

—Enhorabuena. Estás embarazada —dijo.

—¿Estás segura? —preguntó Sara, llevándose las manos a la boca.

—Positivo. De unos dos meses, diría yo.

—¿Has oído eso, cariño? —dijo Sara, volviéndose emocionada hacia Michael.

Michael asintió, todavía incapaz de hablar.

—Perdóneme, doctora —consiguió decir—. Es solo que...

—No tienes que disculparte. Da gusto verte.

Sara lo rodeó con los brazos y lo atrajo hacia sí, apretándolo contra el pecho.

—Bueno —dijo la doctora Simpson—, tengo que irme, Sara. Pasa a verme mañana por la mañana, ¿vale?

—Vale.

Michael se soltó del abrazo.

—Gracias, doctora.

—Cuídate, Michael. Y enhorabuena otra vez.

Los dejó solos. Michael sonrió.

—¿Tengo que empezar a llamarte «mami» ya?

Sara asintió.

—Y yo tendré que llamarte «papi».

—¿Incluso en la cama?

—No. Ahí puedo seguir llamándote por tu nombre.

—¿El gran semental?

—Sigue soñando.

—Dios, no puedo creerlo. Vamos a ser padres, Sara. Tú, yo y el bebé, seremos tres.

Se besaron.

—Te quiero, Michael.

—Yo también te quiero —le dijo él, acariciándole la barriga, todavía plana—. A los dos.

Mientras volvían a besarse, sonó el teléfono.

Michael alargó la mano de mala gana, descolgó el auricular y contestó.

Tras una breve pausa se lo tendió a Sara.

—Es para ti —dijo.

—¿Quién es?

—No sé —respondió, encogiéndose de hombros.

Sara se llevó el teléfono al oído y escuchó una voz femenina nasal que le dijo:

—Por favor, no cuelgue hasta que le ponga con el número.

Se oyó un timbre antes de que alguien cogiera el teléfono.

—¿Sara?

—¿Max?

—Dios, qué difícil es dar contigo. Me ha llevado más de una hora localizarte. ¿Cómo estás?

—Nunca he estado mejor.

—Me alegro de oír eso.

Casi podía escuchar cómo se mordía las uñas mientras hablaba.

—Esto no es una llamada de cortesía, ¿verdad, Max?

—No, no lo es.

—¿Qué ocurre, entonces?

Max Bernstein soltó un largo suspiro.

—Han asesinado a Bradley Jenkins. Necesito hablar contigo inmediatamente.

Se encontraron una hora más tarde en un rincón tranquilo de la cafetería del hospital. Tras un rápido saludo, Max dijo:

—Todo lo que hablemos aquí es privado y confidencial, ¿entendido?

—Entendido.

—Déjame preguntarte algo así de entrada.

—Adelante —dijo Sara.

—¿Bradley Jenkins era gay?

—Sí.

Max ya esperaba esa respuesta. Asintió con la cabeza, y su pelo oscuro y rizado se meció. Se puso un lápiz nuevo en la boca y empezó a morderlo. Luego cruzó la pierna derecha sobre la izquierda, se pasó la mano por los

rizos, volvió a apoyar el pie en el suelo y finalmente cruzó la pierna izquierda sobre la derecha.

Bernstein tenía treinta y dos años, pero representaba al menos cinco años menos. Sara sabía que en el Departamento de Policía —y, en realidad, en el mundo entero— consideraban a Tics Bernstein algo así como un enigma. A pesar de ser el teniente número uno de Homicidios, no era amante del peligro. No soportaba llevar pistola y jamás había utilizado una en cumplimiento del deber. Apenas sabía defenderse con los puños, no se consideraba especialmente valiente e intentaba evitar la violencia siempre que podía.

Lo que sí que hacía, sin embargo, era resolver enigmas, y cuanto más grandes, mejor. En eso sí que era bueno. Buenísimo. Nadie sabía exactamente cómo lo conseguía, pero Bernstein tenía una rara habilidad para ir poco a poco, para enredar y cambiar, para desconcertar y regatear camino de la respuesta.

—Ahora me toca a mí hacer una pregunta —dijo Sara—. ¿Qué le ha pasado a Bradley y por qué querías saber si era gay?

—Eso son dos preguntas.

—Max...

—Solo intento quitarle hierro al asunto —dijo Bernstein—. Esta mañana encontramos su cadáver en un bar gay del Village.

—¡Dios mío!

—Todavía no tenemos la autopsia, pero estamos seguros de que murió a causa de múltiples puñaladas. Pensamos que... ¿Te encuentras mal, Sara?

Sara tenía los ojos abiertos de par en par y la cara asombrosamente pálida.

—¿Ha habido otros asesinatos? —consiguió articular.

—¿Qué te hace suponer eso?

—No juegues conmigo, Max.

—Puede ser que tengamos un asesino en serie entre manos. Yo no me encargué de la investigación de los dos primeros casos, pero mataron a otros dos hombres del mismo modo sangriento. Sospechamos que es la misma persona la que ha cometido los tres asesinatos.

—¿Y por qué me has preguntado si Bradley era gay?

—Porque las otras dos víctimas lo eran. Puede que el asesino tenga a la comunidad gay en el punto de mira. Ahora me toca a mí. ¿Cómo sabías que

había más víctimas?

—Doy por hecho que conoces al doctor Harvey Riker —empezó Sara a explicarle.

—Claro.

—¿Sabes que lleva una clínica del sida aquí dentro?

—¿Y qué? —dijo él, encogiéndose de hombros.

—Las primeras dos víctimas... ¿cómo se llamaban?

—Bill Whitherson y Scott Trian.

—Exacto. Formaban parte de un grupo seleccionado de pacientes de sida que estaban siendo tratados en esta clínica. Eso tendría que salir en tus archivos.

A Bernstein empezó a temblarle una pierna.

—Si he de serte sincero, no he tenido oportunidad de revisar nada a fondo. Me han dado el caso hace como una hora.

—Da igual, Harvey me lo explicó anoche. Por eso lo sabía.

—Una pregunta obvia: ¿a Bradley también lo trataban aquí?

Sara llevó la taza de café a los labios y dio un sorbo.

—No lo sé —respondió escueta—. Tendrás que preguntárselo a Harvey.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

—Simplemente lo que he dicho.

—¿Bradley tenía sida?

—No puede salir de esta habitación —respondió Sara.

—No saldrá.

—La respuesta es sí.

—¿Y recibía tratamiento?

—Sí, pero no sé dónde. Era un gran secreto y no quise que me lo contase.

—¿Por qué no? —preguntó Max.

—Sabes quién es su padre, por supuesto.

—Por supuesto.

—El senador le soltó una buena bronca a Bradley cuando descubrió que yo sabía que tenía sida. El padre de Bradley estaba aterrado de que se hiciera pública la verdad.

—Porque eso acabaría con él.

—Exactamente. Así que procurábamos no hablar del tema.

—Entiendo. —Max se calló, miró al techo, se rascó en la parte baja del cuello y preguntó—: ¿No te habría dicho algo el doctor Riker si tuviera a Bradley en tratamiento?

—De ningún modo. La clínica está rodeada de secretismo. No sé el nombre de ningún paciente de los que tratan.

—Interesante. —Max apartó la mirada un momento y levantó la mano para frotarse la cara—. Entonces, ¿por qué te habló anoche el doctor Riker de los dos asesinatos?

—Creo —contestó Sara, dudosa— que esto será mejor que se lo preguntes a Harvey.

—Sara, no pretenderás quitarme de en medio con esa mierda de «no puedo revelar mis fuentes», ¿verdad?

—Me temo que por ahora no tengo más remedio. Pero habla con Harvey. Él puede informarte mucho mejor que yo, de todos modos.

Max se encogió de hombros.

—De acuerdo. Vayamos a buscarlo.

Después de pasar dos controles de seguridad, Max y Sara encontraron a Harvey en su despacho del pabellón Sidney. Levantó los ojos de la mesa atestada de papeles, unos ojos enrojecidos y cansados.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—Harvey, ¿te acuerdas del teniente Bernstein?

—Desde luego. Hola, teniente.

—¿Cómo va todo, doctor?

—Bien, gracias —respondió Harvey—. Sara, acabo de hablar con Michael. Como sospechábamos, la ecografía abdominal muestra una inflamación en el hígado.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Sara.

—Puede significar un montón de cosas, pero el doctor Sagarel, Eric y yo seguimos pensando que probablemente sea hepatitis. En un par de días tendremos los resultados de los análisis de sangre. Así que es muy probable que tenga que pasar un par de semanas aquí y guardar cama por lo menos un mes.

—¿Y el baloncesto?

—Esta temporada se acabó, Sara. Hay una posibilidad remota de que esté en condiciones de jugar los *play-offs*.

—¿Y él lo sabe?

—Se lo he dicho. Ha tenido una reacción un poco rara.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no parece haberle importado demasiado. Me ha contado la buena noticia de tu embarazo. Diantre, no hablaba de otra cosa.

—¿Embarazo? —interrumpió Max—. No me lo habías dicho.

—No me ha parecido un momento muy adecuado.

—Enhorabuena.

—Gracias, Max. Harvey, el teniente Bernstein tiene que hablar contigo.

Harvey se puso de pie y se situó delante de la mesa.

—¿Tiene que ver con lo que estuvimos comentando anoche? —preguntó.

—Puede ser —intervino Max, tratando de sonar profesional, pero pareció más bien un actor malo haciendo de detective privado en una película antigua. Nunca había sido muy bueno haciendo de chico duro—. ¿Bradley Jenkins es paciente suyo?

La cara de Harvey expresó confusión y fastidio.

—¡Maldita sea! ¿A qué viene esto ahora?

—¿Le importaría contestar la pregunta? —dijo Bernstein aclarándose la garganta.

—Pues la verdad es que sí. —Se volvió un poco hacia Sara—. ¿Qué pasa aquí?

Sara miró a Max, que le indicó con la cabeza que siguiera adelante.

—Bradley Jenkins ha sido encontrado muerto esta mañana —reveló ella.

—¿Qué?

—Heridas múltiples de arma blanca —dijo Bernstein—. Sospechamos que su muerte está relacionada con los asesinatos de dos pacientes de su clínica, un tal Bill Whitherson y un tal Scott Trian.

—¡Dios santo!

—Entonces, ¿le importaría ahora contestar a mi pregunta? ¿Bradley Jenkins era paciente de su clínica?

Harvey se volvió titubeante hacia la silla como un hombre que ha recibido

demasiados golpes. Se sentó y bajó la cabeza, sujetándosela con las manos.

—Sara —preguntó después de que pasaran unos instantes—, ¿puedo fiarme de él?

—Sí.

Intentó fijar su mirada en la de Bernstein, pero los ojos del teniente estaban ocupados bailando por el pequeño despacho.

—Júreme que no dejará que se entere la prensa.

—Lo juro.

—Pues sí, Bradley Jenkins era paciente mío...; un paciente muy confidencial.

—¿Cuánto tiempo hace que Bradley recibía tratamiento aquí?

—No mucho. Tal vez cuatro meses.

—¿Y los otros dos? ¿Whitherson y Trian?

—Los dos llevaban aquí casi desde el principio.

—¿Y cuánto hace de eso?

—Más de dos años.

Max asintió. Finalmente sacó su libretita y utilizó el lápiz para escribir.

—Y ahora —dijo—, ¿por qué no me cuenta la conversación que mantuvo anoche con la señorita Lowell?

Harvey miró a Sara.

—Puedes fiarte de él —le aseguró ella.

Con cierto titubeo, Harvey empezó confesándole a Max sus sospechas de que los asesinatos tenían relación con la clínica. Luego le explicó que estaban cerca, pero muy cerca, de dar con un tratamiento del sida. Max asintió vigorosamente y fue llenando páginas de notas y escuchando sin hacer comentarios. Cuando Harvey terminó de hablar, Bernstein le preguntó:

—Ha dicho que estaban muy cerca de dar con un tratamiento. En plural. ¿Quiénes son?

—Básicamente somos un servidor, mi difunto socio el doctor Bruce Grey y un nuevo miembro del equipo, el doctor Eric Blake.

—Blake es amigo de Michael, ¿verdad?

—Sí —respondió Sara.

Max se puso a pensar con los ojos entrecerrados. Volvió a introducirse el lápiz en la boca.

—El doctor Bruce Grey... ¿Ese no es el tipo que se tiró a la piscina por la ventana de un hotel hace un par de semanas?

Harvey miró a Sara y luego asintió con un gesto.

—Interesante —volvió a decir Max—. Entonces, ¿qué opina usted de ese suicidio, doctor Riker?

—No estoy muy seguro de opinar nada —repuso Harvey—. Supongo que Bruce se suicidó, sí. Por lo menos es la teoría que cobra más sentido para la policía. El resto de lo que le conté a Sara pueden no haber sido más que cosas inventadas por una mente demasiado cansada y una imaginación excesiva. Es todo una locura.

Max se adelantó hacia la silla que estaba delante de la mesa y se sentó.

—Me gustan las locuras —confesó.

Cassandra bajó las escaleras de puntillas. Todavía andaba resacosa de los festejos de la noche anterior, pero no era un dolor de cabeza tan intenso como el habitual, ni mucho menos. Intentó juntar las piezas de la velada de la noche anterior. Recordaba alguna conversación un tanto seria con Michael. También recordaba vagamente haberse tirado al senador Jenkins en la cabaña. Y también tenía ciertos recuerdos de beber más de la cuenta.

Pero la parte que recordaba con claridad meridiana tuvo lugar al final de la fiesta. Cassandra se había abierto camino hasta el bar para pedir un último lingotazo antes de dar la noche por cerrada. Mientras esperaba que el barman le llenara el vaso, se puso a conversar con un hombre que también le pareció un tanto ebrio. Sabía quién era aquel hombre, lo había visto unas cuantas veces, pero nunca le había dedicado demasiada (o ninguna) atención. En ese momento no había nadie más alrededor, y Cassandra se sentía particularmente caritativa.

Cuando los invitados empezaron a marcharse algo más de una hora después, Cassandra se dio cuenta de que seguía hablando con el mismo hombre. Hablando. No flirteando, no tirando los tejos ni recibéndolos, no follando. Simplemente, hablando. Y, caray, sí que se había emborrachado de verdad. En unas circunstancias más normales y más sobrias, no hubiera desperdiciado ni un escupitajo con aquel individuo.

Sin embargo, el hombre fue un perfecto caballero. La escuchaba, escuchaba lo que tenía que decir. Oh, ya había visto a menudo a muchos hombres fingir interés en eso con el objetivo de llevársela al huerto, pero de algún modo comprendió que aquel tipo se interesaba realmente por lo que ella decía.

Qué raro.

Lo más raro fue cuando al final le preguntó si quería acompañarla a su habitación y él le contestó:

—Esta noche no.

—¿Por qué no? —le preguntó ella.

El hombre sacudió la cabeza y sonrió.

—¿No vi esto ya una vez en *La dimensión desconocida*? ¿El hombre adefesio y la mujer divina que se intercambian los papeles? Casi no me creo que vaya a decir esto, pero ahí va: no quiero ser un número más para ti.

—¿Perdón?

—Ya lo sé, ya lo sé. Yo tampoco me lo creo. Mira, Cassandra, daría el brazo derecho por pasar una noche contigo.

—¿Entonces?

Él se encogió de hombros y levantó las manos, impotente.

—Si subiera a tu habitación contigo ahora, se acabaría. Pero si te rechazo, puede que te entre la intriga. Y puede que quieras seguir adelante..., aunque no puedo evitar pensar que, cuando estés sobria, pensarás que toda esta conversación fue una simple pesadilla.

—Estás descubriendo tu estrategia, Harvey —le dijo ella con una sonrisa.

—Bueno, sí, nunca he sido muy bueno en estas cosas y, además, estoy bastante desentrenado. Llevo como veintiséis años desentrenado. Pero hazte un favor, Cassandra. No te acerques a mí. Traigo problemas.

—Ahora sí que me has intrigado.

—No hay nada con lo que intrigarse —continuó Harvey—. No soy más que un adicto al trabajo que se pasa hasta el último momento de vigilia y de sueño en un hospital del Harlem hispano. No tengo tiempo para hacer vida social. Esta ha sido una velada divertida, una maravilla de distracción, pero ya es hora de que regrese al planeta Tierra.

—Me gustaría que lo reconsiderases —dijo ella.

Harvey se dio unos golpecitos en la sien como si intentara aclararse la cabeza.

—Estoy soñando, ¿verdad? —preguntó—. Toda esta conversación es un sueño.

—Puede ser. Pero supongo que mañana lo averiguaremos.

Ahora ya era mañana y, por alguna extraña razón, Cassandra quería volver a ver a Harvey Riker. Un problema: se había pasado la mayor parte de la mañana tratando de decidir lo que tendría que hacer a continuación, pero no había resuelto nada. ¿Debería esperar a que llamase Harvey? ¿Y si no llamaba? Y hablando de estar desentrenado, hacía ya años desde la última vez que Cassandra se preguntó o le importó si un hombre la iba a llamar o no.

De pronto la solución se presentó sola con la llegada de su padre a casa.

—¿Dónde estabas? —le preguntó ella.

—En el Columbia Presbyterian —respondió John Lowell, medio distraído—. Han ingresado a Michael de urgencia.

—¿Está bien?

—Eso creo. Sus amigos se ocupan de él.

—¿Harvey Riker?

El padre asintió.

—Creen que tiene hepatitis.

—Creo que iré a visitarlo.

—Como quieras. ¿Cuándo irás?

—Dentro de diez minutos.

—Estupendo. Tengo una reunión dentro de un rato y no quiero que haya nadie por aquí cuando llegue la persona en cuestión. ¿Entendido?

Pero de eso hacía ya más de una hora, y por eso bajaba de puntillas. Las reuniones privadas de su padre eran eso: privadas. Rodeadas de secretismo. Si descubría que todavía estaba en casa se pondría furioso. Fue avanzando poco a poco por el pasillo hacia el garaje. Al pasar por delante del estudio de su padre, oyó su voz a través de la gruesa madera de roble. Parecía muy enfadado.

—¡No tendría que estar usted aquí! —le oyó gritar.

—Relájese —dijo otra voz, una voz que Cassandra no logró identificar—. Ha dicho que no hay nadie en casa.

—No importa. No lo quiero a usted en mi casa.

—Deje de preocuparse tanto. Hay trabajo que hacer.

«¿Quién demonios...?» Cassandra se alejó con precaución de la puerta, con la mente a mil por hora. Aquella voz le resultaba muy familiar. Ya la había oído antes, de eso estaba segura. Pero ¿dónde? ¿Y a quién pertenecía?

Estaba en un semáforo, a un par de kilómetros de distancia, cuando le vino la respuesta a la cabeza.

—Lo que muestra la nota del doctor Grey —empezó a decir el grafólogo Robert Swinster— es muy poco habitual.

El teniente Max Bernstein asintió.

—Sí, ya lo sé. Puede que eso acabe explicándolo todo.

—¿Como qué?

—Después —indicó Max—. Ahora tengo un montón de cosas que hacer.

—¿Puedes darme una pista? Haz como que no estoy.

Max estrechó la mano de Swinster y le dio una palmada en la espalda.

—Gracias otra vez, Bob. Te lo agradezco de veras.

—No hay problema, Tics. Me alegro de poder ayudar.

Robert Swinster se apartó de la mesa de Bernstein en el momento en que Sara se acercaba a ella.

—Hola, Max.

—Me alegro de que hayas podido venir tan rápido —le dijo él con una sonrisa—. Siéntate.

Sara observó a Max y su mesa. Advirtió todos los signos habituales: los ojos enrojecidos, los bordes de las uñas roídos, arrugas en la frente, dedos que jugueteaban con el lapicero, los clips partidos por el medio por encima de toda la mesa, la mano que se rascaba constantemente la cara sin afeitar...

Max y sus hombres llevaban dos días investigando el sensacional asesinato del joven Bradley Jenkins a manos del ya famoso Destripador de Gais. El senador Jenkins, afligido, se había escondido y no hacía declaraciones a la prensa ante el torbellino de rumores que rodeaban la muerte de su hijo. El portavoz en el Senado reiteraba sin cesar una idea: estaba claro que el asesinato era un complot de ciertos grupos subversivos para destruir la reputación y la vida familiar del senador.

Max había entrevistado el día anterior al senador Jenkins, después del funeral de su hijo. Durante los años que llevaba en Homicidios, Bernstein había visto lo que una tragedia como aquella acaba haciendo con el más fuerte

de los hombres, pero aun así le sorprendió el aspecto del senador. Tenía la piel lívida, unos ojos que no comprendían nada, los hombros hundidos, toda su prestancia derrotada. El senador había contestado las preguntas de Max con una voz monótona, distante, pero no parecía que supiera demasiadas cosas que pudieran ayudar a descubrir al asesino.

—¿Quién era ese? —preguntó Sara.

—Robert Swinster —respondió Max—, un experto en grafología. Ha estado examinando de nuevo la nota de Bruce Grey.

—¿Y ha encontrado algo?

Sonó el teléfono del escritorio. Max levantó un dedo para indicar a Sara que esperase y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—Otra vez el *Daily News* por la línea cinco. Y ABC-TV en la ocho.

—Ahora mismo no voy a hablar con la prensa —dijo cortante. Colgó el aparato con un golpe fuerte—. Malditos reporteros —masculló—. Es que te vuelven loco.

—Tranquilo, tranquilo.

—Todo el mundo diciendo a gritos que no sabemos hacer nuestro trabajo. ¿Cómo demonios se supone que podemos hacer algo con esos periodistas soplándonos en la nuca todo el rato? Una panda de buitres, con perdón de la compañía aquí presente, claro. ¿Sabes una cosa? Estoy seguro de que la prensa tiene ganas de que ese psicópata vuelva a matar. Menudos cabrones morbosos.

—Suele pasar —apuntó Sara.

—Ya lo sé —dijo Max—, pero la presión que hay en este caso es increíble. El otro día, en la rueda de prensa me sentía como un trozo de carne cruda delante de unos dóberman hambrientos. Y eso no es todo. El alcalde no para de exigir respuestas con esa actitud moralista tan propia de él. Salen activistas gais de debajo de las piedras para acusar al Departamento de Policía de fascista por discriminar a los homosexuales. Solo hoy he tenido ya una docena de confesiones falsas. De repente todo el mundo quiere ser el Destripador de Gais. —Respiró profundamente—. Bueno, a la mierda todo. ¿Cómo está Michael?

—Se encuentra mejor. Ahora está con sus compañeros de equipo, que lo

han ido a ver.

—Bien. Es que necesitaba hablar de esto contigo ahora mismo.

—La hora del lanzamiento, ¿eh?

Max asintió y esbozó una sonrisa. Unos años antes, Sara había sido fundamental ayudando a Max a descubrir a un policía asesino que había matado a tiros al azar a cuatro colegas en una semana. De aquella experiencia Max aprendió que era bueno soltar las ideas delante de alguien que supiera escuchar, y Sara era prácticamente la oyente más aguda que había. Con mucha frecuencia se decían disparates el uno al otro, planteaban hipótesis disparatadas, incluso se llamaban loco el uno al otro, pero al final tantas afirmaciones irracionales empezaban a mezclarse con datos más racionales y con frecuencia acababan formando soluciones consistentes.

—¿Este caso te resulta más duro que la mayoría? —le preguntó ella.

—¿Respecto a...?

—Ya sabes a qué me refiero.

Bernstein sonrió nervioso y miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie que pudiera oírlos.

—Sería un enfoque de lo más interesante para una noticia, ¿eh? El detective maricón encargado de encontrar al Destripador de Gais.

Sara no dijo nada.

—Tú sigues siendo la única que lo sabe..., aparte de Lenny y de mi madre. —Tragó saliva, y se vio claramente cómo le subía y bajaba la nuez—. Me gustaría poder decir algo, pero ¿sabes lo que me pasaría si se descubriera en la policía?

—Me lo imagino.

—Lo perdería todo. Tendría suerte si me dejaban trabajar vigilando parquímetros.

—No hace falta que me lo expliques, Max.

Max asintió con la vista fija en el suelo.

—Por cierto, saludos de Lenny.

—¿Cómo está?

—Es un pelmazo —dijo, encogiéndose de hombros—, pero lo quiero.

—Mientras seáis felices...

—Te pareces a mi madre. ¿Puedo volver ya a nuestro caso?

—Vale —dijo Sara—. ¿Qué tienes de momento?

—No gran cosa. Encontramos a un borrachín que vio cómo tiraban el cuerpo de Bradley detrás del Black Magic temprano por la mañana. También localizamos el coche que llevaba el asesino. Y eso es prácticamente todo.

—Sigue.

—Al parecer, el borracho, un tal Louis Bluwell, que había vaciado un par de botellas de ginebra, estaba durmiendo la mona debajo de unas bolsas de basura cuando oyó el coche y vio a un individuo, al que describió como «un gran monstruo», bajarse del coche y tirar el cuerpo entre las bolsas de basura. El señor Bluwell dice que el coche era un Chevrolet verde muy cascado. Hemos encontrado un coche que cuadraba con la descripción abandonado en la Riverside Drive, más o menos a la altura de la calle Ciento cuarenta y cinco. Había una buena cantidad, casi se podría decir que litros, de la sangre de la víctima por todo el suelo del maletero. El coche lo habían robado la tarde anterior.

—¿El laboratorio ha encontrado algo más en el coche?

—Todo un juego de huellas dactilares: el de la víctima. Unos cuantos cabellos..., todos pertenecientes a la víctima.

—Menuda sorpresa —dijo Sara—. ¿Algo más?

—De acuerdo con el señor Bluwell, el tipo del coche era muy grande, un tipo enorme de pelo oscuro. Sin más rasgos destacables.

—¿Y tú qué deduces de eso?

Bernstein se inclinó hacia atrás, juntó las manos con las puntas de los dedos índice apoyados debajo de la nariz. Puso los pies sobre la mesa.

—Me resulta interesante —comentó.

—¿Y eso? —preguntó Sara.

—Porque no tiene sentido, simplemente.

—¿Qué es lo que no tiene sentido?

—De acuerdo, échame una mano, Sara. Vamos a ver, ¿qué sabemos por ahora? Primero, que las tres víctimas eran homosexuales. Segundo, que las tres víctimas se trataban del sida en la misma clínica. Tercero, que las tres han muerto apuñaladas en las últimas tres semanas.

—¿Y entonces?

—Entonces mira los casos uno por uno durante un momento. —Max se

puso derecho rápidamente, abrió la libretita y leyó—: Víctima uno: Scott Trian. Trian fue encontrado atado a la cama con los miembros en cruz en el apartamento 8 G de Christopher Street, número 27. El cadáver apareció con veintisiete heridas de arma blanca. El asesino le cortó la oreja izquierda, los dos pulgares y el pezón izquierdo, todo mientras todavía estaba vivo, creemos. Y también lo castró.

—Increíble —murmuró Sara.

Max asintió.

—Todavía más increíble es que consiguiéramos ocultar la mutilación y la tortura a los medios.

—No por mucho tiempo —añadió Sara—. Alguno abrirá la boca.

—Gran verdad, pero hasta entonces eso me sirve para descartar a todos esos de las confesiones falsas. Cuando se los presionó para que contaran detalles de los asesinatos, ninguno de los supuestos destripadores confesos sabía lo de las mutilaciones o la tortura. Solo sabían lo que habían leído en los periódicos. Pero nos apartamos del tema. Pasemos a la segunda víctima.

—Vale.

Bernstein se humedeció el dedo índice y giró unas pocas páginas.

—Víctima número dos: William Whitherson. El novio del señor Whitherson, un tal Stuart Lebrinski, salió del apartamento que compartían, situado en una comunidad del Upper West Side, para ir a comprar algunos comestibles. Cuando regresó, una hora más tarde, Whitherson estaba muerto. Veintitrés heridas de arma blanca. Sin mutilaciones ni señales de tortura.

—No hubo tiempo —dijo Sara—. El novio solo estuvo fuera una hora.

—Puede ser —concedió Max—. Pero ahora las cosas se nos ponen realmente interesantes. Víctima número tres: Bradley Jenkins. —Volvió a girar varias páginas antes de continuar—: El chófer de una limusina dejó a Bradley delante de su edificio de apartamentos tras la gala benéfica en la mansión de tu padre. Un vecino cree que vio a Jenkins salir del edificio pocos minutos después acompañado de un hombre que el vecino describió como «muy grande».

—Probablemente el mismo tipo que vio el borracho.

—Parece lógico —aceptó Max—. De todos modos, lo siguiente que sabemos es que Jenkins aparece muerto detrás del bar brasería Black Magic.

Varios clientes del bar reconocieron a Bradley en fotografía, pero todos juran que en toda la noche no lo vieron.

—¿Y qué? Estuvo en la fiesta de mi padre hasta muy tarde.

—Otra cosa más: la cerradura del apartamento de Bradley la habían abierto haciendo palanca.

—Es probable que el tipo ese grande se metiera dentro —sugirió Sara—. Sigo sin ver qué parte de todo eso no tiene lógica.

Max dejó la libreta en la mesa.

—Junta todos los datos, Sara. Primero, Bradley Jenkins llega a casa de la fiesta. Entonces, un tipo grande fuerza la cerradura y entra en la casa. Muy bien, de momento todo correcto. ¿Me sigues?

—Sí.

—Bueno, pues por el estado en que se encontraba el apartamento de Jenkins, si hubo pelea fue una pelea de lo más corta. Luego, Bradley y el asesino salen del apartamento y se marchan en coche juntos. A juzgar por la enorme cantidad de sangre que había en el maletero del coche, podemos sospechar que a Bradley lo mataron mientras estaba tumbado allí dentro. No hubo mutilaciones; pero, igual que los otros dos, tiene aproximadamente dos docenas de puñaladas, por la cara, el pecho y la ingle. El asesino deja el cuerpo en el maletero toda la noche, y a la mañana siguiente se levanta y arroja el cadáver detrás de un bar gay.

—Puede ser que Bradley conociera a ese tipo —dijo Sara—. Un momento. Borra eso. Si se hubieran conocido no habría sido necesario forzar la cerradura.

—Y yo que estaba bien dispuesto a saltarte al cuello por equivocarte... —dijo Max con una media sonrisa.

—Perdona que te lo haya estropeado.

—Olvídalo. Pero dejas de lado la cuestión más importante.

—¿Cuál es?

—¿Por qué en primer lugar el asesino hace salir a Bradley del apartamento? Piénsalo. Trian y Whitherson fueron asesinados en su apartamento, ¿correcto? El asesino los encontró solos, hizo su trabajo y lo dejó todo hecho un desastre. Pero con Bradley no. Se tomó la molestia de llevarlo fuera del apartamento. Eso significa que el asesino tuvo que: uno,

tomarse la molestia de robar un coche, y dos, correr el riesgo de que lo vieran salir del apartamento, además de que lo vieran deshacerse del cadáver detrás del Black Magic. ¿Por qué? ¿Por qué no limitarse a matarlo igual que a los otros y largarse? ¿Y por qué tirar el cadáver detrás de un bar gay?

—Ya veo a qué te refieres —dijo Sara tras pensarlo un momento—. Mira, Max, ya sé que todo esto te complica las cosas, pero no podré seguir callada por mucho más tiempo. No diré nada de lo de la mutilación de Trian, pero tengo que explicarle al público la relación entre las tres víctimas de la clínica de investigación del sida.

—Sara...

—Porque, de todos modos, alguien acabará sacándolo a la luz, y ahora al padre de Bradley ya no le pueden hacer mucho más daño del que le han hecho. —Agarró con fuerza el bastón—. Y lo que es aún más importante: Harvey ha decidido hacer público el éxito de la clínica. Necesita recaudar fondos. Así que en *NewsFlash* emitiremos un reportaje de una hora sobre el éxito de su tratamiento del sida.

Max soltó un silbido.

—¡Eso sí que es una noticia bomba! —exclamó—. Ahí puedes tener un Pulitzer, Sara. No soportaría que te lo perdieras.

—Eso es injusto, Max.

—Ya lo sé. Mi manía contra la prensa vuelve a resurgir. Perdona.

—No importa. —Vio que empezaba a mordisquearse el dedo; no la uña, el dedo—. Max, ¿no crees que la relación con la clínica es importante?

—Crucial —respondió él, quitándose el dedo de la boca y rascándose la cara con la misma mano—. Mis hombres están investigando a todos aquellos que están relacionados con ese lugar.

—Ahí está el quid de la cuestión, ¿verdad? —preguntó Sara—. Quiero decir que todo el mundo da por hecho que hay un psicópata con los gays en el punto de mira, pero que en realidad puede que vaya detrás de los enfermos de sida o, más concretamente, de los pacientes de la clínica de Harvey.

—Pudiera ser.

—¿Y qué me dices del miedo de Harvey a que alguien esté intentando sabotearle la clínica?

Bernstein se levantó y empezó a dar pasos, dibujando un pequeño círculo

en el suelo.

—Es una posibilidad, pero remota. De acuerdo con Harvey, no hay nadie de fuera de la clínica, es decir, ni tú, ni la FDA, ni nadie más, que supiera lo cerca que estaba de descubrir una cura. Había rumores, claro, pero en general la gente no intenta sabotear un rumor.

—En eso no estoy muy segura de estar de acuerdo contigo —sostuvo Sara—. Los dos hemos visto a multitud de gente actuar por mucho menos que unos rumores sin fundamento.

—De acuerdo, pero míralo de este otro modo: si alguien quisiera destruir el trabajo de Harvey y Bruce, ¿por qué tomarse las molestias de asesinar a todas esas personas de una manera tan espeluznante? ¿Por qué no limitarse a pegarle fuego a la clínica? ¿O por qué no simplemente matar a...? —Dejó la frase en el aire.

—¿Simplemente matar a...?

Max tragó saliva.

—Tranquila. Iba a decir: «¿Por qué no simplemente matar a los médicos?».

—Max —dijo Sara tras un largo silencio—, ¿qué ha dicho el experto en grafología?

—La nota la escribió Bruce Grey. Sobre eso no hay ninguna posibilidad de que fuera falsificada.

—¿Y eso significa que es seguro que se suicidó?

Bernstein hizo una pausa sin dejar de masajearse la barbilla, nervioso.

—No necesariamente —respondió—. Como la nota es de puño y letra de Grey, casi nadie dudó del suicidio. Fue un caso clarísimo.

—¿Y ahora?

—Ahora hay muchas cosas que no cuadran, Sara. He comprobado el historial de Grey. Parecía un tipo de lo más feliz, de lo más corriente; nunca dio señales de depresión ni enfermedad mental.

—Pero si Bruce escribió la nota...

—Ah, pero ¿cómo escribió la nota?

—No te entiendo.

—Como te he dicho, me tomé la libertad de hacer que el experto en grafología volviera a examinar la nota. Pero esta vez le pedí que buscara otros

detalles.

—¿Como qué?

—Para empezar, Swinster notó que los rasgos estaban más temblorosos que de costumbre. Palabras y letras se mezclaban. No hay duda de que lo escribió Grey, la forma y trazo de las letras así lo indican, pero no era su letra normal. Tenía mucha prisa o estaba bajo mucha presión o algo parecido.

—¿No te parece que eso es normal si te vas a suicidar?

—En realidad no. Por lo general, los suicidas escriben con letra pausada y uniforme y bastante normal. Grey siempre tuvo una letra muy clara, incluso cuando escribía recetas. La nota de suicidio presentaba una torpeza nada característica. Así que muy bien podrían, he dicho «podrían», haberlo coaccionado.

Sara se inclinó hacia delante con los ojos de par en par. Las palabras le vinieron rápidamente a los labios.

—Entonces, lo que insinúas es que puede que a Bruce lo obligaran a escribirla —dijo casi gritando—. Puede que alguien le pusiera una pistola en la cabeza y lo obligara a hacerlo.

—Cálmate, Sara. Todavía no sabemos nada por el estilo.

—Y si eso fue así, puede que Harvey corra un grave peligro.

—No empieces a ver cosas que no existen —dijo Bernstein, negando con la cabeza—. Hay un millón de explicaciones mejores que esa. Podría ser simplemente que Bruce Grey estuviera tan acatarrado que la mano le temblase al escribir la nota. O que estuviera muy nervioso ante la idea de tirarse de cabeza por la ventana.

—Pero tú no te crees ninguna de esas.

—No, pero sonaban bien —dijo Max, guardándose las llaves en el bolsillo.

—¿Adónde vas?

—Al Days Inn. Quiero examinar la habitación de Grey.

—¡Eh, eh, Mikey, chaval! ¿Cómo te encuentras?

Michael levantó la vista y sonrió. Reece y Jerome entraban en tromba en la habitación con media docena de otros Knicks.

—Sois la banda de enfermeros voluntarios más feos que he visto en la vida.

—Sí, pero mira lo que te traemos —dijo Jerome, enseñándole una bolsa de papel marrón.

—¿Qué es? —preguntó Michael.

—La comida del hospital es una mierda, ¿a que sí? —continuó Jerome.

—Y que lo digas —contestó Michael—. Llevo dos días comiendo esta bazofia y ya empiezo a volverme loco.

—Y... —añadió Reece—, todo el mundo sabe lo mucho que os gusta a los judíos la comida oriental.

—¿Quieres decir...?

—Ajá —lo interrumpió Reece—, traído del restaurante Hunan Empire.

—Me parece que os quiero mucho, tíos.

—No te pongas blandengue con nosotros, vieja gloria.

—Procuraré no venirme abajo.

—Bueno, ¿y cómo te encuentras, Mikey?

—Bien.

—¿Cuándo volverás?

—Probablemente no pueda jugar hasta la temporada que viene.

—Mierda.

—Pues dímelo a mí. Pero, chicos, ¿sabéis qué?

Hubo una pausa.

—Reece ya nos ha dado la buena noticia —dijo Jerome con una amplia sonrisa—. Que vas a ser papá. Felicidades, tío.

—Gracias.

Se estrecharon la mano. Los otros jugadores se reunieron a su alrededor para darle la enhorabuena.

—Eh, vieja gloria, ¿cómo vas a poder enseñarme algo desde una cama de hospital? —preguntó Jerome.

—Puedes ver películas de partidos antiguos —le sugirió Reece—. Podrás ver cómo jugaba Mikey en su mejor momento.

—Pero ¿entonces ya existían cámaras? —bromeó Jerome.

Reece se rio.

—¿De qué puñetas te ríes? —le preguntó Michael—. Solo tienes un año

menos que yo.

—Ya lo sé. Por eso quiero que vuelvas pronto al equipo. No quiero ser yo la nueva «vieja gloria».

—Genial. ¿Cómo van los entrenos, de todos modos?

—Te echamos de menos, Mikey —dijo Reece.

—Es bueno oírlo.

—Sí —añadió Jerome—. Echo de menos bloquearte los tiros y robarte el balón.

—Dame ya la comida, Jerome, antes de que la vea el médico.

—Demasiado tarde.

Los cuerpos altísimos de todos los New York Knicks se volvieron hacia la puerta. Harvey estaba allí plantado, apoyado en el marco de la puerta.

—Qué hay, Harv —dijo Reece.

—¿Qué tal te va, Reece?

—No me puedo quejar.

—¿Os importaría a ti y a tus compinches dejarme unos minutos a solas con Michael?

—Claro que no.

—Muy bien —dijo Harvey—. Mientras tanto haré que una de las enfermeras os lleve al ala de pediatría, panda de cretinos. Allí habrá unos cuantos niños a los que igual podéis alegrar el día.

—Encantados —dijo Reece—. Venga, tíos. Vamos allá.

Los compañeros de Michael le dijeron adiós y se marcharon. Harvey cerró la puerta y se acercó a la cama.

—Y bien, ¿qué pasa? —preguntó Michael.

—Acaban de darnos los resultados de los análisis de sangre —anunció Harvey—. Has dado positivo en VHB.

—¿Lo que significa...?

—Que tienes hepatitis.

—¿No es eso lo que esperabas?

—Sí y no.

—Explícate, por favor.

—Sinceramente, todo es un poco raro.

—¿A qué te refieres?

—Que tienes hepatitis B en vez de hepatitis A —dijo Harvey mientras iba de un lado al otro de la habitación.

—¿Y eso es malo?

—El noventa por ciento de los pacientes de hepatitis B se recuperan del todo en cuestión de tres o cuatro meses. Con un poco de suerte y un buen entrenamiento, podrás volver a estar en forma a finales de la temporada y los *play-offs*.

—Genial.

—Pero me gustaría hacerte unos análisis más, Michael —dijo Harvey—, e incluir un estudio de linfocitos y un análisis de VIH.

Michael se sentó buscando con sus ojos los de Harvey y lo miró fijamente.

—¿Un análisis de VIH? ¿Eso no es...? —preguntó.

—Sí —lo interrumpió Harvey—. Es un análisis que se supone que indica si eres portador del virus del sida.

—¿Y por qué voy a necesitar uno de esos?

—Es una simple precaución —continuó Harvey—. Estamos seguros de que no tienes sida ni nada por el estilo. No eres homosexual ni consumidor de drogas intravenosas, lo que significa que tus posibilidades de tenerlo son prácticamente cero.

—¿Entonces?

—Entonces, Eric y yo ya lo hemos hablado. También lo consultamos con el doctor Sagarel, el gastroenterólogo. La cosa es que ninguno entiende muy bien cómo contrajiste la hepatitis B.

—¿Por algún marisco en mal estado tal vez?

—Estás pensando en la hepatitis A —indicó Harvey—. La hepatitis B se transmite por transfusiones de sangre, saliva, semen; este tipo de secreciones. Así que ya sé que vas a querer atizarme por preguntártelo, pero tengo que hacerlo de todos modos. Es importante que me digas la verdad.

—Dispara.

—Ya sé que quieres a Sara, pero ¿has tenido alguna aventura extramatrimonial? De cualquier clase. ¿Un desliz durante una gira de los Knicks o algo así?

—No —respondió Michael—. Nunca.

Harvey asintió.

—En principio, no habríamos contemplado la posibilidad de hacerte un análisis del VIH, pero cuando Eric repasó tu historial, apareció el dato de que te habían hecho una transfusión cuando tuviste aquel accidente náutico en las Bahamas.

—Pero eso fue hace años.

—Ya lo sé. Es que si fuera más reciente no me preocuparía tanto. Hoy en día tenemos tecnología para controlar las donaciones de sangre, por lo que las posibilidades de que un paciente reciba sangre contaminada por VIH son muy remotas. Pero entonces no existían esas pruebas.

—Estás diciendo que...

—No estoy diciendo nada. Mira, Michael, con esto de la clínica y demás, Eric y yo tenemos el VIH metido en el cerebro. Tú no tienes sida. Estoy casi del todo seguro. En circunstancias normales, hubiéramos tirado adelante y te habríamos hecho el análisis sin decírtelo.

—Entonces, ¿por qué no lo habéis hecho? No me has dado ningún detalle de los otros análisis.

—Porque la ley exige que firmes un formulario, nada más.

—¿Y el doctor Sagarel cree que está de acuerdo en esto con Eric y contigo?

Una sombra de dolor pareció nublar la expresión de Harvey por un instante.

—Sí, Michael. Está de acuerdo.

—Harv —empezó Michael—, no quiero poner en cuestión tu criterio...

—No te preocupes, Michael —dijo Harvey, haciendo un gesto con la mano como para quitarle importancia—. Era la pregunta que tenías que hacer.

—Bueno, ¿y ahora qué?

—Si te parece bien, te sacaré un poco de sangre.

Michael se encogió de hombros todavía con el temor en los ojos. Luego asintió.

—Vosotros sois los médicos.

—Bien —dijo Harvey—. Estira el brazo.

—Escoge una vena, la que quieras.

Harvey insertó la aguja en la abultada línea azul.

—Créeme, Michael, esto no es más que una formalidad —dijo.

—Espero que tengas razón.

Terminó de extraer la sangre y sacó la aguja.

—La tengo —dijo, y se dirigió hacia la puerta, la abrió y salió al pasillo—. ¡Janice!

Como si Harvey le hubiera dado instrucciones, Janice Matley, su enfermera más leal y de fiar, esperaba junto a la puerta. Harvey se había traído a Janice de la clínica porque no se fiaba de nadie más para esa tarea.

—¿Sí, doctor? —dijo la enfermera.

—Dele esto solo a Eric o a Winston. —Le tendió la muestra de sangre—. A nadie más. Si no está ninguno de los dos, espere.

Janice asintió y se marchó. Harvey volvió a entrar en la habitación de Michael.

—¿Cuándo sabremos los resultados? —preguntó Michael.

—Dentro de una semana —respondió Harvey—. Ahora deja de preocuparte como una vieja solterona. No hay ninguna razón para pensar que tengas nada más que hepatitis.

Philip Adams, director adjunto del Days Inn, abrió la puerta.

—Aquí es —dijo—. Habitación 1118.

—Maldita sea —dijo el teniente Bernstein.

—¿Pasa algo?

Max se sacó el dedo de la boca.

—Un pellejo. Me está poniendo de los nervios.

Philip Adams contempló con algo cercano al horror cómo el teniente de policía utilizaba los dientes para librarse de tan molesto problema.

—¿Querrá algo más?

—¿Alguien se ha hospedado aquí desde el suicidio?

—La verdad es que actualmente el negocio está un poco parado, de manera que la hemos mantenido vacía.

—¿Y han limpiado la habitación desde el incidente?

—Sí, claro.

—¿Podría avisar a la camarera que la limpió?

—Hoy tiene libre.

—¿Y cuándo estará?

—Mañana por la mañana.

—Me gustaría que me llamara cuando venga.

—Por supuesto, teniente, pero ¿por qué investigan esto ahora? Hace más de dos semanas del suicidio.

—Solo intentamos atar unos cabos sueltos —explicó Bernstein—. ¿Podría avisar también al recepcionista que estaba de servicio la noche del suicidio?

—El registro del doctor Grey lo hizo Héctor —dijo Adams—. La policía ya habló con él.

—¿Cuándo tiene que venir Héctor?

—Está aquí.

—Entonces, mándemelo arriba.

—Por supuesto.

—¿Han hecho algún tipo de reforma en la habitación desde el suceso?

Adams tosió tapándose la boca con la mano cerrada.

—Cambiamos la ventana rota por la que saltó, naturalmente.

—¿Nada más?

—No, creo que no —respondió el director adjunto tras pensar un momento.

—Entendido, gracias.

—Aquí tiene la llave, teniente.

—Se la devolveré cuando me vaya.

—Gracias.

Una vez solo, Bernstein se puso a pasear por la habitación siguiendo una línea circular, con la esperanza de que el entorno le inspirara alguna sensación. Luego cerró los ojos e intentó ponerse en la piel del bueno del doctor. Intentó imaginarse al doctor Bruce Grey registrándose en el hotel, tomando el ascensor hasta el undécimo piso, abriendo la puerta y entrando en aquella habitación. Max se imaginó a Grey intentando forzar la ventana para abrirla y descubriendo que estaba fijada con clavos. Y luego, ¿qué hizo Grey a continuación? Seguro que decidió tomar carrerilla y saltar a través del cristal. Max se lo imaginó dando pasos hacia atrás, esprintando hacia delante, lanzando su cuerpo contra el cristal, haciéndolo trizas y cortándose por todas partes durante el proceso. No era exactamente un suicidio muy pulcro. Nada

limpio, de hecho. Y doloroso, porque saltar a través del cristal no debía de haber sido precisamente divertido.

«Aquí algo no cuadra, Tics».

Asintió para sí mismo. ¿Por qué aquí? ¿Por qué saltar? ¿Por qué atravesar el cristal? Aquello no tenía sentido. Aquel hombre estaba a punto de hacer un descubrimiento médico de primera magnitud. Llevaba ya siete años divorciado, tenía un crío al que no veía lo suficiente, le encantaba leer, le encantaba trabajar, era más o menos un tipo casero. Según Harvey Riker y varios otros amigos de Bruce, Grey casi nunca viajaba y solo había salido del país tres veces: su viaje reciente a Cancún, en México (¿se iba de vacaciones antes de suicidarse?), y dos veces a Bangkok hacía unos pocos años porque la clínica guardaba allí todas las muestras de sangre y de laboratorio y todos los resultados de los análisis para mayor confidencialidad. Max había sabido que Harvey y Bruce estaban siempre paranoicos ante cualquier filtración, sabotaje, interferencia gubernamental, todo ese tipo de cosas, y de ahí la decisión de disponer de un local seguro muy alejado, en Bangkok. Puede que en esos momentos pareciera una paranoia sin fundamento, pero ahora...

Bernstein se paró a medio pensamiento cuando lo vio.

Su mirada se clavó en el lado izquierdo de la pared, junto a la puerta, con los ojos muy abiertos. Cruzó despacio la habitación y examinó la cadena de seguridad, que colgaba de la pared y de la puerta en dos trozos separados. La cadena de acero estaba partida en dos. Cuando se inclinó hacia delante para examinarla más de cerca, una llamada a la puerta le hizo dar un salto.

—¿Quién es? —preguntó.

—Héctor Rodríguez —exclamó una voz con acento hispano—. El señor Adams me ha dicho que quería usted verme.

Bernstein abrió la puerta.

—Pase.

Un hombre menudo de piel oscura entró en la habitación. Llevaba el uniforme del hotel y una perilla que parecía que se la hubieran perfilado a lápiz.

—El señor Adams me ha comentado que tenía algunas preguntas sobre el suicidio.

—¿Alguien se ha fijado en esto, Héctor?

—No lo creo —dijo Héctor, observando la cadena rota—. Nadie ha utilizado esta habitación desde el suicidio.

—¿Es frecuente que se rompan las cadenas de seguridad de las puertas en este establecimiento?

—No, señor, ni mucho menos. Haré que la cambien ahora mismo.

Bernstein se preguntó si el cerrojo ya estaría roto cuando Grey entró por primera vez en la habitación. Más bien lo dudaba.

—¿Se acuerda de cuando llegó el doctor Grey?

—Un poco —respondió él—. Quiero decir, que se arrojó por la ventana pocos minutos después de registrarlo. No pudo haber estado en la habitación más de cinco minutos.

—¿Qué recuerda de él?

—Tenía el pelo muy rubio...

—No me refiero a su aspecto. Quiero decir, ¿cómo se comportaba? ¿Cómo era su conducta?

—¿Conducta?

—Sí. ¿Le pareció deprimido, por ejemplo?

—No, deprimido no. Diría que estaba más bien nervioso. Estaba empapado de sudor.

—Entiendo... —Bernstein tendió las manos hacia delante—. Espere un momento. ¿Acaba de decir que el doctor Grey tenía el pelo rubio?

—Muy rubio.

Los ojos de Max se entrecerraron, llenos de desconcierto. Abrió la carpeta y miró una fotografía reciente de Bruce Grey. El hombre de la fotografía tenía el pelo negro.

—¿Es este el hombre al que registró esa noche?

Héctor se quedó mirando la foto durante al menos diez segundos.

—No podría decírselo seguro. Tenía un aspecto muy distinto. No llevaba barba y, como ya le dije, tenía el pelo rubio.

Bernstein abrió la carpeta. Siempre intentaba evitar mirar las fotos de la policía porque no le gustaba contemplar restos machacados, pero ahora compendió que no tenía más remedio que mirar. Fue pasando papeles hasta que llegó a la primera fotografía brillante. No quedaba cara suficiente para determinar si llevaba barba, pero incluso entre los espesos manchurrónes de

sangre pudo ver que el hombre tenía el pelo indudablemente rubio. Como decía Héctor: muy rubio.

Max cerró a la vez la carpeta y los ojos. ¿Por qué aquel súbito cambio de aspecto? Un nuevo peinado y un afeitado rápido antes de tirarse por una ventana parecía bastante extraño, por decirlo suavemente.

—Dígame qué le dijo el doctor Grey cuando se registró en recepción.

Héctor levantó la vista, intentando recordar.

—Nada especial. Simplemente que quería una habitación. Le pregunté: «¿Cuántas noches, señor?», y me dijo: «Una».

—¿Eso es todo?

—Yo le dije: «¿Pagará en efectivo o con tarjeta?», y él me dijo: «En efectivo». Y luego le di la llave y subió.

—¿Nada más?

—Nada.

—¿Está seguro?

Lo pensó un momento.

—Eso fue todo.

—¿No pidió nada especial en su habitación?

—No.

—¿No pidió que estuviera en un piso concreto?

Héctor negó con la cabeza.

—No creo que mirara siquiera el número de la llave hasta que entró en el ascensor —dijo.

Un miedo frío empezó a bajarle a Bernstein por el pecho. De nuevo se metió el dedo en la boca, pero ya no quedaba nada que morder excepto la piel. Todo aquel asunto se estaba volviendo muy liado y complicado; demasiado liado y demasiado complicado. Bruce Grey no había pedido una habitación en especial. No había pedido una habitación con vistas, ni una habitación cerca del ascensor, ni una de esas nuevas para no fumadores. No había pedido una habitación con una cama de matrimonio extragrande, ni una con una cama de matrimonio normal, ni una con dos camas individuales. Y, sobre todo, Bruce Grey no había pedido una habitación en un piso alto. Por lo que se veía, podrían haberle dado una en la planta baja perfectamente.

—¿Desea algo más, teniente?

—No, de momento es todo.

Héctor Rodríguez dio media vuelta para marcharse, pero se detuvo.

—He leído su nombre en el *Herald*, teniente. Confío en que pueda capturar a ese chiflado antes de que le rebane los huevos a alguien más.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Max, levantando la cabeza al instante.

—Cortarle los huevos a un hombre... Un loco de atar, ¿eh, teniente?

—¿Dónde ha oído usted eso?

—La edición de la tarde. Primera página. ¿Qué clase de tío hace una cosa así? Esta ciudad está llena de psicópatas.

Max se rascó una vez más la cara y los ojos con la mano derecha. La prensa. El alcalde. Los activistas gais.

«Socorro».

El timbre del teléfono sacó de golpe a George de su sueño. Se despertó como siempre hacía: alerta, rápido. Cogió el auricular antes del segundo tono.

—Diga.

—¿Ha leído el periódico de esta mañana?

George se sentó en la cama y miró el reloj. La voz del otro lado sonaba distinta esta vez, todavía tensa y agitada, pero ahora había algo más en ella. Más miedo. Puede que hasta rabia.

—No —contestó George—. ¿Tendría que haberlo leído?

—Según el *Herald*, el Destripador de Gais torturó y castró a Scott Trian antes de matarlo.

—Lo noto nervioso.

—¿Se supone que debían tener una muerte rápida, demonios! Nunca le dije nada de torturas ni mutilaciones.

—Si no está contento con mi trabajo...

—¿Contento? Es usted un demente. Pensé que estaba tratando con un profesional, pero es un puñetero psicópata.

—Seguí sus órdenes —alegó George—. La mutilación simplemente acelera el resultado final. Tiene sentido desde un punto de vista económico.

Al otro lado se produjo un silencio atónito. George continuó:

—Supongo que también ha leído que todo fue como una seda con el asesinato de Jenkins. Arrojé el cuerpo justo donde usted lo quería.

—Pero... ¿lo desfiguró?

—Murió en la primera puñalada. Igual que Whitherson.

—¿Está seguro?

—No me haga repetirlo.

—Entonces prométame solo que no volverá a lastimar a ninguno de los otros.

—Yo solo soy el verdugo. —George casi sonrió—. El que abre la llave o suelta el gas de la cápsula. Pero usted... usted es juez y jurado. Usted es el que

ordena las muertes.

—No, no soy yo —respondió la voz lentamente.

Otra vez se hizo el silencio. Luego la voz dijo:

—Prométamelo, George. Prométame que ninguno más será torturado innecesariamente.

—De acuerdo —dijo George tras una pausa—. Pero le aseguro que fue para bien.

Se oyó una larga respiración y luego la voz añadió:

—Ahora la situación es diferente. Tendrá que ir con más cuidado. La policía empezará a vigilar.

—¿A vigilar qué? —preguntó George—. La policía no le puede poner un guardia a cada maricón de Manhattan..., a no ser que haya algo más.

—¿Algo más? No le entiendo.

—Pues yo creo que sí —dijo George—. Escuche, me importa un bledo quién sea usted. Me importa un bledo por qué quiere matar a esas personas. No es de mi incumbencia. Pero necesito saber qué piensa la policía. Necesito saber cuál es la relación verdadera entre las víctimas para poder prepararme adecuadamente. De lo contrario, se pueden cometer equivocaciones.

Silencio.

—¿Puedo suponer —continuó George— que esos hombres tienen en común algo más que ser gais?

—Todos son pacientes de una misma clínica del sida —respondió la voz.

—Así que eso explica por qué me dijo que empleara mascarilla y guantes.

—Sí.

—¿Y el doctor Grey trabajaba en esa clínica?

—Sí.

—Entonces, déjeme ver si lo entiendo bien: ¿Trian, Whitherson y Jenkins eran todos pacientes de una clínica que llevaba el doctor Grey?

—Sí.

—¿Y eso lo sabe la policía?

—Sabe la mayor parte. Y el resto lo supondrá.

—Entonces puede que vuelva a investigar lo del suicidio de Grey.

—Puede ser.

George se quedó un momento pensando.

—Tengo una idea, pero le costará cara... —apuntó.

—Lo escucho.

—Mataré a un par de maricones al azar.

—¡No!

—Óigame bien. Mato a un par de maricones que no tienen sida ni reciben tratamiento en esa clínica. Eso despistará a la poli. Hará que todo parezca todavía más obra de un psicópata que odia a los gais.

—¡No!

—Luego mataré de otro modo a los que vengan después. Haré que parezca un accidente o, todavía mejor, un suicidio. Si son tipos que tienen sida ya están en el corredor de la muerte, de todas formas, así que si se suicidan nadie lo investigará con demasiada atención.

—La policía se fijará en una cosa así. No va a salirse con la suya.

—Merece la pena intentarlo.

—No. Quiero que utilice los mismos métodos hasta que le dé otras órdenes.

George se encogió de hombros.

—El dinero es suyo.

—Y recuerde: las únicas personas a las que hay que condenar a muerte son las que yo le diga.

—Condenar a muerte no —apuntó George.

—¿Perdón?

—Nadie las va a condenar a muerte —continuó George—. Las van a asesinar.

—¿Comes aquí todos los días? —preguntó Sara.

—No —respondió Eric Blake.

Los dos iban deslizando sus bandejas por el mostrador de la cafetería del hospital. La sala estaba repleta de doctores, enfermeras, técnicos de laboratorio; todos vestidos con unas batas blancas o unos uniformes azules de quirófano estampados con las palabras «Propiedad del centro médico Columbia Presbyterian – Prohibido su uso en el exterior» a la altura del pecho. Todos tenían aspecto de estar agotados; los hombres sin afeitar, las

mujeres con ojeras. Es lo que te tiene hacer turnos de cuarenta horas. Sara echó una ojeada a la pizza del hospital y frunció el ceño.

—Eric.

—Dime.

—¿Se supone que el queso *mozzarella* es verde?

—Este es uno de los mejores platos del menú.

—Creo que paso.

—Puedo pedir que nos traigan un chino, si prefieres.

—Michael me mataría —dijo, negando con la cabeza—. Hace dos días que no toma comida china y ya tiene dolores por el síndrome de abstinencia.

—Siempre le ha encantado la comida china.

Encontraron una mesa hacia la parte de atrás, donde el local estaba relativamente tranquilo.

—¿Cómo se encuentra Michael? —preguntó Eric—. Hoy no he podido ir a verlo.

—Más o menos igual —respondió Sara—. Ahora mismo está durmiendo un poco. No sé, Eric... Yo no lo veo muy bien.

—Pero lo estará. —Eric abrió con cuidado el envase de leche. Mientras que todos los que había alrededor bebían directamente del cartón, Eric se sirvió la leche en un vaso y luego se lo llevó a los labios—. Aunque me da un poco de repelús ver a Michael aquí. Es como un *déjà vu* espantoso.

—¿Qué quieres decir?

—Me recuerda cuando éramos críos —aclaró Eric—. Cuando el padrastro lo zurraba.

Sara hizo un gesto de dolor.

—Él no habla mucho de eso.

—Ya lo sé. Y no se lo reprocho. Lo pasó muy mal, Sara; mejor olvidarlo.

Sara asintió con la cabeza lentamente mientras imaginaba a Michael como un niño desvalido en una cama de hospital. Una oleada de angustia y rabia la invadió. Su pensamiento retrocedió cinco años, cuando se enteró del pasado de Michael, pocas horas antes de verlo por primera vez.

—Quiero que entrevistes a Michael Silverman —le dijo Larry Simmons, director ejecutivo del *New York Herald*.

—¿El jugador de baloncesto? —le preguntó ella.

—Tal cual.

—¿Por qué? No se puede decir que el baloncesto sea el tema de mi especialidad.

—Es que no quiero un artículo sobre baloncesto. Quiero un reportaje sobre Michael Silverman, el hombre. Mira, se están jugando ya las finales de la NBA y todos aplauden como locos las cualidades de Silverman en la cancha. Pero ¿de dónde viene? ¿Qué es lo que hizo que un chico judío de Nueva Jersey se convirtiera en un deportista tan extraordinario?

—Pero ¿ese reportaje no se ha escrito ya?

—Hay otros que lo han intentado. Incluso algunos sacaron a la luz parte del pasado trágico de Silverman.

—¿Pasado trágico?

—Lo tienes todo en la carpeta, pero no quiero que lo mires así sin más. Lo que quiero es que vayas a ver directamente a Silverman.

—Y entonces, ¿por qué no se ha hablado de esto antes?

—Porque Silverman no quiere hablar con la prensa de su vida privada. Pregúntale por un mate o un avance por el ala hacia la canasta y se pondrá tan poético como Proust. Pero pregúntale por sus años anteriores a la universidad y se acabó.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Consigue que hable. Descubre todo lo que hay en él. Sé sincera y abierta con él. Y si eso no funciona, usa la astucia.

—Y si todo eso falla —dijo ella entre risas—, le atizo en la cabeza con el bastón.

—¡Así se habla!

Media hora más tarde llamaba por teléfono al apartamento de Michael en la ciudad.

—¿El señor Silverman?

—Sí.

—Me llamo Sara Lowell. Soy reportera del *New York Herald*.

—Ah, sí —dijo Michael—, he leído alguna cosa suya, señorita Lowell. Me gustó el informe que hizo sobre el inspector de vivienda el mes pasado. Un material potente.

—Gracias.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer por usted?

Sara se sintió un tanto perpleja. Se había preparado para hablar con un ogro, un hombre algo más que un poco desconfiado y suspicaz ante la prensa. En cambio, aquel hombre era educadísimo. Incluso cortés.

—Me gustaría mucho hacerle una entrevista cuando le venga bien —dijo.

—Entiendo. ¿Se ha pasado a los deportes, señorita Lowell?

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué clase de artículo tiene previsto escribir?

—Oh, no lo sé. Algo así como un artículo sobre Michael Silverman fuera de la pista en general. Sus intereses, sus aficiones. Para que los fans puedan conocerlo un poco mejor.

—A mí eso me parece una cosa bastante aburrida.

—Pues yo no lo creo —dijo Sara—. Por lo que he oído, es usted una persona de lo más interesante.

—Así que —continuó Michael— ¿lo que pretende hacer es, simplemente, un artículo ameno sobre si me gusta ir al teatro, colecciono conejos, cuido el jardín en ropa interior y cosas así?

—Más o menos.

—Supongo, señorita Lowell, que ya sabe usted que yo no concedo entrevistas sobre mi vida privada.

—He oído algo en ese sentido, sí.

—¿Y no hará usted preguntas personales? ¿Nada sobre mi vida sentimental o mi infancia?

—Siempre puede responder con un «No tengo nada que decir sobre eso».

—Olvida usted, señorita Lowell —dijo Michael con una risita—, que soy lector de su sección. Y usted no hace cosas sin sustancia. Va rastreando el terreno hasta que penetra en el tema, y generalmente entra a matar.

—Pero, señor Silverman, este artículo no es en absoluto como...

—Explíqueme una cosa —la interrumpió él—. ¿Por qué es imposible que ustedes, los periodistas, entiendan que mi vida privada no es asunto de

nadie más? ¿Por qué no pueden limitarse a informar de lo que sucede en la cancha de baloncesto y dejarme en paz?

—El público quiere saber más cosas.

—Francamente, me importa una mierda lo que quiera el público. ¿Cómo es que nunca veo la biografía de un periodista en primera plana? ¿Cómo es que nunca veo publicada la historia de cómo perdió usted su virginidad, señorita Lowell, o lo de aquel fin de semana loco en la universidad en que bebió más de la cuenta?

—Nadie quiere leer cosas de mí, señor Silverman.

—Chorradas. Tampoco nadie quiere leer nada de mí si no anoto canastas.

—Eso no es cierto.

—Escuche, no estoy de humor para ser la historia sensacionalista de esta semana, ¿vale? Déjeme en paz, simplemente. ¿Y por qué tiene que jugar a ese juego retorcido de ver quién es más listo? ¿No podía haber sido lo bastante sincera para admitir lo que pretendía en realidad?

Sara vaciló antes de contestar:

—Porque probablemente me habría colgado el teléfono.

—Un comentario muy profético. Adiós, señorita Lowell.

Oyó el golpe del auricular al colgarse.

«A la mierda, señor Silverman». Así que un tipo amable y cordial. Un carajo. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vas? —le preguntó Larry Simmons a su espalda.

—Al apartamento de Silverman.

—¿Ha aceptado la entrevista?

—No. Me ha colgado el teléfono.

—¿Y eso?

—Pues que lo de la astucia no ha funcionado. Voy a ver si resulto más persuasiva pegándole con el bastón en la mollera.

—Antes de que vayas —le dijo Larry—, creo que deberías leer su ficha. —Le tendió un sobre de color marrón.

Los datos eran breves pero potentes. Solo una página, para ser exactos. Sara le echó un vistazo.

—No me lo puedo creer —murmuró.

—He pensado que te resultaría intrigante.

Sara leyó en voz alta:

—«Nació en el Hospital Beth Israel, en Newark, Nueva Jersey. Su padre, Samuel Silverman, murió en un accidente de coche cuando tenía cinco años. La madre, Estelle Silverman, volvió a casarse un año después con un tal Martin Johnson. Entre los seis y nueve años, Michael estuvo ingresado ocho veces una noche en el hospital. Se comentaba que sus heridas eran resultado de los malos tratos de su padrastro e incluyeron varios huesos rotos y tres traumatismos craneoencefálicos. A los diez años, su madre se suicidó de un disparo en la frente. Michael fue quien encontró el cuerpo. No tiene hermanos ni hermanas. Después del suicidio el padrastro lo abandonó. El único pariente vivo era la abuela paterna, Sadie Silverman, que crio a Michael hasta su muerte, cuando el chico cumplió diecinueve años». —Levantó la vista—. Por Dios, Larry, ¿y quieres que persiga a este tío?

—Hasta ahora nada de todo eso se ha publicado porque los detalles son demasiado difusos. Sigue leyendo.

Buscó con los ojos el punto en que había detenido la lectura.

—«Michael obtuvo una beca completa de la Universidad de Stanford para baloncesto y para piano». —Se detuvo—. ¿Este tío es pianista?

—Esa parte es bien conocida —confirmó Larry.

—«Cuatro años seguidos en el cuadro de honor del equipo de Stanford... Tenía fama de ser un tanto mujeriego...».

—Eso es el eufemismo del siglo —interrumpió Larry—. ¡Si es un tipo que cambia de mujer como algunos hombres cambian de calcetines! —Sonrió—. Espero que no te cace a ti también.

—¿Cambia de mujer como quien cambia de calcetines? Muy tentador, pero no me parece que vaya a ser mi tipo.

—Nadie es tu tipo —contestó Larry.

—¿Y eso qué se supone que significa?

—Significa que nunca sales con nadie.

—Tengo demasiado trabajo.

—Excusas.

—Y que en estos momentos no me interesa nadie, de acuerdo.

—Mira, Sara, yo tengo sesenta y siete años, siete nietos y llevo felizmente casado cuarenta y cuatro años.

—¿Y qué?

—Pues que tendrás que encontrar a otra persona. Yo no estoy libre.

—Diantre —dijo Sara sonriente—. Me has pillado.

—Y no te precipites en juzgar a Silverman —añadió él—. Mira su pasado. ¿Tú querrías relacionarte con mucha gente si hubieras tenido una infancia así?

Sara dejó la carpeta sobre la mesa.

—Esta historia está empezando a sonarme a sensacionalismo barato —dijo.

—Depende de cómo la trates —dijo Larry, encogiéndose de hombros—. El hecho es que Michael Silverman es un ídolo deportivo. Nosotros, los judíos, lo adoramos porque muy pocos de nosotros somos buenos en los deportes. Quiero decir que la última vez que hubo un deportista judío tan famoso... Bueno, creo que habría que remontarse a Sandy Koufax, el lanzador de los Dodgers.

—¿Adónde quieres llegar, Larry?

—Es una historia de gran interés humano. Un hombre que se sobrepuso a unas adversidades increíbles y se convirtió en uno de los jugadores de baloncesto más importantes del mundo. Y que sería el modelo perfecto de niño maltratado.

—Suponte que no quisiera ser modelo de nada.

—Difícil. Es noticia, Sara, una noticia de las grandes. Así que, si la historia es un poco sensacionalista, ¿qué pasa? Tú eres una reportera y, diablos, esta es una historia muy buena.

—Vale, vale. Ya lo pillo. Ahora mismo voy para allá.

—¿Sara?

Levantó la vista, sobresaltada.

—Perdona, Eric.

—No te disculpes. Ya sé que ahora tienes muchas cosas en la cabeza, pero recuerda una cosa: todos los problemas de Michael pertenecen al pasado. Vais a tener un hijo juntos, y Michael jamás ha sido tan feliz como ahora.

Sara intentó sonreír, pero la sonrisa no llegó más allá de las comisuras de los labios. Tenía la sensación de que las calamidades del pasado de Michael todavía no habían terminado, que seguían siendo bastante poderosas para alcanzar el presente y hacerle daño...

—¿Os importa si me uno a vosotros?

—Hola, Max —dijo Sara—. Max, conoces a Eric Blake, ¿verdad?

—Creo que nos hemos visto —contestó Bernstein—. ¿Cómo está, doctor?

—Muy bien, gracias —respondió Eric mientras el busca que llevaba en el cinturón se puso a pitar—. Si me disculpa, ahora tengo que irme.

—¿Una urgencia? —preguntó Max.

—No. Es que es la hora de las visitas.

Max se rascó la cara con fuerza, como si tuviera pulgas.

—¿Puedo hacerle una pregunta rápida antes de que se vaya?

—Por supuesto —dijo Eric, deteniéndose.

—¿Cuándo fue la última vez que vio vivo al doctor Grey?

Eric se lo pensó un momento.

—El día que se fue a Cancún.

—¿Y le pareció a usted el mismo?

—¿El mismo? No le entiendo.

—Quiero decir, ¿seguía teniendo el pelo oscuro y llevaba barba?

—Sí —respondió Eric sin titubear—. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada. Gracias, Eric.

—A su disposición, teniente. A ti te veo luego, Sara.

—Adiós, Eric.

Eric Blake juntó cuidadosamente los restos en la bandeja antes de marcharse. Cuando llegó con la bandeja ante la ventanilla, fue el único que se tomó la molestia de separar los cubiertos de metal.

Sara se volvió hacia Max.

—Hoy te he llamado tres veces.

—Perdona. He estado muy ocupado.

—¿Estás teniendo mucho follón por culpa de que la castración haya salido en las noticias?

Pareció que a Max se le encogía todo el cuerpo.

—Bueno, nada que no pueda arreglar con un lanzagranadas y gases

lacrimógenos.

—Ya me lo imagino. Muy bien, entonces, ¿de qué te has enterado?

Max se inclinó hacia delante con el codo derecho sobre la mesa y el brazo izquierdo por detrás del respaldo de la silla.

—Lo primero de todo —dijo—, que Bruce Grey tenía el pelo rubio y no llevaba barba cuando supuestamente se tiró por la ventana. También que llevaba lentillas para cambiar el color de sus ojos. Lo he comprobado con varios amigos suyos, e incluso con el chofer de la limusina que lo llevó al aeropuerto. Cuando se marchó de Nueva York, no hay duda de que Bruce tenía el pelo oscuro y barba.

Sara asintió con la cabeza.

—Como tú dirías, interesante.

—Por no decir más. Pero sí que hay más.

Entonces, Max le contó rápidamente el resto de su conversación con Héctor Rodríguez en el Days Inn. Sara lo escuchaba atónita, en silencio.

—Por tanto, Grey no se suicidó —dijo cuando Max terminó de hablar.

—Lo asesinaron, Sara. De eso estoy seguro.

—Y alguien quiso hacer que pareciera un suicidio.

—Pues sí, eso parece —respondió Max.

—Mmm. El asesinato de Bruce tiene que estar relacionado con las puñaladas, ¿cierto?

—Cierto.

—Entonces, ¿por qué el asesino quiso que la muerte de Bruce pareciera un suicidio y, en cambio, no hizo nada para ocultar el hecho de que los otros tres fueran asesinados?

—No lo sé —respondió Max. Se puso de pie, dio una vuelta a la mesa sin una razón aparente y volvió a sentarse.

—Max.

—¿Qué?

—Otra vez estás jugando con el pelo.

Bernstein se miró la mano derecha. Tenía bastantes cabellos enrollados en el dedo corazón, como si fuera un rulo. Se desenredó el pelo y puso las manos sobre la mesa.

—Te ahorras la permanente —alegó él con una sonrisa.

—¿De qué más te has enterado?

Él se inclinó hacia delante.

—Esta mañana he estado revisando los efectos personales de Grey que encontraron en la habitación del hotel. Allí estaba todo: la cartera, el documento de identidad, dinero en efectivo, tarjetas de crédito, el maletín, una muda... Hasta el pasaporte.

—¿Y qué?

—Que en el pasaporte no había sello de México.

—Ahí no hay ningún misterio. No hace falta pasaporte para entrar en México, basta con demostrar la ciudadanía estadounidense.

—Entonces, ¿por qué se lo llevó?

Sara se encogió de hombros.

—¿Qué más has descubierto en el pasaporte?

—Querrás decir qué no he descubierto —precisó Max—. ¿Sabes esas páginas donde los funcionarios de aduana te ponen el sello del país que visitas?

—Sí.

—Pues una de esas páginas la habían cortado con esmero del pasaporte de Grey. Si alguien no se fijaba muy bien, no se habría dado ni cuenta.

Sara levantó la vista al techo.

—Entonces, el asesino no quería que nadie supiera qué había en esa página. Puede ser que Bruce no llegara a ir nunca a México. Puede ser que fuera a algún otro sitio y que el asesino no quisiera que supiéramos adónde.

—Exactamente lo que yo pensé. Así que he llamado al hotel Cancún Oasis.

—¿Y estuvo allí?

—Sí.

Sara esperó a que continuara explicándole, pero Max se limitó a sonreír, allí sentado.

—Max, deja de jugar a jueguecitos conmigo. ¿Qué ha ocurrido?

—He llamado a ese viejo contacto tuyo de aduanas e inmigración.

—¿Don Scharf?

—Exacto. Ya sé que tendría que haberte preguntado primero, pero no había tiempo que perder. En cualquier caso, se acordaba de mí porque hace unos años trabajamos juntos en el caso del violador que huyó a Puerto Rico.

—¿Y qué has averiguado?

—Bueno, le ha llevado un buen rato, pero al final hemos descubierto adónde fue Bruce.

—¿Y?

—Y Bruce se fue primero a Cancún. Pero justo al día siguiente cogió un avión para salir desde México.

—¿Y adónde fue?

—A Bangkok —reveló Max, sonriendo.

—No hay la menor duda, Eric —dijo con su típico acento de Alabama Winston O'Connor, jefe técnico del laboratorio del pabellón Sidney. O'Connor trabajaba en la clínica desde su fundación y, de hecho, no había vivido en el sur desde que ingresó en la Universidad de Columbia, hacía dieciocho años. Aun así, los años no habían atenuado su marcado acento sureño—. Échale otro vistazo al Western blot. El dibujo de la banda es inconfundible.

Eric tragó saliva y alargó la mano. El reloj de pared, uno de esos tan ruidosos que solía haber en las escuelas, marcaba las cinco y diez de la mañana. ¿Cuándo había sido la última vez que salió de la clínica? Eric hizo un cálculo rápido. Hacía cuarenta horas. Estaba muerto de sueño, pero de repente se sintió completamente despierto.

Contempló la fotografía y continuó un momento en silencio. Eric sabía bien qué significaban aquellos datos, pero no dejaba de mirarlos, como si pudiera hacer que las bandas de la fotografía bajaran o subieran simplemente examinándolas con detenimiento.

—Déjame echarle otro vistazo al análisis ELISA.

—Pero si ya lo hemos mirado dos veces —dijo Winston, suspirando.

—Quiero volver a verlo. ¿Estás seguro de que utilizaste la muestra correcta?

—¿Es una broma? —preguntó Winston, mirándolo de un modo extraño.

—Quiero estar totalmente seguro.

—Si estabas ahí de pie cuando lo hice —dijo Winston—. En estas cosas no cometo errores. Ni vosotros tampoco.

Eric bajó la cabeza.

—Ya lo sé. Perdona.

Winston cruzó la habitación y abrió una puerta que tenía aspecto de ser de un frigorífico. Alargó la mano y extrajo una placa.

—Aquí tienes. Y aquí está también la lectura digital de la densidad óptica.

—Dame el estudio de linfocitos también.

—¿Otra vez?

Eric asintió.

—Aquí tienes —le dijo Winston al cabo de un momento—. ¿Qué puñetas estás buscando, Eric?

Eric no contestó. Examinó todos los análisis y los estudios por lo menos otra docena de veces. Detrás de él oía los suspiros de Winston y su renegar cada vez que Eric le pedía que volviera a mirar la misma prueba.

—Por todos los santos —dijo Winston un poco cortante—, ¿cuántas veces piensas mirar todo esto? No hay ningún error. Caramba, nunca hemos cometido un error en estos análisis... Jamás.

—No puede ser —masculló Eric—. Es que no puede ser.

—Por aquí han pasado centenares de análisis positivos de VIH —continuó Winston—. ¿Por qué tanta doble comprobación con este? A este tío le hemos hecho ya dos veces el ELISA y el Western. Los resultados no admiten dudas.

Eric se fue a una silla como atontado por un golpe en la cabeza. Descolgó lentamente el teléfono y marcó.

—¿A quién llamas? —preguntó Winston.

—A Harvey —respondió con una voz que parecía venir de muy lejos.

—Entonces, guardaré este material.

—No —dijo Eric—. Harvey también querrá verlo.

—Pero si los dos ya lo habéis...

—No nos creerá —aseguró Eric—. Tendrá que verlo con sus propios ojos.

Harvey se abotonó la camisa y sonrió en dirección a la cama revuelta. Si Jennifer pudiera verlo ahora...

—Sigo sin poder creer que estés aquí —dijo.

Cassandra se inclinó hacia atrás en la cama y se estiró. Lo único que cubría su cuerpo era una sábana fina y blanca.

—¿Por qué no? Ya estamos en el día Número Cuatro, Harv.

—¿Contenta?

—Feliz —contestó ella.

Y era cierto. Desde su primer beso se había sentido embriagada. Era algo extraño, pero incluso ahora notaba el corazón latirle en el pecho solo de pensar en él.

—¿No hay quejas? —preguntó él.

—Solo una. No estoy muy de acuerdo con tus horarios.

—Ya te lo advertí.

—Sí, pero ¿dos horas por noche?

—Lo siento.

—Supongo que no es culpa tuya —dijo ella—. Pero, en todo caso, eso hace que valore más mi horario de nueve a siete en la agencia.

Harvey buscó entre la ropa esparcida por el suelo, encontró unos pantalones arrugados en un rincón y se los puso.

—¿Cuánto tienes que hacer la presentación a la compañía aérea? —le preguntó.

—Esta tarde. Northeastern Air. Tengo una reunión con el director de *marketing*, que es muy guapo. ¿Celoso?

—¿Tendría que estarlo?

—No —dijo Cassandra sin dejar de mirarlo.

—Mejor —dijo Harvey con una sonrisa boba—. Porque la verdad es que me gustas.

Ella se rio.

—Dios, qué románticón.

—Y faltó de práctica —le contestó él, encogiéndose de hombros—. Así pues, ¿cómo es el eslogan que has encontrado para el anuncio?

Cassandra se quedó pensativa un momento.

—¿Vuele por los cielos amigos de Northeastern?

—Este ya se ha usado.

—¿Qué me dices de «Somos Northeastern Airlines y hacemos lo que mejor sabemos hacer»?

—Penoso.

—«Soy Candy, vuela conmigo».

—Podría funcionar si enseñas un poco el escote.

—No tengo manías —dijo Cassandra—. Me gradué en escotes en la universidad.

—Apuesto a que sí. —Encontró una corbata roja arrugada dentro de un mocasín—. Probablemente no vuelva por aquí hasta pasado mañana.

—Yo tengo que irme a casa, de todas formas. Me estoy quedando sin ropa.

—¿Y abandonarás mi ático palaciego?

Cassandra echó una ojeada al cuchitril mugriento de una sola habitación que tenía Harvey en la calle Ciento cincuenta y ocho. Luego lo miró a él con escepticismo.

—De acuerdo —admitió él—. No es Versalles.

—Lo que no es es una vivienda para seres humanos.

—Lo reconozco. Puede que necesite un poco de arreglo.

—Sí, con un buldócer.

—Eres una caprichosa malcriada.

Cassandra sonrió.

—Fijo que sí. —Se incorporó y se colocó la almohada detrás de la cabeza—. ¿Es verdad, Harv? ¿Es verdad que tienes una cura para el sida?

—No es exactamente una cura —precisó él, que se anudó la corbata y luego aflojó el nudo—. Es más bien un tratamiento.

—Un buen amigo mío se murió de sida —dijo ella lentamente—. Era mi socio publicitario en Dunbar Strauss. Dios, era tan creativo, tenía tanta vida... Recuerdo que iba a visitarlo en el hospital hasta que tenía tantos dolores que ya no quería que nadie lo viera.

Harvey asintió con la cabeza.

—Es una enfermedad muy desagradable, Cassandra.

—¿Cómo funciona tu tratamiento?

Harvey se quedó parado.

—¿De verdad que quieres saberlo? —preguntó.

—Sí.

Harvey se sentó al borde de la cama y le cogió las manos.

—El sida —empezó a explicar—, o el síndrome de inmunodeficiencia adquirido, no mata a la gente por sí mismo. Verás, el virus del sida, al que llamamos VIH, ataca el sistema inmunológico. Y hace que ese sistema inmunológico se deteriore hasta el punto de que el paciente es muy propenso a sufrir infecciones y enfermedades. Y al final esas infecciones o enfermedades resultan mortales. ¿Me sigues hasta aquí?

—Creo que sí. Me estás diciendo que el virus del sida destruye el muro que nos protege de las enfermedades.

—Exacto. Y cómo el VIH destruye el sistema inmunológico es bastante complicado, así que intentaré ser lo menos técnico posible.

—Te escucho.

—Muy bien. El VIH se concentra en lo que llamamos linfocitos T. Y luego se introduce en las células y las destruye. ¿Sigo?

Cassandra asintió.

—La parte de la célula a la que primero se une el VIH es el receptor T. Dicho de otra manera: el VIH va buscando hasta ser atraído por los receptores T. Entonces se introduce en los receptores y se prepara para atacar.

—Entendido —dijo Cassandra.

—Lo que nosotros hacemos en la clínica es inyectar a nuestros pacientes una droga adictiva muy potente que hemos creado y a la que llamamos SR1, S y R por las iniciales de Sidney Riker, mi hermano. Los efectos secundarios negativos del SR1 son muchos y, por desgracia, los pacientes necesitan ir tomando dosis cada vez más grandes durante un largo periodo.

—¿Y qué hace el SR1?

—Esto también es complicado —dijo Harvey, apretándole la mano—, así que voy a intentar ahorrarte toda la jerga médica. En el cuerpo humano, el SR1 se parece muchísimo a los receptores T, de modo que el virus del sida es

atraído por los falsos receptores T.

—Es decir —dijo Cassandra—, que el VIH se une a los receptores T del SR1 en vez de a los verdaderos receptores T.

—Sí, algo así. Es casi como si el SR1 llevase una máscara para disfrazarse de receptor T. El VIH es atraído por él, se introduce en él...

—Y el SR1 mata al VIH.

—Ojalá. —Harvey negó con la cabeza—. Puede que algún día eso suceda con esa rapidez, pero de momento nos faltan años para lograr algo así.

—¿Y qué ocurre?

—Bueno, después de que el VIH se haya introducido en los receptores T del SR1, hay una batalla. Es una especie de tira y afloja en el interior del sistema inmunitario. Al principio, el VIH se vuelve completamente loco. Lo que hace el SR1 es activar el virus, despertarlo. Así que damos dosis suplementarias y crecientes de SR1 hasta que la droga empieza a debilitar el virus. Durante un tiempo, los efectos del sida se quedan como congelados. Y, finalmente, tras una lucha larga y difícil, el VIH muere.

—El SR1 gana la batalla.

Él asintió con la cabeza.

—Eso creemos, sí. Varios pacientes de larga duración han cambiado ya de ser VIH positivos a VIH negativos.

—Asombroso.

—Los problemas son evidentes. Aparte de los peligros de los factores adictivos del SR1, solo podemos salvar el sistema inmunitario. Si una persona se encuentra ya en una fase muy avanzada del sida, si un paciente está ya gravemente enfermo por alguna infección inducida por el sida, nuestro tratamiento tendrá muy poco efecto o ninguno. El SR1 solo consigue frenar el VIH. No cura el sarcoma de Kaposi, por ejemplo, ni ninguna de las otras enfermedades que puede producir el sida. Por tanto, tenemos que atrapar el virus en una fase inicial, antes de que las infecciones y las enfermedades se instalen. Y, por supuesto, hace falta mucha más investigación. Esto es solo el principio.

—Seguro que encontraréis los fondos que necesitáis en cuanto Sara haga su reportaje —consideró Cassandra.

—Eso espero.

—¿Qué quieres decir con que eso esperas? En cuanto todo el mundo vea las pruebas, todos apoyarán tu clínica... Hasta mi padre.

Harvey se calzó los zapatos y se levantó.

—No llegará ese día.

—Ya verás que sí. Te apoyará.

—Puede ser —dijo Harvey más para mantener la paz que por otra cosa—. Pero no es a él a quien yo temo.

—Entonces, ¿a quién?

—A unos locos peligrosos que se están haciendo un nombre a partir de la muerte de gente joven. Personas como el reverendo Sanders.

—¿Crees que está dispuesto a sabotear tu clínica?

—No me sorprendería nada.

Cassandra se puso de lado en la cama, dejando a la vista la larga y suave curva de su cadera.

—El otro día estaba en el estudio de mi padre.

Harvey se volvió rápidamente hacia Cassandra.

—¿El reverendo Sanders?

—Ajá.

—Pero si tu padre me dijo que no lo conocía personalmente.

—Pues lo oí hablar en el estudio de mi padre a la mañana siguiente de la fiesta. Y discutían.

—¿De qué discutían?

—No estoy segura.

—Es importante, Cassandra.

Ella intentó ordenar sus pensamientos.

—Recuerdo a mi padre decirle a Sanders que no tenía que ir nunca a casa.

—¿Y qué dijo Sanders?

—Pues le dijo a mi padre que se calmase, simplemente. Recuerdo que su voz sonaba de lo más tranquila. Un tono que no tenía nada que ver con el de mi padre, que estaba muy enfadado. Luego Sanders dijo algo como «Todavía hay mucho trabajo que hacer».

—¡Dios mío! —dijo Harvey, cuyo cuerpo se puso rígido.

—Eso es todo lo que oí. Después me marché.

—¿Estás segura...?

Sonó el teléfono. Ninguno de los dos se movió durante unos segundos, con los ojos clavados en los del otro. Luego, Harvey bajó la mirada y fue hasta el teléfono.

—Diga.

La voz de Eric sonó como con prisas.

—Ven al laboratorio, Harv. Corre.

—¿Qué sucede?

—Es Michael, Harvey. Es Michael, Dios mío.

Michael apretó el botón y lo mantuvo apretado. Lentamente, con un zumbido, la cama empezó a moverse enderezando la estructura hasta la posición de sentado. Tosió dos veces, se tapó la boca con la mano y luego sonrió a Sara.

—Adelante —dijo ella—. Dale un sorbo.

Michael se llevó el vaso de plástico a los labios y bebió.

—¿Qué tal el zumo de naranja? —preguntó Sara.

—Sabe a disolvente —replicó él—. ¿Qué hora es?

—Las siete de la mañana. ¿Has dormido bien?

—La verdad es que no. No me gusta dormir en camas separadas. Nada.

—A mí tampoco —dijo Sara—, pero mi cama está solo a un metro de distancia.

—Por eso es peor. Digamos que puedo ver el Santo Grial y no puedo tocarlo.

—Qué poético.

—Para decirlo un poco menos poéticamente, deseo tu cuerpo.

—Y yo, el tuyo —dijo Sara—. Cada vez que te pones de pie, veo tu culito asomar por la espalda del camisón de hospital. Me vuelve loca.

—Ya lo sé. Soy muy provocador. —Apartó con la mano el zumo de naranja y alzó la mirada—. Por cierto, cuéntame, ¿cómo va el reportaje de la clínica de Harv?

—Hoy mismo empezaremos a grabar las entrevistas. Va a ser un follón monumental, así que igual no puedo venir mucho por aquí.

—Bien. Así podré tener un poco de paz y tranquilidad.

—No tan deprisa, guapo. De todos modos, podré pasarme a la hora del

almuerzo y de la cena. Y esta noche seguiré durmiendo en esa cama.

Él la agarró del brazo y se besaron.

—No puedo líbrame de ti, ¿eh? —le dijo.

—Eso nunca.

Se besaron otra vez.

A sus espaldas, se abrió la puerta. Sara se volvió y vio entrar a Eric y a Harvey. Sus expresiones sombrías parecieron magnificarse hasta ser la imagen de un tremendo dolor cuando vieron a Michael y Sara abrazados. Sara volvió a mirar sus rostros, la forma en que sostenían la cabeza, la forma en que mantenían las manos dentro de los bolsillos. Y lo comprendió todo. Lo supo sin más cuestiones ni titubeos. Se había acabado. Se había acabado todo. Se estrechó contra Michael, sintió cómo a él se le endurecían los músculos. Y tuvo muchísimas ganas de gritar.

Harvey dio un paso adelante y cerró la puerta.

—Tenemos que hablar.

Jennifer Riker giró el rostro hacia el sol para disfrutar de la sensación de los cálidos rayos acariciándole la piel. Pasó junto a un escaparate, se paró, dio dos pasos atrás y estudió su reflejo. Los cuarenta y muchos, pensó, no habían sido demasiado clementes con su aspecto. Su pequeña figura empezaba a ensancharse un poco. Las pequeñas líneas en torno a los ojos se habían ido profundizando hasta convertirse en verdaderas arrugas (no tenía sentido negarlo). En el cuello también empezaba a tener pliegues. Se miró de nuevo y se preguntó por enésima vez si había hecho lo que debía, si no habría, como tantos le habían advertido, salido del fuego y se había metido en las brasas.

Se quedó un momento pensándolo antes de reconocer que, en realidad, no había tenido elección. Seguir con Harvey hubiera significado anquilosarse en un mundo de demasiadas telenovelas y absoluta sensación de inutilidad. Seguir casada hubiera significado hacer el papel de la esposa que cumple con su deber junto a un hombre que había dedicado su vida a una causa y daba por hecho que quienes lo rodeaban habían optado por hacer lo mismo. Solo ver a Harvey aquellas poquísimas noches que volvía a casa de la clínica, con el agotamiento envolviéndole la cara y el porte, la hacían sentirse inútil y egoísta. Tenía que salir de aquello.

Así que salió. Se escapó antes de que el peso de la depresión tuviera la posibilidad de aplastar su espíritu por completo. Se mudó a Los Ángeles, donde ahora vivía (de lo más feliz, por suerte) con su hermana, Susan, y su joven sobrino, Tom. Durante veintiséis años de matrimonio con Harvey, Jennifer apenas si se había aventurado fuera de la Costa Este, nunca había ido a California, ni siquiera había ido a Chicago, al oeste. Harvey y ella habían sido unos fanáticos del noreste; pensaban que la vida cultural del país solo florecía en el interior de las fronteras de las trece colonias originarias.

No obstante, Los Ángeles tenía sus ventajas respecto a Nueva York, si bien eran sobre todo las evidentes: un clima más cálido, para empezar, y un carácter más acogedor, en segundo lugar. Jennifer disfrutaba del estilo de vida

relajado de California, especialmente después de la presión de los últimos años. Y vivir con Susan al final había resultado ser divertido, casi como revivir la infancia en ciertos aspectos. Jennifer y Susan siempre habían estado muy unidas, incluso de niñas pequeñas se confiaban la una en la otra. Y al hacerse mayores, las dos hermanas decidieron que siempre vivirían la una cerca de la otra. Jennifer, dos años mayor que Susan, se había casado primero, con un médico que se llamaba Harvey Riker. Y casi como en una carrera por no quedarse atrás, Susan se había casado con otro médico, Bruce Grey, un año y medio después. Harvey y Bruce se hicieron amigos rápidamente e incluso socios profesionales, mientras que Jennifer y Susan continuaban estando cada vez más apegadas. Todo iba a la perfección hasta que un pequeño problema empezó a estropear el engranaje.

Bruce y Susan empezaron a alejarse el uno del otro.

Después de unos pocos intentos inútiles por salvar un matrimonio que se moría, Susan dejó a Bruce y se mudó a Los Ángeles con su hijo, Tommy, que entonces tenía siete años. Jennifer y Harvey se quedaron horrorizados al saberlo. Empezaron a sentirse aislados, atemorizados, y por primera vez tanto Harvey como Jennifer empezaron a cuestionarse su propia felicidad y a examinar su relación. A partir de ese momento, fue todo una mera cuestión de tiempo.

Jennifer cerró los ojos y suspiró. Sacó una llave, abrió la puerta y entró en el apartamento. El teléfono sonó casi de inmediato.

—¿Diga?

—¿La señora Susan Grey?

—No está en este momento. ¿Puedo preguntar quién la llama?

—¿Es usted la señora Jennifer Riker?

—Sí.

—Buenos días, señora Riker. Soy Terence Lebrock.

—Ah, el albacea del testamento de Bruce.

—Exacto. Solo quería hacerle saber que ayer les mandé la llave de un apartado de correos por servicio urgente nocturno. Deberían recibirla hoy.

—¿La llave de un apartado de correos? Creo que no le entiendo.

—El doctor Grey tenía un apartado de correos en la oficina principal de Los Ángeles. Creo que lo mejor será que alguien vaya a vaciar el apartado

inmediatamente. Puede que dentro haya papeles importantes.

Jennifer se quedó un momento pensando. Qué raro que Bruce tuviera un apartado de correos en Los Ángeles. Sin duda, podía ser el mismo que utilizaba durante los dos años que estuvo en el departamento de investigación de la UCLA, pero ¿por qué conservarlo? Se encogió de hombros. Era probable que fuera otro ejemplo de la personalidad obsesiva de Bruce.

—No se preocupe, señor Lebrock. Lo vaciaré hoy mismo.

El silencio era impactante. Llenaba la habitación, se expandía, iba haciéndose más y más grande, tanto que Sara pensó que con toda seguridad las paredes que los rodeaban acabarían cediendo. Primero, la negación. ¿Cómo podía ser? Michael nunca había experimentado con la homosexualidad. Nunca había utilizado drogas intravenosas. No era un hemofílico que necesitara constantes transfusiones de sangre. En los últimos seis años no se había acostado con nadie excepto con Sara. Y se mirase como se mirase, Michael tendría que ser un hombre de treinta y dos años en plena salud.

Solo que no lo era. Estaba en una cama de hospital con hepatitis B y un análisis positivo de VIH. Su recuento de linfocitos era peligrosamente bajo y la conclusión más evidente para los médicos era que Michael había recibido sangre contaminada tras su accidente náutico en las Bahamas.

Tenía sida.

Lo miró. Su bello rostro no mostraba emoción alguna, algo muy extraño en un hombre tan lleno de pasión como Michael, un hombre que en contadas ocasiones ocultaba sus pensamientos y sensaciones tras una expresión neutra. Pensó en la primera vez que había visto aquella cara, la primera vez que había hablado con él en persona.

Se abrió la puerta y la música de la Sonata n.º 32 en do menor de Beethoven surgió del interior y salió.

—¿Sí? —dijo Michael.

Era sorprendentemente guapo, alto, por supuesto, con los hombros anchos. Llevaba una toalla enrollada alrededor del cuello, un vaso de lo que parecía zumo de naranja en la mano. El sudor le mantenía las puntas de

los cabellos pegadas. Se secó la frente con un extremo de la toalla.

Sara se agarró nerviosa al bastón. Estaba a punto de levantar la mano derecha para estrechar la de él, pero de pronto se dio cuenta de que tenía la palma mojada. Llevaba el pelo de color miel recogido atrás, lo que acentuaba sus pómulos ya prominentes.

—Buenas tardes. Me llamo Sara Lowell.

Él la miró, sorprendido.

—¿Es usted Sara Lowell?

—Parece sorprendido.

—Lo estoy —dijo él—. No es como me imaginaba.

—¿Y qué se imaginaba?

—Algo con una pinta un poco más arisca, supongo —respondió, encogiéndose de hombros.

—¿Arisca?

—Sí. Y con el pelo oscuro, rizado. Un cigarrillo colgando del labio con la ceniza a punto de caer. Máquina de escribir manual. Jersey negro. Un poco entrada en carnes.

—Perdone si le he decepcionado.

—Ni mucho menos. ¿Qué hace usted por aquí, señorita Lowell?

—Sara.

—Sara.

Sara estornudó.

—Jesús —dijo él.

—Gracias.

—¿Se ha acatarrado?

Ella asintió.

—¿Y qué puedo hacer por usted, entonces, Sara? —preguntó él.

—Bueno —empezó a decir ella—, me gustaría entrar y hacerle unas cuantas preguntas.

—Mmm. Toda esta película me resulta de lo más familiar. ¿Usted también tiene una sensación de *déjà vu*, Sara, o solo soy yo?

—Depende.

—¿De qué?

—De si me cierra la puerta en las narices del mismo modo que me

colgó el teléfono.

—*Touché* —dijo él, sonriendo.

—¿Puedo entrar?

—Primero déjeme que le haga una pregunta —dijo él. Fingió sacar un lápiz del bolsillo y escribir en una libretita—. ¿Por qué ese bastón?

—¿Perdón?

—Ya me ha oído —continuó él con su voz seria, imitando a un reportero—. Usa bastón y, además, lleva un aparato en la pierna. ¿Qué le sucedió?

—¿Juega a intercambiar los papeles, señor Silverman?

—Michael. Conteste mi pregunta, por favor.

—Nací prematura y con una lesión irreversible en los nervios del pie.

—¿Y lo pasó mal cuando era pequeña?

—No lo pasé muy bien —admitió ella en voz baja. Levantó la cabeza y vio la expresión amable, casi reconfortante, de su cara. Hubiera sido un gran entrevistador, pensó Sara, salvo que había una tensión innegable entre los dos, una tensión que no era del todo desagradable.

—Dice que nació prematuramente —continuó él—. ¿Hubo otras complicaciones?

—No tan deprisa —respondió ella—. Me toca a mí. ¿Cuándo empezó a jugar al baloncesto?

—No lo sé. A los seis o siete años, supongo.

—¿Fue uno de esos niños que están todo el rato jugando, que viven en el campo de juego?

—Era el mejor sitio para estar —respondió él.

—¿Qué quiere decir?

Michael no le contestó.

—¿Cuáles fueron sus otras complicaciones, Sara? —preguntó.

—Infecciones pulmonares —respondió ella rápidamente—. Entonces, ¿cuándo empezó a tocar el piano?

—A los ocho años.

—¿Sus padres contrataron a un profesor de música?

Apareció una sonrisa muy forzada en sus labios.

—No —respondió él.

—Entonces, ¿quién...?

—Creo que será mejor que se marche —le dijo.

—Cambiemos de tema.

—No.

—Pero solo iba a preguntar si...

—Ya sé lo que iba a preguntar —la interrumpió Michael—. ¿Por qué le cuesta tanto entenderlo? No quiero ver mi vida privada divulgada en los periódicos. Y punto.

—Solo quería saber el nombre de su profesor de piano —dijo ella—. Creí que le gustaría hacer un homenaje a su profesor.

—Y una mierda, Sara. Lo de «cambiemos de tema» no es más que otra manera de decir que quiere atacarme desde otro ángulo. Cree que, si sigue probándolo, acabará por obtener lo que busca... No importa lo que cueste.

—¿Y cuál es el coste, Michael? Su historia serviría para dar esperanza a miles de niños que son maltratados...

—Dios mío. ¿Está dispuesta a caer tan bajo para conseguir su artículo?

—No se ponga medallas —replicó Sara—. Lo hago con cualquier artículo que me asignen.

—¿No tiene ética?

—Ahórreme la moralina —dijo Sara, apretando los puños—. Los periodistas somos estupendos mientras le contemos a todo el mundo lo maravillosa persona que es. Somos sus mejores colegas cuando le damos palmaditas en la espalda y lo ayudamos a conseguir más dinero para promocionar productos. Pero, oh, si nos atrevemos a criticarlo, si osamos escarbar en lo más hondo...

—Mi vida privada no le importa un carajo a nadie.

—¿Tiene miedo de que quiebre su preciosa imagen? ¿Miedo de que no lo presente precisamente como un Supermán?

Sara se dio cuenta de que él luchaba por controlar su mal genio.

—Adiós, Sara —dijo finalmente sin demasiado control—. Realmente no hubiera querido tener que hacer esto.

—Adelante. Deme con la puerta en las narices. Volveré.

—No —dijo él—. No volverá.

—Ya veremos.

Entonces, él le cerró la puerta en la cara justo cuando se le escapaba otro estornudo. Tenía la respiración entrecortada por efecto del resfriado. Respiraba con dificultad, y cada inspiración era un suplicio. Se apartó de la puerta y masculló.

—Este hombre es un enorme grano en el culo.

De vuelta a casa, se puso a leer de nuevo el informe. Según iban pasándole las palabras por delante, se le suavizaba el enfado, que acabó evaporándose. ¿Podía realmente reprocharle que se mostrara tan a la defensiva? Su infancia parecía talmente sacada de *Oliver Twist*. Se reclinó, cruzó las manos detrás de la cabeza y volvió a estornudar. Todavía le costaba respirar, incluso más que antes. Había intentado olvidarlo, pero la verdad se iba haciendo más y más evidente. Casi aterrorizada, Sara se dio cuenta de lo que tenía que hacer. Cogió el teléfono y llamó a su padre.

A la mañana siguiente los doctores confirmaron el diagnóstico de Sara.

—Neumonía —le dijo John Lowell a su hija, tumbada en la cama del hospital. Él tenía los ojos llorosos—. Es la tercera vez en los últimos dos años, Sara.

—Ya lo sé.

—Tienes que frenar un poco.

Sara miró a su padre, pero no dijo nada.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó él.

—Muy bien —respondió—. ¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí esta vez?

—Los médicos no lo saben, cariño. Puedo hacerte compañía un rato si quieres.

Sara asintió.

—Me encantaría.

John Lowell abandonó su puesto junto a la cama de su hija a las nueve de la noche. Sara no quería que se marchase. Por irracional que pareciese, no soportaba pasar la noche sola en el hospital. A pesar de todo el tiempo que había pasado en hospitales, Sara seguía teniendo miedo de cerrar los ojos, miedo de que algo o alguien pudiera colarse furtivamente. Se sentía como un personaje de película al que abandonan para que pase la noche solo en una casa embrujada. Los ruidos del hospital la hacían

estremecerse, esos ruidos que reverberaban más y más fuerte en medio de la oscuridad y el silencio de la noche: los pasos que resonaban con estruendo sobre las baldosas; los constantes pitidos, ruidos de aspiración, gorgoteos de las máquinas que salvan vidas; los quejidos de dolor ocasionales; los gritos de terror; los chirridos de ruedas; los llantos.

Al sentirse sola, Sara conectó el *walkman* y empezó a cantar un estribillo de The Police. Cuando su voz sonó demasiado fuerte entró la enfermera, le lanzó una mirada de reproche y le dijo que bajara la voz.

—Perdón.

Se quitó los cascos y encendió la televisión. Fue recibida de inmediato por una voz de locutor deportivo: «Gran movimiento de Michael Silverman. Qué partidazo está haciendo, Tom».

«Desde luego, Brent. Veintidós puntos, diez rebotes, nueve asistencias. Juega como si estuviera poseído».

«Y Seattle pide tiempo muerto. El resultado de este cuarto partido de la serie del *play-off* en el campeonato de la NBA es ahora Nueva York 87, Sonics 85. Volveremos al Madison Square Garden de la ciudad de Nueva York dentro de unos momentos».

Aunque no era gran aficionada a los deportes, Sara vio lo que faltaba de partido. Los Knicks ganaron por cinco puntos, con lo que la final de la NBA quedaba empatada a dos partidos. Ahora la serie se trasladaría a Seattle para jugar los dos partidos siguientes y luego volvería a Nueva York para el séptimo y último partido si era necesario. Continuó mirando a los locutores estúpidos, que soltaban sin cesar un cliché tras otro, mientras comentaban los momentos más interesantes del partido. Y después hicieron entrevistas a un buen número de jugadores y entrenadores, lo que duró aproximadamente una hora más.

—¿Me busca a mí?

Sara se volvió rápidamente hacia la puerta.

—¿Quién...?

Michael dio un paso adelante y salió de la sombra. Todavía tenía el pelo mojado de la ducha después del partido.

—La señorita Nancy Levin —dijo sin más.

—¿Qué?

—Me preguntó por mi profesora de piano. La señorita Nancy Levin. Era la profesora de música de la escuela primaria de Burnet Hill.

Sara tragó saliva. No sabía muy bien qué decir.

—Ya ha pasado la hora de visitas —dijo.

—Ya lo sé —contestó él—. Prometí al guardia de seguridad que le daría dos entradas para un partido si se hacía el sueco. Es una de las ventajas de la fama. ¿Le importa si me siento?

Sara intentó hablar, pero tuvo que conformarse con un movimiento de cabeza.

—Gracias. Esta mañana la he llamado al despacho y su director me ha dicho que tenía neumonía. También me ha comentado que le da con bastante frecuencia.

Sara se encogió de hombros.

—Así que pensé que podía venir a visitarla. Espero no haberla despertado.

—En absoluto —respondió ella, que finalmente encontró la voz para hablar—, pero ¿no tendría que estar de celebración con sus compañeros de equipo?

—No celebramos nada hasta que ganamos cuatro partidos. De momento, solo llevamos dos.

—¿Y los periodistas no han querido entrevistarlos después del partido? Él asintió, sonriente.

—Pero, como bien sabe, no me gustan demasiado las entrevistas.

—¿Ni siquiera después de una victoria?

—La verdad es que, en este caso, sí.

—¿Y bien?

—Pues he querido venir aquí a verla a usted, ¿le parece?

Sara apartó la mirada de los ojos fijos de él, buscando un poco de fuerza interior antes de volver a mirarlo.

—¿Qué significan para usted estas series del campeonato, Michael?

—¿Siempre hace tantas preguntas?

—Deformación profesional.

—Bueno, ¿cómo podría decirlo? Lo significa todo para mí. No puedo ni decirle cuántas veces he soñado con anotar la canasta definitiva de una

final de la NBA. Desde que era pequeño, mi sueño ha sido siempre ganar la final de la NBA. ¿Responde esto a su pregunta?

—Sí.

—Bueno, ¿cómo se encuentra?

—Bien.

—¿Cansada?

—No.

—¿Quiere que hablemos? —le preguntó.

Ella asintió.

—Con una condición —dijo él—. Que todo sea extraoficial. No es más que una charla entre dos. No puede usar nada para un artículo. Deme su palabra.

—La tiene.

—¿Qué sabe usted de mí? —dijo él, poniéndose de pie y echando a andar.

—El informe está en la mesita de noche —respondió ella—. Léalo.

Michael cogió la carpeta y la abrió. Sara vio cómo se le abrían mucho los ojos y el dolor asomaba a ellos mientras leía la página.

—¿Todo es verdad? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿Todo, todo?

—Sí.

El hecho es que estuvieron hablando toda la hora siguiente hasta que apareció la enfermera, una negra corpulenta nada aficionada al baloncesto, y al encontrar a Michael en la habitación de Sara le soltó una regañina por estar allí después de las horas de visita y lo echó a la calle.

Los Knicks y los Sonics ganaron uno de los siguientes partidos cada uno, con lo que los equipos quedaron con tres victorias por cabeza y emplazados para jugar el séptimo en el Madison Square Garden de Nueva York. El séptimo partido... Unas palabras místicas para los forofos de los deportes. Los veinticuatro equipos juegan cada uno ochenta y dos partidos en la temporada regular y luego cuatro rondas de *play-off*, y dos de ellos juegan finalmente el partido definitivo que decide el campeonato.

Sara vio el partido en su habitación del hospital. Se sorprendió

animando con entusiasmo a los Knicks, y en especial a Michael. A falta de tres segundos y con los Knicks con 101 puntos y perdiendo de uno, le pasaron la pelota a Michael. Sara sintió que le daba un vuelco el corazón cuando vio a Michael subir la pelota a la zona y lanzar un gancho por encima de la mano estirada del pívot de los de Seattle, un tipo de más de dos metros. Sonó la boina. El balón rebotó dos veces en el aro, chocó contra el tablero y luego entró. Dos puntos más. Se acabó el partido.

New York Knicks 103, Seattle Supersonics 102.

El pabellón enloqueció. Los compañeros de Michael, dirigidos por Reece Porter, se echaron sobre él. El Madison Square Garden era un frenesí de celebraciones. Sara se oyó gritar de alegría mientras daba puñetazos a la cama de pura excitación. Lo había conseguido. Michael lo había conseguido.

—¡Yupi! —gritó.

La misma enfermera asomó la cabeza por la rendija de la puerta.

—Señorita Lowell...

—Perdón.

Estuvo mirando el ambiente en el vestuario: el champán que se derramaba por encima de las cabezas, la alegría tras ganar el difícil título de la NBA. Los jugadores y entrenadores de los Knicks se abrazaban, gritaban y se reían a carcajadas en uno de esos escasos momentos desinhibidos, de felicidad descarada, que existen en la vida adulta. Sara intentó descubrir a Michael entre aquella horda jubilosa, pero había demasiada confusión. Los locutores entrevistaron a varios de los Knicks, todos cantando las alabanzas de Michael, pero la superestrella del partido no aparecía por ninguna parte. Poco después, Sara oyó unos pasos que se aproximaban a su habitación.

—Hola —dijo Michael.

—¿Qué estás haciendo aquí?

La voz de Sara sonó enfadada. Una expresión de dolor apareció en el rostro de Michael.

—¿Qué estás haciendo aquí? —repitió ella sin suavizar el tono—. Se supone que tendrías que estar celebrando el momento más importante de tu vida, ¿no? Así que ¿qué demonios estás haciendo aquí?

—No lo sé —respondió Michael mientras unas lágrimas le asomaban en las comisuras de los ojos.

—¿Qué quieres de mí? Me dijiste que todo lo de aquel informe era verdad, así que sé muy bien que tienes cien muñequitas para escoger.

—Sara...

—Así que ¿qué es lo que quieres de mí?

—¿Por qué estás tan enfadada? —preguntó él con la cabeza gacha, en un tono casi infantil.

Sara se paró. Le había sorprendido su propia reacción. ¿Por qué le gritaba de aquella manera? ¿Por qué se sentía tan rara siempre que estaba con él? ¿A qué se debía aquella sensación embriagadora y desproporcionada? ¿Por qué se comportaba con tanta acritud cuando, a decir verdad, estaba contentísima de verlo allí?

—Es que estoy muy confusa, Michael. Es que no entiendo lo que me pasa.

Él se acercó más.

—Yo tampoco, Sara.

—¿Por qué has venido aquí esta noche, Michael? ¿Por qué no estás celebrándolo con tus compañeros?

—No lo sé —le respondió—. Es... es que quería estar contigo, nada más.

Y ahora tenía sida.

Sida. La palabra flotaba por la habitación como un humo venenoso. Sara notó que las lágrimas acudían a sus ojos y de nuevo arrancó a llorar.

—No pasa nada —le susurró Michael—. Todo se arreglará.

Él no había derramado una sola lágrima desde que Harvey y Eric le habían dado la noticia dos horas antes, y en cierto modo aquella falta de respuesta era lo más aterrador de todo. Su cuerpo se estremeció, pero los ojos continuaron fijos, perdidos, confusos, pensativos. «¿En qué estás pensando —se preguntó Sara—, ¿qué sientes en este preciso momento y por qué no lo compartes conmigo?».

Harvey y Eric todavía no se habían marchado de la habitación. Eric estaba sentado junto a la ventana contemplando el tráfico impaciente de la calle

Ciento sesenta y ocho. Harvey paseaba.

—Quiero saber la verdad —dijo Michael en ese momento, apretando la mano de Sara—. ¿Podéis curar esto o no?

Harvey se paró en seco y se volvió hacia Michael. Su mirada se cruzó un instante con la de Eric antes de posarse en el rostro de Michael.

—Queremos probarlo. Pensamos que es muy posible.

—Entonces, vamos a ello.

Harvey asintió con la cabeza.

—Haremos que te trasladen a la clínica hoy mismo —resolvió.

—¿Hoy? —dijo Sara—. ¿No puede esperar a...?

—No —dijo Harvey—. No puede esperar. Cuanto antes empezemos el tratamiento, mejor. Quiero advertiros a ambos que el tratamiento no es nada agradable. Te engancharás al SR1 y los efectos secundarios serán dolorosos y desagradables. Durante una temporada serás yonqui, Michael. Tendrás la sensación de que necesitas la inyección o te mueres. Y tendrás razón.

En la habitación se volvió a instalar poco a poco el silencio.

—Será mejor que os vayáis los dos —dijo Michael finalmente—. Seguro que tenéis mil cosas que hacer.

Harvey hizo un gesto a Eric y ambos se dirigieron hacia la salida. Al abrir la puerta, Harvey se volvió hacia Michael.

—Piensa en lo que te he dicho antes, ¿de acuerdo? Puede hacerte mucho bien —le aseguró.

Michael asintió. En cuanto salieron, Sara volvió a rodear con los brazos a Michael, pero él se puso rígido, con el cuerpo frío y duro..., como un cadáver.

—Michael...

—Lo siento —dijo.

Recorrió la habitación con los ojos, pasándolos rápidamente de un objeto a otro, como si buscara una salida fácil. Sara apoyó la cabeza sobre el pecho de Michael y permanecieron así en silencio durante largo rato. El único sonido que Sara oía era la respiración firme de Michael, y notaba cómo su cabeza subía y bajaba con el pecho. Finalmente, Michael habló.

—Deberías irte, Sara. Tienes que escribir tu artículo.

—Yo no me voy a ninguna parte.

—Tienes que hacerlo —insistió Michael—. Es un artículo demasiado

importante.

—Le diré a Donald Parker que lo haga él.

Michael negó con la cabeza.

—Tienes que escribirlo tú —dijo.

—A la mierda ese puñetero artículo, Michael. Quiero quedarme contigo.

Michael no dijo nada durante diez minutos. Se limitó a quedarse callado con los labios apretados.

—Sara, no estoy seguro de querer que tú pases también por esto —dijo al final.

—No tienes elección —apuntó ella—. Y no te atrevas a jugar al valiente mártir conmigo, Michael. No te vas a morir. No vas a dejarnos solos a mí y a tu niño.

—Es verdad que tenemos que pensar en Junior —dijo con una sonrisa triste, y le dio unas palmaditas en la barriga.

—Exactamente.

—Sara...

—¿Qué?

—He estado pensando en esto durante las últimas horas —confesó—. Y quiero que el asunto se haga público.

—¿Qué?

—Lo que nos han dicho tiene sentido...

—No tendrían que haber dicho nada —dijo Sara—. No es el momento de que te pongas a tomar decisiones, Michael. En estos momentos eres vulnerable.

—¿Qué sentido tiene retrasar lo inevitable, Sara? —preguntó, dibujando de nuevo una sonrisa dulcemente triste—. Sabes que no tenemos elección.

El miedo se le anudó al cuello como una bufanda fría.

—Por favor, Michael, piénsatelo mejor. Esto es muy serio. No tires por la borda...

—¿Tirar por la borda qué? —espetó él—. Se acabó, Sara. No hay nada que tirar. No te dejé escribir tu artículo sobre los malos tratos físicos que sufrí de niño, y eso fue algo muy egoísta.

—Michael...

—No, déjame terminar. La verdad es que es muy raro, Sara. Cuando

Harvey me ha dado los resultados del análisis, lo he visto muy claro. Así que he estado pensando bien todo este tema. Harvey y Eric no han dicho demasiado, pero sé cuál es su postura. Seguro que quieren que lo haga público.

—Espera un poco más de tiempo —sugirió Sara—. Escúchame. Hay un montón de cosas que debes tener en cuenta. Piensa por un momento en la discriminación. La gente te odiará por decirlo. La NBA probablemente diga que eres un riesgo para la salud demasiado grande para permitirte volver a una cancha, incluso aunque el virus remita.

—¿Y qué? Mira, yo no soy una persona valiente. Puede que tú tuvieras razón hace años. Puede que la historia de mi infancia hubiera servido de ayuda para que se entendiera el maltrato infantil, pero, no lo sé, simplemente no podía revivirlo. No tenía fuerza para eso.

—Claro —dijo ella—. No es culpa tuya.

—Pero, Sara, esto es demasiado grande, demasiado importante. No puedo quedarme sentado otra vez. Y creo que Harvey lo sabe. Se da cuenta de lo que su cura puede hacer por la gente, así que deja todo lo demás en espera. Ya has oído lo que ha dicho. La publicidad de mi caso puede tener la mayor repercusión en la epidemia del sida desde la muerte de Rock Hudson. No puedo desentenderme del tema, es así de simple.

Sara siguió abrazada a él, con los ojos cerrados con fuerza.

—Así que quiero que escribas el artículo, Sara. Y quiero que me organices una rueda de prensa para mañana.

—Si eso es lo que de verdad quieres —dijo Sara lentamente—, entonces lo haremos. Pero dejemos de hablar de eso ahora, Michael. Ahora mismo lo único que quiero es que me abracés.

Jennifer Riker empujó la puerta de cristal de la oficina central de Correos de Los Ángeles. Notó el golpe del aire acondicionado. Pobre Bruce, pensó. Era una persona maravillosa en muchos aspectos. Un marido horroroso, sí, pero es que hay hombres que, sencillamente, no están hechos para el matrimonio. ¿Por qué habría hecho aquello? ¿Qué podía haber sido tan espantoso como para que decidiera quitarse la vida?

Había sido un golpe muy duro para todos, sobre todo para el joven Tommy. No era ninguna sorpresa que el hijo de Bruce culpara a su madre del suicidio del padre.

—¡Tú lo has matado! —le había gritado a Susan—. ¡Es culpa tuya que papá se haya muerto!

Y aunque Susan intentó discutir con él, algo en su interior le hacía la misma acusación; había algo que le hacía preguntarse si no habría tenido parte de responsabilidad en la desaparición de Bruce, y qué parte. Jennifer veía cómo el sentimiento de culpa afloraba en la preciosa cara de su hermana, que no podía dormir por las noches, que apenas comía. La situación llegó hasta el punto de que Jennifer se planteó la posibilidad de buscar consejo profesional para que los ayudaran a enfrentarse a su dolor.

Pero al final fue Susan la que decidió que no. Pensó que lo que Tommy y ella necesitaban realmente era alejarse del mundo durante una temporada y ver si el tiempo y la soledad les servían de ayuda para restablecer sus lazos y aceptar la muerte de Bruce. Se habían ido dos días antes a un refugio tranquilo en las afueras de Sacramento; un sitio donde no había teléfono ni distracciones externas.

Jennifer fue hasta el mostrador de información.

—¿Podría decirme dónde está el apartado 1738, por favor?

—Gire esa esquina y a la izquierda.

—Gracias.

Unos minutos después, Jennifer localizó el número correcto, metió la llave y abrió el apartado. Estaba lleno hasta los topes de correo basura y porquería. Sacudió con la mano las partículas de polvo y empezó a trasladar el correo del buzón a su bolso. En un sobre había una foto del cómico Ed McMahon diciéndole a Bruce que tal vez hubiera ganado ya cien mil dólares. Por desgracia, el matasellos del sobre indicaba que la carta llevaba en el correo desde el año anterior. Lástima. Puede que Bruce hubiera sido rico sin llegar a enterarse.

Había también unos cuantos sobres que parecían extractos bancarios, con matasellos de siete años antes, y hasta un par de revistas médicas, también de hacía siete años. Nada muy interesante. Nada muy actual, digamos.

Siguió revisando el contenido del buzón hasta que de pronto descubrió un

gran sobre marrón de papel grueso. Jennifer se detuvo al reconocer la letra que había escrito en la parte delantera. Trató de recordar de quién era aquella caligrafía, pero el nombre se le escapaba. Cerró los ojos y se representó mentalmente las letras dibujadas con nitidez, intentando acordarse de dónde las había visto antes. Y le vino la respuesta a la mente. Pues claro. Era la letra de Bruce. El minucioso trazo de las letras era inconfundible.

Le dio la vuelta al sobre para tratar de leer el matasello. Cuando por fin consiguió leer la fecha con claridad, casi le fallan las piernas. El 30 de agosto de ese mismo año. Y Bruce había muerto el 30 de agosto. Debía de haber echado la carta al correo pocas horas antes de morir. Y lo que era todavía más raro: se había dirigido el envío a sí mismo.

¿Por qué Bruce se habría enviado un sobre a sí mismo justo antes de suicidarse?

Jennifer guardó rápidamente el sobre en el bolso, como si le diera miedo seguir teniéndolo en la mano. Luego terminó de vaciar el buzón del apartado y se dirigió a la salida.

Ya abriría el paquete más tarde.

Harvey notó que lo volvía a asaltar otro de aquellos tremendos dolores de cabeza que últimamente no le daban tregua. Eran alrededor de las dos de la mañana y los pasillos del pabellón Sidney estaban silenciosos, dormidos, en recuperación. Harvey recorrió despacio un pasillo vacío y oscuro, apenas iluminado con unos fluorescentes que zumbaban como una sierra mecánica a lo lejos. Fue abriendo puertas, cada una con su propio chirrido particular, y mirando a sus pacientes dormidos. Comprobó los goteros, los gráficos, la medicación.

Entró en la última habitación de la planta, la de Kiel Davis y Ricky Martino. Los dos dormían profundamente. Los aproximadamente cuarenta pacientes de la clínica estaban divididos en dos grupos: internos que permanecían en el pabellón Sidney, y externos que acudían al centro casi a diario para recibir el tratamiento. Por lo general, los miembros de esos dos grupos rotaban cada tres o cuatro semanas, de modo que no había nunca más de veinticinco pacientes en la clínica una misma noche. En ese preciso momento había casi treinta pacientes durmiendo allí. La mayoría disponían de habitaciones individuales, pero debido a las limitaciones de espacio unos cuantos tenían que compartirla.

El protocolo nocturno raras veces funcionaba exactamente según los planes, porque cada paciente tenía necesidades distintas. Tomemos, por ejemplo, a Davis y a Martino. Kiel Davis, un homosexual de Indiana que se había instalado en Nueva York diez años antes, se había pasado casi dos tercios de los últimos dieciocho meses en la clínica, mientras que, en ese mismo periodo, Martino, consumidor de drogas intravenosas del Bronx, había dormido allí menos de seis meses en total.

Harvey revisó los gráficos de los dos pacientes y escuchó la respiración suave y profunda de su sueño. Cerró la puerta tras él, se dirigió hacia las escaleras y subió corriendo el tramo que lo llevaba a la tercera planta; esa era su manera de hacer ejercicio. Se oyó jadear tras el esfuerzo.

«No estoy nada en forma —pensó—. Tendría que dejar de usar el ascensor y subir siempre por las escaleras».

Sin embargo, Harvey sabía que el pitido de su pecho era algo más serio que una mala forma física. Los músculos de la frente parecían inflamados y oprimirle las sensibles terminaciones nerviosas. Sentía mariposas en el estómago.

Tuvo miedo.

Se detuvo ante la puerta que daba a la habitación 317; la única habitación de esa planta donde había un paciente. Abrió la puerta y asomó la cabeza al interior. Por fin el paciente se había dormido, tarea que en ese caso no había sido nada fácil. Había necesitado medicación. Y fuerte. Harvey consiguió finalmente convencer a Michael de que tomara un par de somníferos. Y funcionaron. La verdad es que eran lo bastante fuertes para tener efecto en un rinoceronte a la carga.

Por las ventanas entraban unas sombras alargadas que cruzaban la habitación como dedos gigantes preparados para cerrarse. Sara estaba sentada en una silla de madera al lado de la cama de Michael y lo tenía cogido de la mano. Incluso bajo aquella luz escasa, Harvey pudo ver la angustia que tensaba la piel en torno a los pómulos de Sara. Los labios le temblaban como si tuviera frío; tenía los ojos húmedos. Todavía no se había dado cuenta de su presencia, aunque sin duda debía haberle oído abrir la puerta. No obstante, Sara continuaba mirando a su marido dormido. Harvey se preguntó si estaría embebida en sus pensamientos o si, simplemente, había preferido ignorarlo.

Probablemente un poco de todo.

Volvió a mirar la figura que yacía en la cama. Confiaban en que, por lo menos, el análisis de VIH de Sara resultara negativo. Hacía menos de un mes que le habían practicado el análisis como parte de su trabajo de documentación para un reportaje en el *New York Herald* sobre los análisis del sida, y había dado negativo. Aunque se sabía que el virus permanecía latente durante muchos años, no dejaba de ser una noticia alentadora para Michael, para Sara y para el niño que había de nacer.

Harvey apartó la mirada de aquella escena penosa y dejó que se cerrara la puerta. Sabía que Sara estaba pasando un auténtico infierno, peor incluso que

el de Michael. Hacerse a un lado y contemplar impotente a un ser amado que sufre es muchas veces más difícil que la simple tarea de sufrir el trauma físico. Harvey deseó poder servir de ayuda. Deseó tomar el lugar de Michael, ser él y no Michael quien tuviera que sobrellevar tan tremenda carga. Pero, claro, eso era imposible.

Por cruel que resultase, Michael y Sara tendrían que pasar por todo aquello en solitario. Y todavía más cruel era, como muy bien sabía Harvey, ver los posibles beneficios que le reportaría la situación de Michael. Cuando Harvey consideraba las consecuencias positivas para los pacientes de sida en general y para su clínica en particular (la esperanza, la economía, la publicidad), no podía evitar tener la esperanza de que Michael hiciera pública su enfermedad. Por espantoso que pudiera parecer, comprendió que el diagnóstico de Michael a largo plazo podía salvar miles de vidas. Michael podría hacer por el sida lo que ningún otro había hecho desde Rock Hudson o Ryan White: presentarlo como algo natural a la gente, hacerlo algo real, cambiar la perspectiva con que lo veían miles, tal vez millones, de personas.

Y por eso Sara estaba tan enfadada con él. Es cierto que Harvey no había dicho gran cosa, pero lo que pensaba del asunto estaba claro. A Michael le habían adjudicado una responsabilidad mucho mayor que a todos los demás. Habían lanzado sobre él una insólita oportunidad de hacer el bien, y no podía limitarse a hacer caso omiso. Y Sara se dio cuenta. En el fondo de su corazón sabía lo que había que hacer. Pero justo en ese momento el pensamiento de Sara estaba demasiado nublado por el dolor como para ver lo que era tan evidente. Era algo comprensible, sin duda. Sin embargo, en ese preciso momento a ella no le importaba el resto del mundo. Solo le importaba Michael. Proteger a Michael.

Así que, en algún momento, tendría que explotar. El dolor debería seguir su curso antes de que todos pudieran ver las cosas de un modo racional, con calma. Pero no esa noche. Esa noche era necesario dejarlos solos para que sopesaran su destino. Salvar vidas podía esperar a que saliera el sol.

Harvey se fue por el pasillo en dirección al laboratorio de la clínica. Ahora, en la noche, reinaba el silencio absoluto. Solo oía dos ruidos: los tacones de sus zapatos sonando contra las baldosas frías y...

... y un ligero susurro que llegaba de detrás de la puerta del laboratorio.

Se paró en seco. Winston y Eric habían sellado todos los experimentos y cerrado con llave la puerta del laboratorio hacía tres horas. Y nadie más tenía la llave. Nadie tenía por qué estar allí dentro.

«Que no cunda el pánico. Puede ser que uno de los dos haya vuelto para hacer algún trabajillo extra. No sería la primera vez».

Eso era verdad, sin duda. Harvey se acercó a la puerta. La ventana de la puerta tenía echada la cortinilla, así que no pudo atisbar el interior. Lo que hizo fue poner la oreja encima del cristal. Lo notó frío. Escuchó. Nada. El laboratorio estaba en silencio. Cerró los ojos y aguzó el oído.

El susurro volvió a empezar.

«Muy bien, no pasa nada. Será Winston o Eric. De modo que simplemente giro el pomo, abro la puerta y...».

Ahora el dolor de cabeza era insoportable; los latidos en la frente eran casi audibles. Alargó la mano, agarró el pomo, lo giró. La puerta estaba cerrada con llave. Un frío helado le recorrió el cuerpo. Apartó al instante la mano de la puerta. La puerta del laboratorio nunca se cerraba cuando había alguien dentro. Nunca. Intentó atisbar el interior de la habitación a través de la minúscula rendija que no cubría la cortinilla en un extremo y se dio cuenta de algo que le hizo un nudo en el estómago. Bajó la vista al suelo para confirmar sus temores.

No había luz.

Ni por la rendija de la cortinilla ni por debajo de la puerta salía el más mínimo rayo de luz. Así que las luces del laboratorio estaban apagadas.

¿Qué clase de científico trabaja a oscuras?

«¿Científicos con visión nocturna? ¿Científicos con gafas infrarrojas?».

La frente se le perló de sudor.

«Pero igual no es nada. Pero igual es...».

«¿Igual es qué?».

No tenía respuesta para mantener a raya su pánico creciente. Actuando sin pensar, la mano de Harvey fue al bolsillo en busca de la llave del laboratorio. La sacó y la acercó a la cerradura. Oyó que detrás de la puerta sonaba el cajón de un archivador que se cerraba de golpe. Respiró profundamente, metió la llave en el agujero y abrió la puerta con fuerza.

La sala estaba a oscuras, las tenues luces del pasillo apenas si

proporcionaban un mínimo de iluminación. Harvey creyó ver un movimiento con el rabillo del ojo. Se volvió rápidamente hacia allí, pero no había nada. Tal vez hubiera sido solo su imaginación. Alargó la mano a ciegas, dio con el interruptor y lo pulsó. La súbita claridad de las luces lo sobresaltó.

Al principio no vio nada fuera de lo común. El laboratorio estaba en orden, pulcro. No se veía ningún papel suelto. Los microscopios estaban cubiertos con su plástico; los tubos de ensayo, bien sellados. Solo una cosa parecía distinta, y esa cosa hizo que los ojos de Harvey se abrieran como platos. Y olvidó al instante cosas como la precaución y la cautela. Desapareció la preocupación de que pudiera haber algún intruso peligroso allí dentro, oculto, preparado para saltar. Dio unos pasos adelante, preocupado solo por el buen estado de las cosas que se encontraban detrás de la cerradura reventada que vio al otro lado de la habitación.

Fue un error.

Sin previo aviso, un objeto pesado chocó contra la base del cuello de Harvey. Su cuerpo se precipitó hacia delante. Unos puñales alternos de dolor e insensibilidad le atravesaron el cráneo. Se agarró la cabeza con las dos manos, se dobló por la cintura y cayó al suelo. Los ojos se le cerraron.

Jennifer tomó una cena ligera sola, cogió la última película de Woody Allen en el CinePlex, una de esas multisalas que parecen tener más pantallas que clientes, y llegó a casa poco después de medianoche. Lanzó la pequeña bolsa de viaje con el contenido del apartado de correos de Bruce sobre el sofá y se dejó caer junto a ella. Estuvo unos momentos sin hacer otra cosa que contemplar el logotipo de Sabena World Airways de la bolsa. Su pensamiento se remontó a diez años atrás, cuando Harvey y ella volaron a Bruselas con Sabena para empezar una odisea europea por Bélgica, Francia y Holanda. En primera clase. Champán y caviar a bordo. Qué viaje tan magnífico. Por desgracia, fue la última vez que convenció a Harvey de que se tomara unas vacaciones. La verdad es que él no había disfrutado. Lo de relajarse, ver sitios, comer como un *gourmet*, dejarse mimar en buenos hoteles..., eso no iba con él.

Menudo idiota.

Muy bien, estaba cabreada. Tenía derecho a estarlo. Había querido a Harvey. Lo seguía queriendo. Pero aquel hombre no sabía vivir. Oh, desde luego, podía ser divertido y parecer despreocupado, y claro que estaba muy lejos de ser una rata de biblioteca, pero lo obsesionaba el trabajo. Salvar al mundo. Sí, se había casado con un soñador, y eso había sido estupendo mientras cortejaban. Había sido de lo más romántico, gótico incluso. Pero al cabo de un tiempo ella se fue cansando. El egoísmo de él fue devorando la pasión que ella sentía por la vida, y le dejó poco más que una cierta autocompasión.

Menudo idiota.

Bruce Grey también era un hombre entregado a su trabajo, pero él sí comprendía que había unos límites. No era tan ingenuo e insensato como Harvey, ni mucho menos. Sabía ver la realidad. Sabía que ellos dos solos no podían acabar con el sufrimiento masivo, solo aligerarlo un poco. Eso era todo lo que podía esperar hacer una sola persona. Y para Bruce, eso había sido suficiente. Pero no para Harvey...

Jennifer se enderezó de golpe. El sobre marrón. El sobre que Bruce se había enviado a sí mismo el día en que murió. Todavía no lo había abierto. Se deslizó por el sofá hasta la bolsa de mano de Sabena, la cogió y rebuscó entre el montón de sobres. No le llevó mucho tiempo localizar el sobre en cuestión. Era el más grueso y el más pesado con diferencia. Lo sacó de la bolsa y se lo puso sobre las rodillas. El nombre y la dirección de Bruce estaban escritos claramente con su letra. Qué cosa tan rara.

Fue hasta la mesa de escritorio, cogió el abridor de cartas y rasgó el sobre. Numerosos papeles, tubos y lo que parecían historiales surgieron del interior como golosinas de una piñata rota.

Jennifer suspiró y empezó a leerlos.

—Aaay.

—¿Harvey?

—Mi cabeza —gimió Harvey.

—¿Harvey, me oyes? —le preguntó Sara.

Harvey abrió un poco los ojos. Las luces le resultaron especialmente

brillantes, le molestaron. Volvió a cerrarlos, se los cubrió con la mano y lo intentó de nuevo.

—¿Harvey?

—Sí, Sara, ya te oigo. ¿Dónde estoy?

—Sigues en la clínica.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente?

—Te he encontrado hace como media hora —respondió Sara.

Su visión enfocó dos rostros. Uno, precioso; el otro, delgado con una nariz larga y bigote.

—¿Teniente Bernstein?

Max asintió con la cabeza.

—Sara me ha llamado —explicó Max—. ¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien.

—¿Puede decirme qué ha sucedido?

Harvey intentó aclararse las ideas.

—En el laboratorio —empezó a responder lentamente—. Había alguien en el laboratorio.

—Yo vislumbré la sombra de alguien corriendo por el pasillo, pero no pude verle la cara —reveló Sara.

—Quiquiera que fuese —consiguió articular Harvey—, me pegó en la cabeza.

—Por qué no empezamos por el principio, ¿le parece? —sugirió Bernstein, sacando la libreta y el bolígrafo—. Cuéntenos qué ha sucedido.

Hablando despacio, Harvey les fue contando lo que había ocurrido desde que oyó ruidos en el laboratorio hasta que lo dejaron inconsciente de un golpe. Cuando hubo terminado, el teniente Bernstein dejó de pasear y preguntó:

—Entonces, ¿qué andaba buscando exactamente? ¿Qué había tan valioso que le hiciera olvidarse de que alguien merodeaba por la habitación?

—Mis archivos personales.

—¿Sus qué?

—Mis archivos personales. Los guardo allí bajo llave.

—¿No los guarda en su despacho?

—No. Se supone que los cerrojos y la seguridad del laboratorio son mucho mejores que en mi despacho. Y la información que guardo en esos

archivos personales viene casi toda de los resultados del laboratorio. Todos guardamos nuestros archivos personales en el laboratorio.

—Dice que son archivos «personales» —dijo Bernstein con la mirada fija en su libreta—. ¿A qué se refiere exactamente?

—Contienen información privada, secretos profesionales, si lo prefiere.

—¿Qué clase de secretos?

—Cosas diferentes. Resultados de experimentos, material así.

—¿Qué clase de experimentos?

—Privados —contestó, volviendo a tumbarse—. Verá usted, merece la pena trabajar con otros colegas y compartir todos los hallazgos, de eso no hay duda, pero hay veces que uno necesita trabajar en privado, solo y sin ninguna interferencia ni sugerencia exterior. Y muchas veces este es el mejor modo de avanzar, un hombre que trabaja en solitario. Todos comprendemos y respetamos el trabajo privado de los demás.

—¿Quiénes son «todos»?

—Bruce, Eric y yo.

Bernstein asintió con la cabeza, mientras iba hasta el otro lado de la cama y luego regresaba al mismo punto.

—¿Bruce Grey también tenía archivos personales?

—Por supuesto.

—¿Los ha consultado usted desde que murió?

—Sí.

—¿Y ha encontrado algo sorprendente?

—En realidad no —respondió Harvey con cierta vacilación.

—¿A qué se refiere con «en realidad»?

—Quiero decir que no había ningún avance muy relevante ni nada por el estilo. Bruce no era muy bueno investigando por su cuenta... —Hizo una pausa—. Puede que no fuera nada.

—Continúe —le instó Bernstein, inclinándose sobre la cama.

—Bueno, faltaban algunas de las carpetas más importantes.

—¿Qué clase de carpetas?

—Las de las fichas de los pacientes. Las de Trian y Whitherson, por decir dos.

—¿Y qué me dice de la de Bradley Jenkins?

—Esa todavía está allí.

Max dio un paso atrás, se dirigió hasta la puerta y examinó el pomo.

—Me gustaría que me diera usted la lista completa de las carpetas que faltan, y también me gustaría revisar los archivos completos de Grey lo antes posible.

Harvey asintió.

—Ya me lo figuraba. Pero hágame un favor, teniente, no deje que nadie más los vea. La información de esos archivos es confidencial y debe seguir siéndolo.

—Hay una cosa que no entiendo —interrumpió Sara—. ¿Por qué las fichas normales de los pacientes están guardadas con llave con los archivos personales?

—Es que aquí no hay fichas normales de pacientes —aclaró Harvey—. Aquí todo es confidencial. Nunca utilizamos nombres, siempre claves, para que nadie, ni los técnicos del laboratorio, ni las enfermeras, ni los celadores sepan el nombre de los pacientes. Y muchas veces también mantenemos a los pacientes separados entre sí. Salvo cuando comparten habitación, los pacientes nunca ven ni saben nada de los otros.

—¿Whitherson, Trian o Jenkins se conocían? —preguntó Bernstein.

—No.

—¿Qué pasa cuando vienen a visitarlos? —preguntó Sara—. ¿Es que no ven a los otros pacientes de esa planta?

Harvey negó con la cabeza.

—Todo el lugar está compartimentado. En la primera planta están las oficinas y las salas de visita. Trasladamos a los pacientes a unas habitaciones privadas para que las visitas no tengan que entrar nunca en el ala de los otros pacientes, que está en la segunda planta.

—Suenan como lo de las horas de visita de la cárcel —comentó Max.

—Es una situación similar —concedió Harvey—. Lo importante es recordar que las visitas nunca entran en la habitación de un paciente.

Bernstein se rascó con fuerza la mejilla derecha, como un perro que tuviera una pulga junto a la oreja.

—De acuerdo —dijo—, a ver si he entendido bien esto. En la primera planta hay despachos y salas de visita. La segunda es el ala de los pacientes. Y

en la tercera está el laboratorio.

Harvey lanzó una mirada rápida en dirección a Sara.

—Los pacientes que exigen mucha confidencialidad también están en la tercera planta —explicó—. Normalmente no tenemos más que uno o dos pacientes aquí arriba.

—¿Bradley Jenkins era uno de esos pacientes?

—Sí.

—Interesante. —Max se metió el lápiz en la boca y miró al techo—. Así que el merodeador podía estar tratando de encontrar los nombres de los pacientes o el pronóstico de algún paciente.

—Podría ser —respondió Harvey, incorporándose.

—¿Adónde va?

—Tengo que comprobar mis archivos.

—Espere un segundo —dijo Max, chasqueando los dedos—. ¿Había allí algún paciente que hubiera entrado hace poco? ¿Alguien cuya identidad quisiera mantener en secreto?

Harvey se detuvo.

—Puedes decírselo —dijo Sara.

—¿Decirme qué?

Fue Sara la que respondió.

—Hoy han ingresado a Michael. Tiene sida.

No muy lejos de donde Sara, Max y Harvey hablaban, Janice Matley, la enfermera de más confianza de la clínica del pabellón Sidney, se dio cuenta de que algo iba mal desde el momento en que abrió la puerta. Fue una sensación. Había algo en la quietud de la cama, en la manera en que la sábana estaba enrollada sobre el cuerpo, en la manera en que la cabeza descansaba inerte sobre la almohada. Janice sintió un temor angustioso en la boca del estómago.

Lo supo.

Janice Matley era una mujer negra y corpulenta de unos cincuenta y cinco años. Llevaba prácticamente treinta años trabajando de enfermera, y diez para el doctor Riker y el doctor Grey. Se quedó deshecha cuando el doctor Grey se suicidó, completamente destrozada. Un hombre tan encantador, pobre. Y un

gran médico. El doctor Riker y él eran unos socios perfectos, se complementaban el uno al otro como nadie. El doctor Grey era el corazón, el alegre del equipo, el que sabía estar junto al lecho, el que sufría por cada paciente. El doctor Riker era el cerebro, el líder, el impulsor, el que hacía lo que hubiera que hacer sin mirar el precio que se pagaba.

¿Y el doctor Eric Blake? Janice no estaba muy segura de dónde situarlo. Era un tanto paradójico, ese hombre. Demasiado entregado, se pasaba todo el tiempo en la clínica, igual que el doctor Riker, pero al mismo tiempo siempre parecía distante, ensimismado. Oh, claro, Janice sabía que se preocupaba enormemente por sus pacientes y que seguiría al doctor Riker hasta el fin del mundo, pero, aun así, parecía... insensible. Tal vez eso no fuera justo. Solo porque ella no lograba sintonizar con él no podía decir que no fuera un buen hombre. Era una magnífica persona, un magnífico doctor, y tan inteligente como el que más. Sus colegas y pacientes lo respetaban mucho. Simplemente, era frío..., nada más.

Janice dio un paso hacia el paciente con ese rostro inexpresivo que ponen las enfermeras experimentadas. Sin embargo, en su interior notaba un cierto temblor. Llegó junto a la cama y encendió la lamparita de noche. Le fallaron las rodillas. Los ojos del paciente, vidriosos y ausentes, la miraban fijamente. Tenía los labios separados y helados. Los brazos, casi quebradizos al tacto, como las ramas de un árbol viejo que se resquebrajan en vez de inclinarse.

Janice salió corriendo por la puerta.

Max se quedó mirando a Sara.

—¿Michael tiene sida?

Sara asintió.

—No sé qué decirte, Sara —declaró él, dejándose caer sobre una silla.

—Se pondrá bien —dijo Sara con firmeza.

Max asintió, sin saber muy bien qué decir.

—¿Quién sabe lo de la enfermedad de Michael?

—Aparte de nosotros —le contestó Harvey—, solo Eric y tal vez una de las enfermeras del hospital.

—¿Tal vez?

—Hay muchas probabilidades de que la enfermera lo reconociera.

—¿Quién es esa enfermera?

—Se llama Janice Matley.

—¿Se fía usted de ella?

—Absolutamente.

—Por mucha seguridad que tengan ustedes aquí —dijo Max, meneando la cabeza—, no habrá modo de conseguir que esto quede en secreto.

—Eso ya lo sabemos —dijo Sara—. Michael ha convocado una rueda de prensa para mañana por la noche. La daremos en directo en *NewsFlash*.

Bernstein entrecerró los ojos hasta que se convirtieron en unas rayitas diminutas.

—¿Me estás diciendo que Michael va a contar que tiene sida delante del mundo entero? —preguntó.

Sara asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y que luego darás el reportaje sobre el SR1?

—Yo no —lo corrigió Sara—, ahora me toca demasiado de cerca. Lo hará Donald Parker.

—¿Parker? ¿Y de qué hablará exactamente? ¿De la cura del sida? ¿De la relación con el Destripador de Gais? ¿De que al hijo del senador Jenkins lo trataban en la clínica? —preguntó Max.

—De todo eso —respondió Sara.

—Pues va a ser brutal. —Max lanzó un silbido después de sacarse el lápiz de la boca—. Todo el país habla ya de la historia del Destripador de Gais. Así que espera a que el ciudadano medio descubra que los asesinatos tienen relación con una clínica que ha encontrado una cura contra el sida. Y luego añade el factor de que Michael Silverman tiene sida y lo están tratando en esa misma clínica. —Bernstein sacudió la cabeza—. Va a ser algo increíble.

Nadie dijo una palabra durante un buen rato.

—De acuerdo —dijo Max—, vamos a cambiar de tercio un momento, doctor. Me ha dicho que la puerta del laboratorio estaba cerrada con llave cuando probó a abrir el pomo, ¿correcto?

—Correcto.

—¿Quién tiene llave, aparte de usted?

—Eric y Winston O'Connor, el jefe técnico del laboratorio.

—¿Y ese O'Connor sabe lo de Michael?

—No —repuso Harvey—. Winston no sabe el nombre de ninguno de los pacientes que tenemos. Como le he dicho antes, los resultados de los análisis están en clave. Y los del laboratorio nunca ven nombres, solo números. En otras palabras: Winston O'Connor ve los resultados de los análisis, pero no puede saber quiénes son las personas involucradas. Incluso les cambiamos los números de código cada semana para que no les puedan seguir la pista.

—Es usted un hombre precavido, doctor Riker.

—Casi paranoico, ¿no cree?

Bernstein estaba a punto de contestar cuando oyeron un grito. Janice Matley asomó la cabeza por la puerta.

—¡Venga, doctor Riker, deprisa! —gritó, pero sabía que ya era demasiado tarde.

—¿Qué sucede?

—¡Código azul! ¡Un paciente ha entrado en paro!

Jennifer Riker revisó el contenido del sobre. Casi nada tenía sentido. Lo primero, las carpetas.

Como esposa de médico, Jennifer ya había visto antes muchísimas fichas de pacientes, pero aquellas eran bastante más imprecisas de lo que solían ser. No había anotaciones concretas; eran más bien opiniones generales y pensamientos de Bruce sobre cada paciente. Casi como un dietario. Leyó el nombre, pulcramente escrito a máquina, en la etiqueta de la primera ficha: Trian, Scott. Fue al principio de la ficha y vio un montón de números.

9/1	897a83
16/1	084c33
23/1	995d42
30/1	774c09
6/2	786m60

Continuaban con una pauta similar a lo largo de páginas enteras. Jennifer fue a la cocina a buscar un calendario. Supuso que 9/1 era el 9 de enero; 16/1, el 16 de enero, etcétera. Consultó el calendario. El 9 de enero era un lunes, igual que todos los números que venían a continuación. Por alguna razón, Bruce había anotado después de cada lunes un número de cinco cifras con una letra entre el tercer y el cuarto número.

¿Por qué?

Se encogió de hombros y siguió leyendo. Muy poco de todo aquello significaba algo para ella, casi todo era pura jerga médica, pero pronto leyó una cosa que entendió con absoluta claridad:

VIH positivo. Recuento de linfocitos T muy bajo. Indicios de sarcoma de Kaposi.

La palabra no aparecía, pero Jennifer sabía qué pretendía decir Bruce: sida. De hecho, en ninguno de los historiales aparecía ese término, como si fueran unas siglas a evitar, que debían decirse en voz baja, que únicamente debían escribirse con lápiz para poder borrarlas con facilidad.

Sida.

Continuó leyendo. Unas páginas más adelante, otro párrafo le dio motivos para detenerse. La letra de Bruce se había hecho más firme, más inclinada, lo que reflejaba su estado de ánimo evidente del momento. Jennifer ya había visto el cambio que logra en un hombre el trabajo de investigación en medicina, las subidas y bajadas, cómo cada contratiempo acarrea depresión y cada avance, una gran euforia. Las emociones oscilaban por días, incluso por horas.

Buenas noticias. Parece que Trian va mejorando. Sus progresos son notablemente similares a los análisis en animales que resultaron ser de tanto éxito. Es difícil no mostrarte más esperanzado cuando trazas el gráfico. El SR1 le ha pasado cuentas, pero por primera vez se le ve lleno de salud. ¿Es una simple remisión o mucho más que eso?

Y diez meses más adelante:

Por fin estamos listos. Harvey y yo lo sabremos mañana. No me lo puedo creer. Los dos estamos tan ansiosos que no dejamos de gritarnos el uno al otro y a todo el que se le ocurra acercarse a nosotros. Pobre Eric. Harvey casi le corta la cabeza por una nadería. Después, Harv se ha sentido culpable, como le pasa siempre que pierde los estribos. Así que luego ha intentado subirle el ánimo, y no ha parado de echarle flores a Eric por su buen trabajo.

No puedo reprochar a Harvey que esté un poco inquieto. Esto ya está aquí. Es lo que estábamos esperando.

¿De qué hablaba Bruce? ¿Qué estaban esperando? Jennifer se fijó en la fecha. Nueve meses antes. En los últimos nueve meses le habían pasado tantas cosas

(dejar a Harvey, mudarse a California...) que, cuando leyó lo que ocurrió al día siguiente, se dio cuenta de lo insignificantes que habían sido los cambios que había habido en su vida. Las palabras de Bruce le daban la perspectiva real de su mundo particular, y por primera vez en muchos meses sintió el remordimiento, el vacío de la inutilidad propagarse de nuevo desde los más ocultos recovecos de su cerebro.

—Dios mío —exclamó en voz alta—. No puede ser.

Tragó saliva y volvió a leer la página, convencida de que había entendido mal las palabras:

No me da vergüenza decir que se me caen las lágrimas mientras escribo esto. Y no paran de asaltarme unas emociones abrumadoras. Es más de lo que puedo resistir. Es más de lo que nunca he esperado oír. Pero me estoy adelantando, así que voy a retroceder un momento. Voy a intentar ser lo más preciso posible en beneficio de la posteridad.

Harvey y yo hemos querido ver los resultados de Trian con nuestros propios ojos. Al fin y al cabo, no es precisamente el tipo de cosas que esperas que los chicos del laboratorio te manden con el informe. De modo que hemos ido al laboratorio con las prisas controladas de unos escolares camino del recreo ante la atenta mirada del maestro. Winston ha parecido sorprenderse al vernos. Nos ha preguntado qué hacíamos en el laboratorio. Le he dicho que queríamos los resultados del 443t90. ¿Por qué tantas prisas?, nos ha preguntado Winston. Harvey se ha mostrado un poco impaciente, lo que es ciertamente comprensible dadas las circunstancias, y le ha pedido que le entregara la ficha. Winston se la ha dado.

Estábamos demasiado nerviosos para abrirla en el laboratorio, de modo que hemos puesto rumbo de vuelta a mi despacho «intentando no correr». Por el camino nos hemos encontrado a Janice, que ha querido pararnos para preguntarnos algo, pero hemos pasado zumbando junto a ella, que nos ha mirado como si hubiéramos perdido la chaveta. Nos hemos precipitado al interior de mi despacho y hemos cerrado la puerta. Harvey me ha tendido la carpeta. Yo no puedo ni mirar, me ha dicho.

La he abierto yo. Trian era VIH negativo. Su recuento de linfocitos T era casi normal. Notaba el corazón latiéndome en la garganta, mientras Harvey estaba allí de pie, inmóvil. Creo que había sufrido un *shock*. Hemos llamado a Eric y le hemos dado la noticia. Él y yo hemos empezado a gritar y a dar saltos, como hacen los campeones de la Super Bowl, pero Harvey no. Se ha limitado a dar un paso a un lado y seguir allí plantado, mirando al infinito. ¿Qué te pasa?, le he preguntado. ¡Lo hemos conseguido!

Harv ha sacudido la cabeza. No corras tanto, ha dicho. Todavía nos queda mucho por hacer.

Pero mira los resultados, le he insistido. ¡Es VIH negativo!

Harvey: Sí, pero ¿por cuánto tiempo? Es muy alentador, pero ¿qué sabemos con seguridad? Tenemos que hacer un análisis más.

Yo: Pero esto es justo lo que necesitamos para volver a hacer andar este sitio. Necesitábamos este empujón, esta patada en el culo. Ahora el Servicio de Salud Pública nos dará más dinero. Nos ampliará la beca.

Harvey: Calcular muy bien los tiempos lo es todo.

Yo: ¿Y eso qué significa?

Harvey: Significa que tenemos que mantener esto en silencio. ¿Te imaginas el revuelo que causaría la noticia? ¿La prensa, el mirarnos con lupa? Perderíamos el anonimato.

Eric no ha dicho nada.

Harvey: No, amigos míos, en este preciso momento no hay que decírselo a nadie. Revelaremos algunos pequeños detalles, los suficientes para mantener el interés y la financiación, pero no tanto como para que nadie

pueda saberlo seguro. Y mientras tanto nos aseguraremos de que todo está perfectamente documentado. Envía la muestra a Bangkok el viernes.

Jennifer no podía creerse lo que leía. ¿VIH negativo? Habían convertido a alguien que era VIH positivo en VIH negativo otra vez. La revelación le causó un profundo impacto.

«¡Habían curado el sida!».

Es probable que solo fueran unas interpretaciones optimistas, pero tenía las pruebas allí mismo, delante de ella. Lo habían logrado. De alguna forma habían encontrado una cura para el virus del sida. Y Harvey nunca se lo había dicho.

Era todo absolutamente increíble. Aquella sorprendente revelación la dejó como agotada. Dejó la carpeta y cerró los ojos. Solo quería descansar unos minutos antes de reemprender la lectura, pero le pudo el cansancio. Se balanceó sobre ese filo que separa la vigilia del sopor y la cabeza acabó yéndosele para atrás. Aun así, había una cuestión que no dejaba de carcomerla en el fondo de su mente, mientras se sumergía en un sueño denso y profundo. ¿Por qué Bruce se había suicidado justo después de mandar aquel sobre?

Ralph Edmund, el forense del condado, empujó la camilla hasta dejar atrás a Max. Ralph tenía toda la pinta de ser un forense o, para ser más exactos, el director de una funeraria. Era alto, de piel cetrina, con el cuerpo delgado, el pelo negro liso, los dedos largos. Vestía con colores chillones, estampados de poliéster, joyas de oro de lo más ostentosas. Aunque tampoco se comportaba como el director de una funeraria. Era emotivo, gritón, increíblemente ordinario. Lo peor de todo era que tenía el delicioso hábito de mascar tabaco y escupir el jugo negro amarillento donde y cuando le daba la gana.

—Quiero que hagan la autopsia inmediatamente —indicó Max en voz baja al forense.

—¿Por eso me has hecho venir aquí en persona? —preguntó Ralph.

Max asintió.

—Compruébalo todo.

—Entendido —respondió Ralph con una gruesa bola de tabaco

abultándole la mejilla—. Me pondré a ello más tarde.

—Ahora mismo. Ya. Y sácale todas las muestras de sangre que puedas. Después quiero que le hagas una serie de análisis.

—¿Como cuáles?

—Eso lo hablaremos después.

—Eh, Tics, oye, ¿por qué hablas en susurros? A ese no lo vas a despertar, ¡ja, ja!

—Para desternillarse de risa. Tú límitate a averiguar qué lo mató. —Max se volvió y se acercó a Harvey, al que se veía pálido y exhausto—. ¿Dónde está el compañero de habitación de Martino?

—¿Kiel Davis? He ordenado que lo llevaran a otra habitación. Le han dado sedantes.

—Quiero hablar con él.

—Más tarde —indicó Harvey. Sacudió la cabeza—. Dios santo, no puedo creer que haya sucedido todo esto.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Max, repasando la libreta de notas—. No hay ningún trauma visible, no hay sangre, ni puñaladas, ni heridas de bala, ni señales de forcejeo. La víctima era un paciente ingresado en una clínica del sida, así que podemos asumir que no tenía muy buena salud. Todo apunta a una muerte por causas naturales, ¿no?

Harvey no contestó de inmediato. Finalmente dijo:

—Ricky Martino no era ningún santo. Era adicto a las drogas por vía intravenosa. Antes vendía drogas en el instituto del barrio.

—Eso no viene al caso. ¿Cómo estaba de enfermo?

—La verdad —respondió Harvey— es que Martino estaba curado.

—¿No tenía sida?

—Ya no. El último análisis dio negativo de VIH. Tenía que seguir recibiendo tratamiento, desde luego, pero iba camino de una recuperación completa.

—Interesante —dijo Max.

—Si he de ser franco —continuó Harvey—, a mí no me entusiasmaba lo de tratar a Martino.

—¿Por qué no?

—Porque era un candidato abominable. Para empezar, era adicto a la

heroína.

—Entonces, ¿por qué lo admitisteis? —preguntó Sara—. Con tantos buenos candidatos dispuestos a probar lo que sea, ¿por qué escogisteis a Martino?

—Porque queríamos tener una muestra variada de pacientes, no hombres gays exclusivamente. Así que Bruce trajo a Martino. A Bruce le gustaba Martino. Tenía fe en él.

—¿Y tú no? —insistió Sara.

Harvey se encogió de hombros.

—Los drogadictos por vía venosa por lo general son un grupo de lo más sórdido. Confieso que no siento el menor entusiasmo por tratar a esa gentuza, no por razones de tipo moral, sino simplemente porque son elementos muy informales. No puedes fiarte de ellos. Y encima, la mayor parte ya tienen muy mala salud porque se han pasado toda la vida abusando de su cuerpo, con lo que sus posibilidades de luchar contra la enfermedad son mucho más escasas.

—Entonces, ¿qué cree usted que lo ha matado, doctor? —preguntó Max.

—No lo sé. —Hizo una pausa para reordenar sus pensamientos—. La verdad es que no lo entiendo. He estado en esta habitación no hace ni una hora.

—¿Antes de que lo golpearan en la cabeza?

—Justo antes.

—¿Y Martino estaba bien?

—Respiraba, si es eso a lo que se refiere. Mire, Martino no era el hombre más sano del mundo, pero no tenía nada que pudiera conducir a una muerte aguda como esta. Y con ese merodeador por aquí esta noche y demás..., me parece que es demasiada coincidencia, la verdad.

Max cruzó los brazos sobre el pecho con una expresión muy pensativa.

—Si a Martino lo han asesinado, eso lo cambia todo.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Harvey.

—Para empezar, un nuevo *modus operandi* —contestó.

—No hay puñaladas —apuntó Sara.

—Pero ¿qué pasa con Bruce? —quiso saber Harvey—. A él tampoco lo apuñalaron.

Bernstein asintió lentamente y empezó a pasearse.

—Vayamos un poco más despacio. Han muerto cinco personas; cuatro

pacientes y un doctor. Tres de ellos (Trian, Whitherson y Jenkins) fueron asesinados a puñaladas en circunstancias similares, aunque no idénticas.

—Todo eso ya lo sabemos —dijo Harvey, impaciente.

—Tenga un poco de paciencia conmigo, ¿de acuerdo? ¿Qué tienen en común los tres pacientes?

—Que eran gais —dijo Sara— y que los tres seguían un tratamiento en la misma clínica del sida.

—Pues ahora añadamos a Martino a la lista, suponiendo que también a él lo hayan asesinado.

—Entonces tenemos que eliminar la variable gay —señaló Harvey—. Martino era heterosexual. —Sonó el busca—. ¡Maldita sea! Debo irme.

—Tendré que hablar con usted más tarde —dijo Max—. Y también quiero ver sus historiales de las víctimas asesinadas.

Harvey asintió con la cabeza y se marchó. Bernstein dejó de pasear y miró a Sara con una cara amable.

—Debes de estar agotada. ¿Por qué no duermes un poco?

—Me encuentro bien.

—Sara...

—No empieces con esa mierda conmigo, Max. Llorar y deprimirme no me servirá de ayuda. Lo que necesito es algo que me distraiga.

Max asintió, comprensivo.

—Entendido. ¿Por dónde íbamos?

—Por Riccardo Martino.

—Exacto. Ahora súmalo a la ecuación y ¿qué los hace a todos similares?

—Dos cosas —respondió Sara—. El sida y la clínica. Como ha dicho Harvey, podemos eliminar el factor gay, puesto que Martino era heterosexual.

—Vale. Ahora pasemos al doctor Bruce Grey. Súmalo a Whitherson, Trian, Jenkins y Martino. ¿Cuál es el común denominador de todos ellos?

—Solo hay una cosa —respondió Sara—. La clínica. Alguien ha puesto en su punto de mira a personas relacionadas con el pabellón Sidney.

Max no contestó al instante. Se limitó a mirar a otro lado, con un ligero temblequeo de cabeza y localizando con los dientes alguna otra esquina de uña que poder roer.

—Hay algo en esto que se nos escapa —dijo finalmente—. Algo gordo.

—¿Como qué?

—Ojalá lo supiera.

—¿Crees que alguien pretende sabotear la clínica?

—Podría ser.

Sara miró el reloj que había colgado encima de la puerta.

—Tengo que volver con Michael ya. Se despertará dentro de un rato.

—Yo voy a revisar las fichas de los pacientes del doctor Riker.

—Vale. Nos vemos más tarde.

—Sara. Otra cosa.

—Dime.

—Esto te lo digo como amigo, no como policía.

—Adelante.

—Te estás obsesionando con lo de Michael. Te pasará factura pronto.

Sara se fue hacia la puerta.

—Ya lo sé, Max. Gracias —dijo.

Oía correr el agua.

—No, no, por favor...

—Cállate, mequetrefe llorica.

Un Michael de siete años alzó una mirada de ojos llorosos. Su padrastro se inclinaba sobre la bañera. La camisa azul de trabajo, con el nombre, Marty, cosido en rojo sobre el bolsillo del pecho, estaba desabrochada y dejaba ver una camiseta blanca rasgada. El rostro de Marty se torció con una expresión idiota de odio y de ira. El aliento le apestaba a alcohol y a tabaco.

—Ven aquí, Michael.

—Por favor...

—A ver si voy a tener que ir a buscarte, niño... —No llegó a terminar la frase, dejando que la imaginación de Michael la completara por él.

El crío intentó salir corriendo, pero tenía los pies como encolados al suelo. No logró moverse. Marty alargó el brazo y agarró del pelo a Michael. Le dio un buen tirón hacia delante y luego hacia abajo hasta meterle la cabeza en el agua.

—¿Vas a volver a husmear en mi cuarto? —le gritó Marty.

Michael no pudo contestar. No podía respirar. Agitó la cabeza atrás y adelante en busca de aire. Pero no lo había. Tragó agua y empezó a ahogarse.

Marty apretó la presa. Mantuvo firme la mano.

—No te he oído, muchacho. ¿Vas a volver a husmear en mi cuarto?

La presión crecía en el interior de la cabeza de Michael. Le parecía que los pulmones estaban a punto de reventar. Oía el agua salpicar alrededor.

Michael pegó un salto en la cama. Tenía la piel cubierta de sudor.

Solo había sido un sueño.

Miró a su alrededor, casi esperando ver la cara de Marty en el rincón de la habitación a oscuras. Pero su padrastro no estaba allí. Estaba él solo, en la clínica. La clínica del sida. Tenía sida. Oyó correr agua fuera, en el pasillo. Alguien que se lavaba o que limpiaba algo. No había motivos para asustarse.

Sacó las piernas de la cama y se puso de pie. Todavía le temblaba todo el cuerpo por el impacto del sueño, pero al menos aún no notaba ningún efecto secundario del SR1. Se rodeó el pecho con ambos brazos y se acercó a la ventana. Miró al exterior. No se veía gran cosa. Apenas un callejón sucio. Basura tirada por todas partes. Dos vagabundos jugando a las cartas. Cubos de basura de metal volcados. Gatos mordisqueando un hueso de pollo. La única cosa que se asemejaba a las condiciones sanitarias del interior del edificio era un camión de un blanco deslumbrante con un rótulo pintado en el lateral que decía: «Compañía Estadounidense de Reciclaje. Eliminación de Residuos Médicos». Michael continuó mirando.

Por la cabeza le iban pasando ideas y emociones diversas. Corrían tanto que no lograba entenderlas del todo; era como tratar de leer la matrícula de un coche que pasa a toda velocidad. Intentó que fueran más despacio, pero fue imposible. Solo captaba ligeros atisbos. Finalmente, una palabra se destacó con claridad, bloqueando a todas las demás.

Sara.

Era curioso, pero a Michael no le daba miedo morir. Le asustaba más dejar allí a Sara. Sola. Con el niño. Porque ahora el futuro tenía un significado

concreto. Había hecho una inversión de futuro, tenía responsabilidades. Quería seguir con Sara, con su hijo. De modo que ¿por qué tenía que pasarle esto ahora? ¿Por qué mostrarle lo que podía ser solo para arrebatárselo?

«Basta de compadecerte de ti mismo, Michael. Me pones enfermo».

Pensó en la rueda de prensa que iba a tener que dar esa noche en *NewsFlash* y se preguntó qué podría decir. Se imaginaba las preguntas que le lanzarían alegremente los periodistas.

«¿Siempre has sido gay?». «¿Tu mujer lo sabía?». «¿Y los compañeros del equipo?». «¿Cuántas parejas has tenido?».

«Y, oh, Dios mío, Sara, ¿qué te estoy haciendo? —se preguntó—. Lo único que he querido siempre era protegerte. Y ahora te meto en todo esto. Ojalá no fuera así. Ojalá pudiera ignorarlo sin más, estar ciego a la verdad. Pero no puedo. ¿Por qué vas a tener que sufrir tú aún más? Hay una parte de mí que querría apartarte a un lado, evitarte tener que pasar por toda esta mierda del sida conmigo».

Sin embargo, Michael sabía que era imposible. Que Sara no se lo permitiría jamás. Y sabía que si los papeles fueran al revés, no habría forma de que Sara pudiera persuadirlo a él de que la abandonase. No habría forma posible. Querría seguir con él y, por egoísta que fuera entonces, él querría tenerla a su lado. Porque sabía que sin ella no llegaría al final.

Solo que deseaba no estar tan asustado, maldita sea.

—¿Michael?

Se volvió. Sara estaba en la puerta. Era tan hermosa, tan rematadamente hermosa, maldita sea... Notó que se le venían las lágrimas a los ojos, pero consiguió contenerlas.

—Te quiero —le dijo.

Ella se acercó cojeando a la ventana y se le abrazó con fuerza. Él cerró los ojos, sin soltarla.

—Vamos a vencer todo esto, ¿verdad? —le dijo.

Sara se echó un poco hacia atrás y lo miró. Una sonrisa jugueteaba en sus labios.

—Lo espantaremos a fuerza de azotes en el culo —dijo con firmeza.

Volvió a abrazarse a él y trató con todas sus fuerzas de creerse sus propias palabras.

Esa mañana, el teniente Bernstein se encontró al doctor Harvey Riker en el laboratorio revisando su archivo personal.

—¿Le falta algo? —preguntó el teniente.

Harvey negó con la cabeza.

—No, pero alguien lo ha consultado. Hay un par de historiales que no están en su sitio.

—¿El de Michael?

—Sí. ¿Ha sabido ya algo del forense?

Bernstein asintió. Los dedos de su mano derecha retorcían un clip para darle formas de lo más inverosímiles.

—Había restos de cianuro. Alguien se lo inyectó en el brazo derecho.

—Así que fue un asesinato.

—Eso parece.

Harvey soltó un largo resoplido.

—¿Ha hablado ya con Kiel Davis? —preguntó.

—Sí. Pero no vio nada. No oyó nada. No sabe nada.

Justo cuando Harvey iba a responder, entró Winston O'Connor.

—Buenos días, Harvey.

—Hola, Winston. Mira, me gustaría presentarte al teniente Bernstein.

—Un placer, caballero —dijo, tendiéndole la mano—. ¿No es usted muy joven para ser teniente?

Bernstein hizo como si no oyera la siempre consabida pregunta y se ocupó de estudiar al recién llegado. Sobre los cuarenta, con un marcado acento del sur, el pelo rubio ya medio canoso, de estatura mediana y con una sonrisa franca.

—¿Es usted el director técnico del laboratorio?

—Exacto. ¿Y qué lo trae a usted por aquí? —le preguntó Winston con su deje característico.

—Anoche, alguien entró por la fuerza en el laboratorio —dijo Bernstein, procurando ex profeso no decir nada de Martino todavía.

—¿Está de guasa? ¡Un robo aquí! ¿Y qué se llevaron?

—Nada —repuso Max—. El doctor Riker lo sorprendió.

—¿Y estás bien, Harv?

—Perfectamente.

—¿Dónde estaba usted anoche sobre las tres de la mañana? —preguntó Max.

—¿Soy sospechoso? —respondió Winston con cara de sorpresa.

—No hay sospechosos. Solo intento hacerme una idea de lo que ocurrió.

—Estuve en casa toda la noche.

—¿Vive solo?

—Sí.

—¿Hay alguien que pueda responder de su paradero?

—¿Por qué diablos iba a necesitar alguien que responda por mí?

—Por favor, límitese a contestar la pregunta.

—No. No tengo especial empeño en contar con testigos oculares cuando estoy en mi casa.

—¿A qué hora se marchó ayer de aquí?

—Sobre las doce de la noche.

—¿Y era el último que quedaba en el laboratorio?

—No —respondió Winston, subiendo un poco el tono de voz—. Eric Blake seguía aquí.

—¿Solo?

—Sí. Yo guardé con llave algunos de los análisis, igual que hago todas las noches, y lo dejé a él aquí. —Winston miró con rabia al detective, pero Bernstein desvió la mirada para que los ojos del hombre no llegaran a encontrarse con los suyos—. ¿Puedo bajar al vestíbulo a buscar un café, teniente, o primero necesita que le diga el apellido de soltera de mi madre?

—Vaya.

Winston giró sobre sus talones y se marchó.

—Bastante susceptible —señaló Bernstein.

—Pero un buen tipo —añadió Harvey—. Trabajador.

—¿Cuánto hace que lo conoce?

—Quince años.

—¿Cuánto tiempo lleva viviendo en Nueva York?

—No lo sé. Casi veinte años.

—Interesante —dijo Max, dándose golpecitos en la barbilla.

—¿Qué?

—Nada. Tengo unas cuantas preguntas más para usted, si no le importa.

—Pregunte, pregunte.

Bernstein se puso otra vez a pasear. Mientras hablaba, en ningún momento miró en dirección a Harvey.

—¿Cuántos pacientes de máxima confidencialidad tiene en tratamiento?

—Todos son de máxima confidencialidad, teniente.

—Entendido, pero ¿cuántos son de extrema confidencialidad, a cuántos se les mantiene separados del resto de los pacientes y detrás de esa puerta sin ventanilla que hay justo al final del pasillo?

—En estos momentos, solo Michael. Se me ocurrió la idea de tener una habitación apartada cuando empezamos el tratamiento de Bradley Jenkins.

—¿Cómo conoció a Jenkins?

Harvey volvió a ponerse a ordenar sus fichas.

—Por medio de su padre.

—¿Y cómo conoció a su padre?

—Vino un día a verme y dijo que quería saber más sobre lo que hacíamos. Fui cauteloso, claro está. El senador Jenkins no era precisamente una persona que apoyara nuestra causa. Al cabo de un rato dijo que había oído rumores de que teníamos una cura para el sida. Le dije que no, que como mucho podía hablarse de algún éxito modesto. Pero siguió insistiendo. Y fue entonces cuando me habló de su hijo.

—¿Admitió delante de usted que su hijo Bradley tenía sida?

—Sí. Estaba desesperado, teniente. Puede que tenga bastante de fanático, pero su niño estaba enfermo y se moría. Me prometió que, si aceptaba ocuparme de Bradley, ayudaría a la clínica de un modo discreto.

—Así que lo aceptó.

Asintió con la cabeza, pero se dio cuenta de que el teniente no lo miraba.

—La verdad es que no creí que fuera a ayudarnos de verdad. Más bien confiaba en que simplemente no nos perjudicara.

—Jenkins corrió un tremendo riesgo depositando su confianza en usted.

—No tenía otra elección. Quería salvar la vida de su hijo. Así que preparamos una serie de medidas de seguridad extra, como hemos hecho con Michael: accesos secretos por el sótano y cosas de ese estilo.

—Además de usted, ¿quiénes conocen los nombres de los pacientes ingresados?

—Eso es lo más extraño. Prácticamente nadie. Bruce los conocía. Eric conoce muchos de los nombres, no todos. Y... —Se calló.

—¿Quién más? —insistió Max.

—El doctor Raymond Markey.

—¿Quién es?

—El secretario adjunto de Salud y Servicios Humanos. Nosotros dependemos directamente de él.

—¿Se fía de él?

—No mucho. Siempre ha tenido más de político que de médico, la verdad.

—Pero ¿sabía que Bradley Jenkins estaba aquí?

—No. Se lo ocultamos.

—¿Y cómo lo consiguieron?

—Le mentí.

—¿Cómo?

—Me limité a dejar el nombre de Bradley fuera de la lista que le envié a Markey —dijo Riker, encogiéndose de hombros.

—¿Y ese tal Markey nunca se la cuestionó?

—No.

—¿Y sabe que ha descubierto usted una cura?

—Sí y no. Le decimos lo justo para que no pueda retirarnos la subvención.

—¿Y acepta su palabra sin más?

Harvey soltó una risita.

—Difícilmente —contestó—. Pero siempre apoyamos nuestras afirmaciones con pruebas irrefutables. Un buen investigador siempre se cubre de una posible acusación de manipular los resultados. Con una simple acusación de falsear datos una clínica como la nuestra podría venirse abajo. Por eso he organizado un sistema en el que haya al menos dos médicos trabajando en cada caso, y siempre por separado. Eso evita cualquier sospecha de mala práctica.

—Creo que no lo entiendo.

—Por ejemplo, los análisis de sangre.

—¿Los análisis de sangre?

—Extraer y manipular la sangre. Si fui yo quien hizo el primer examen del paciente, serán Bruce o Eric los que harán las pruebas durante las fases

posteriores del tratamiento, y viceversa. Déjeme ponerle un ejemplo. Hace tres años yo diagnosticué a Teddy Krutzer que tenía el virus del sida. En consecuencia, fue Bruce quien tomaba las muestras de sangre de Krutzer mientras nosotros comprobábamos si Krutzer se había vuelto realmente VIH negativo. Otro ejemplo: a Scott Trian, la primera víctima del asesino, fue Bruce Grey quien le diagnosticó el sida hace cuatro años y, por lo tanto...

—Por lo tanto, usted o Eric le practicarían los análisis para determinar si se había curado o no.

—Exactamente. De esa forma estaríamos en condiciones de pararle los pies a cualquiera que quisiese retrasar nuestro trabajo lanzando falsas acusaciones de manipulación.

—Este caso se hace cada vez más y más extraño —dijo Max, negando con la cabeza.

—No tan extraño —rebató Harvey.

—¿No?

—Yo creo que es todo muy simple.

—Entonces, ¿por qué no me lo aclara un poco?

Harvey dejó de jugar con las carpetas y levantó la vista.

—Hay alguien que intenta acabar con esta clínica. Alguien que ha sabido qué habíamos descubierto aquí y pretende impedir que se lo mostremos al mundo. Lo he sospechado todo el tiempo. Por eso puse en marcha todos esos dispositivos de seguridad internos.

—Pero...

—Mire, teniente, es lo que le dije a Sara al principio. Si quisiera demostrarle a usted que era capaz de curar el sida, ¿cuál sería el método más convincente para hacerlo? Presentarle unos pacientes ya curados, ¿no? Si me eliminan a los pacientes curados, lo único que tengo son historiales, gráficos, análisis y fichas que no van a ninguna parte. Tendré que empezar otra vez desde cero. Y el hallazgo de una vacuna podría demorarse años.

—Supongo que tiene su lógica —dijo Bernstein sin aflojar la marcha—. Pero déjeme que le pregunte una cosa: ¿cuántos casos con análisis buenos siguen vivos?

—Tres.

—Quedan tres pacientes curados —repitió Max—. Bien, entonces los tres

necesitan protección. Tendremos que trasladarlos a una casa de seguridad, y nadie debe saber dónde están.

—De acuerdo —dijo Harvey.

—Entonces, tengo que hacerle una sugerencia que es probable que no le guste, doctor. Quiero llevarlos a un lugar que sea realmente seguro.

—No comprendo.

—Si este complot es tan importante como sospecha, entonces cualquiera puede estar metido en la conspiración. Han llegado ya a extremos insospechables y no es probable que se detengan ahora. Creo que lo más seguro es que nadie, ni siquiera usted, sepa dónde los tenemos. Cuanto menos sepan unos y otros, más difícil será que se vayan de la lengua. O que se vean obligados a ello.

—¿De verdad cree que...?

—Ya han asesinado a cinco personas, no lo olvide —lo interrumpió Bernstein.

—Pero esos pacientes tienen que estar controlados por un médico cualificado.

—Yo sé de un médico que se ha ganado la vida teniendo la boca cerrada. Usted explíqueme bien lo que tiene que hacer y lo hará. Y si necesitase verlos usted mismo, lo llevaré a la casa de seguridad. Con los ojos vendados.

—De acuerdo —asintió Harvey—, me parece razonable. Pero quiero que me dé su palabra de que nadie tocará a los pacientes sin una autorización específica. Si ese médico suyo les diera una medicación equivocada o pretendiera hacer pruebas innecesarias...

—No hará nada de eso, tiene usted mi palabra. También me gustaría ver los historiales médicos de las cuatro víctimas.

—Por supuesto, teniente, pero déjeme que le pregunte solo una cosa.

—Adelante.

—Si se trata de un complot tan importante, ¿cómo sé yo que usted no forma parte de él?

Bernstein se paró en seco, alzó la vista y se enrolló los cabellos en el dedo corazón.

—Una pregunta interesante —observó, y luego se fue.

Jennifer Riker se despertó en el sofá. Tenía todo el contenido del sobre disperso a su alrededor. «Lo miraré más tarde», pensó. Se duchó, se vistió y se puso un bol de Triple Bran, lo último de unos cereales de moda que se suponía que lo curaban todo, del cáncer al tétanos. Sabían como a corteza de árbol. Susan, su hermana, compraba todas esas comidas «sanas» disparatadas y volvía a casa del supermercado exclamando: «Acabo de comprar (rellenar el espacio en blanco), y mi amiga (rellenar el espacio en blanco) me ha jurado que con esto te sientes un ciento por ciento más (rellenar el espacio en blanco)».

Lanzó un suspiro, se llevó el bol al estudio y se sentó en el sofá. Echó una ojeada a la ficha que había leído el día anterior. Increíble. Harvey y Bruce lo habían conseguido. Curar el sida. Convertir a un VIH positivo en un VIH negativo. Histórico.

Jennifer cogió la ficha de Scott Trian y fue pasando las páginas hasta llegar al punto donde lo había dejado. Repasó la página. Aquí. El punto en el que Trian daba VIH negativo. Siguió leyendo. Ahora el estado de Trian iba mejorando estupendamente, aunque no sin algún paso atrás. Bruce había anotado:

Hay veces que Scott está tan débil por culpa de las inyecciones de SR1 que temo por él. Harvey y yo lo estuvimos hablando anoche. Estuvimos de acuerdo en que tenemos que hacer algo para reducir los efectos secundarios. De todas formas, la alternativa (la muerte por sida) es muchísimo peor que lo que vemos en Trian.

En el historial no había más revelaciones llamativas, solo unas cuantas anotaciones sueltas sobre la reacción de Trian al SR1. El último apunte de Bruce decía:

¿ADN? A vs. B

¿Qué significaba eso? Jennifer se encogió de hombros, dejó la carpeta y cogió otra. Whitherson, William. El historial era muy parecido al de Trian. Whitherson también se había transformado en VIH negativo, pero le habían

surgido otros problemas:

La familia de Bill no lo apoya en absoluto. Su padre no le habla y la madre se siente atrapada entre su marido y su hijo; tiene miedo de hablar con Bill porque teme que su marido lo considere una especie de traición. Vaya par de idiotas. Lo gracioso es que Bill sigue queriéndolos con locura. No para de llamarlos. Lo oigo suplicarles por teléfono en voz muy baja, en tono de derrota: «Pero ¿no lo entiendes? Me estoy muriendo». Y siguen sin responder.

Y el último apunte final:

¿ADN? A vs. B

Luego leyó lo de Krutzer, Theodore. Una pauta muy similar a la de los otros dos, con apenas algunas diferencias reseñables:

A diferencia de la familia de Whitherson, la de Teddy parece realmente extraordinaria. El padre y la madre no solo han aceptado la homosexualidad de su hijo, sino que parecen alentarla. El padre invita al novio de Teddy a su casa los fines de semana. Se van a pescar juntos.

Y luego, más adelante:

Otro paciente curado. Es demasiado bonito para ser verdad. La enfermedad de Krutzer nunca fue aguda, no mucho peor que un brote de hepatitis y unas pocas erupciones cutáneas. Y ahora está curado. Harvey ha hecho una sugerencia hoy que me parece válida. La conversación entre Harvey, Eric y yo ha transcurrido más o menos así:

Harvey: Haz tú todos los análisis de Krutzer, Bruce. No dejes que nadie excepto tú se involucre en este caso. Haz tú mismo las pruebas en el laboratorio.

Eric: ¿Por qué?

Harvey: Investigación independiente. Si cada caso lo lleva una persona diferente, no podrán acusar a nadie concreto de manipular los resultados. Te sugiero que hables con Markey de este caso.

Yo: De acuerdo, lo llamaré. Aunque dudo de que le interese.

Harvey: Al menos podremos decir que le dimos la oportunidad.

Eric: No estoy muy convencido de que tengamos que hacer todo esto. No nos sobra el tiempo como para jugar a técnicos de laboratorio.

Harvey: Es demasiado importante, Eric; no podemos permitirnos ni un fallo en la investigación que puedan aprovechar nuestros enemigos.

El resto de las carpetas decían más o menos lo mismo, cada una con sus contratiempos particulares. Nada de raro en todo eso. Lo que sí era raro, sin embargo, era que todas las fichas terminaban con la misma extraña anotación:

¿ADN? A vs. B

Jennifer estaba a punto de llegar al último expediente cuando se acordó de los pequeños envases tubulares. Los miró, amontonados al borde del sofá. Cada uno llevaba el nombre del paciente pegado por fuera. Abrió el que decía «Trián, Scott» para echarle un vistazo. Vio que dentro había dos tubos de ensayo pequeños marcados con A y B.

Pero ¿qué...?

Sacó los tubitos de ensayo —que parecían más bien viales, en realidad— del envase exterior. Sangre. Eran muestras de sangre. Examinó los otros contenedores. Todos eran iguales. Llevaban una etiqueta con el nombre del paciente y dos tubitos de ensayo marcados con A y B, ambos llenos de sangre.

¿Para qué?

Entonces se fijó en un sobre pequeño de color blanco.

Se había caído debajo del sofá y solo era visible una esquina que asomaba. Se inclinó y lo recogió del suelo. Blanco y liso. Sin remitente ni marca alguna. El clásico sobre que compras en cualquier papelería. Bruce había escrito «Susan» en la cara de delante. Una letra inconfundible. Jennifer le dio la vuelta al sobre. Cuando leyó lo que Bruce había escrito en el dorso, le dio un vuelco el corazón. En letras mayúsculas, claras, de tamaño pequeño, decía:

*ABRIR DESPUÉS DE MI MUERTE*

—¿Necesitas ayuda?

Max Bernstein levantó la vista y miró a Sara.

—Sí, pasa —dijo—. ¿Dónde está Michael?

—En tratamiento —respondió Sara—. ¿Eso son las fichas de los pacientes?

Max asintió con un lápiz nuevo en la boca.

—Este memo cada vez se vuelve más raro.

Sara se sentó, se soltó la correa y se frotó la pierna.

—Te escucho.

—Entendido —empezó Max—. Aquí tenemos los historiales médicos de todas las víctimas. Empecemos por Trian. Fue uno de los primeros pacientes admitidos, hace ya casi tres años. Whitherson llegó por la misma época. Y Martino, el drogadicto por vía intravenosa, igual.

—¿Y Bradley?

—Ahí está el tema. Bradley es la excepción de la regla. Llevaba aquí menos de un año. Estaba en la mitad del tratamiento. Le iba bien, pero todavía no daba VIH negativo. Así que no cuadra. ¿Harvey te ha puesto al corriente de lo que hablamos?

—Sí.

—¿Te ha contado su teoría de que hay alguien que pretende acabar con la clínica?

—A Michael y a mí nos ha parecido que tenía su lógica —señaló.

—A mí también me lo ha parecido, pero también hay muchos sinsentidos.

Bradley Jenkins, por ejemplo. Admitamos que los conspiradores se han puesto en marcha para librarse de los pacientes de sida ya curados; las pruebas, en palabras de Harvey. Entonces, ¿por qué matar a Bradley Jenkins? Era un paciente nuevo. ¿Y por qué trasladar su cadáver a la trasera de un bar gay? Y una cosa más: si estás dispuesto a causar daños importantes en un sitio y no te importa matar a unas cuantas personas durante el proceso, ¿por qué andarse con tanto miramiento? ¿Por qué no ir a por todas de una sola vez? ¿Por qué no pegarle fuego al pabellón? ¿Por qué no cargarse a Harvey y a Eric y destruir sus archivos?

—Ya veo por dónde vas.

—Pues yo no lo sé, Sara. Hay algo que no encaja. ¿Por qué el asesino cometió esos asesinatos tan excesivos?

—Porque es un psicópata.

—¿Un psicópata se ha introducido en el sanctasanctorum de este hospital? No lo creo.

—Tal vez quisiera desviar la atención haciéndonos pensar a todos que su objetivo era el conjunto de la comunidad gay —propuso Sara.

—¿Cómo es eso?

—Las dos primeras víctimas eran homosexuales declarados, a los que mató de una forma horripilante —explicó Sara—. La prensa no podía dejar de hacerse eco. Y el asesino lo sabía. Y también sabía que el mundo entero daría por hecho inmediatamente que los crímenes eran obra de un psicópata homófobo. Que en principio nadie iba a profundizar mucho más y se aceptaría esa explicación, la más trillada. El mundo buscaría a ese Destripador de Gais que va liquidando a homosexuales al azar y no a un asesino calculador que se dedica a exterminar a los pacientes de una clínica reservada.

—Pero la prensa no dedicó mucha atención a la noticia hasta que...

—Hasta que mataron al hijo de un senador muy conocido —completó la frase Sara—. Lo que explica por qué mató a Bradley. Para atraer la atención de los medios. Al final todo el mundo se centró en el Destripador.

Max se rascó la cara, pensativo.

—Ya veo a qué te refieres, pero a mí todavía no me cuadra. ¿Por qué tuvo que llevarse el cuerpo de Bradley a la parte de atrás de ese bar gay?

—Para que el mundo supiera que era gay —aventuró Sara—. El asesino

quería que todos pensarán que lo había hecho el Destripador, el hombre que tenía aterrorizada a la comunidad homosexual. Trian y Whitherson eran gais declarados. Pero las preferencias sexuales de Bradley, en cambio, eran un secreto bien guardado. ¿Qué mejor manera de revelar la verdad que arrojar su cadáver detrás de un bar gay del Village?

—Vale —dijo Bernstein—, esa es la teoría número uno. No estoy muy seguro de compartirla, pero sigamos adelante.

—Yo tampoco me la creo del todo —dijo Sara—, pero déjame sugerirte otra cosa. ¿Sería posible que el asesino solo fuera a por Bradley?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que si sería posible que el asesino hubiera matado a Trian y a Whitherson para hacerse pasar por un asesino en serie, pero que desde el principio su verdadero objetivo fuera Bradley. ¿Puede ser que se propusiera acabar con el senador Jenkins a través de su...?

—Olvídalo. Yo ya lo había pensado, pero no tiene lógica. ¿Por qué matar a Ricky Martino entonces, después de los hechos? ¿Por qué entrar en el laboratorio? ¿Y dónde queda la relación con la clínica? ¿Crees que se trata de una simple coincidencia? ¿Y qué me dices del supuesto suicidio de Grey y...?

—Es suficiente —lo interrumpió Sara—. Ya lo entiendo. Olvídalo de lo que he dicho.

—Perdona. —Max apiló las carpetas y las apartó—. ¿Estás nerviosa con lo de la rueda de prensa de esta tarde?

—Aterrada. Pero todavía me da mucho más miedo lo de la enfermedad. Max asintió.

—Michael es fuerte, Sara. Harvey lo curará.

Harvey Riker descolgó el teléfono privado.

—¿Diga?

—Hola, bellezón —dijo Cassandra—. Me gustaría arrancarte la ropa.

—Lo siento, pero debe de haberse equivocado de número.

—Tanto mejor —replicó ella.

—¿Cómo ha ido tu reunión con la Northwestern Air?

—Todavía no hemos terminado. ¿Qué tal te ha ido el día?

Harvey consideró la idea de contarle a Cassandra lo de la enfermedad de Michael, pero la desechó rápidamente. No le correspondía a él decírselo.

—No muy bien. Anoche perdimos a un paciente. Creemos que ha sido asesinado.

—¿Otro más?

—Sí.

Cassandra vaciló antes de preguntar:

—¿De verdad piensas que el reverendo Sanders está metido en todo esto?

—No pondría la mano en el fuego por él.

—¿Y mi padre?

—A mí me parece raro —dijo, sopesando muy bien sus palabras— que el mismo día que tu padre negase conocer a Sanders personalmente, tú los oyeras discutir en su estudio. ¿Por qué nos mintió? ¿Qué pretendía ocultar?

Antes de que ella pudiera contestarle, sonó el intercomunicador de la mesa de Riker.

—Espera un minuto, Cassandra. —Apretó el botón del intercomunicador—. ¿Sí?

—¿Es usted, doctor Riker?

—Sí —respondió Harvey.

—Tiene una llamada por la línea siete.

—Ahora estoy ocupado. ¿Es importante?

Hubo una breve pausa.

—Es el doctor Raymond Markey.

Harvey se asustó. El secretario adjunto de Salud y Servicios Humanos nunca llamaba si no era para dar malas noticias.

—Espere un momento. —Apretó una tecla—. Te llamo luego, Cassandra —dijo, y apretó otra tecla—. ¿Doctor Markey?

—Hola, doctor Riker. ¿Cómo estamos esta mañana?

—No demasiado bien.

—¿Y eso?

—Anoche murió otro de nuestros pacientes. Puede que lo hayan asesinado.

—¿Asesinado? —repitió Markey—. Pero, por Dios, Riker, ¿cuántos van ya?

Harvey se contuvo a tiempo, antes de soltar la cifra de cuatro.

—Pues, mmm, tres.

—¿Cómo se llamaba la última víctima?

—Martino.

—Martino..., Martino... Ah, sí, aquí está. ¿Riccardo Martino? ¿Adicto por vía intravenosa?

—Eso es.

—Entonces, veamos. Los otros dos fueron Trian y Whitherson. Ambos gais. Heridas múltiples de arma blanca. ¿Lo mismo para Martino?

—No.

—¿De qué murió?

—Inyección de cianuro.

—Oh, Dios mío, qué espantoso. Una cosa terrible.

—Sí, en efecto. La verdad es que estoy empezando a preocuparme por la seguridad de mis otros pacientes.

—Sí, bueno, yo no me preocuparía excesivamente por eso. Estoy convencido de que no se trata más que de una terrible coincidencia.

«¿Una terrible coincidencia?».

—Con el debido respeto, doctor Markey, tres pacientes, todos de la misma clínica, han sido asesinados.

—Sí, pero se olvida usted de un factor importante: que Bradley Jenkins, el hijo del senador, también fue encontrado muerto a puñaladas. Según la policía, fue asesinado por el mismo individuo que mató a Trian y a Whitherson; por ese a quien llaman el Destripador de Gais. Y Jenkins no era paciente de la clínica. Tengo su lista de pacientes justo delante y ese nombre no aparece.

Harvey se quedó de hielo, atrapado. Sin saber por qué, tuvo la impresión de que al otro lado del teléfono Markey sonreía.

—Bueno, sí, no, pero...

—De modo que no hay de qué preocuparse. Claro que si Jenkins hubiera sido paciente de la clínica, bueno, entonces tendríamos un verdadero problema entre manos. Los informes que ha elaborado no serían exactos. Y si ese fuera el caso, entonces todo lo que figura en los informes podría cuestionarse. Tendríamos que asumir que podría haber otras discrepancias. Tendríamos que reexaminar cada uno de sus estudios clínicos y cuestionar cualquiera de sus resultados. Y podría perder la subvención, claro.

Harvey sintió que algo se le tensaba en el estómago. El programa de esa noche. El reportaje sobre la clínica, sobre los asesinatos...

... Sobre Bradley Jenkins.

Le pareció volver a oír la voz del teniente Bernstein: «¿Parker? ¿Y de qué hablará exactamente? ¿De la cura del sida? ¿De la relación con el Destripador de Gais? ¿De que al hijo del senador Jenkins lo trataban en la clínica?».

Y la respuesta de Sara: «De todo eso».

Raymond Markey se quedó un momento sin decir nada para que sus palabras flotaran en el aire, se asentasen y luego se introdujeran en el ambiente.

«El muy hijoputa ya sabe lo de Jenkins —pensó Harvey—. Pero ¿cómo? ¿Y por qué no se me ocurrió pensarlo antes? ¿Qué puñetas está pasando aquí?».

Por fin, Markey rompió el silencio.

—Pero, claro —dijo—, los dos sabemos que Bradley Jenkins no era paciente de la clínica, así que no tiene de qué preocuparse. Esas muertes no son más que una terrible coincidencia. Adiós, doctor Riker.

Raymond Markey colgó el teléfono. Delante de su mesa del despacho estaba sentado, sonriente, el reverendo Sanders. Una sonrisa de lo más inquietante, pensó Markey. Muy auténtica, jovial, cordial, amable. No siniestra, en absoluto. Una máscara de primera. Increíble, la verdad; tan increíble como la propia persona. Markey conocía la historia de Sanders. Un niño pobre del sur. Su padre era un campesino que pasaba alcohol de contrabando por la frontera entre estados. La madre era bebedora. Sanders se había abierto camino para salir de la pobreza a fuerza de engañar, trepar, chantajear, pisotear lo que se le pusiera por delante. Era astuto. Sabía manipular a la gente y consolidar los cimientos de su poder. Su influencia había empezado entre los pobres y los iletrados, y ahora ya se extendía por algunos de los círculos más poderosos de Washington.

«Incluido el mío», pensó Markey.

—Hecho —dijo Markey. Se puso de pie y se ajustó la corbata roja en el reflejo del marco de una foto. Raymond Markey siempre llevaba corbata roja.

Con los años lo había ido convirtiendo en una especie de distintivo. Corbata roja y gafas de cristales gruesos.

—Bien —dijo Sanders—. ¿Tiene alguna novedad, su fuente?

—No. Solo lo que ya sabemos. Un equipo de cámaras de la televisión ha andado rondando alrededor de la clínica, pero lo han llevado todo con mucho secreto.

El reverendo negó con la cabeza, serio.

—No es buena señal. Puede que quieran dar a conocer públicamente lo de la enfermedad de Michael Silverman.

—¿No cree que mi llamada los habrá detenido? —preguntó Markey.

Sanders se quedó pensando un momento.

—No creo que Riker se atreva a dar publicidad a la relación de Jenkins con los asesinatos —dijo—. Pero si deciden contar al público lo de Michael Silverman, no veo cómo su conversación con Riker podría disuadirlos.

—Tal vez debiéramos olvidarnos de todo esto —sugirió Raymond, indeciso—. Puede que ya hayamos ido demasiado lejos.

—¿Intenta usted echarse atrás, Raymond? —Sanders lo miró con ojos encendidos.

—No, no, es solo que...

—¿Tengo que recordarle por qué aceptó ayudarme en mi sagrada misión? Era usted quien nunca tuvo confianza en Riker, era usted a quien le disgustaba en lo personal y en lo profesional. Y, por cierto, tengo esa cinta de vídeo justo en...

—¡No! —gritó Markey. Cerró los ojos un instante, se le entrecortó la respiración. Su voz recuperó la calma—. Sigo apoyándolo al cien por cien, pero tiene que admitir que nuestra conspiración se resquebraja.

Sanders recuperó la sonrisa.

—*Conspiración* es una palabra muy fea —dijo—. Yo lo veo más bien como una misión sagrada. El Señor nos acompaña en nuestra cruzada para realizar su obra.

«Como si estuviera en su programa de televisión», pensó Markey, asqueado. La «misión sagrada» de Sanders era decirle al mundo entero que el día del Armagedón se les venía encima. Y qué mejor prueba de la inminencia del apocalipsis que la epidemia del sida.

«Al fin y al cabo —bramaba el reverendo Sanders por los micrófonos—, el sida es el equivalente moderno de las plagas de Egipto. Se abate sobre los inmorales sin ninguna piedad. Sí, amigos míos, Dios se prepara para la batalla final. Para el Armagedón. Dios nos ha enviado una señal muy clara que no podemos ignorar. Dios nos ha enviado esa plaga incurable para limpiar el planeta de la escoria pervertida y hedonista. Y pronto la batalla final entre el bien y el mal caerá sobre nosotros, amén, alabado sea el Señor. ¿Quién estará preparado? ¿Quién se regocijará a la luz de Dios y quién acompañará a los portadores del sida a los fuegos del infierno? Debemos armarnos para la batalla, amigos míos, y necesitamos ayuda para hacerlo. Ahora, pues, es el momento de que las almas que no están corrompidas contribuyan, y contribuyan generosamente».

Luego, Sanders mostraría unas cuantas diapositivas de cómo la plaga divina hacía estragos y destrozaba los cuerpos humanos hasta convertirlos en desechos de médulas y tejidos inútiles. Sus seguidores, horrorizados, hipnotizados, miraban la pantalla con terror mientras las cestas de los donativos circulaban entre ellos. Desde su púlpito, Sanders vigilaría cómo se iban llenando las cestas hasta verlas desbordados de billetes verdes.

Ah, pero si de algún modo el sida llegara a curarse, si la plaga del Señor remitía de alguna manera... Bueno, eso sería meter un buen palo entre las ruedas del Evangelio, según la interpretación del reverendo Sanders.

Para Raymond lo más raro de todo era que estaba convencido de que Sanders se creía la mayor parte de lo que decía. Oh, sí, claro que sabía cómo simular un milagro, y desde luego que le encantaba accionar la bomba para chupar tantísimo dinero, pero lo cierto era que creía sinceramente que llevaba a cabo la obra de Dios en la Tierra. Cuando Sanders comparaba el sida con las plagas bíblicas, veía en ello una correlación directa. ¿Por qué, le preguntó una vez a Raymond, era tan difícil de creer que Dios puede funcionar en el siglo XX igual que lo hacía en los tiempos bíblicos? ¿Es que la gente pensaba que Dios había ido perdiendo su poder con el paso de los siglos?

—La cuestión sigue siendo la misma —dijo Markey—. Estamos perdiendo nuestras bases de apoyo.

—Se equivoca, Raymond. Siguen estando de nuestra parte.

—¿Cómo puede decir eso? El senador Jenkins...

—Estos días Stephen está de duelo —lo interrumpió Sanders—. Ha tenido que ser un golpe durísimo para él enterarse de que su hijo era un inmoral y un perverso. Ya volverá con nosotros cuando entre otra vez en razón.

Raymond lo miró con incredulidad.

—No puede decirlo en serio —dijo—. Ya sabe lo que hizo. Nos traicionó.

—Sí, ya lo sé. Y no me gusta nada. Pero sigue siendo un senador poderoso y lo necesitamos. Quiero que lo llame, Raymond. Dígale que espero verlo con nosotros en la próxima reunión.

—¿Y cuándo será?

Ernest Sanders se encogió de hombros.

—Depende —dijo—. Si Michael Silverman hace pública su enfermedad, entonces quiero que convoque inmediatamente una reunión. En la que estemos todos.

—¿Todos? Pero Silverman es el hijo político de John Lowell.

Sanders dejó escapar una risita.

—No se preocupe por el doctor Lowell. Ya me ocuparé yo de él. —Se levantó, se puso el abrigo y se dirigió hacia la puerta—. Al fin y al cabo —le recordó a Markey—, John Lowell es uno de los nuestros.

Harvey irrumpió en la habitación de Michael con los ojos abiertos de par en par, llenos de pánico.

—¡Sara! ¡Gracias a Dios que te encuentro!

Sara estaba sentada en un costado de la cama de Michael. Habían estado preparando juntos la declaración a la prensa y habían decidido hacerla lo más breve posible.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—¿Dónde está Donald Parker? —preguntó Harvey.

—Llegará dentro de unos minutos. ¿Qué es lo que ocurre?

—Tienes que hablar con él. —A Harvey se le apelotonaban las palabras—. No puede mencionar la relación de Bradley Jenkins con la clínica.

—¿Por qué no?

—Porque eso podría poner en peligro todo lo nuestro. —Harvey les refirió a toda prisa su conversación con el secretario adjunto Markey, con

frases que se atrancaban unas con otras—. Si Markey descubre que no incluí el nombre de Bradley en los informes clínicos, podría quedarme sin pabellón. Podrían calificar todos nuestros resultados de inválidos.

—Pero ¿pueden hacer eso? —preguntó Michael.

—Seguro que Markey hará todo lo que pueda por conseguirlo. Está ansioso por encontrar cualquier excusa para adjudicar a otros nuestros fondos. Y eso sería justo lo que necesita. No podemos dejar que descubra que estábamos tratando a Bradley aquí. Bajo ningún concepto.

Sara asintió.

—Hablaré con Donald en cuanto llegue —resolvió.

Cassandra despertó en un estado de desorientación y dolor que le resultaba familiar. La desorientación venía de no saber dónde estaba; el dolor, de una resaca monumental. Por lo general, la desorientación duraba solo unos momentos, los justos para que su mente captara suficientes estímulos exteriores con los que reconstruir la noche anterior. El dolor, en cambio, solía quedársele enganchado un poco más.

—¿Harvey? —llamó en voz alta.

No hubo respuesta.

Soltó un gemido. Se apretó la cabeza con las manos, pero el martillo pilón interior seguía machacándole las sienas. Hizo un esfuerzo y consiguió levantar ambos párpados. Pestañeó ante la intensidad de la luz, a pesar de que las cortinas estaban corridas y todas las lámparas apagadas. De hecho, la habitación estaba muy oscura.

Soltó un gemido.

Estaba en la habitación de un hotel, no en el apartamento de Harvey. Una habitación de hotel elegante. Un folleto de viajes la calificaría de «lujosa» o «perfectamente equipada». Un coche hizo sonar la bocina a lo lejos, pero para Cassandra podían haber sido los amplificadores a todo volumen de un concierto de rock dentro de su cerebro.

—¡Chis! —dijo en voz alta.

Se sujetó la cabeza con las manos para mantenerla en su sitio, mientras esperaba a que el tiempo volviera a soldarle el cráneo. Intentó recordar qué

había pasado. La reunión con la Northeastern Air. ¿Habían llegado a un acuerdo? Todavía no. El director de *marketing* de la Northeastern, un ególatra desenfrenado, había aplazado la toma de decisiones. Habían ido a beber algo en el... en el Plaza..., y ahí era donde estaba. ¿De qué hablaron? El director de *marketing* era guapo, pero también insoportable, dominante y presuntuoso. Un fantasma de tomo y lomo. Cada vez que abría la boca, le salía mierda. Intentó recordar lo que le había dicho, pero lo único que le venía a la cabeza era que decía «Yo, mi, yo, yo, yo».

¿Y qué más?

Muy sencillo. El director de *marketing* se la había llevado arriba, se la había follado y se había largado. Ahora se iba acordando. Sexualmente, muy malo. Era un presumido, más interesado por su aspecto que por lo que hacía, el tipo de individuo que prefiere mirarse al espejo que mirar a su pareja. Podría haber estado haciéndose el amor a sí mismo sin problemas.

Cassandra se incorporó y observó la habitación. Sí, se había marchado, gracias a Dios. Había dejado una nota en la mesilla de noche. Alargó la mano y la leyó:

*Enhorabuena. Trato hecho.*

No firmaba la nota; simplemente, dejó su tarjeta.

Dios.

Columpió las piernas para bajarse de la cama y se las arregló para aguantarse de pie. La habitación era como tantas otras en las que había estado: espaciosa, bonita, imaculada, con muebles caros, sábanas limpias y toallas gruesas. Solo lo mejor para Cassandra Lowell. Jamás un motel sórdido. Si alguien quería tirarse a Cassandra Lowell, tenía que rodearla de cosas bonitas. Tenía que llevarla a un sitio con estilo. Al fin y al cabo, no era una puta barata.

Era una puta con estilo.

Se fue al cuarto de baño. Se quedó de pie delante de la ducha, abrió el agua caliente y esperó a que el agua humease antes de meterse debajo. Se quedó allí un buen rato, dejando que el agua casi ardiendo cayera con fuerza sobre ella. Se enjabonó y aclaró repetidas veces. Tres cuartos de hora después, se secó. Luego se sentó en la gran cama de matrimonio, lloró por un

instante, se vistió y se fue a su casa.

Cuando llegó a la mansión Lowell, unas horas más tarde, se sirvió un bol de cereales y se sentó a la mesa de la cocina.

—Buenos días, cariño —le dijo John Lowell.

Cassandra alzó la vista. Su padre llevaba un jersey de cuello alto gris marengo, el pelo bien arreglado, las mejillas encendidas. Su padre seguía siendo un hombre guapo, pensó, pero no tenía una relación seria con una mujer desde que murió su madre, hacía ya casi diez años. Una pena, aunque Cassandra se preguntaba cómo se sentiría si otra mujer iluminara los ojos de su padre como los había iluminado su madre.

Nada a gusto, probablemente. Eso sería típico de ella.

—Buenos días —respondió.

—¿Has sabido algo de Sara?

—No. ¿Tenía que enterarme de algo?

—He llamado al hospital —dijo, encogiéndose de hombros—. Me dijeron que a Michael le habían dado el alta esta mañana. Lo he llamado a su casa, pero solo he podido hablar con el contestador.

—¿Has probado con el doctor Riker? —le preguntó ella.

El doctor Lowell afirmó con la cabeza.

—Pero no me ha devuelto la llamada. Ni creo que lo haga.

—¿Por qué no?

—Digamos, simplemente, que Harvey Riker y yo no somos exactamente amigos del alma.

Cassandra bajó la mirada. Sentía algo muy peculiar, algo, supuso, semejante a la vergüenza.

—Aun así —continuó el doctor Lowell—, es muy extraño.

—¿El qué?

—Michael tiene hepatitis B, lo que significa que tendría que estar hospitalizado por lo menos tres semanas. ¿Por qué iban a darle el alta?

—Tal vez lo han trasladado a otro hospital.

—Tal vez —dijo el doctor Lowell en tono dubitativo.

Cassandra recordó lo deprisa que Harvey había salido del apartamento la mañana anterior tras recibir la llamada de Eric. No había pescado demasiado del contenido de la conversación, pero el tono de Harvey era serio, inquieto.

Oyó también que mencionaba el nombre de Michael antes de colgar y salió corriendo por la puerta casi sin decir adiós.

«¿Le pasará algo realmente malo a Michael?».

—Tengo que irme —le dijo su padre—. Si llama tu hermana, dile que contacte conmigo al teléfono del coche.

Entonces le dio un beso en la mejilla y se fue hacia la puerta. No le había preguntado con quién ni dónde había estado las últimas cinco noches. En lo referente a cuestiones sexuales, a su padre le gustaba fingir que no pasaba nada incorrecto. Para su moralidad a la antigua eso era más cómodo que la verdad.

Cassandra pensó en Harvey. Se preguntó por qué había acabado en la cama con aquel director de *marketing* tan troglodita (¿cómo puñetas se llamaba?) cuando las cosas estaban yendo tan bien...

«... ¿demasiado bien?...».

... con Harvey.

Bueno, *c'est la vie*. Pudiera ser que Harvey y ella no estuvieran destinados a durar. O pudiera ser que se hubiera pasado más de la cuenta con la bebida. O pudiera ser que...

«... o pudiera ser que seas una puta redomada, Cassandra».

Cerró los ojos. Cuando oyó que se marchaba el coche de su padre, se levantó y recorrió lentamente el pasillo hacia su estudio. Era hora de dejar atrás la noche anterior. Había otros asuntos; asuntos más importantes que considerar.

Sabía que lo que estaba a punto de hacer no estaba bien. Sabía que estaba prohibido entrar en el estudio de su padre, que no tenía derecho a meter las narices en sus temas personales. Pero las palabras de Harvey, y puede que también la necesidad de compensar lo de la noche anterior, la empujaban hacia delante: «A mí me parece raro que el mismo día que tu padre negase conocer a Sanders personalmente, tú los oyeras discutir en su estudio. ¿Por qué nos mintió? ¿Qué pretendía ocultar?».

«En efecto —pensó—. ¿Qué pretendía, o pretende, ocultar?». ¿Podría realmente tener alguna relación directa con el reverendo Sanders? ¿Podría realmente tener algo que ver con los problemas de la clínica?

Llegó a la puerta del estudio, giró el pomo y entró. El despacho de su

padre era su habitación favorita de toda la casa. Tan espacioso, con el techo alto, roble oscuro por todas partes, libros a millares..., igual que el estudio de Henry Higgins en *My Fair Lady*. Fue sigilosamente hasta detrás de la gran mesa de escritorio antigua y tiró del cajón lateral. No se abrió. Lo intentó de nuevo. Estaba cerrado con llave. Se sentó en la silla giratoria de cuero mullido y apoyó la espalda. A ver: ¿dónde escondía esa puñetera llave? Palpó con la mano debajo del cajón del medio. Instantes después tropezaba con algo frío, metálico.

¡Bingo!

Cogió la llavecita y arrancó la cinta adhesiva. Abrió el escritorio y empezó a rebuscar en los cajones. En el de abajo a la derecha encontró el archivador de cartas personales. Las fue ojeando a toda prisa hasta dar con una que le picó la curiosidad. Era del doctor Leonard Bronkowitz, jefe del consejo de administración del Hospital Columbia Presbyterian:

Querido John:

Sé que esto te va a incomodar enormemente, pero el consejo ha decidido seguir adelante con el pabellón Sidney. A pesar de tus no poco persuasivos argumentos, una ligera mayoría de los miembros de la junta parece considerar que el sida es una enfermedad que ha sido ignorada durante demasiado tiempo. Y si bien muchos miembros están de acuerdo con tu apreciación de que el péndulo ha ido demasiado lejos en la otra dirección ahora que el mundo ha reconocido la gravedad de esa enfermedad, el consejo de administración cree también que el doctor Riker y el doctor Grey podrían lograr serios progresos en el desarrollo de una vacuna contra el virus. Al margen de los beneficios para la humanidad, una vacuna como esa aportaría al hospital un gran prestigio añadido y, a la vez, más fondos. Comprendo que esto dificultará tu programa en el Centro del Cáncer, pero confío en que nos apoyarás en este nuevo y estimulante empeño.

Atentamente,

DOCTOR LEONARD BRONKOWITZ

Y también había una carta de Washington que se ocupaba del mismo tema:

Querido doctor Lowell:

Las partidas médicas para este año fiscal ya han sido asignadas y lamento comunicarle que no habrá fondos para un pabellón nuevo en su Centro del Cáncer. Comprendemos y respetamos la importancia de su trabajo, pero sigue siendo cierto el hecho de que la ciudad de Nueva York y, más concretamente, el Centro Médico Columbia Presbyterian ya han recibido casi todos los fondos, la mayoría de los cuales se han destinado a la nueva clínica del sida que dirigen los doctores Harvey Riker y Bruce Grey.

Personalmente considero que el trabajo que usted realiza es fundamental, y me siento decepcionado por esa decisión, pero ya que usted fue ministro de Sanidad, estoy seguro de que se hace cargo de cómo funcionan a veces estas cosas. A mí me parece que para la gente el virus del sida es como «la enfermedad de la semana» o «el sabor del mes». Es la nueva causa que está de moda. Confío en que el interés popular se desvanecerá pronto y la gente se cansará de ello, y entonces serán capaces de considerar esa enfermedad de un modo más racional.

Anímese y sepa que hay otros muchos que opinan lo mismo que nosotros. Me sentiré muy honrado si en su próxima visita a Washington me llama para que podamos debatir acerca del mundo de la medicina. Tengo en alta estima sus opiniones sobre una amplia variedad de temas.

Cordialmente,

DOCTOR RAYMOND MARKEY  
Secretario adjunto del Departamento de Salud  
y Servicios Humanos

Cassandra se sintió mal. La verdad era que las cartas no contenían nada sorprendente. Sabía que su padre estaba en contra de la clínica desde sus inicios, que se había quejado amargamente del «desperdicio» de fondos. Lo que no sabía era la influencia directa que el pabellón Sidney había tenido en sus investigaciones sobre el cáncer. Era la típica situación de «esto/o lo otro»: o la clínica del sida o el nuevo pabellón en el Centro del Cáncer. Cassandra

sabía cuánto significaba ese centro para su padre, pero ¿hasta dónde sería capaz de llegar para conseguir financiación? Desde luego, seguro que nunca...

El ruido de un coche que frenaba en el camino de entrada la sobresaltó. Un motor diésel bien ruidoso. El Mercedes de su padre. Ya había vuelto.

«¡Mierda! ¡Pensé que iba a estar fuera todo el día!».

Cassandra guardó otra vez las dos cartas en la carpeta, la metió de nuevo en el cajón de abajo y lo cerró con llave. Al fondo se oía el zumbido de la puerta eléctrica del garaje al abrirse.

«¿Qué he hecho con esa puñetera llave?».

Recorrió la superficie de la mesa con la mirada en busca de la llave. Nada. Miró por el suelo. Tampoco nada. El Mercedes ya entraba en el garaje para seis coches. Tenía que salir del despacho antes de que su padre la viera. ¿Dónde estaba esa llave, maldita sea? Al cabo de un segundo la vio puesta en la cerradura del escritorio y tuvo ganas de darse una bofetada por no haber mirado allí primero. La giró y la sacó mientras oía cómo su padre apagaba el motor y cerraba la puerta del coche dando un buen golpe.

Cortó un trozo de cinta adhesiva del dispensador que había sobre la mesa y volvió a pegarla debajo del cajón del medio. Entonces se movió con rapidez, salió de detrás de la mesa, corrió hacia la puerta, la abrió, torció a la derecha y echó a andar por el pasillo.

Si, en cambio, hubiera torcido a la izquierda, habría visto a su padre de pie al final del pasillo, mirándola con una expresión de perplejidad.

Donald Parker estaba de pie al final del pasillo, con la espalda bien derecha, una postura perfecta y un traje azul oscuro. Cuarenta años dedicado al oficio de informar lo habían llevado por los cinco continentes. Parker había cubierto la toma de posesión de todos los presidentes desde Harry Truman hasta George H. W. Bush. Fue testigo de la primera misión especial a la Luna, la ofensiva del Tet, la masacre de Tiananmén en Pekín, la caída del Muro de Berlín, la Operación Tormenta del Desierto. Había entrevistado a Gandhi, a Malcolm X, a Pol Pot, a Jomeini, a Idi Amin, a Gorbachov, a Saddam Hussein... Había pocas cosas que no hubiera conseguido.

Sara se dirigió cojeando hacia él, y Donald Parker la miró y le ofreció una

cordial sonrisa. Tenía unos ojos azules muy vivos, penetrantes e inquisitivos. La mirada del entrevistador perfecto.

—Hola, Sara.

—Hola, Donald. ¿Has recibido mis notas?

Parker asintió con la cabeza y dijo:

—Esto es todo un notición, Sara. La noticia del año, incluso. Podría serlo. ¿Por qué lo dejas?

—Me toca demasiado de cerca —respondió.

—¿Vínculos personales?

Sara asintió en silencio.

—¿Tiene algo que ver con la declaración que va a hacer tu marido antes del programa?

—Prefiero no decírtelo todavía.

—Me parece bien —repuso él—. ¿Hay alguna novedad más?

—Otro paciente, un tal Riccardo Martino, fue asesinado anoche en las dependencias del hospital.

—¿Qué?

—Aquí están todos los detalles.

Parker cogió el papel y lo leyó.

—Buen trabajo, Sara.

—Hay otra cosa.

—Ah, ¿sí?

—No puedes mencionar al hijo del senador Jenkins en antena.

—No lo entiendo.

Se lo explicó. Él la escuchó con atención, asintiendo con la cabeza.

—De acuerdo —le dijo cuando terminó—. Omitiré esa parte.

—Gracias, Donald. Te lo agradezco de veras.

—Y déjame preguntarte una cosa más. ¿Ese doctor Riker no quiere salir en la televisión?

—Exacto. El doctor Riker quiere conservar el anonimato. Su ayudante, el doctor Eric Blake, se ocupará de las entrevistas.

—De acuerdo, pues. Será mejor que vaya a prepararlo todo. Gracias por hacer el trabajo preliminar, Sara. A mí me has dejado la parte más fácil.

—No hay de qué —dijo Sara, que empezaba a alejarse—. Y gracias por tu

comprensión con lo de Bradley Jenkins.

Donald Parker observó cómo se marchaba, cojeando, apoyándose con fuerza en el bastón. Sara era una mujer cautivadora, de una belleza impresionante que enmascaraba un intelecto admirable. Hacía muy bien su trabajo, y Donald notaba que su respeto por ella crecía día tras día.

Por desgracia, el respeto que ella sentía por él estaba a punto de ser puesto en entredicho. Y él lo sabía. Después del programa de esa noche iba a estar algo más que decepcionada con él. Iba a estar furiosa. Pero Donald Parker llevaba muchísimo tiempo en el oficio y, a lo largo de los años, había elaborado un cierto código ético. No creía que se tuvieran que omitir aspectos importantes de una noticia por conveniencia de otras personas, independientemente de cuáles pudieran ser las consecuencias de ello.

Por lo tanto, no pensaba dejar a Bradley Jenkins al margen del reportaje.

Cassandra estaba a punto de decir algo de lo que más tarde se arrepentiría.

Había acudido al despacho de Harvey para contarle lo de las cartas que había encontrado en el cajón de su padre. Sin embargo, en vez de eso de su boca iban brotando palabras imprevistas.

—Tengo que contarte algo —empezó a decir Cassandra.

—Ah, ¿sí?

—Anoche estuve con otro hombre —confesó cabizbajo por miedo a que sus ojos se encontraran con los de él.

Un fugaz relámpago de dolor cruzó los ojos muy abiertos de Harvey.

—¿Ese..., el director de *marketing*?

Cassandra asintió.

—Entiendo —dijo Harvey, ahora con expresión tranquila, sin que se le notase nada. Dio un rodeo para sentarse ante su mesa y empezó a anotar cosas en una carpeta.

—¿Eso es todo lo que vas a decir? —le preguntó ella.

—¿Qué quieres que diga?

—¿No te molesta?

—¿Quieres que me moleste?

—Deja de contestar a mis preguntas con otras preguntas.

—No sé lo que quieres de mí, Cassandra. Vienes aquí y me dices que te has acostado con otro hombre. ¿Cómo quieres que reaccione?

—No lo sé.

—¿Pues por qué me lo has dicho?

—¿Qué quieres decir con por qué?

—Yo nunca lo hubiera descubierto —dijo él—. ¿Por qué me lo has dicho?

Cassandra abrió la boca, se detuvo, empezó a encogerse de hombros, se detuvo, y luego dijo con voz vacilante:

—Quería ser del todo sincera contigo.

—Estupendo. Ya has sido sincera. Ahora, si me disculpas, tengo un montón

de trabajo.

—Espera un segundo...

—Lo siento, Cassandra. Lo siento de verdad. Creí que éramos felices juntos. Pensé que..., no sé, pensé que había algo especial.

—Lo hay.

—Entonces, tenemos una idea diferente de que significa *especial*. No puedo permitir que me vuelvan a romper el corazón. Es demasiado doloroso. Y afecta mucho mi concentración, mi trabajo...

—No volverá a suceder. Lo prometo. Nunca he querido hacerte da...

—No importa. No tendría que haber llegado tan lejos. Ha sido un error desde el principio. Fui un verdadero idiota al pensar que tú... —Negó con la cabeza—. Adiós, Cassandra. —Bajó los ojos y empezó a escribir.

—Harv...

No levantó la mirada. Entonces, dijo con voz más firme:

—Adiós, Cassandra.

Cassandra sintió que algo extraño, algo doloroso y potente tomaba forma dentro de su pecho. Quiso decir algo más, pero la expresión fría de Harvey la detuvo.

Dio media vuelta y se marchó.

—Michael va a dar una rueda de prensa dentro de cinco minutos.

Reece Porter dejó de atarse los cordones de sus Nike de caña alta y miró al entrenador.

—¿De qué estás hablando?

El entrenador Richie Crenshaw atravesó el vestuario esquivando camisetas, coquillas y perneras desparramadas por el suelo. Los Knicks estaban en el Kingdome de Seattle preparándose para un partido de pretemporada contra los Sonics.

—Pues justo lo que he dicho: que Michael va a hacer una declaración al empezar el *NewsFlash*.

—¿Qué clase de declaración? —preguntó Reece.

—¿Y yo qué coño sé?

Jerome Holloway cruzó una mirada confusa con Reece.

—¿Y eso va a salir en la televisión nacional? —preguntó.

—Exactamente —respondió Crenshaw.

—No lo pillo —dijo Reece—. ¿Qué puñetas tiene que decir Michael para que un noticiario de máxima audiencia quiera darlo en directo?

—Algo sobre su hepatitis, supongo.

Reece sacudió la cabeza.

—Al SportsChannel o a la ESPN puede que les interese cubrir algo así, pero no a la CBS.

—Además —añadió Jerome—, la prensa ya sabe lo de su hepatitis.

El entrenador se encogió de hombros.

—Y yo qué leches sé. Pon la tele, Jerome, y nos enteraremos.

El novato se acercó al televisor y apretó el botón. Los compañeros de equipo y entrenadores de Michael dejaron de hacer lo que estaban haciendo y dirigieron su atención a la pantalla. En la mayoría de las caras se veía una curiosidad relajada. Pero no en la de Reece. Había algo que a él no le cuadraba. Un deportista, por muy popular que sea, no hace una declaración en directo en un programa de noticias a menos que sea una gran noticia. Una noticia realmente grande. Algo que trascienda lo deportivo.

Mientras contemplaba a Michael y a Sara dirigirse juntos hacia la tarima, a Reece Porter lo asaltó una fuerte sensación de temor.

George estaba en medio de su tercera serie de cien flexiones, con los músculos extendiéndose y contrayéndose a cada repetición, cuando oyó el anuncio gancho del programa:

«Sigan con nosotros para asistir a una nueva edición de *NewsFlash* que será muy especial. ¿Cuál es la relación entre una declaración sorpresa del gran jugador de baloncesto Michael Silverman, el Destripador de Gais y el notición del año sobre la epidemia de sida? No se pierdan *NewsFlash* para verlo. A continuación, en la CBS».

George se quedó helado. Michael Silverman, el marido de Sara Lowell, yerno de John Lowell. Silverman había estado en el acto benéfico de la noche en que George mató a Bradley Jenkins. Y ahora iba a hacer una declaración sorpresa en directo por televisión.

George quería oír qué tenía que decir. Tenía muchísimo interés.

Por supuesto, las declaraciones que hiciera alguien como Michael Silverman no era algo como para preocuparse mucho, pero ¿qué más habían dicho en el avance informativo? Algo sobre la relación que tenía con el Destripador de Gais. Bueno, eso sería interesante. Y estaba también lo último que había dicho la voz de la tele: la noticia del año sobre la epidemia del sida. George negó con la cabeza. Demasiada coincidencia. Michael Silverman, el Destripador de Gais, la epidemia de sida. Alguien había atado juntos unos cuantos cabos sueltos.

Lo que a George le interesaba realmente era la declaración de Michael Silverman. La policía ya sabía lo de la relación entre las víctimas de los asesinatos y la clínica del sida, así que solo había sido cuestión de tiempo que el asunto se filtrase a la prensa. Pero ¿qué tenía todo eso que ver con el marido de Sara Lowell? ¿Había algún vínculo entre Michael Silverman y los asesinatos? Y si era así, ¿cuál?

«Cuidado, George. Tu trabajo es eliminarlos, no descubrir el porqué».

Cierto, pero un hombre tiene que andar con pies de plomo. George se estaba viendo obligado a correr riesgos mayores de los normales. El Destripador se había convertido en material de gran repercusión mediática. Y ahora que el caso acaparaba más atención, era lógico que tratara de averiguar algo más del «porqué» de esos asesinatos para protegerse mejor a sí mismo.

Demonios, ¿por qué no había comprobado bien todo ese tema de antemano?

«Un trabajo chapucero, George. Muy poco profesional».

Se levantó del suelo con un salto en cuanto terminó el anuncio. Se sentó en el borde de su gran cama y miró cómo Michael y Sara se dirigían hacia la tarima. Sara Lowell estaba muy guapa. Era una preciosidad. George dirigió la mirada a Michael y sintió un agudo latigazo de envidia.

Qué suerte la de aquel hijoputa, que dormía con Sara Lowell todas las noches.

George sacudió la cabeza. A veces la vida no era justa, simplemente.

—Ya estoy en casa —dijo Max Bernstein en voz alta.

—Estoy en la habitación —le contestó Lenny—. ¿Has traído un poco de leche?

—Ajá. Y un paquete de seis de Coca-Cola Zero.

Lenny salió al estudio y le dio un rápido y cariñoso beso a Max en los labios.

—¿Cansado? —preguntó.

—Agotado. Y tú, ¿qué tal?

Lenny respondió con un gesto de cabeza y cogió la compra del brazo de Max.

—Me he pasado siete horas en el tribunal esperando mi turno y no ha habido juicio.

—¿Qué ha ocurrido?

—Que mi cliente no ha aparecido.

—¿Ha huido estando en libertad bajo fianza?

—Eso parece.

—Nosotros, los polis, los cazamos —dijo Bernstein, encogiéndose de hombros—. Y vosotros, los abogados, los dejáis escapar.

—Sí, pero sin nosotros os quedaríais sin trabajo. Por cierto, he pedido una pizza. He supuesto que no querías salir.

—Has supuesto bien.

Lenny llevó la bolsa a la cocina.

—¿Tienes que trabajar este fin de semana?

—¿Qué?

—Deja de morderte las uñas un segundo y escúchame. ¿Tienes que trabajar este fin de semana?

—Probablemente. ¿Por qué?

—Es mi fin de semana con Melissa.

Melissa era la hija de Lenny. De doce años.

—Intentaré andar por ahí.

—Te lo agradezco. Ah, he alquilado la película que querías ver.

Max descolgó el teléfono y marcó un número.

—Esta noche no puedo verla —dijo Max—. Tengo que ver *NewsFlash* dentro de unos minutos.

—Casi lo había olvidado. —Lenny salió de la cocina—. Max...

—¿Qué?

—Sácate los dedos de la boca antes de que te los meta yo en el gaznate.

—Perdona.

—¿A quién llamas?

—A mi apartamento.

—Vaya gasto inútil.

—No empieces, Lenny.

—¿Qué sentido tiene mantener ese apartamento vacío desde hace seis años? Si allí no hay nada más que un teléfono y un contestador.

—Sabes muy bien por qué.

—Oh, es cierto. Tienes miedo de que alguien descubra que vives con un... ¡Oh, Dios mío, oh! Un hombre. Que eres un maricón descarado como Dios manda...

—Lenny...

—Así que conservas tu pisito de soltero enrollado en la calle Ochenta y siete para presumir... No, porque eres un paranoico. ¿No sería más barato contarle simplemente a todo el mundo que somos dos sementales solteros con pluma que resulta que viven juntos? Algo como lo de *Tres hombres y un bebé*.

—Pero ¿qué dices?

—*Tres hombres y un bebé*. ¿No te acuerdas de la película? Tom Selleck, Ted Danson y Steve Guttenberg eran tres solteros que compartían un apartamento y nadie se preocupaba de sus preferencias sexuales. ¿Y qué me dices de Oscar y Felix en *La extraña pareja*? Murray, el policía, nunca creyó que pudieran salir adelante.

En el contestador no había mensajes. Max colgó el aparato.

—Deja de incordiar.

—Y a ver si te recortas el bigote. Pareces Gene Shalit.

—Tú sigues, sigues. ¿Ya le has dado de comer a Simon?

—Hace unos minutos. El último día se comió ocho carpas doradas y ahora mismo se está tragando otra media docena. ¿Quieres verlo?

—Creo que paso.

Lenny se encogió de hombros.

—La serpiente es tuya.

Max había comprado a Simon, una culebra inofensiva, dos años antes por

un capricho. Pensó que molaría tener de mascota una serpiente. Sin embargo, había pasado por alto un pequeño problema: que le horrorizaban las serpientes. Le encantaba Simon, le gustaba verla deslizarse por su caja y reptar hasta la tapa de encima. Ahora bien, le daba miedo tocarla e incluso estar demasiado cerca de ella. Y aún peor, lo único que Simon comía eran carpas doradas vivas, que atrapaba con la boca con un movimiento veloz como un láser y que se tragaba enteras. Incluso se podía ver la silueta del pez debatiéndose mientras descendía por el estrecho cuerpo de Simon.

Repugnante.

Por suerte, Lenny había acabado aficionándose a Simon, una afición un tanto enfermiza, hay que decirlo. Lenny disfrutaba invitando a los amigos para que vieran cómo comía, y hacían apuestas sobre cuál sería el último pez que se comería.

De lo más repugnante.

Sonó el timbre de la puerta. Lenny fue a abrir, pagó al repartidor y llevó la pizza al estudio. Max lo miró, recordando cómo había cambiado su vida desde que vio por primera vez los dulces ojos de Lenny hacía ya siete años: fue en 1984, un año de transición. Las noches de sexo anónimo, orgías en el SoHo, bares de ambiente y baños romanos a lo Calígula que empezaban a evaporarse con el achicharrante calor de la epidemia de sida. Pese a vivir bajo un miedo constante a ser descubierto, Max había participado en todo aquello. ¿Cuántos amantes tuvo? Había perdido la cuenta. ¿Cuántos amigos había perdido por culpa del virus del sida? También de ese número había perdido la cuenta. Aunque eran muchos los que se habían ido, ahora aquellos muertos eran poco más que una mezcla borrosa de rostros, unos hombres jóvenes llenos de vitalidad cuyas vidas se habían borrado de repente, dolorosamente. Ahora ya no estaban y habían caído en el olvido con demasiada frecuencia.

«¿Por qué —se preguntó Max—, nos atiborrábamos todos de aquel sexo sin nombres y sin rostros? ¿Era simplemente por la excitación física o había algo más? ¿Es que intentábamos rebelarnos? ¿O era simplemente que tratábamos de liberar la ansiedad agobiante de vivir tantos años reprimidos por una sociedad biempensante? ¿Qué era lo que buscábamos en aquel amasijo de carne? O, aún más importante, ¿de qué andábamos huyendo?».

Durante los últimos siete años, Bernstein se había hecho más de veinte

análisis de sida, todos ellos bajo nombres ficticios y todos negativos. Un golpe de suerte, aunque muchas veces se sentía culpable por no haberse contagiado del virus, como si fuera un superviviente de Auschwitz que se preguntara por qué él seguía vivo.

Lenny, por su parte, procedía de una familia conservadora. A los diecinueve años se casó con su novia del instituto y un año después tuvieron una hija. Intentó negar y reprimir su auténtica orientación sexual, y eso le funcionó durante un tiempo. Sin embargo, al cuarto año de matrimonio tanto él como Emily, su mujer, comprendieron que la fachada heterosexual había acabado por agrietarse y descomponerse. Confesaron la verdad a sus familias y se separaron como buenos amigos.

Max encendió el televisor. Los dos se sentaron en silencio en el sofá y miraron la televisión cogidos de la mano. Lenny apoyó la cabeza en el hombro de Max.

—Soy lo mejor que te ha pasado en la vida, ¿sabes? —dijo.

—Sí, supongo que sí.

Unos minutos después veían a Michael y a Sara dirigirse hacia la tarima.

—¿Papá? —dijo Cassandra.

John Lowell no contestó. Seguía contemplando la vieja fotografía.

—¿Qué estás mirando? —le preguntó ella en voz baja.

Lowell suspiró profundamente y volvió a dejar la fotografía con sumo cuidado, como si fuera una porcelana delicada.

—Nada —respondió.

Cassandra cruzó el cuarto. Como sospechaba, lo que miraba su padre era una foto de su madre. Las lágrimas le asomaron a los ojos.

—Yo también la echo de menos —confesó ella.

—Te quería muchísimo, Cassandra. Quería que fueras muy feliz.

Cassandra asintió, alargó la mano y acarició la imagen de su madre.

—Sara acaba de llamar.

—¿Dónde estaba?

—No me lo ha dicho. Me ha dicho que lo descubriríamos en *NewsFlash*.

—¿En *NewsFlash*? ¿Eso qué quiere decir?

—No lo sé.

John abrió los brazos y, por primera vez en muchos años, padre e hija se abrazaron. Cassandra se arrimó más a él, y notó el roce del jersey de lana sobre su piel. Por un momento se olvidó de las cartas que había encontrado en el escritorio de su padre. Olvidó la voz del reverendo Sanders en el estudio e incluso se olvidó de sus locas sospechas. Era su padre. Se encontraba tan bien entre sus brazos..., como si fuera una niña pequeña otra vez, tan segura, caliente y contenta..., y sin embargo...

—Para mí lo sois todo en el mundo —le susurró el padre—. Sara y tú.

Se mantuvieron aferrados el uno al otro como si, de un modo extraño, se necesitaran. Era una necesidad sorprendentemente poderosa, como un hambre feroz que aumenta según se come. Ninguno de los dos habló, pero ambos sabían que pensaban lo mismo. No podían decir cómo sabían lo que pensaba el otro, ni podían explicar aquella terrible sensación de condena que impregnaba la habitación. Aquel tendría que haber sido un momento feliz, tierno, pero algo acechaba a la vuelta de la esquina, algo que ambos querían romper, triturar y destruir.

Cassandra se apartó y quedaron mirándose el uno al otro un tanto incómodos, como si compartieran un secreto desagradable.

—Es la hora del programa.

—Sí —dijo él.

Salieron del cuarto ya sin cogerse de la mano ni tocarse siquiera. Aun así, el calor del abrazo pervivía en Cassandra como un chal arrollado sobre sus hombros. Miró cómo su padre encendía la televisión y sintió que la invadía una oleada de amor. Era un hombre muy amable, se dijo a sí misma; un hombre que había dedicado toda su vida a curar a otros. Nunca haría daño a nadie. Nunca. De eso estaba segura. Segurísima. Sus sospechas eran bobadas. Después de todo, un par de cartas y una reunión con el reverendo Sanders no tenían por qué convertirlo en culpable de ningún tipo de maldad. De hecho, no significaban nada de nada. Se alegró de no haberle contado a Harvey lo de las cartas, de no haber traicionado la confianza de su propio padre.

Cassandra se sentó, aliviada, confiada, tratando con todas sus fuerzas de ignorar aquella irritante voz de duda que seguía resonando dentro de su cabeza.

Los destellos de los *flashes* parecían una luz estroboscópica, y daba la impresión de que Sara y Michael avanzaban a cámara lenta. Llegaron juntos a la tarima. Michael dio un paso adelante, mientras que Sara permaneció de pie un poco detrás de él y a un lado. Michael tenía la cabeza baja, los ojos cerrados. Al cabo de un momento levantó la cabeza bien alta y miró a la sala, atestada de periodistas.

Sara lo observaba. Estaba muy guapo con su traje gris y una corbata azul lisa, pero con aquella ropa no era exactamente él. No había manchas exageradas de color, no había cachemira amarilla ni verde, ni estampados de flores moradas, ni lunares a la moda... Todo era tan serio..., con tan poca vida. Tenía el rostro sombrío, ceniciento, cansado, a juego con el atuendo.

Se sacó un papel del bolsillo de la camisa. Lo desdobló y lo alisó con la palma de la mano sobre el atril de la tarima. Miró la declaración, pero no leyó las palabras. Apartó el papel a un lado con la mano y volvió a levantar lentamente la cara. Luego se quedó allí parado durante unos instantes, sin decir nada.

En medio del resplandor de los *flashes*, Sara notaba la intranquilidad del público. Empezaron a oírse murmullos cada vez más fuertes entre el personal de los medios. Se acercó más a Michael, le cogió la mano y se la apretó. La frialdad de esa mano la asustó. A continuación, Michael hizo una cosa muy extraña. Se volvió hacia ella y sonrió, no con una sonrisa cansada ni impostada, sino con una sonrisa auténtica y maravillosa propia de Michael. Eso la reconfortó y, al mismo tiempo, la asustó. La sonrisa se fue borrando poco a poco de sus labios mientras se volvía hacia el micrófono.

—Ayer —dijo Michael al final— supe que había contraído el virus del sida.

Silencio instantáneo. Cesaron los murmullos como si hubiera sido una cinta magnetofónica y la hubieran apagado.

—Voy a ingresar en una clínica privada de la que sabrán ustedes más cosas durante este programa. Esto es todo lo que tengo que decir. Gracias.

Dio un paso atrás, miró de nuevo a Sara y la cogió de la mano.

—Salgamos de aquí.

La prensa lo atacó con todas sus armas:

—¿Cuánto tiempo hace que eres gay, Michael?

—Sara, ¿cuánto tiempo hace que sabes que tu marido es homosexual?

—¿Vuestro matrimonio es una farsa?

—¿Te has acostado con alguno de los del equipo?

A cada pregunta, Michael torcía la cara sin querer. Finalmente, se volvió hacia la tarima para aclarar las cosas. Cuando estuvo ante el micrófono y toda la sala quedó en silencio, Michael dio media vuelta sin decir una palabra. Se inclinó y besó a Sara en la mejilla.

—Venga, ya te lo he dicho antes, salgamos de aquí.

Harvey vio el programa a solas.

Estar solo le resultaba perfecto. Así tenía que ser. Cassandra fue una equivocación desde el principio. Por no decir una falsa ilusión elemental: tendría que haber estado bajo el efecto de unos alucinógenos potentes para pensar que alguien como ella podía interesarse por alguien como él. Además, tenía la clínica. No podía permitirse distracciones que pusieran en riesgo su concentración y perjudicaran su trabajo.

Negó con la cabeza. Ya basta. Había cosas mucho más importantes de las que preocuparse que de su bienestar personal. Harvey apartó a Cassandra de su mente sin más y se centró en el reportaje de *NewsFlash*.

Donald Parker estaba haciendo un trabajo excelente; presentaba los hechos sin demasiadas insinuaciones. Para ayudar a que la clínica mantuviera el anonimato, en el informe no se daba el nombre ni la dirección del pabellón. Gracias a Dios. Harvey casi ni podía imaginar los barullos que habría si el nombre y la dirección de la clínica aparecían en el programa. Sería una auténtica locura.

Aún mejor, en el reportaje solo aparecía el nombre de Eric. El del «investigador principal» quedó fuera. Perfecto. Mejor imposible. Parker había dado incluso un número de teléfono gratuito y una dirección para quienes quisieran hacer donaciones a la clínica y sugirió que escribieran o enviaran telegramas al Congreso para que aprobaran fondos extra para la clínica del sida «sin nombre».

Los ojos azules de Donald Parker miraron hacia delante para entrar en contacto con los de millones de televidentes. Harvey se dio cuenta de por qué

Parker estaba considerado el mejor en su oficio. Poseía tal fuerza que uno olvidaba que estaba viendo la televisión. Se convertía en un invitado de la casa, un miembro más de la familia que estaba sentado en el cuarto de estar en vez de en un estudio de informativos.

—Todavía más impactante —siguió relatando la voz profunda de Donald Parker— es la relación de la clínica con el llamado Destripador de Gais que durante los últimos dos meses ha tenido aterrorizada a la comunidad homosexual de la ciudad de Nueva York. En realidad, al Destripador de Gais sería mejor llamarlo el Destripador de Enfermos de Sida. Aquí tienen nuestro reportaje.

La voz sonó ahora grabada en cinta: «Unos hombres jóvenes han sido hallados acuchillados y mutilados. Lo tenían todo para seguir viviendo». En ese momento, varios planos fijos de sábanas ensangrentadas revueltas sobre unos cuerpos, un brazo o una pierna que saltaban a la vista, destacaron en la pantalla. «El mundo en general creía que había un psicópata que iba a la caza de miembros de la comunidad gay. Pero han salido nuevas pruebas a la luz, y esas pruebas desmontan completamente esa teoría y nos conducen a una conclusión más espantosa».

Una pausa adecuada. «El llamado Destripador de Gais asesina a personas que sufren de sida. De hecho, todas las víctimas del asesino tenían una cosa en común: eran pacientes de la clínica de la que hemos estado hablando esta noche».

Después de otra pausa muy conveniente, Parker continuó: «La primera víctima fue Scott Trian». Apareció una fotografía de un sonriente Trian. «Trian, un agente de bolsa de veintinueve años, fue asesinado en su apartamento de la manera más sangrienta imaginable. Fue torturado y mutilado con un cuchillo hasta que murió desangrado».

La imagen de Bill Whitherson sustituyó la de Trian. «William Whitherson, uno de los subdirectores del First City Bank, fue la siguiente presa del Destripador. Más de veinte heridas de arma blanca repartidas por el rostro, el cuello, el pecho y la ingle del señor Whitherson. Fue hallado en su apartamento por su compañero de piso, Stuart Lebrinski, que había dejado a la víctima solo una hora antes. Cuando el señor Lebrinski regresó del supermercado, la sangre todavía fluía de las heridas del señor Whitherson».

La fotografía de Bill Whitherson se fue difuminando... y en su lugar fue apareciendo una foto de Bradley Jenkins.

Harvey tenía el corazón en un puño.

—¡Oh, Dios mío, no! No me...

«El asesinato de Bradley Jenkins, hijo del senador Stephen Jenkins y paciente secreto de la clínica del sida, colocó al Destripador de Gais en el punto de mira. Bradley fue encontrado detrás de un bar gay del Greenwich Village...».

Harvey ya no oía las palabras.

—No —musitó horrorizado—. ¿Sabes lo que acabas de hacer?

El reverendo Ernest Sanders veía el programa. Aquello era malo, muy malo, pero Sanders no se enfadó. Enfadarse era una emoción inútil, una emoción que nublaba la mente, que apartaba el pensamiento racional. Lo que necesitaba era pensar con claridad.

Dixie estaba arriba, en el dormitorio, traspuesta sobre la cama por el exceso de vino. Otra vez. La tercera noche seguida. Pero la quería. Era una mujer extraordinariamente hermosa (hasta sus enemigos aceptaban eso), a años luz del estereotipo de la esposa de un evangelista que representaba Tammy Faye. Para él era lo mejor del mundo y la malcriaba a base de regalos caros y de darle lo mejor de todo. Sin embargo, ella lo despreciaba. Él lo veía en el modo en que lo miraba cada vez que entraba por la puerta. Su hijo, Ernie Junior, se había convertido en un joven guapo que trabajaba en el sacerdocio. Había aprendido bien el góspel, era un orador vehemente, conseguía sacar montones de dinero y también odiaba a su padre. La repulsión que veía en la cara de su hijo, pensó Sanders, haría ponerse colorado a un ciego.

Por suerte, tanto Dixie como Ernie y las dos chicas, Sissy y Mary Ann, adoraban su dinero. El dinero era poder, eso era incuestionable. Sanders se acordó de cómo su padre solía recitar la regla de oro: el que tiene el oro dicta las reglas. Y Sanders tenía el oro. El poder. El control.

Y tenía su trabajo. Su sacerdocio. Resulta extraño que uno sea lo que la gente percibe. Algunos lo consideraban un salvador, un profeta, un hombre de Dios. Otros lo consideraban un extremista, un timador barato, un hipócrita

intolerante.

¿Y cuál era la verdad? Bueno, la verdad era que nunca se le había aparecido Dios, como decía en su programa. Jesús nunca lo había visitado por la noche en su dormitorio. Nunca había oído una voz misteriosa ni visto un milagro auténtico. Pero ¿y qué? La gente quería creer. La gente necesitaba algo, y él se lo daba. «Necesitamos alimentos, necesitamos aire, necesitamos diversión y entretenimiento, y también necesitamos creer en algo». Esos progresistas izquierdistas creían en sus dioses, en el secularismo, los intelectuales, los medios. ¿Es que los estadounidenses a la antigua no tenían los mismos derechos? Necesitaban un líder fuerte, alguien al que poder seguir sin dudas ni cuestionamientos. Los políticos utilizaban el engaño y los asesores de imagen para crear una personalidad en la que la gente pudiera confiar. ¿Por qué era tan malo que un predicador hiciera lo mismo?

De los críticos que lo acusaban de aprovecharse de sus seguidores, Ernest Sanders se mofaba. Bastaba con echar una ojeada a los fieles de su parroquia cualquier domingo por la mañana, a sus rostros entusiasmados y embelesados. ¿Es que se le puede poner una etiqueta con el precio a una cosa así? Bastaba con mirar cómo les brillan los ojos mientras él les hablaba, a su atención y confianza inquebrantables. Sí, bastaba con mirar detenidamente a esos estadounidenses que trabajaban duro y no pedían nada más que unos pocos minutos de éxtasis religioso, que querían creer que había algo más que una aburrida rutina por la que pasar todos los días, que querían confiar en la fe de Dios en vez de solo en las personas.

Ernest Sanders les daba todo eso y más. Y sí, claro, de ahí sacaba mucho dinero. ¿Por qué no? Convertía el mundo en un lugar mejor y llenaba de alegría a millares, tal vez millones de personas. Tal vez Dios no le hubiera mostrado una zarza en llamas ni le hubiera dado poderes para caminar sobre el agua. En cambio, sí que le había dado el poder de conmover a la gente con sus palabras y quizá fuera así, después de todo, como Dios pretendía que fuera. Nada de milagros llamativos en esta era tecnológica y burocrática... Simplemente, el mero poder de comunicar su mensaje.

Quizá, pensó Sanders, se había enzarzado en una batalla santa y Dios lo había elegido a él para conducir el bando de los justos, para congregar sus tropas, para conducir las a la Tierra Prometida...

... Y para librar al mundo de esa escoria sin Dios, para luchar contra los malvados que trataban de detenerlo. Incluso hasta la muerte.

Empezaron a pasar los créditos de *NewsFlash*. Sanders suspiró, cogió el teléfono y marcó el número particular de Raymond Markey.

—¿Diga?

—¿Lo ha visto? —preguntó el reverendo Sanders.

—Sí.

—Muy inquietante —continuó Sanders—. Va a producirse un revuelo tremendo.

—Pero Riker nos favoreció en cuanto mencionaron el nombre de Bradley Jenkins —dijo Markey—. Ahora tenemos pruebas de que sus informes habían sido falsificados. Y podemos considerar inválidos sus descubrimientos.

—Tal vez —concedió Sanders—, pero no cuente mucho con eso. Podemos usarlo, pero no creo que baste. Tendríamos que considerar otros planes.

Markey se aclaró la garganta.

—Si cree que es necesario... —dijo.

—Sí que lo es. Ahora que Riker ha metido a Silverman en el asunto, creo que no tenemos mucha elección. Me pondré en contacto con el padrastro de Silverman.

—¿Y yo qué quiere que haga?

—Tome un avión para Nueva York. Quiero que se enfrente a Harvey Riker de hombre a hombre.

—Muy bien. —Markey hizo una pausa—. Hay otra cosa.

—¿Qué?

—Las muertes del Destripador de Gais... Todo eso es muy extraño.

—Ya sé a qué se refiere.

Markey hizo otra pausa antes de preguntar:

—¿Quién cree que está detrás de eso?

Ernest Sanders sopesó sus palabras con mucho cuidado.

—Si he de serle sincero, Ray —dijo finalmente—, la verdad es que no lo sé.

A la mañana siguiente, temprano, Sara recorrió el pasillo hasta llegar frente a la puerta del despacho de Donald Parker y la abrió sin llamar.

—Eres un cabrón.

Donald levantó la vista de la mesa. Si su irrupción lo había sorprendido, en la cara no se le notó.

—Te estaba esperando.

—Me mentiste.

—Sara...

—Dijiste que dejarías a Bradley Jenkins fuera del reportaje.

—Sara, lo siento, pero no pude hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy periodista —respondió Parker—. Me habían encargado cubrir esa noticia, la noticia completa...

—Ahórrame el discursito.

—Espera un momento, Sara. Tú aquí no eras objetiva. Tu capacidad de juicio estaba ofuscada.

—¿De qué me hablas?

—Muy sencillo —dijo Parker, ajustándose la corbata—. De que no se deja de lado un aspecto vital de una noticia para proteger a un amigo.

—Pero yo ya expliqué...

—¿Explicaste qué? ¿Que tu amigo, ese tal Harvey Riker, mintió a los funcionarios del gobierno? ¿Que falsificó informes?

—No falsificó nada. Otorgó a Bradley Jenkins el derecho a la confidencialidad.

—Oh, vamos, Sara, no esperarías que omitiera la historia del Destripador de Gais, ¿verdad? Si dejaba a Jenkins fuera del reportaje, ¿cuál era la relación entre las víctimas del Destripador de Gais? Todo se basaba en la idea de que todos estaban en la clínica de Riker. Simplemente, no podía olvidarme de Bradley Jenkins, me parece, ¿no crees?

—No te das cuenta de las consecuencias —le espetó Sara, apoyada sobre el bastón.

—Nuestro trabajo no es preocuparnos por las consecuencias. Y eso ya lo sabes. Nosotros damos las noticias y dejamos que cada pieza caiga donde tiene que caer. No podemos optar por suprimir datos importantes con el fin de conseguir nuestros propósitos particulares. Ponte en mi lugar por un momento. Si tú estuvieras siguiendo una noticia y yo vengo y te pido que omitas una parte vital de la historia para proteger a un amigo mío, a un amigo que hacía trampas en algunos documentos oficiales, ¿lo aceptarías?

—Yo no te pedí que protegieras a un amigo. Te pedí que protegieras la clínica. ¿No lo entiendes? Ese reportaje tuyo igual obliga a cerrarla.

Él negó con la cabeza.

—De ningún modo. Después del programa de anoche, el público nunca lo permitiría. Los investigadores de esa clínica se han convertido en héroes de la noche a la mañana. Todo Estados Unidos habla de ellos.

—De todos modos, tendrías que habérmelo dicho.

—Puede que tengas razón —concedió—, pero no me pareció que fuera el momento. —Cruzó la habitación y se quedó de pie delante de ella—. Lamento mucho lo de tu marido, sinceramente. Tiene que ser un hombre muy valiente para decir en público una cosa como esa.

Sara asintió y dio media vuelta para marcharse.

—Gracias, Donald —le dijo cortante—. Te pido disculpas por entrar sin llamar.

El doctor Harvey Riker intentaba leer el informe en su mesa del despacho, pero era inútil. Después de ver el *NewsFlash* de la noche anterior, le resultaba imposible conciliar el sueño. Y ahora que la noche había dado paso a la luz del sol, su mente seguía dándole vueltas a las mismas cuestiones y a las mismas dudas. ¿Había cometido un grave error al permitir que se emitiera el informe? Le había parecido una idea perfecta, el modo perfecto de conseguir que la clínica siguiera adelante con fuerza, pero se había olvidado de sumar el factor Bradley Jenkins, un factor que muy bien podía destruir la clínica.

¿Qué iba a suceder ahora?

Sonó el intercomunicador de su mesa.

—¿Sí?

—El doctor Raymond Markey ha venido a verlo.

Harvey sintió como un retortijón en el abdomen.

—¿Está aquí? ¿En la clínica? —preguntó.

—Sí, doctor.

«Oh, Dios mío, oh, Dios mío...».

—Hágalo entrar.

Harvey se reclinó en la silla y empezó a tomar grandes bocanadas de aire. Esperó con la vista fija en la segunda manecilla del reloj colgado encima de la puerta. Se movía como si la fueran frenando con un peso: no era un avance fluido, sino apenas un reptar a regañadientes.

«Markey ya lo sabía. Ese hijo de puta sabía lo de Jenkins antes del programa. Pero ¿cómo?».

—¿Doctor Riker?

Harvey le ofreció una sonrisa un tanto demasiado amplia.

—Pase, doctor Markey. ¿Qué le trae por aquí?

—¿No lo sabe?

Harvey mantuvo la sonrisa clavada en el rostro.

—¿Tendría que saberlo?

—Tenemos que hablar.

Harvey se quedó algo confuso ante el tono de Markey. Había esperado que el hombre se comportara de forma tranquila, calmada, segura; en vez de eso había notado una tensión innegable en su voz. El secretario adjunto de Salud y Servicios Humanos llevaba un traje azul de raya diplomática, unos zapatos negros que pedían a gritos que los lustraran y una corbata roja lisa.

—Siéntese.

—Gracias. —Markey se dejó caer pesadamente en la silla como muerto de agotamiento.

—¿Un poco de café?

—No. —Se echó hacia atrás y cruzó las piernas—. Déjeme ir directamente al grano, doctor Riker. Anoche vi el reportaje de televisión sobre su clínica. Me resultó de lo más revelador... y alarmante.

—¿Alarmante? —Harvey repitió la palabra con la misma sonrisa estúpida

plantada en la cara. Se preguntó cuánto tiempo podría seguir haciéndose el tonto. No mucho, supuso.

—Anoche también volví a leer los informes confidenciales de sus descubrimientos —continuó Markey—. Aunque no son exactamente contradictorios con lo dicho en el programa, yo diría que son un tanto vagos.

—No fue algo intencionado —aventuró Harvey mientras su cerebro rebuscaba con ansia otras vías de escape—. Verá, doctor Markey, yo no quería hacer ninguna reivindicación desmesurada antes de tener toda la documentación necesaria en que apoyarme.

—Pero en el programa dijeron...

—Exactamente. En el programa dijeron, no lo dije yo. Ya sabe usted cómo funciona la prensa. Lo exageran todo hasta el extremo.

—Entonces, ¿lo de divulgarlo por televisión no fue idea suya?

—Por supuesto que no. Fueron ellos los que vinieron. Me dijeron que habían sabido lo de la clínica gracias a una filtración. —Por fin se le había ocurrido una idea y Harvey se aferró a ella—. Dieron a entender, doctor Markey, que la filtración venía de Washington, de sus oficinas, por cierto.

«Eso es, Harv, míentele descaradamente. Que tenga que ponerse a la defensiva».

Markey levantó la cabeza hacia el techo, considerando la acusación de Harvey. Luego dijo:

—¿Puede que la filtración procediera de Michael Silverman o de Sara Lowell? Tengo entendido que los dos son buenos amigos suyos.

Harvey negó con la cabeza.

—Ellos no sabían nada de la clínica hasta anteayer, cuando diagnosticamos a Michael como VIH positivo. El periodista del *NewsFlash*, ese Donald Parker, lo sabía desde hace más de una semana...

Markey lo miró con cara de duda. Se inclinó hacia delante.

—Olvídese de este asunto por ahora —sentenció—. Creo que es hora de que dejemos de marear la perdiz y vayamos directos al meollo del asunto.

«Esto se pone feo», pensó Harvey. El pánico y la desesperación se le clavaban como minúsculas esquirlas de cristal.

—Usted nos mintió, doctor Riker. Sus informes estaban falsificados.

—¿Falsificados?

—Ya sabe usted de lo que le hablo. En su experimento participó Bradley Jenkins, pero no se le menciona en ninguno de los informes.

Harvey se aclaró la garganta.

—Un paciente tiene derecho a la confidencialidad, doctor —dijo.

—En este caso no. No había estudios sobre él, ni resultados de análisis de laboratorio, nada.

—Pero...

—No ha cambiado usted nada, Riker. Sigue sin entender que existen normas que hay que seguir.

—Conozco muy bien todas las normas.

—No, me parece que no. Siempre ha sido igual, siempre ha buscado el camino fácil.

—Nada del camino fácil —lo corrigió Harvey, luchando por disimular su miedo y su rabia crecientes—. Lo que busco es el camino con la menor cantidad de mierda burocrática que sortear. Busco el camino por el que se puedan salvar más vidas con mayor rapidez. —Calló porque no quería continuar, aunque sabía que era incapaz de hacerlo—. Lo entendería muy bien si tuviera usted más de médico y menos de chupatintas.

Los ojos de Markey se abrieron de par en par detrás de los gruesos cristales de las gafas. Todo su rostro se transformó en dos ojos airados.

—¿Con quién se cree que está usted hablando?

—Doctor Markey, si simplemente me escuchase...

—¿Es que no comprende la seriedad de sus actos? —lo interrumpió Markey—. Le pueden revocar la asignación. Le podrían cerrar la clínica e invalidar todos sus resultados.

Harvey se lo quedó mirando, helado, helado por un momento por el miedo a hablar o incluso moverse. Al fin pudo abrir los labios.

—El senador Jenkins me obligó a no incluir el nombre de Bradley en los informes —dijo Harvey, intentando aferrarse a lo que fuera para permanecer a flote—. Si intenta usted cerrarnos la clínica, se formará un escándalo como nunca se ha visto.

—El nombre del senador ya ha sido mancillado —replicó Markey—. Un poquito más no causará mucho daño.

—Entonces, ¿qué trata de decirme?

—Simplemente esto: tengo una propuesta que hacerle.

Harvey lo miró, confuso.

—¿Una propuesta?

—Lo que voy a ofrecerle no es negociable. O lo acepta o le cerramos la clínica. Usted elige.

—Lo escucho.

—Ha falsificado usted sus informes, lo que ambos sabemos que es una cuestión de lo más seria. Todos sus resultados están en entredicho. Podríamos rechazarlos todos juntos... o podríamos permitirle que siguiera trabajando sobre ellos.

—No le entiendo.

—Michael Silverman es el último paciente ingresado, ¿correcto?

—Sí, ¿y qué?

—Todavía no habrán trabajado mucho con él, ¿no?

—Muy poco. Lleva menos de veinticuatro horas con SR1.

—Bien. Pues vamos a vigilar su evolución. Voy a enviarle a mi propia gente para que monitorice todo lo que le pase a Silverman. Registrarán todos los detalles de su tratamiento. Y cuando se vuelva VIH negativo, si es que eso sucede, estaremos en condiciones de reexaminar sus otros resultados y empezar a analizar...

—¡Eso puede llevar años!

—Eso tenía que haberlo pensado antes de ponerse a manipular los informes de los Institutos Nacionales de Salud —le espetó Markey.

«Oh, Dios mío, oh, Dios mío, ¿y ahora qué hago? Estoy atrapado...».

—Yo no he manipulado las pruebas —aseguró Harvey casi gritando—. Manipulé una puñetera lista de pacientes y nada más. Un puñetero nombre.

—La cuestión es la misma. Si fue capaz de falsificar informes de una cosa, muy bien puede hacerlo con otra.

—Pero ya hemos curado a seis pacientes.

—De los que solo tres siguen con vida. ¿Y cómo sabemos que sus datos sobre ellos no están manipulados?

—¡Analícelos, por Dios bendito! —exclamó Harvey—. No voy a permitirle que se salga con la suya. Haré todo lo que haga falta...

—Tranquilícese.

—Iré a la prensa.

Harvey supo con seguridad que el miedo había asomado al rostro de aquel hombre, pero Markey se limitó a sonreírle.

—Una jugada poco inteligente, doctor Riker. Lo primero de todo, le cortarían los fondos de inmediato. Luego, revelaría públicamente que usted había falsificado sus informes y que no nos permitía acceder a sus pacientes, que nunca había curado a nadie y cualquier otra cosa que se me ocurra. Nuestra gente de relaciones públicas lo harían quedar a usted como un charlatán que vende ungüentos en la feria. Para cuando terminaran con usted, no lo contratarían ni para limpiar cuñas.

Harvey luchaba mentalmente por no dejarse llevar por el pánico.

—Los hechos demostrarán que miente —dijo.

—A la larga, quizá..., si es que no los ha falsificado de verdad. Pero para cuando sea así, yo ya lo habré mantenido a raya hasta el siglo que viene.

Harvey se lo quedó mirando horrorizado. Sabía que Markey iba un poco de farol, que no quería verse abocado a una confrontación, pero que lo que decía también era verdad. Podría acabar con todo. Y aunque Harvey limpiara su nombre y demostrara que Markey mentía, eso le llevaría meses. Años, tal vez. Y entre tanto el dinero no llegaría. La cura quedaría aplazada de forma indefinida.

Raymond Markey se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

—Mi equipo estará aquí mañana por la mañana. Por favor, informe a su personal.

Michael recuperó poco a poco el conocimiento. Oyó la televisión. Una voz de hombre. Parecían las noticias. Parpadeó y abrió del todo los ojos.

—Buenos días, guapísimo —dijo Sara.

Se sentía aturdido. Tenía la vista borrosa. Se dio la vuelta y besó a Sara, que estaba tumbada junto a él. Con un libro en la mano.

—Buenos días, enfermera. Será mejor que se largue de aquí antes de que llegue mi mujer.

—Qué gracioso.

—¿Qué hora es?

—Casi mediodía. ¿Cómo te encuentras?

—Como si un animalito se me hubiera muerto en el estómago —dijo, intentando sentarse.

—Vaya. ¿A que no sabes qué tengo aquí?

—¿Qué?

Le puso el libro más cerca de la cara. Michael entrecerró los ojos y leyó el título en voz alta:

—*Mil nombres para su bebé*. Yo ya he pensado un nombre.

—Ah, ¿sí?

—Moahmar.

—¿Y si es niña?

—Este es de niña. Bueno, ¿qué hay de nuevo?

—Vamos a ver. ¿Qué es lo último que recuerdas?

Michael se quedó pensando.

—A Eric sacándome sangre, ese pequeño vampiro —reveló.

—Bueno, pues desde entonces no ha pasado gran cosa.

Su conversación fue interrumpida por la televisión.

—Noticias CNN. Titulares. La noticia más importante del día gira en torno de la clínica del sida, cuyo nombre todavía no ha sido desvelado, donde recibe tratamiento la estrella del baloncesto Michael Silverman. Miles de activistas gais se han manifestado hoy en Washington para exigir a la FDA que apruebe en el ámbito nacional los ensayos de un fármaco poco conocido llamado SR1. Esa clínica desconocida del sida, con problemas económicos, ha recibido una gran cantidad de donaciones procedentes de todo el país desde que *NewsFlash* hizo pública la historia anoche. Según nuestros informes, la clínica anónima ha dado pasos gigantescos en la lucha por eliminar el virus del sida mediante inyecciones de un medicamento nuevo conocido como SR1. Tenemos aquí con nosotros al doctor Eli Samuels, del Centro Mallacy del Sida de San Francisco.

En la pantalla se vio al doctor colocándose un pequeño auricular con la mano izquierda. En la parte baja de la pantalla aparecieron en blanco las palabras «San Francisco, California».

—Doctor Samuels, ¿cómo ha reaccionado el colectivo médico ante las revelaciones del reportaje que emitió anoche *NewsFlash*?

—Con una intriga cautelosa —contestó el doctor.

—¿Podría ser más explícito?

—Por supuesto. Mientras la prensa quiere celebrar por todo lo alto el descubrimiento de esa supuesta cura, el colectivo médico debe cuestionar la autenticidad del informe. Esa clínica no identificada no ha facilitado todavía ningún resultado, ningún descubrimiento sólido, no ha escrito un artículo para *The New England Journal of Medicine* o alguna revista semejante. Todo es de lo más insólito.

—¿Sugiere usted que se trata de un engaño?

—Yo no sugiero nada, pero creo que los medios y el colectivo médico actuaríamos como unos irresponsables si aceptáramos esas pretensiones como hechos reales si no existen otras pruebas añadidas.

—Muchas gracias, doctor.

El presentador hizo girar la silla para mirar hacia delante.

—Una noticia relacionada con esto es que la superestrella del equipo de baloncesto de los New York Knicks Michael Silverman conmocionó anoche el mundo del deporte al anunciar que había contraído el virus del sida. Según los médicos de la clínica y el reportaje de *NewsFlash*, Michael Silverman contrajo el virus en una transfusión de sangre que se le practicó en las Bahamas hace algunos años a causa de un grave accidente náutico. No obstante, hay quienes dudan de esta historia y consideran que la clínica intenta encubrir la verdadera orientación sexual de Silverman.

Apareció otra cara en la pantalla. Michael se puso tenso.

—¡No puede ser! —exclamó.

—¿Qué pasa, Michael? ¿Qué es lo que pasa?

Michael seguía mirando fijamente la imagen de la pantalla. La cara había cambiado muy poco durante los últimos veinte años. Un poco de blanco en las sienes. La piel un poco más colgante en la mandíbula y el cuello. Sin embargo, el aspecto general era radicalmente distinto. Una chaqueta entallada. Una bonita corbata. Un corte de pelo pulcro y bien hecho. El típico hombre agradable. El presentador continuó:

—Tenemos con nosotros al señor Martin Johnson, de Lincoln, Nebraska, el padrastro con el que se crio Michael Silverman. Muchas gracias por venir al programa, señor Johnson.

—Encantado, Chuck.

—Señor Johnson, ¿qué piensa usted de los informes de que su hijastro contrajo el sida por una transfusión de sangre?

—Podiera ser —dijo Martin Johnson, y se encogió de hombros—. Yo nunca hablaría mal del muchacho, pero...

—¿Pero?

—Bueno, a mí me parece que es mucho más probable que se contagiara de alguno de sus amigos.

Al presentador casi se le hacía la boca agua.

—Así pues, ¿el señor Silverman es gay?

—Bueno, yo no diría tanto. Yo diría que es más bien uno de esos bisexuales. Ha tenido muchas relaciones sexuales con hombres y mujeres. Empezó de muy joven. Pero prefiere a los hombres, estoy casi seguro.

Michael pegó un salto en la cama.

—¡Apaga eso!

Sara cogió el mando a distancia y apretó el botón de apagado. La imagen se convirtió en un punto brillante antes de desaparecer del todo.

—¿Estás bien?

Él asintió con la cabeza.

—Es un mentiroso hijo de puta. No lo había visto desde que tenía diez años.

Sara puso en marcha el casete portátil de Michael. Bach fue llenando suavemente la habitación, pero no fue suficiente para calmarlo.

—Es extraño —le dijo Sara—. ¿Por qué crees que ha mentido de ese modo?

—Porque es un psicópata, por eso.

—Tiene que haber algo más —dijo Sara, negando con la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—No lo sé exactamente. Es solo que tengo la sensación de que no actuaba por iniciativa propia.

—Es posible —dijo Michael—. Y bien, ¿qué hacemos ahora?

—Tendremos que poner en marcha algún control de daños, montar una contraofensiva, demostrar que ese canalla miente.

—Hagamos lo que hagamos —dijo Michael—, siempre habrá gente que lo

crea.

—Sí, seguro que hay personas que lo creerán.

Michael sacudió la cabeza.

—Después de tantos años, después de tanto tiempo, ver esa cara otra vez...

Al otro lado del país, Jennifer Riker empezó a temblar. No podía creer lo que veía en la pantalla del televisor. Como un monstruo de película de terror barata, Marty Johnson se alzaba de nuevo. Había tenido la esperanza de tener completamente borrada de su memoria aquella maligna sonrisa de suficiencia, pero allí estaba de nuevo, arrastrando con ella imágenes dolorosas que no desaparecerían ya de su vista: los hematomas en el cuerpecito de Michael, los ojos morados, los traumatismos craneales, los ingresos en el hospital, la expresión de absoluto terror en el rostro del niño.

Y aquel tarado cabrón estaba ahí de nuevo.

Jennifer dejó que la ira creciera, subiera, se hiciera obsesiva. Se concentró en ella, la animó, confió en que bloqueara lo más doloroso de todo.

Michael tenía sida.

Sacudió la cabeza. Pobre muchacho. ¿Cuántas veces había llamado así a Michael? Miles. A pesar de haber nacido con buena presencia, inteligencia y un talento que bastaría para diez personas, la mala suerte no había dejado de perseguir a Michael como un perro fiel.

Jennifer bajó la mirada a la mesa de centro. Por enésima vez leyó el nombre de Susan en el sobre y se preguntó qué debía hacer. La noche anterior había considerado la posibilidad de tratar de localizar a Susan, pero decidió que era una tontería. Bruce estaba muerto. Independientemente de lo que hubiera escrito en aquella nota, eso no cambiaría. ¿Para qué las prisas? Cuando Susan volviera la nota seguiría allí.

Sin embargo, ahora Jennifer ya no estaba tan segura de su decisión. Algo la reconcomía en el fondo de su mente. El suicidio de Bruce, el envío misterioso dirigido a un apartado de correos de California que no utilizaba, los asesinatos, el tratamiento con SR1, la críptica frase del sobre:

*ABRIR DESPUÉS DE MI MUERTE*

Y ahora Michael.

Su tristeza ante todas aquellas malas noticias había acabado por transformarse en algo más, en algo más profundo. Aunque no sabría decir exactamente por qué, estaba asustada. No, algo más que eso. Petrificada. Se riñó a sí misma por ser paranoica, por ver conspiraciones por todas partes. Aun así, no logró ahuyentar la sensación. Allí había algo muy malo, y era algo que tenía que ver con aquellas carpetas médicas de Bruce y aquella nota para Susan.

Jennifer apoyó la cabeza, que no paraba de darle vueltas en una espiral creciente de incertidumbre.

Harvey descolgó el teléfono privado.

—¿Sí?

—Por favor, perdóname, gran señor. Quiero ser tu esclava del amor.

El médico cerró los ojos y se los frotó.

—Cassandra, la verdad es que ahora no es un buen momento.

Un silencio tenso.

—Lo... lo siento, perdona. Llamaré más tarde.

—No, por favor.

—Te he dicho que lo siento. No podría...

—No es eso —la interrumpió él—. Solo es que ahora mismo no tengo tiempo de liarme con nadie.

—Lo estropeé todo, ¿eh?

—No. Es que no tendría que haber sucedido, para empezar.

—Pero todo parecía ir tan bien... Tú mismo lo dijiste.

—Cassandra...

—Tuve miedo, Harv. Y cuando tengo miedo me vuelvo idiota. Hago cosas tontas. Tengo... tengo tendencia a destruir cualquier cosa que me importe para impedir que se acabe por su cuenta, ¿sabes?

—Lo comprendo —dijo él. Hizo una pausa, tomó aliento y luego continuó—: ¿Por qué no nos limitamos a tomárnoslo con calma, vale? Vayamos paso a paso.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —respondió él con una media sonrisa.  
—¿Por qué ese cambio de idea?  
—Me acuerdo de una cosa que una vez dijo Sara de ti.  
—¿Mi hermana?  
—Dijo que tenías un corazón tan grande como una catedral..., a pesar de lo que tú pienses de ti misma.  
—¿Sara dijo eso? —preguntó, incrédula, después de una pausa—. ¿De mí?  
—Sí. Creo que a ella le gustaría que os llevarais mejor.  
—Me parece que me estoy enamorando de ti, Harvey.  
Harvey dejó que una risita le asomara en los labios.  
—Como acabamos de acordar, vamos a ir paso a paso —dijo.  
—Me gustaría.  
—Adiós, Cassandra.  
—Adiós, Harvey.

George descolgó el teléfono.

—Buenas tardes —dijo.  
—Buenas tardes.  
—He estado esperando su llamada —dijo George.  
—Me lo imagino. Perdona.  
—Y he estado esperando el resto del dinero que me debe.  
Silencio.  
—Ya lo sé, George. Lo tendré muy pronto. Se lo prometo.  
—Más otros diez de los grandes.  
—¿Por qué?  
—Recargo por demora. Otros diez de los grandes por semana.  
Su patrón dejó escapar un largo suspiro.  
—Entendido. Diez mil dólares extra.  
—Entonces, perfecto —dijo George—. ¿Tiene otro trabajo para mí?  
—Sí. Pero este será muy distinto y bastante más complicado.  
—Siga.  
—¿Por casualidad vio *NewsFlash* anoche? —preguntó la voz.  
—Naturalmente.

—Entonces se dará cuenta de lo difícil que va a ser este trabajo.

—Ese es mi problema —dijo George—. Usted preocúpese solo de pagarme.

—Entendido.

—¿Cuándo hay que hacer el trabajo? —preguntó George.

—Esta noche.

—No dispongo de mucho tiempo.

—Es que ahora la situación ha cambiado —dijo el patrón—. Tiene que ser esta noche.

—De acuerdo, pero eso le saldrá caro.

—Se lo pagaré. Se lo juro.

George suspiró.

—Y bien, ¿quién es el maricón de la suerte esta noche? —preguntó.

Oyó que, al otro lado del teléfono, el hombre se aclaraba la garganta.

—Michael Silverman.

El doctor John Lowell miró al hombre regordete que estaba al otro lado de la mesa de su despacho. Intentó que el profundo odio que sentía no se le notara en la cara, pero comprendió que era inútil. El reverendo Sanders veía perfectamente su expresión de asco, aunque no parecía molestarle.

—Gracias por recibirme —empezó Sanders—. Le agradezco que haya encontrado un hueco en su apretada agenda.

—Solo tenemos una hora —puntualizó Lowell, impaciente—. ¿Qué quiere?

Sanders se puso de pie y empezó a pasear por el espacioso estudio.

—La verdad es que tiene un despacho hermoso, John —comentó con la sonrisa puesta en piloto automático—. Cada vez que estoy aquí, me siento... como en casa. Es un estudio magnífico.

—Olvídese de eso. Mi hija llegará en cualquier momento.

—¿Y qué?

—Que no quiero que lo vea aquí.

Sanders alargó la mano y cogió una foto enmarcada que estaba encima de la mesa de John.

—Tiene usted unas hijas preciosas, John. La dulce y bella Sara y la..., esto, sex... —Se detuvo y levantó la vista—, la..., esto, escultural Cassandra. Es un hombre muy afortunado. Mire, John, la familia lo es todo. Nuestro país se levantó sobre los principios y valores de la familia. Ahora esos cimientos empiezan a resquebrajarse y venirse abajo. Nuestra tarea, querido John, es reparar las grietas y hacer que los cimientos estén tan fuertes como siempre.

—¿Qué quiere?

—Es muy sencillo. Quiero que continúe usted ayudándome en nuestra cruzada. Quiero que se levante y haga lo que hay que hacer.

—¿Le importaría, por favor, dejarse de tanto bla-bla-bla e ir al grano?

La voz de Sanders continuó inmutable, plácida.

—Dígame, John, ¿por qué no quiso venir anoche a la reunión

extraordinaria?

—¿Es que ha perdido la cabeza?

—No, John, no creo.

—Usted no quiere que se cure esa enfermedad, ¿verdad?

—Dígame, John —insistió Sanders con una sonrisa divertida—, ¿hubiera usted querido curar las plagas de Egipto? ¿Hubiera intentado ayudar a Job, aunque Dios no quisiera que lo hiciera? ¿Le hubiera dicho a Abraham que Dios no quería realmente que sacrificara a Isaac?

—Pero ¿qué demonios...?

—¿Intentaría usted detener la obra de Dios, John? ¿Intentaría unirse a Lucifer para obstaculizar los planes del Señor?

—Baje del pedestal...

—Sabemos que el sida se puede transmitir por los fluidos corporales —lo interrumpió Sanders—, pero si se le ocurre obligar a los médicos y dentistas a que se hagan análisis, los progres se ponen como locos. Empiezan a reivindicar los derechos constitucionales. Muy bien, John, ¿qué pasa con nuestros derechos constitucionales? ¿Qué ocurre con nuestro derecho a conservar la salud? Nosotros les importamos un bledo. ¿Por qué habían de importarnos ellos a nosotros?

John Lowell se lo quedó mirando un momento.

—Usted y Markey dijeron que no estaban haciendo ningún progreso —observó.

—Sí, ya lo sé. También para nosotros fue una sorpresa, John. Los informes que pasaba el doctor Riker nunca mostraron ningún indicio de todo lo que oímos contar a su hija en el programa de televisión de anoche. Nos quedamos tan atónitos como usted.

John se frotó la frente. La voz tranquila de Sanders empezaba a ponerlo nervioso.

—Yo nunca hubiera aceptado que...

—¿Qué, John?

—Lo sabe usted muy bien.

—El hecho, no obstante, es que todavía tenemos un trabajo por completar —dijo Sanders sonriendo de nuevo—. Aunque ahora será más difícil que nunca. Necesitamos que nos ayude, John.

—Está loco. A mi yerno lo están tratando en esa clínica, por el amor de Dios.

Sanders asintió solemne con la cabeza, con una expresión repentinamente seria.

—Lo siento muchísimo por usted y por su hija. Qué espantosa manera de descubrir la verdad sobre Michael, sobre... —Otra vez la pausa teatral— su orientación sexual.

John se debatía por controlar el genio.

—Ya vio usted el reportaje. Michael se contagió del virus por una transfusión de sangre.

—Quizá esté en lo cierto, John —dijo, recuperando la sonrisa—, pero a mí me parece de lo más sospechoso. ¿Una transfusión de sangre en las Bahamas? Tendrá que admitir que es bastante difícil de creer..., sobre todo a la luz de las declaraciones que hizo el propio padre de Michael.

—Padrastro —lo corrigió John—. Un hijoputa ignorante que no ha visto a Michael desde que era niño.

—Ah, ¿sí? Qué interesante. Entonces me pregunto por qué habrá mentido.

John no dijo nada durante un momento y luego entrecerró los ojos al máximo.

—Usted —murmuró.

—¿Perdón?

—Usted lo sacó allí, ¿verdad? Usted pagó a Johnson para que soltara esa basura.

—¿Yo? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Para distraer la atención de los medios. Para arrojar una duda sobre los comentarios favorables en torno a la clínica.

—Bueno, un momento, John. No es muy amable airear acusaciones infundadas sobre el tema.

—¡Lárguese ahora mismo de mi casa!

—Pero si tenemos todavía mucho de lo que hablar, John...

—Lárguese.

—... como la continuidad de su participación en nuestra lucha.

Lowell se puso de pie.

—Dios, es usted un demente. Esto ha ido demasiado lejos. Hay que

detenerlo ahora, antes de que alguien más resulte perjudicado.

—Lamentablemente, John, me temo que la cosa continuará. —Sanders se llevó la mano al bolsillo y sacó una cinta de casete—. Puede que esto lo ayude a volver al camino de los justos.

A Lowell se le fue el color de la cara y su tez rubicunda se quedó casi blanca. Volvió a sentarse.

—¿Qué es...?

—¿Qué hay en la cinta? Una buena pregunta, John. ¿Se acuerda de nuestra primera reunión en el despacho de Raymond? ¿Cuando dijo usted que haría «lo que fuera» para acabar con la clínica de Riker y Grey con el fin de que el Centro del Cáncer obtuviera la financiación necesaria para la nueva ala? ¿Se acuerda de aquella reunión?

—Es usted un hijo de puta.

La sonrisa se hizo más amplia, más feliz. A Sanders el poder siempre le producía aquel efecto.

—Me pregunto qué pensaría de su tierno papá nuestra dulce y preciosa Sara si oyera esta cinta —dijo—. O la prensa.

—Pero acabarían también con usted.

—No, no lo creo, John. Verá, es que esta cinta está montada. Solo se oye su voz.

—Pero yo lo revelaré todo.

—Sí, pero no tiene pruebas, John. Y enfrentémonos a los hechos. Sus acusaciones solo servirían para que yo saliera reforzado en la derecha religiosa. Me verían como el líder que está dispuesto a hacer algo más que hablar. En cambio, usted, por su parte, estaría arruinado..., junto con el Centro del Cáncer.

John abrió la boca, pero al final no dijo nada.

—Sí, John, el Señor se mueve por caminos misteriosos. Ah, pero no se incomode conmigo. Está haciendo lo que debe. Está ayudando a destruir algo que es malo, y a cambio de ello beneficia la lucha contra el cáncer. Está ayudando de verdad al género humano.

—Váyase.

—Tengo un plan que estoy seguro de que le satisfará, un plan que nos ayudará a todos, incluido a su yerno. En nuestra próxima reunión lo sabrá todo

sobre el tema. Raymond lo avisará. Mientras tanto, le aconsejo que mantenga la boca bien cerrada sobre todo esto. Las paredes oyen, ya sabe.

Le hizo un guiño, exhibió una última sonrisa y se dirigió hacia la puerta.

—Después de todo, John, usted es uno de los nuestros.

Una vez que hubo salido, Lowell continuó sentado a solas en su estudio. Tenía la mirada fija en una estantería, sopesando sus opciones. Pasados cinco minutos se levantó, abandonó el despacho y cerró la puerta tras de sí.

En cuanto se cerró la puerta, se abrió la de un armario. Cassandra apareció de detrás de la gabardina Burberry de su padre y salió al despacho. Todavía temblaba.

El teniente Max Bernstein avanzaba por el pasillo de la tercera planta del pabellón Sidney. Estaba a punto de entrar en el laboratorio cuando oyó la voz del doctor Eric Blake que procedía de justo detrás de la puerta.

—Puede que lo que Markey insinúa no sea tan terrible —dijo Eric.

Hubo un breve silencio. Luego, Harvey intervino:

—¿No te das cuenta de lo que quiere hacer?

—Pues claro que me doy cuenta, pero tal vez podamos darle la vuelta a nuestro favor.

—¿Cómo?

—Si mantiene su palabra —continuó Eric—, el gobierno tendrá que financiarnos la clínica durante unos cuantos años más, por lo menos hasta que el pronóstico de Michael esté claro, y además de eso tenemos las nuevas donaciones que nos llegan por la línea de teléfono gratuita. Eso puede darnos tiempo suficiente para perfeccionar el SR1...

—Y retrasar su puesta en marcha dos o tres años —lo interrumpió Harvey—. Lo que Markey intenta es que tengamos que volver a empezar.

—Bueno, podría haber sido peor. Podría habernos cerrado sin más.

Max esperó a oír la respuesta de Harvey, pero como no daba ninguna apareció ante ellos.

—Buenos días, doctores.

Ambos estaban de pie con un microscopio delante. Sus cabezas giraron en dirección a la puerta al oír la voz de Max.

—Buenos días, teniente.

—¿Dónde está esta mañana el jefe de laboratorio? —preguntó Max mientras recorría la sala con la vista.

—¿Winston O'Connor? Se ha tomado unos días libres.

Max asintió vigorosamente, mientras hacía girar un lápiz entre los dedos como si fuera un bastón de mando. Empezó a pasear por el laboratorio cogiendo y dejando objetos al azar.

—Tienen los dos un aspecto espantoso —dijo.

—Ha sido un mal día —contestó Harvey.

—¿Y eso?

—Esta mañana ha venido a verme Ray Markey.

—¿El tipo de Washington?

—El mismo.

—¿Y qué tenía que decirle?

Harvey le contó toda su conversación con el doctor Raymond Markey. Max asentía mientras seguía paseando por el laboratorio, sin volver nunca los ojos en dirección al que hablaba. Para quienes no lo conocían, parecía no estar prestando la menor atención.

Sí que, sin embargo, se detuvo y examinó a Eric Blake como si fuera la primera vez que lo veía. Zapatos bonitos, traje caro, camisa de vestir con sus iniciales bordadas, corbata roja, tirantes a juego. Se lo veía algo tenso. Por cómo se comportaba lo parecía aún más. La verdad es que Eric tenía más pinta de embaucador de Wall Street que de médico altruista.

Cuando Harvey hubo terminado, Max cogió un tubo de ensayo, lo examinó y dijo:

—Interesante.

Eric le arrebató el tubo al teniente.

—¿No le importa? —le preguntó, irascible—. Esto son experimentos importantes.

—Perdón.

Max empezó a pasear en otra dirección. A juzgar por las pocas frases que Max había oído desde el pasillo, Eric Blake no veía en la visita del doctor Markey razones para tener miedo. De hecho, no parecía nada preocupado. Interesante, otra vez.

«A ti se te escapa alguna cosa, Max. Alguna cosa gorda. Piensa, ¡maldita sea!».

Pero no se le ocurrió ninguna idea, solo notaba una inquietud constante, incómoda, en la mente.

—Vamos a ver si lo veo claro —dijo—. Markey quiere convertir a Michael en un conejillo de Indias para ver si funciona el SR1, ¿es eso?

—Algo así, sí.

—Entonces —asintió de nuevo Max—, no podemos ocultar a Michael con los otros pacientes. Pero, de nuevo, no hay ninguna razón para ocultarlo, ¿o sí?

—¿Ocultarlo? —dijo Eric, dando un paso adelante—. ¿De qué está usted hablando?

—No hay problema, Eric —respondió Harvey—. El teniente y yo ya hemos hablado del tema. Decidimos poner a los pacientes ya curados en una casa de seguridad de la policía para protegerlos de ese Destripador de Gais.

—¿Dónde?

—Es un secreto —respondió Max sonriendo—. De ahí que se llame «casa de seguridad».

—¿Seguridad frente a nosotros?

—Sí.

—Pues no entiendo por qué —continuó Eric—. ¿Es que no podemos simplemente mejorar nuestra seguridad y seguir teniéndolos aquí?

—Podríamos —puntualizó Harvey—, pero a los dos nos pareció que esta era la mejor solución. Tener a un ejército de policías patrullando por toda la clínica sería mucho más perjudicial a la hora de hacer funcionar unas instalaciones médicas de primer nivel. Y otra cosa. A Martino lo mataron en este mismo edificio, y mientras yo estaba aquí. Sería imposible garantizar del todo la seguridad de los pacientes.

—¿Y entonces qué ocurre con el tratamiento médico? —preguntó Eric.

—El teniente me ha asegurado que tiene un hombre cualificado que seguirá minuciosamente nuestras instrucciones. ¿Es así, teniente?

—Correcto. No los tocaremos sin el visto bueno de ustedes.

—De momento, ya he informado al teniente de que allí no tienen que tocar ni manipular a los pacientes de ningún modo.

Eric no dijo nada. Max se aclaró la garganta.

—Y ahora que ya hemos aclarado esto —dijo—, ¿cuántos pacientes curados siguen vivos?

—Tres —respondió Harvey—. Y para responder a su otra pregunta, no, no hay ninguna razón para ocultar a Michael del asesino, puesto que no es un paciente curado. No obstante, sugeriría que pusieran unos cuantos hombres más en los accesos.

—De acuerdo —asintió Max—. ¿Dónde están esos tres pacientes?

—Están todos aquí.

—Bien. ¿Ha tenido oportunidad de repasar los archivos privados del doctor Grey?

Harvey asintió lentamente.

—¿Tiene la lista de las fichas del doctor Grey que faltan?

—Aquí está.

Harvey tendió a Max una hoja de papel y dio un paso atrás. Max echó un vistazo a la lista de nombres. Sacudió la cabeza, se quitó el lápiz de la boca y tachó tres nombres:

*Krutzer, Theodore*

*Leander, Paul*

*Martino, Riccardo*

*Singer, Arnold*

*Trián, Scott*

*Whitherson, William*

—Déjeme adivinarlo —dijo Max en tono precavido—. Los tres pacientes con VIH negativo supervivientes son Krutzer, Leander y Singer.

Harvey asintió en silencio.

Max se guardó la lista en el bolsillo y se dirigió hacia la puerta.

—Entonces, vamos a empezar a preparar el traslado a la casa de seguridad.

—Estupendo. Te veré más tarde, Eric.

—De acuerdo.

Después de que ambos salieran de la habitación, Eric Blake fue al armario de su archivo personal. Se inclinó, abrió el cajón de abajo y metió la mano

para buscar algo al fondo. Apartó con sus hábiles dedos algunos papeles sueltos y rebuscó bien hasta tocar un cristal tibio.

Eric se aseguró rápidamente de que nadie lo veía y sacó un tubo de ensayo lleno de sangre.

Al sargento de policía Willie Monticelli le faltaban tres años para cobrar la pensión. Era un veterano que llevaba veintisiete años en el cuerpo y había trabajado más de diez años en Homicidios. Para muchos aquello parecía un trabajo emocionante, pero la mayor parte del trabajo resultaba tan estimulante como observar cómo se secaba la pintura. Consistía, sobre todo, en seguir pistas inútiles, interrogar a personas hostiles que no sabían nada, escribir meticulosos informes sobre el desarrollo del trabajo que nadie leía nunca y, lo peor de todo, realizar inspecciones.

En aquel preciso momento, Willie Monticelli cumplía su segundo día de inspección. El primer día había tenido el resultado habitual: nada de nada. Cero. El sospechoso X no había hecho nada que pudiera calificarse ni siquiera de ligeramente sospechosa. El día dos, sin embargo, el asunto cambió de manera radical. El día dos, el sospechoso X había tomado un avión a Washington D. C.

A primera hora de la mañana, Willie había seguido al sospechoso X al aeropuerto de La Guardia, donde compró un billete para el vuelo 105 de la American Airlines a Washington. Willie hizo lo mismo. Cuando el sospechoso X aterrizó en el aeropuerto internacional Dulles, alquiló un coche en Hertz. Willie hizo lo mismo. Ahora los dos circulaban en sus coches por Rockville Pike. Con destino... todavía desconocido. A Willie no le preocupaba la posibilidad de perder al Chevy Camaro gris que llevaba delante. Era el mejor hombre sombra de la profesión. Podía pegarse a la sombra de un individuo como unos muslos sudados a la tapicería de un coche.

Sacudió la cabeza. Bernstein el Tics había vuelto a lograrlo. Aquel chico era más raro que un perro verde, de eso no había duda, pero Willie repasó sus casi treinta años en la policía y no logró dar con un tipo mejor que Bernstein para dirigir la investigación de un homicidio. Aquel chico era algo más que listo; ¡puñetas!, si Homicidios estaba lleno de tipos listos. No, pensó Willie,

la gran rareza de Tics era que se alzaba muy por encima de los demás. Los hechos retorcidos y deformados no constituían un problema para Bernstein. Aquel chico entendía hasta las mentes más piradas.

El coche del sospechoso giró, se detuvo delante de un puesto de guardia y luego siguió adelante. Willie detuvo el coche y leyó el letrero:

INSTITUTOS NACIONALES DE LA SALUD

Sara se desvistió rápidamente, se sentó sobre la fría camilla y esperó. Mató el tiempo leyendo dos veces los diplomas médicos de la doctora Carol Simpson y contando las baldosas del suelo. Noventa y cuatro en total.

La doctora Simpson llegó con una sonrisa de disculpa.

—Perdona —dijo—. Ha sido una semana muy atareada.

—Me hago cargo.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien.

Carol respiró hondo, aguantó la respiración y luego fue soltando el aire.

—Mira, Sara, puedo hacer dos cosas. Puedo hacerme la tonta por ahí y fingir que vivo en una burbuja y no me he enterado de la enfermedad de Michael, o puedo simplemente decir que lo siento. Y que si puedo hacer algo por ti...

—Solo una cosa —dijo Sara—. Ayúdame a que Michael sea padre de un niño sano.

—Haré todo lo que pueda, pero tengo que ser sincera contigo. No va a ser un embarazo fácil. Normalmente te diría que evitases cualquier estrés, pero comprendo que en tu caso eso va a ser imposible. Lo único que puedo es recomendarte que lo reduzcas al máximo. Intenta mantener la rutina habitual.

—Mañana retomo el trabajo en el programa —informó Sara—. Ahora que el tratamiento va a ser más intenso, ya no me quedaré a dormir en el hospital.

—Bien.

—Doctora Simpson...

—Carol.

—Carol, ¿qué posibilidades hay de que lleve el embarazo a término?

La doctora volvió a inspirar profundamente, a guardar el aire en los pulmones y en los carrillos hinchados y a soltarlo después muy poco a poco.

—No lo sé —respondió finalmente—. El mes o los dos meses siguientes serán cruciales. Si conseguimos superarlos, la cosa será más fácil. Y ahora, ¿por qué no te tumbas y te relajas?

El cuerpo de Harvey transpiraba agotamiento por todos los poros. Deseaba encontrar una manera de desconectar, de olvidarse de aquel lugar aunque solo fuera unos minutos, de recargar su batería vacilante. Sin embargo, no había escapatoria, y la verdad era que no la había porque no aceptaba tenerla. Para él la clínica era demasiado importante para perder el tiempo en cosas vulgares o triviales.

Abrió la puerta de su despacho. Estaba a oscuras. Ninguna luz encendida. Ninguna ventana que ofreciese algo de luz. Buscó el interruptor.

—Cierra la puerta —ordenó una voz ronca.

Harvey se quedó de una pieza al ver a Cassandra. Estaba plantada de pie delante de la mesa con una bata blanca corta cuyo brillo contrastaba magníficamente con el tono moreno mediterráneo de la parte de arriba de sus muslos. El pelo largo y negro ligeramente revuelto, con un par de rizos apretados que caían y le tapaban un ojo. Le sonrió con una sonrisa salvaje, seductora, tentadora, que Harvey notó hasta en los dedos de los pies.

—He dicho que cierres la puerta.

Harvey tragó saliva y obedeció.

Cassandra se soltó la bata y dejó que se abriera ligeramente insinuando las delicias que ocultaba debajo.

Harvey volvió a tragar saliva.

La bata se deslizó de sus hombros hasta el suelo. Debajo llevaba solo un liguero negro y un sostén de encaje.

—Te estaba esperando —ronroneó.

Sin apartar su tórrida mirada de la de él, Cassandra se sentó sobre la mesa y fue inclinándose despacio hasta quedar tendida boca abajo. Se dio la vuelta, estirando los brazos por encima de la cabeza y arqueando la espalda. A continuación se puso de lado, con la cabeza apoyada en la mano.

Volvió a sonreír.

Los ojos de Harvey recorrían despacio hasta el último centímetro de aquel cuerpo, de cada una de sus cautivadoras curvas. Tenía un cuerpo absolutamente fantástico. Unas piernas larguísimas hasta un vientre plano, unas caderas y una cintura que semejaban un reloj de arena, y aquellos pechos poderosos y hombros suaves. Increíble. Era de una voluptuosidad casi imposible.

Harvey notó crecer en su interior aquella agitación conocida, inquietante. Trató de volver a tragar saliva, pero la boca se le había quedado completamente seca.

—Creí que estábamos de acuerdo en tomarnos esto con calma —consiguió decir.

Ella soltó una carcajada, lanzó la cabeza para atrás y lo invitó, tanto con la mirada como con una seña, a que se le acercara.

—Cuanta más calma, mejor —le dijo.

Max conducía el coche familiar alquilado hacia Nueva Jersey por el puente George Washington. En el asiento de atrás iban en silencio Theodor Krutzer, Paul Leander y Arnold Singer. Tenían un aspecto, pensó Max, sorprendentemente sano y tranquilo. A los tres les habían diagnosticado el virus del sida dos años antes, pero Max nunca lo hubiera sospechado. No dejaba de volverse hacia atrás y lanzarles miradas. Su aspecto saludable y su buen humor, de los que nunca habían hecho gala los muchos amigos y amantes que Max había visto destrozados por el virus, le recordaban constantemente la importancia de resolver aquel caso.

Cuando entraban en Nueva Jersey, el busca de Max sonó. Entró en una gasolinera de la Gulf en la carretera 4 y aparcó junto a una cabina de teléfonos.

—Tengo que hacer una llamada —les dijo a los tres hombres que llevaba en el asiento de atrás. Se bajó del coche y marcó el número de la comisaría—. Max Bernstein —dijo.

—Sí, teniente, tenemos una llamada del sargento Monticelli. Le pongo en contacto con él.

Se oyó un clic.

—¿Tics?

—Sí, Willie, soy yo. ¿Dónde estás?

—En Bethesda, Maryland —contestó—. Adivina qué sureño profesional que trabaja de técnico de laboratorio está de visita en los Institutos Nacionales de Salud.

Max notó un extraño mariposeo en la boca del estómago.

—Winston O'Connor.

—Premio. Así que he revisado su ficha a conciencia. Lo de su infancia en Alabama y esa mierda. Pero todo está en orden. No hay puntos débiles. Nada sospechoso. Completamente limpio. Perfecto.

—¿Demasiado perfecto?

—Ajá. Un tipo así tiene que ser una trampa.

Max saludó con la cabeza a nadie en particular.

—Gracias, Willie. Ya puedes volver. No hay ninguna razón para seguir tras él.

—Eso haré, Tics.

Cuando Max llegó a la casa de seguridad, habló en privado con el doctor Zry, su mejor médico (y el más callado).

—Tengo algunas instrucciones muy concretas para usted —le comentó.

—¿Como cuáles? —se apresuró a preguntar el doctor Zry.

—Quiero que tome muestras de sangre a los tres pacientes —indicó Max.

—Pero creía que los tipos de la clínica habían dicho que no tocásemos...

—Ya sé lo que dijeron —lo interrumpió Max—. Por eso quiero que esto sea nuestro pequeño secreto.

George entró en el sótano de la clínica a las cinco en punto de la tarde. A pesar de que había guardias patrullando por todas las entradas más directas, no tuvo ningún problema para introducirse en el edificio por un túnel que daba acceso al sótano. Tampoco sería ningún problema salir por el mismo camino. Se había pasado casi todo el día estudiando una fotocopia de los planos del edificio y había organizado un plan que seguro que no le iba a fallar.

Michael Silverman estaba en una habitación privada de la tercera planta, a

no más de diez metros de la escalera y del ascensor. George todavía no estaba seguro de qué elegiría para huir, pero se inclinaba más bien por el ascensor. En la tercera planta no había más pacientes, y a partir de las ocho de la tarde estaría vacía, a no ser que quedase alguien en el laboratorio, al otro extremo del pasillo.

«Hora de volver a comprobar el plan».

Se sacó el plano del bolsillo y lo desplegó con calma. Fue siguiendo el dibujo con el dedo hasta dar con la tercera planta. Entornó los ojos. La habitación de Michael estaba ahí; el laboratorio, allí, y justo aquí había dos habitaciones vacías; a la derecha, el armario de almacenaje; a la izquierda, los suministros médicos bajo llave. Eso era todo. No había pasado nada por alto. Solo tendría que vigilar a la enfermera y esperar a que saliera de la habitación de Michael.

Volvió a cerrar la copia del plano y se la guardó en el bolsillo delantero del pantalón. Se preguntó si Michael Silverman sería otro mariconazo de esos o si de verdad habría pillado la enfermedad con una transfusión. Probablemente un pirado más. Su matrimonio con Sara Lowell no era más que fachada.

Apoyó la espalda contra la pared de ladrillo y esperó.

George consultó la hora en su reloj.

Las siete cuarenta y cinco de la tarde.

Ya estaba en la tercera planta, preparado para pasar a la acción. Solo faltaban unos pocos minutos.

Desde su escondrijo, detrás de la puerta del laboratorio, George observó a Sara Lowell y a Reece Porter abandonar la habitación de Michael. Perfecto. Justo a su hora. Diez minutos antes había salido el doctor Harvey Riker. Así que ahora Michael Silverman estaba solo en su habitación y probablemente dormido.

George escuchó con atención, pero no oyó ninguna voz. Sara y Reece esperaban el ascensor en absoluto silencio. No había nada que decir, supuso.

«Bueno, mañana tendrán mucho de lo que hablar».

El conocido flujo de adrenalina empezaba a crecer en su interior, pero George conservó la calma. No había ninguna razón para precipitarse. La precipitación lleva a equivocarse.

Sabía que tendría que esperar unos minutos más, hasta que la enfermera fuera a echar un vistazo a Silverman. Cuando saliera de la habitación, George estaría en condiciones de recorrer el pasillo y pasar un rato interesante con Michael. ¿Y tú qué sabes? Estate atento. George no iba a tener que ser paciente por mucho rato más.

La enfermera ya estaba ante la puerta de Michael.

No más de dos minutos después de que se hubieran marchado Reece y Sara, Janice Matley entraba en la habitación de Michael. Llegaron a sus oídos una mezcla de reconfortadoras notas de Mozart que brotaban del casete y los ligeros ruidos que emitía Michael en su sopor.

«Ha caído redondo —se dijo la enfermera para sus adentros—. Duerme como un tronco, pobrecillo». No solo tenía que lidiar con ese virus espantoso,

sino que además debía pasar el trago con todo el mundo pendiente de él. Una puñetera lástima, eso es lo que era. A un joven tan agradable como aquel.

Una puñetera lástima.

Echó un vistazo al gráfico. De acuerdo con el registro, el doctor Riker le había puesto a Michael la inyección de SR1 hacía menos de una hora. Eso quería decir que no había que volver a despertarlo durante las cuatro horas siguientes. Muy bien. El Señor sabía que al muchacho le vendría bien un poco de descanso. Miró el reloj. Las ocho menos diez. Se iría abajo hasta la una de la madrugada. Entonces volvería a ponerle la inyección.

Bajó la cortinilla de la ventana de la puerta y salió de la habitación. Cuando estaba a punto de empezar a bajar las escaleras, algo la hizo pararse en seco. No podría decir qué fue exactamente. No había habido ningún ruido, ninguna voz, ningún crujido en el laboratorio. Solo el zumbido constante de los fluorescentes del techo. Esas puñeteras luces hacían un ruido de lo más molesto. «Pueden mandar a un hombre a la Luna —pensó—, pero son incapaces de fabricar un tubo de esos que no suene como una avispa cabreada».

Paseó la mirada por el pasillo vacío, pero no vio nada fuera de lugar. Sacudió la cabeza como en un vago intento por aclarársela. Pero ¿qué la tenía tan inquieta en este mundo de Dios? Nada. Nada de nada. Todo estaba silencioso y tranquilo. O tal fuera esa misma tranquilidad lo que la espoleaba. Tal vez fuera la sensación de desierto absoluto la razón de su pausa. Porque cuando algo estaba tan en silencio, tan condenadamente quieto, era casi como si alguien lo hiciera estar así adrede, como si alguien estuviera tan inmóvil que hiciera lo mismo con todo el edificio.

Janice decidió que todavía no bajaría por las escaleras. Lo que hizo fue dirigirse hacia el laboratorio, al otro extremo del pasillo.

Aquello era algo que George no tenía calculado.

¡Mierda! Pero ¿qué coño hacía aquella zorra idiota?

«Tranquilo, George. ¿Qué mal puede hacer?».

«Puede verme. Demonios, seguro que me va a ver».

«Entonces tendrás que ocuparte del problema, ¿no es eso?».

¡Maldita sea! Odiaba los cambios de planes, y aquella enfermera gorda lo había cambiado todo, joder.

«Vale, tranquilízate. Que no cunda el pánico».

«¡Pero si viene para aquí!».

Oía perfectamente a la enfermera dirigirse hacia él. Caminaba vacilante, pero con autoridad. Se preguntó cómo reaccionaría quien le había contratado ante la muerte de la vieja enfermera. No estaría muy contento, supuso George. De lo más cabreado, de hecho. Sin embargo, George no podía preocuparse ahora de eso. Tenía preocupaciones francamente mayores. Tenía que llegar hasta Michael Silverman antes de que volviera el puñetero doctor.

Apoyó la espalda en el hueco de la puerta del laboratorio y esperó. Por el sonido de los pasos, la vieja no podía estar a más de diez metros de distancia. Metió la mano en el bolsillo y sacó el estilete. Ahora no estaba a más de un metro.

Tensó los músculos y se preparó.

Dos pisos más abajo, Sara caminaba al lado de Reece Porter.

—Oye, Reece.

—Dime.

—¿Cómo lo has visto?

Reece Porter se encogió de hombros. Nada más oír la declaración de Michael, Reece se había marchado del vestuario de los Knicks, había tomado un taxi al aeropuerto de Seattle, había esperado ocho horas al próximo avión para Nueva York, había cruzado el país, se había pasado el día tratando de descubrir dónde estaba Michael, había localizado a Sara en el despacho de la doctora Simpson y luego había obtenido el permiso de Harvey para visitar a Michael. Veinticuatro horas larguísimas.

—Lo he visto bien —respondió al fin—. Mikey parecía cansado, más que nada.

—Es por el SR1, creo —apuntó Sara—. Me alegro de que hayas venido, Reece. Para él significa mucho.

Reece se encogió de hombros.

—¿Y tú cómo te encuentras? —preguntó.

—Estoy bien.

—Ya, sí, claro.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues mira cómo andas, eso para empezar. Es como si alguien te hubiera congelado la pierna.

Era cierto. Durante todo el día había tenido calambres en la pierna; los pinchazos de dolor le perforaban los huesos. Cada paso era un nuevo suplicio.

—Me recuperaré. Solo es que tengo la pierna un poco rígida.

—Entonces espera aquí —dijo Reece—. Traeré el coche.

—Puedo andar.

—Te juro, Sara —y Reece negó con la cabeza—, que eres más fastidiosa que Mikey. Tú espera aquí y deja de ser tan testaruda. Siéntate.

Sara obedeció con una débil sonrisa.

—He aparcado en el parking para las visitas de la calle Ciento sesenta y siete —continuó Reece, dirigiéndose hacia la salida—. Tardaré diez minutos.

—Aquí estaré.

Echó una mirada a su alrededor. En la puerta había dos guardias de seguridad armados, además de dos policías de paisano metidos en sus coches delante de la puerta de la clínica. La pierna le latía como si el corazón se le hubiera bajado hasta la zona de encima del tobillo. La pondría en remojo en cuanto llegara a casa. Sí, se daría un baño caliente bien largo, buscaría un buen libro, se taparía con muchas mantas y almohadas y...

¿Y qué?

«Me quedaré tumbada y me preocuparé», supuso. Cuando le explicaron por primera vez lo de la enfermedad de Michael, fue como si la noticia no le llegara. Como si su mente hubiera edificado una barrera (en realidad, más bien un cedazo) que admitía los hechos, pero dejaba fuera las emociones y ramificaciones. Por desgracia, los agujeros del cedazo empezaban a ensancharse. Se habían ensanchado lo suficiente para permitir que la realidad se introdujera en su pensamiento consciente.

Sara ya había hecho unos cuantos reportajes sobre la epidemia de sida. Había visto qué les hacía a las personas; cómo el virus se las comía vivas desde dentro. En su mente aparecieron un torbellino de imágenes devastadoras, y lo mismo que el horror causado por el sida, aquellas imágenes

se precipitaban sobre ella sin ningún orden especial.

«Cuerpos destrozados que son ya poco más que un campo de batalla indefenso ante la enfermedad: sarcoma de Kaposi; neumonía por *Pneumocystis carinii*; linfoma linfoblástico; fiebres extremas de más de 40.5 °C; infecciones respiratorias; colapso absoluto de los sistemas del organismo; deterioro mental; delirio hasta el extremo de balbucir como un enfermo de Alzheimer; grandes dificultades para respirar; pulmones encharcados que deben drenarse mediante la introducción de un tubo en la caja torácica; debilidad progresiva, hasta el punto de que comer resulta imposible; comas que van y vienen; un bello rostro joven que se transforma de la noche a la mañana en una máscara macilenta, una calavera; físicos sanos que se desintegran en poco más que unos huesos quebradizos de los que cuelga el pellejo; lesiones dolorosas y antiestéticas generalizadas; úlceras en el interior de la boca tan inflamadas que al tragar solo se oyen ruidos de asfixia; ningún control de las deposiciones; sensación de agonía permanente, de la que es imposible escapar; ojos capaces de ver de verdad a la muerte plantada detrás de la esquina, esperando con paciencia el momento de abalanzarse y reclamar su conquista...

Y el miedo a la enfermedad, la confusión, la discriminación. Incluso ahora, el veinticinco por ciento de los estadounidenses sabían tan poco del sida que creían en serio que se podía transmitir simplemente por donar sangre.

No, no había nada bonito en el sida, nada romántico, nada novelesco, nada cinematográfico. Solo dolor, horror y muerte. Con el sida, el cuerpo y la mente de uno pelean en una batalla constante contra una enfermedad angustiosa tras otra enfermedad angustiosa. Contra el sufrimiento tras un brote devastador tras otro, sin tiempo para recuperarse, como en un combate en el que un luchador mediocre y ya debilitado no tiene más remedio que aguantar un asalto más contra el campeón. Solo que con el sida no había oportunidad de recuperarse con un golpe afortunado.

Y, al final, uno perdía.

Recordó lo que Harvey les había contado a Michael y a ella no hacía más de una hora sobre la visita de Raymond Markey. Y, aun así, cuando consideraba la dureza cruel del virus del sida, Sara no lograba comprender las palabras de él. ¿De verdad que era posible que alguien intentara impedir

conseguir una cura? ¿Era posible que alguien intentara dar marcha atrás al reloj para retrasar un tratamiento eficaz para decenas e incluso centenares de miles de seres humanos? La desproporción de esa crueldad la dejaba anonadada.

¿Podía haber alguien tan desesperado por hacer que el virus del sida continuara vivo que llegara a asesinar? Eso no tenía sentido. Y todo aquello lo único que lograba era que le entraran más ganas de hablar con Michael, de como mínimo verlo una vez más antes de irse a casa.

—Hola, Sara.

Levantó la vista. Eric estaba de pie delante de ella. A pesar de que llevaba más de cincuenta de las últimas sesenta horas trabajando, se le veía fresco y arreglado.

—¿Estás bien? —le preguntó con una cálida sonrisa.

Sara asintió.

—¿Te vas a casa?

—Sí. Estoy esperando a Reece.

—Yo también me voy. No he dormido desde hace... Ni siquiera me acuerdo de la última vez que dormí. Pero antes de irme tengo que subir corriendo al laboratorio y meter esto por debajo de la puerta.

—¿Es algo importante?

—No, la verdad. No es más que una nota para Winston O'Connor. Harvey quiere que nos reunamos todos mañana por la mañana.

—Ah, si quieres, yo te la puedo subir.

Eric la miró, perplejo.

—Pero si acabas de decir que ya te ibas —dijo.

—Sí, me voy. Quiero decir que me iré. —Se apoyó con fuerza en el bastón para ponerse de pie—. Es solo que...

—¿Que qué?

—Que quiero ver otra vez a Michael —le respondió, encogiéndose de hombros.

—Lo más probable es que esté durmiendo, Sara.

—Ya lo sé. No quiero despertarlo. Es solo que... No lo sé. Solo quiero asomar la cabeza y asegurarme de que todo está en orden.

—Lo comprendo. —Eric puso una sonrisa tensa—. De verdad que lo

comprendo, pero no me parece que...

—Por favor —insistió ella—. Para mí es importante.

Eric vaciló. Luego dijo:

—Vale, aquí tienes la nota. Si sigue despierto, dale las buenas noches de mi parte también.

—Lo haré. Gracias, Eric. —Tomó el papel de su mano, le dio un beso en la mejilla y apretó el botón de llamada. Un momento después subía en el ascensor hacia la tercera planta.

Janice Matley vio primero las deportivas de George.

Las puntas asomaban por la puerta del laboratorio. Eran unas deportivas negras, o al menos la punta delantera era negra. Con las deportivas tan llamativas que hoy en día usaban los chavales, ¿quién podría adivinar de qué color sería el resto de la zapatilla? Su nieto tenía unas Nike Air Jordan con más colores que un arcoíris. Tragó saliva.

—¿Quién está ahí? —preguntó en voz alta.

Oyó con sorpresa que su voz sonaba firme, confiada.

—He dicho que quién está ahí.

Vio que el pie se deslizaba hacia delante. Al final resultó que la zapatilla era completamente negra. Unas Reebok, para ser concretos. Un hombre, un hombre muy grande, salió a continuación de las deportivas. Iba totalmente de negro. Zapatillas negras, calcetines negros, pantalones negros, jersey negro. Llevaba las mangas de la camisa arremangadas y dejaba ver unos brazos fornidos del tamaño de los de Popeye. Dio un paso para plantarse en el hueco de la puerta y le sonrió. Una sonrisa amplia, vistosa, pero mayormente... inexpresiva. No se reflejaba en ninguna otra parte de la cara. Cuando Janice levantó la mirada y vio sus ojos oscuros, sombríos, un escalofrío le revolvió el vientre.

Porque, una vez más, lo comprendió.

—Hola —dijo el hombre—. Una noche agradable.

Janice no llegó a tener oportunidad de reaccionar. George le colocó la palma de una mano en la nuca y tiró de ella hacia delante. Con la otra hizo saltar el muelle lateral del estilete, y los veinte centímetros de hoja quedaron

al descubierto. La punta del fino acero penetró en el hueco de la garganta de Janice y le atravesó la tráquea. Unos espesos chorros de sangre caliente saltaron a la cara de George cuando el estilete salió por la parte de atrás del cuello, unos centímetros más abajo de donde su mano le sujetaba la cabeza.

La mirada de Janice se clavó en la de él. Veía su propia cara de horror reflejada en la fría inexpresividad de los ojos del asesino. La sujeción en la nuca se hizo más fuerte. Se atragantó por un momento con su propia sangre y luego los ojos se le giraron hacia el interior de la cabeza. Los últimos sonidos que oyó fueron el zumbido de los fluorescentes y los ruidos de asfixia inhumana que seguían queriendo pasar más allá de los labios.

George miró cómo el cuerpo se derrumbaba sobre el suelo con el estilete todavía clavado en la garganta. Sacó un pañuelo con toda la calma y se limpió la sangre de la cara. Asqueroso. Demasiado asqueroso para un profesional como él. Había salpicaduras de sangre por todas partes, pero ahora no tenía tiempo de limpiarla. Tenía que moverse deprisa.

Con un suspiro resignado, George arrastró el cuerpo a uno de los cuartitos que servían de almacén. Una vez dentro, tiró fuerte de la cuchilla para liberarla de la zona de la garganta. El cadáver soltó el arma como a regañadientes, con un ruido de succión. George cerró la navaja, se la guardó en el bolsillo y salió al pasillo camino de la habitación de Michael.

Cuando llegó a la puerta trató de atisbar el interior de la habitación a través de la cortinilla del cristal de la puerta, pero estaba cerrada. Giró lentamente el pomo y empujó la puerta para abrirla. Igual que Janice Matley antes que él, oyó la respiración profunda de Michael y los violines del casete. Se preguntó cuál había de ser el paso siguiente, y tomó una decisión. Encendería las luces. Quería ver bien lo que hacía. Seguro que a aquella enfermera vieja no le importaba y en el resto de la planta no había nadie. Un poco de iluminación le vendría muy bien. Además, ¿qué riesgo había? Si Silverman se despertaba, cosa muy poco probable de todas formas, George se le echaría encima antes de que pudiera parpadear.

Buscó el interruptor con los dedos y lo encendió. Se hizo una luz potente, repentina, pero Michael ni se movió. El pecho le seguía subiendo y bajando al mismo ritmo constante e imperturbable. Nada sorprendente. Pero en ese momento, cuando George empezaba a acercarse a la cama de Michael, algo

sorprendente sucedió.

George oyó que se abría la puerta del ascensor.

Durante el trayecto en el ascensor, Sara se concentró con todas sus fuerzas en una cosa absolutamente intrascendente: ¿qué haría primero, meter la nota por debajo de la puerta del laboratorio o asomar la cabeza por la puerta de Michael? Cuando se abrieron las puertas del ascensor decidió que primero metería la nota por debajo de la puerta del laboratorio. Sabía que si miraba primero a Michael y luego iba al laboratorio, al volver desearía echar una segunda ojeada.

Al salir del ascensor, el dolor de la pierna era insoportable. Miró el reloj. Reece tardaría por lo menos otros cinco minutos. Bien. Estaba realmente contenta de que hubiera venido ese día de visita. Estaba segura de que a Michael también le había emocionado. Reece significaba muchísimo para él. Los unían unos lazos especiales, unos lazos que solo unos compañeros de equipo...

Sara se quedó helada, con los ojos como platos.

«Oh, Dios mío...».

Miró al fondo del pasillo, en dirección al laboratorio. Parecía que algún crío había plantificado en las paredes unas manos llenas de pintura roja. Solo que aquello tenía una textura demasiado fina para ser pintura, un color demasiado oscuro para ser ketchup, una consistencia demasiado viscosa para ser otra cosa que sangre.

«Tal vez a alguien se le ha caído una muestra de sangre cuando iba al laboratorio».

Pero, entonces, ¿cómo explicar ese pequeño detalle de que la sangre salpicara todo el pasillo?

«Tal vez quien fuera que venía ha tropezado y las muestras de sangre han salido volando por todo el pasillo y...».

¿Y nadie lo ha limpiado? Buen intento, Sara.

El corazón le latía con fuerza en el pecho cuando otra idea se abrió camino entre la confusión y ocupó el primer puesto en su cabeza: «Michael».

Dio media vuelta y arrancó cojeando camino de la habitación de Michael.

Las rodillas le temblaban de miedo cuando vio que tras la cortina de la puerta había luz.

«¿Por qué está encendida la luz de Michael? ¿Qué demonios...?».

Durante un breve instante, la luz formó una silueta en la cortina de la ventanilla. Una imagen fugaz, pero tan clara como aquellas siluetas presidenciales que los niños recortaban en el colegio durante la Semana de los Presidentes.

La silueta de un hombre.

Sintió que la pierna se le anclaba al suelo, pero pudo arrastrarla como si fuera un objeto inanimado. Cuando llegó a la puerta, agarró el pomo y empujó sin titubear. Entró renqueante, buscando con la mirada.

Nadie.

Su mente parecía un torbellino sin control. No había nadie en la habitación salvo, naturalmente, Michael. Estaba durmiendo. ¿O no? Sí, tenía los ojos cerrados, pero había algo muy raro, algo tan evidente y, sin embargo, tan sutilmente terrorífico que sintió una opresión en el pecho. No podía respirar. Si Michael dormía, simplemente, entonces, ¿cómo es que tenía la cara hacia el otro lado? ¿Cómo es que la cabeza le caía en un ángulo tan raro? Y, lo más importante, ¿cómo es que estaba medio salido de la cama?

Se oyó una voz a su espalda.

—Buenas noches, Sara.

Se dio media vuelta, pero nunca tuvo la oportunidad de ver la cara de aquel hombre.

MIÉRCOLES, 25 DE SEPTIEMBRE

—¿Papá?

El doctor John Lowell se volvió hacia su hija mayor.

—Sí, dime, Cassandra.

Cassandra se humedeció los labios, nerviosa.

—¿Adónde vas? —le preguntó.

—Tengo un viaje de trabajo. Esta noche estaré de vuelta.

—¿Dónde?

—¿Por qué te interesa tanto? —le preguntó él, dejando un momento el maletín.

—Tú dime solo adónde vas.

—A Washington.

Cassandra cerró los ojos.

—Vas a reunirte otra vez con ellos, ¿no es cierto?

—¿Reunirme otra vez con quién? —replicó con una mezcla de irritación y de temor en la voz—. ¿De qué estás hablando?

—Con el reverendo Sanders, para empezar.

Silencio. A continuación le dijo:

—No sé de qué me hablas.

—Sabes exactamente de lo que te hablo —replicó ella—. Estaba aquí cuando te reuniste con él hace tres días. Estaba escondida en el armario.

—¿Qué? —dijo él, abriendo mucho los ojos.

—Esto tiene que acabarse. —Se acercó más a él—. Tienes que decir la verdad antes de que se derrame más sangre.

—Cassandra, no sabes lo que...

Cassandra se plantó delante de él.

—No dejes que sigan chantajeándote —le exigió.

—No te metas en esto —contestó su padre con expresión tensa—. Yo sé lo

que me hago.

—¿Cuánta sangre más vais a derramar? ¿Cuántas personas tendrán que morir antes de que pongáis fin a esto?

—Quítate de en medio. Estás diciendo tonterías.

—Papá...

—¡Aparta! —La empujó más fuerte de lo que pretendía y ella se cayó al suelo—. ¡Cassandra! —exclamó, corriendo hacia ella—. Cariño, lo siento muchísimo, no quería hacerte... —balbució.

Cassandra se sentó en el suelo con los ojos echando chispas.

—¡Apártate de mí!

Lowell dio un paso atrás con una mueca de deseo y angustia.

—Ahora tengo que irme, cariño. Por favor, confía en mí. Ya sé lo que me hago. Esta noche, cuando vuelva a casa, hablaremos del tema, ¿de acuerdo? Tú confía en mí, nada más. Te quiero mucho.

Dio media vuelta y salió por la puerta a toda prisa. Cassandra se puso de pie. Seguía sin estar muy segura de qué tenía que hacer. Al fin y al cabo, aquel era su padre, no ningún monstruo malvado. Tal vez hubiera alguna explicación razonable. Tenía que concederle el beneficio de la duda.

«¿Qué duda, Cassandra? ¿De qué tienes tanto miedo?».

Nada. Esperaría hasta la noche. Oiría lo que tenía que decirle antes de precipitarse a sacar conclusiones... No.

Cogió el bolso y se dirigió hacia la puerta. Era hora de contárselo a alguien antes de que fuera demasiado tarde. Pero no a Harvey. Harvey nunca sería capaz de verlo con objetividad.

Era hora de contárselo a Sara.

«Qué calor...».

Michael trató de recuperar la consciencia. No era tarea fácil. Parecía que le hubieran grapado los ojos. La cabeza le daba vueltas sin parar. Tenía algo enrollado con fuerza alrededor de la boca que le hacía difícil respirar.

A su alrededor había un verdadero estruendo. Todo era muy ruidoso. Coches, bocinazos, gente que gritaba como vendedores de perritos calientes en un partido de béisbol. Música rock a toda pastilla. Risas. Charlas

generalizadas. Trató de concentrarse en los ruidos, trató de extraer algún significado, pero le resultaba difícil. Había gente que hablaba en inglés, de eso no tenía duda, pero otros hablaban en un idioma extranjero que su mente ofuscada no podía situar. Le sonaba a chino o a algo parecido..., solo que era más poético, más agradable al oído.

«Pero ¿qué diablos ocurre?».

Se preguntó si no estaría soñando, si no seguiría dormido. Pero ¿cuántas veces había soñado con sonidos y sin imágenes? No, no, estaba despierto. Tenía los ojos cerrados. Yacía en un suelo de madera dura, tenía la oreja derecha entumecida de estar apoyado encima. Tenía todo el cuerpo dolorido, como si llevara una semana tumbado en aquel suelo, lo que, admitió, era perfectamente posible.

Intentó sentarse, pero volvió a caer al suelo dos veces. Se dio cuenta de que tenía las manos esposadas detrás de la espalda, por lo que sus omóplatos estaban tensados hacia atrás.

Después de otro intento infructuoso, se las arregló para ponerse sentado. Al fondo oyó que alguien gritaba con un fuerte acento: «¡Supergirl! ¡Supergirl! ¡Vengan a ver a Supergirl! ¡La ocasión de su vida!».

Tras muchos esfuerzos, los ojos de Michael parpadearon y finalmente se abrieron. Le llevó como otro minuto o dos enfocar la mirada y observar lo que lo rodeaba. Un cuarto pequeño, vacío, sucio. Las paredes estaban cubiertas de pintura desconchada. Una bombilla colgaba de unos cables vistos en el techo. Había una silla plegada y un colchón raído que hacían que la habitación oliera a moho, a sudor y a orina. También había manchas de sangre. El tobillo derecho de Michael estaba encadenado a una tubería que recorría la habitación. Le habían amordazado la boca con una cinta que sabía a aislante. Siguió recorriendo la habitación con la vista hasta que se detuvo en algo que había en el techo.

«Pero ¿qué...?».

Volvió a mirar. Apretados en un agujero, junto a la puerta, había unos cartuchos que parecían de dinamita. Tragó saliva.

«Pero ¿dónde coño estoy?».

Intentó reconstruir las últimas horas en que estuvo consciente. Estaba en la clínica. Harvey le había puesto una inyección de SR1. Reece y Sara habían estado de visita. Recordó que se había quedado un poco dormido mientras

todavía estaban en la habitación y que finalmente se durmió del todo. Y después... nada.

El calor dentro de la habitación era bastante más que tropical, con el aire estancado y cargado. Tenía el cuerpo empapado de sudor. Intentó secarse la mejilla en el hombro, pero la camisa mojada no hizo más que empeorar las cosas. Volvió a observar la habitación. Su mirada se detuvo al ver un trozo de papel en el suelo.

Hola, Michael:

Bienvenido al país de la consciencia. Espero que hayas tenido un sueño agradable y un viaje igualmente agradable. Procura ponerte cómodo. No intentes escapar, por favor. Si por cualquier milagro te hubieras ido cuando yo vuelva, iría a por tu preciosa prometida, me la follaría y después la mataría.

Saludos,

GEORGE

P. S.: Tengo gente abajo, así que no te molestes en gritar por la ventana.

«Esto es que tengo una pesadilla —se dijo Michael—. Exacto, eso es. Una pesadilla. O es una pesadilla o estoy perdiendo la cabeza».

Se debatió y consiguió acercarse un poco a la ventana. La cadena llegaba justo. Levantó la cabeza, puso la cara debajo de la cortina, la empujó con la nariz y miró afuera. Si antes solo estaba confuso, en ese momento se sintió completamente perdido. Por las calles había multitud de gente. Unas luces de neón anunciaban en el cielo oscuro «¡Espectáculos eróticos EN DIRECTO!», y «¡Desnudos EN DIRECTO!», una y otra vez, como si los clientes fueran a confundirse y pensar que allí ofrecían espectáculos de sexo con cuerpos sin vida. Delante de los bares había unos hombres morenos, asiáticos, que de vez en cuando abrían la puerta para dejar ver a unas chicas que bailaban desnudas sobre las mesas, con la esperanza de que verlas atrajera a los clientes dentro del establecimiento. En medio de la calle había un hombre de pie con tres

muchachas, todas ellas vestidas con una capa roja, botas azules y unas mallas amarillas con una S gigante plantada en medio del pecho. El hombre no paraba de gritar: «¡Supergirls! ¡Supergirls! ¡Pase una noche con Supergirl! ¡Le hará volar hasta la Luna!».

Michael descubrió a un niño asiático que se acercó a una pareja de estadounidenses que rondaban los sesenta y parecían venir de una granja del centro del país.

—¿Querer ir a un espectáculo erótico? —preguntó el niño con un inglés muy mediocre, alargando una tarjeta a la pareja—. Mira, todas las posturas —añadió, y empezó a señalar diferentes puntos de la tarjeta. Mujer arriba. Dos mujeres con un hombre. Perrito. Lo que quiera. Mira, tetas grandes. Usar también plátano. A ustedes gustar. Lo que ustedes querer. Venir conmigo. Espectáculo en directo.

El matrimonio de granjeros examinó la tarjeta como si fuera la letra pequeña del contrato de compra de una casa, asintió con un enérgico movimiento de cabeza y fue detrás del chaval.

La calle estaba abarrotada, con oleadas de gente que se movían en ambas direcciones. Había también otros rótulos de neón. Algunos en inglés, otros escritos en caracteres que Michael no entendía. No eran chinos ni japoneses, de eso se dio cuenta. Tampoco árabes ni hebreos. Por la calzada no había coches, pero sí que los oía pasar cerca. A la derecha vio unas mesas que exhibían relojes, camisas, pantalones, jerséis, casetes, de todo. «¡Tres dólares la camisa Lacoste!», gritaba un vendedor. Otro proclamaba: «¡Un dólar por su casete favorita! ¡Seis por cinco dólares! ¡Todas sus favoritas! George Michael. U-2. Barbra Streisand. Lo que usted pida, lo tenemos».

«Pero ¿qué sitio es este?».

Se abrió la puerta que tenía a su espalda.

—Bueno, bueno. Pero si estamos despiertos.

Michael volvió a dejarse ir al suelo. El hombre que estaba en la puerta era grande y corpulento. Parecía también muy musculoso, no tan desproporcionado como casi todos los levantadores de pesas. Tenía el pelo planchado para atrás como el de Pat Riley, el antiguo entrenador de los Lakers. Y llevaba un traje que parecía salido de la portada de *GQ*.

—Bienvenido, Michael —dijo el hombre—. Me llamo George. ¿Has leído

mi nota?

Michael asintió con la cabeza.

—Es por tu propio bien —continuó George—. Escapar puede resultar muy peligroso. Verás, yo ya he matado a un montón de gente. Matar a tu mujer sería solo una más.

Michael intentó soltarse, pero las cadenas lo mantuvieron en el sitio.

—Espera, relájate un momento, Michael.

George sabía mucho del arte de la intimidación. Lanzar amenazas contra la esposa de alguien era una de sus tácticas favoritas. Era algo que estaba relacionado con todo el tema de la posesión, suponía, y nada desmoralizaba más a un hombre que la idea de que su mujer jodiera con otro tío..., por la fuerza o como fuera.

George agarró la silla del rincón, se sentó y se inclinó hacia su cautivo.

—Te veo confuso, Michael, así que permíteme explicarte lo que pasa. — La voz sonaba relajada, despreocupada. George sabía que un tono despreocupado resultaba a menudo más inquietante que las voces más fuertes —. Estamos en Bangkok. Así es, en el Extremo Oriente, colega, solos tú y yo. Además, de hecho, este edificio está en la calle Patpong, el barrio de las luces rojas. Putas de doce años que se la chupan a los tíos en esta misma habitación a cualquier hora, Michael, ¿no es de degenerados? Doce años y ya andan puteando. Una verdadera lástima.

George negó con la cabeza con gesto solemne.

—Mira, el mundo se hace pedazos ante nuestros propios ojos y a nadie le importa. El caso es que ahora mismo estamos encima de un bar de toples..., de toples y de lo que haga falta si pagas el precio que te pidan.

George se rio como un loco. Michael lo miró horrorizado.

—No te pongas tan nervioso, Mike. ¿Puedo llamarte Mike? Bien. Puede que luego tengamos tiempo de ir a ver los sitios interesantes. El Buda Reclinado es algo que hay que visitar, en mi opinión. Y también el Gran Palacio. Y hasta puede que hagamos un viajecito en barco por el mercado flotante. ¿Te gustaría?

Michael se limitó a seguir mirándolo.

—Pero, primero, hablemos de negocios. Si haces lo que yo te diga, nadie resultará herido y tú estarás libre muy pronto. Hasta puede que nos divirtamos

un poco. Pero, sin embargo, si no colaboras, mi reacción será rauda y dolorosa. —George volvió a sonreír—. Voy a ponerte un ejemplo.

Sin previo aviso, George movió el brazo hacia delante. Fue tan rápido que apenas se vio una sombra. Los nudillos impactaron en la nariz de Michael, que oyó un crujido, como un mordisco, y supo que le había partido la nariz. Empezó a sangrar.

—¿Entiendes a qué me refiero?

El dolor envolvió todo el rostro de Michael. Como seguía teniendo la boca cubierta con la mordaza, solo podía respirar por la nariz rota. «Pero ¿qué quieres?». Michael intentó gritarle, pero la cinta aislante ahogaba su voz.

—Ahora, permíteme que te diga una cosa más —continuó George—. Tengo cosas que hacer, así que no puedo quedarme aquí sentado todo el día para vigilarte. Además, aquí hace demasiado calor. Bangkok es siempre así de húmedo, Michael, pero te acostumbrarás al cabo de uno o dos días. La cosa es que mi patrón me dijo que procurara que estuvieras lo más cómodo posible. Así que me gustaría aflojarte alguna de esas cadenas y quitarte la mordaza. Pero tienes que prometerme que no intentarás nada. ¿Me lo prometes, Mike?

Michael asintió con la cabeza.

—Bien. Si sales de esta habitación o te pasas de listo, mi gente te descubrirá y Sara lo pasará mal. Soy muy bueno haciendo sufrir a la gente, Michael, y Sara es una florecilla tan delicada... No querrás que le ponga cables eléctricos en el clítoris, ¿verdad? ¿Calentarla bien caliente y luego dejar que mis chicos se la tiren por turnos?

Michael negó rápidamente con la cabeza.

—También soy bastante habilidoso con los explosivos. Si por algún milagro la policía diera contigo y decidiera intentar rescatar —hizo una pausa, sonrió y señaló con un gesto de cabeza los cartuchos de dinamita junto a la puerta—, ¡bum! Michael saltaría por los aires. Sangre, extremidades rotas, gritos... Todo de lo más desagradable. ¿Me sigues?

Otro asentimiento silencioso.

—Ahora voy a quitarte la cinta de la boca. Si gritas, te parto la mandíbula. De todos modos, nadie te prestará atención. En esta calle todo el mundo grita sin parar. —George alargó la mano y le dio un tirón a la cinta.

Michael tomó aliento. Con bastante esfuerzo logró hacer trabajar las

cuerdas vocales.

—Pero ¿qué es lo que quiere? —preguntó.

—De eso no te preocupes.

—Le pagaré lo que quiera.

—Olvídalo, Michael.

Michael consiguió sentarse derecho.

—¿No podría quitarme las esposas? —preguntó—. Me están destrozando los hombros.

—Pues claro, pero la cadena del tobillo seguirá ahí. —George empleó una llavecita para abrir las esposas, que emitieron un clic—. ¿Mejor?

Michael asintió. Se frotó las muñecas sin perder de vista a George. La cabeza le seguía dando vueltas; la visión seguía borrosa. George estaba sentado a no más de un metro de distancia.

«Ahora o nunca, Mikey, muchacho».

Más adelante, Michael declararía que el miedo absoluto le nubló la mente y distorsionó su capacidad de pensamiento racional. Era la única explicación posible para lo que hizo a continuación.

Con algo próximo al horror, Michael se dio cuenta de que sus dedos se cerraban para formar un puño. Sus ojos contemplaban impotentes cómo apretaba la mano y la proyectaba contra el rostro de George.

El puñetazo llevaba una fuerza lamentablemente escasa. Las drogas que George había bombeado en el cuerpo de Michael seguían pasándole mucha factura a su capacidad física. El antebrazo derecho de George desvió el golpe hacia un lado con un simple gesto despreocupado.

—Eres un chico valiente, Michael Silverman —dijo George—. Pero también muy tonto.

Alargó la mano y cogió la nariz rota de Michael con los dedos índice y pulgar. Michael soltó un grito.

George se la retorció.

Los fragmentos minúsculos de los huesos rotos empezaron a chocar entre sí con un ruido de fricción horripilante, como si alguien se pusiera a bailar claqué encima de un millar de escarabajos. George hizo más fuerza. El tejido y los tendones se desgarraron. La sangre saltó en diversas direcciones. Michael abrió mucho los ojos y luego los cerró, y al final su cuerpo cayó inerte.

—Intenta algo así otra vez —dijo George— y será Sara la que pague el pato. ¿Entendido?

Michael apenas consiguió asentir con la cabeza antes de perder el conocimiento.

Cassandra miró a su hermana. Los ojos verde claro de Sara parecían haberse hundido más hacia el interior de su cráneo. Unos oscuros círculos los rodeaban. Su radiante expresión de vida había sido sustituida por una mirada desolada de incomprensión y horror. Habían transcurrido tres días desde que alguien la dejó inconsciente en la habitación de Michael, tres días de depresión, tristeza, miedo y confusión. Pero ahora era como si esos sentimientos se hubieran solidificado en algo más concreto. Durante los últimos tres días, el dolor de Sara se había transformado en algo más poderoso, algo más... útil.

Enfado. No, rabia.

—Hola, hermanita.

La sonrisa de Cassandra era amplia, demasiado amplia. Parecía falsa, y Sara lo sabía.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¿A qué viene esta pregunta?

—Venga, suéltalo ya.

La sonrisa se borró de la cara de Cassandra, sin dejar rastro alguno de que hubiera estado allí. Ahora tenía una expresión dura, seria. Se sentó en la cama junto a Sara y la cogió de la mano.

Sara miró las dos manos juntas y luego alzó la mirada hacia los ojos de su hermana.

—¿Qué pasa? —preguntó en tono suave.

—Ya sé que no he sido la mejor hermana del mundo —dijo Cassandra.

—Ni yo tampoco.

—Pero te quiero mucho.

Sara apretó la fría mano de Cassandra.

—Yo también te quiero —dijo.

Por la mejilla de Cassandra empezaron a resbalar algunas lágrimas.

—Me parece que papá está metido en toda esa historia del Destripador de Gais.

Sara sintió que todo su cuerpo se ponía rígido.

—¿Qué?

—Creo que está metido en no sé qué conspiración para acabar con la clínica —aclaró Cassandra.

—¿De qué estás hablando?

—Lo oí discutir en su estudio con el reverendo Sanders la mañana siguiente al acto benéfico.

—Pero papá dijo que no lo conocía.

—Ya lo sé. Harvey me lo dijo. Así que empecé a sospechar. Registré su despacho cuando él no estaba. Había cartas que decían que los fondos que quería para la nueva ala del Centro del Cáncer se asignaban al pabellón Sidney. Había una de un tipo que se llama Markey...

—¿El doctor Raymond Markey?

—Eso es. Secretario adjunto de algo.

—Salud y Servicios Humanos.

—Exacto.

Sara intentó tragar saliva, pero la boca se le había quedado seca de repente.

—Pero eso no significa que tenga alguna relación con Sanders, Cassandra.

—Eso pensaba yo... hasta la mañana que secuestraron a Michael. Papá trataba de asegurarse por todos los medios de que esa mañana yo no estaría en casa, lo que me pareció sospechoso. Así que me escondí en el armario. El reverendo Sanders vino otra vez.

Sara se incorporó y miró directamente a los ojos a su hermana.

—Cuéntame todo lo que dijeron, Cassandra. Todo.

Bangkok de noche.

Los tailandeses abordaban a cualquier persona de rostro pálido que circulase por Patpong, susurrándoles promesas de satisfacción sexual que hubieran hecho ruborizarse a una estrella del porno. Pero nadie abordó a George. Uno o dos tailandeses lo conocían personalmente; algunos más habían

hablado con él en alguna ocasión. Muchos conocían su reputación; todos tenían miedo de acercarse a él.

A pesar de lo apretados que andaban todos, los nativos se alejaban cuando George caminaba entre ellos, lo dejaban pasar, luchaban por apartarse de su camino. Era ya más de la medianoche, pero Patpong justo empezaba a despertar y prepararse para las horas que se acercaban. George se abrió paso entre un grupo de hombres de negocios japoneses que discutían tarifas y condiciones con un proxeneta local como si estuvieran en una sala de reuniones de Tokio.

Cuando George llegó a la calle Rama IV, llamó a un *tuk tuk*, el taxi típico de Tailandia. El *tuk tuk*, que era un cruce entre coche y escúter, tenía sus ventajas: era pequeño, rápido, apenas gastaba carburante y era abierto. También se quedaba aplastado en caso de accidente y uno tenía que ir con la cabeza agachada.

El conductor le hizo a George el saludo tailandés habitual. Juntó las manos en posición de rezar, inclinó la cabeza hasta tocar las puntas de los dedos con la nariz y dijo:

—*Sawasdee, kap.*

—*Sawasdee.* —George le devolvió el saludo, aunque sin inclinarse tanto como el conductor.

—¿Adónde?

—Al Wats —ladró George.

El conductor asintió y sonrió. George se subió al *tuk tuk* azul eléctrico. El conductor siguió sonriendo. El típico tailandés, pensó George. Tailandia, la Tierra de las Sonrisas. Todos sonríen. Pueden andar robando a la gente, haciendo de putas, atracando o asesinando, pero siempre sonríen. A George le gustaba.

Se detuvieron ante un semáforo en la calle Silom. Una voz gritó:

—¡Eh, socio!

George miró a la derecha.

—Sí, eso es, socio —gritó un australiano ebrio con la cara roja señalando a George con el dedo—. Hablo contigo.

El australiano debía de tener unos cincuenta años. Llevaba con él, todos apretados en un taxi, a seis prostitutas; seis muchachas tailandesas de no más

de trece o catorce años, que soltaban risitas y frotaban al australiano con manos rápidas y vigorosas.

George puso cara de asco.

—¿Qué quiere?

—Ya ves, socio, cosas que pasan. Me parece que he cogido más de lo que puedo comer, ¿sabes? Así que pensé que quizá tú querías media ración.

—¿Media ración?

—Tú te llevas tres y yo me quedo tres, a no ser que nos apetezca hacer algo con las seis juntas. O sea, una orgía de chupar y follar. Igual lo ves bien.

—Degenerado —le escupió George.

—Eh, eso que dices no es nada bonito —protestó el australiano, arrastrando las palabras—. Sobre todo, porque no sé lo que significa.

Y se echó a reír como un histérico. Las jóvenes (niñas, en realidad) se unieron a su risa. El australiano se rio aún más fuerte, espoleado al ver que las muchachitas lo encontraban muy divertido. Sin embargo, George sabía que las chicas no entendían ni una palabra de inglés, aparte de alguna terminología sexual.

—Vete al carajo —le gritó George.

El semáforo se puso en verde y el *tuk tuk* avanzó hacia la calle Charoen. Empezó así su ruidoso viaje a lo largo del río Chao Phraya. En tailandés, *wat* significa «templo» o «monasterio», y en Bangkok había más de cuatrocientos templos de una belleza que dejan sin aliento. La palabra clave de la arquitectura tailandesa es el color. Rojo, amarillo, verde, azul y, muy especialmente, dorado..., y todos ellos reflejan los rayos del sol brillante en un asombroso caleidoscopio de naturaleza y hombre.

Estaba el Wat Po, que albergaba al Buda Reclinado, una estatua tan inmensa que se extendía a lo largo de un área mayor que medio campo de fútbol. Otra enorme imagen de Buda, elaborada con más de cinco toneladas de oro macizo, se alzaba sobre el altar de Wat Traimit, y el Wat Arum, el Templo del Amanecer, parecía estar colgado sobre el río Chao Phraya como si lo sustentaran los dioses, con sus altísimas espirales alzándose para rascar el cielo con sus garras afiladas.

No obstante, el templo más espectacular de Bangkok era conocido por los tailandeses como el Wats, simplemente, a pesar de que era mucho más que un

simple templo. Los turistas lo llamaban el Gran Palacio, a pesar de que también era mucho más que eso. El Gran Complejo Real hubiera sido un nombre más adecuado. Todo lo que el rey Rama I, gobernante de la dinastía Chakri, hubiera podido desear estaba albergado entre las paredes que circundaban su palacio, incluyendo una de las imágenes más sagradas de todo el budismo: el Buda de Esmeralda. En su bastión de color y belleza impresionantes, el Buda de Esmeralda destacaba precisamente por lo poco que impresionaba, lo que era bastante sorprendente. Era una estatua de apenas unos pocos metros de altura, estaba hecha de jade y, de hecho, no parecía dar muestras de una artesanía especialmente brillante. Por unos pocos bahts se podía comprar una reproducción totalmente exacta en cualquier puesto de baratijas tailandés.

—Hemos llegado, jefe.

—Dé la vuelta hasta el otro lado.

—Entendido, jefe.

Por la noche los focos iluminaban la multitud de agujas y pagodas del Gran Palacio y daban una impresión de luminosidad y embrujo. En una palabra: misterio. Como si fuera la mujer más seductora, Bangkok insinuaba sus delicias incomparables sin dejar de mantener oculta una parte de sí misma, escondida a las miradas, secreta.

—Pare aquí.

—Sí, jefe.

El *tuk tuk* se detuvo con un traqueteo. George pagó al conductor y cruzó en dirección al río Chao Phraya. Caminó a lo largo de la orilla, contemplando las barcas de madera cargadas de arroz deslizarse perezosas por el agua, como si no pensarán en ningún destino en particular, con sus conductores luciendo aún esos enormes sombreros de paja, a pesar de que hacía horas que el sol abrasador se había acostado por el oeste. Para Bangkok el Chao Phraya era algo más que un río. Era por donde circulaba su sangre. Una vía fluvial que se utilizaba para el transporte, para los mercados flotantes, para los baños. Las familias llevaban siglos viviendo en chozas que estaban más en el río que en la ciudad.

En medio de la oscuridad, un sampán largo y estrecho se deslizó en silencio hasta la orilla. La barca, que era más bien una canoa, la gobernaba

desde la popa un muchacho delgado. Un hombre mayor con un solo brazo y un fino bigote iba sentado delante.

—George —susurró el hombre.

Tan puntual como siempre. George subió a bordo del sampán, se sentó y juntó las manos. Hizo una reverencia respetuosa.

—*Sawasdee, kap.*

—*Sawasdee, kap.*

—¿Cómo van los negocios, Surakarn?

—Viento en popa —respondió el viejo—. Pero, lamentablemente, hemos tenido que cerrar la sucursal de Malasia, que era muy rentable. La policía del estado nos estaba muy encima. Me temo que ya no son tan receptivos a los obsequios como eran antes.

—Sí, eso he oído.

George observó el curtido rostro de Surakarn, con la piel quebradiza como las hojas secas del otoño. El antiguo campeón de boxeo tailandés debía andar ya cerca de los setenta, pensó George, y nadie lo compraría por menos de una elevada suma de millones de dólares. Sin embargo, Surakarn no bajaba el ritmo, ni al parecer hacía nada con toda su enorme riqueza. Seguía viviendo en una choza modesta en la ribera del Chao Phraya, aunque hacía ya mucho tiempo que había permitido que en su vivienda se instalaran comodidades materiales. Desde fuera, la choza parecía sacada de un documental de la guerra del Vietnam; dentro había dos televisores de pantalla grande, videocasetes, una nevera, lavaplatos, microondas, aire acondicionado centralizado, lavadora, secadora, toda clase de artilugios.

—Has estado fuera mucho tiempo, viejo amigo —le dijo Surakarn sonriendo.

—Demasiado —repuso George.

Surakarn hizo un gesto con el brazo hacia el chico y el sampán inició su perezoso viaje Chao Phraya abajo. El otro brazo de Surakarn se lo había cortado de cuajo en Chiang Rai hacía casi veinticinco años un colega de la competencia en el oficio del contrabando que se llamaba Rangood. Rangood, sin embargo, había cometido el error de permitir que Surakarn siguiera vivo. Así que, en cuanto capturó a su verdugo, Surakarn lo torturó sin piedad con unos métodos que van más allá de lo imaginable. Rangood suplicó a Surakarn

que lo matara, pero Surakarn no escuchaba más que sus gritos de angustia, no sus palabras. Para cuando el corazón de Rangood dejó de latir varias semanas después, hacía tiempo que la mente lo había abandonado.

En Surakarn se podía confiar totalmente, pero George ni siquiera le explicó a él lo del secuestro de Silverman. Era un asunto demasiado importante, demasiado arriesgado, para confiárselo a nadie. George había decidido no pedir ayuda a los degolladores locales con los que solía trabajar, a pesar de lo que había escrito en la nota para Michael. Incluso le había puesto a Michael una máscara en la cara cuando lo introdujo de matute en el Eager Beaver.

Esa noche la zona del Chao Phraya estaba tranquila. Solo algún suave chapoteo de un barco servía para subrayar de vez en cuando la sensación de calma, de soledad. No había bruma en el aire, solo la humedad agobiante, y aun así seguía pareciendo que la niebla envolvía la ciudad, como si bruma y niebla pudieran ser detectadas por un sentido que no fueran la vista y el olfato.

—Aquí nada cambia —dijo George.

Surakarn asintió.

—Bangkok es una constante.

—Necesitaría utilizar el teléfono seguro.

—Claro. —Surakarn señaló una radio con micrófono—. La radio está conectada con un teléfono móvil que hay a bordo de uno de mis barcos próximos a Hong Kong.

—Entiendo.

—Has pedido hacer una llamada que no pueda ser localizada. Pues esta es. —Surakarn se fue hacia el extremo de proa de la barca—. No tienes que tener miedo. No te escucharé.

George miró el reloj. Marcó el número del capitán del barco para el tráfico de drogas en Hong Kong, que lo puso en contacto con Estados Unidos. A pesar de lo que dijera Surakarn, la llamada, después de todo, se podía localizar. Las autoridades, al menos en teoría, podían calcular que se llamaba desde un teléfono móvil (robado, sin duda) en Hong Kong. Ahora bien, descubrir quién había hecho la llamada y descubrir luego que se hacía una conexión radiofónica con Bangkok eso ya era prácticamente imposible. En el peor de los casos posibles, sería algo que les llevaría semanas.

Al cabo de un momento, George oyó la voz.

—Hola.

—Perfecto —dijo George—. Es puntual.

—Casi no lo oigo —dijo la voz.

—No se preocupe. No tardaremos mucho.

—¿El hombre está bien?

—Muy bien. Nos estamos divirtiendo mucho. ¿Ha hecho la transferencia?

—Sí.

—¿Todo?

—Hasta el último céntimo —aseguró la voz.

—¿De dónde lo ha sacado?

—Eso no es asunto suyo.

—Mañana por la mañana miraré en la cuenta para asegurarme. Si no está todo allí, mañana por la tarde mi invitado se quedará sin unos cuantos dedos.

—Está todo. —La voz titubeó un momento y luego añadió—: ¿Por qué tuvo que matar a la enfermera?

—¿Perdón?

—La enfermera. ¿Por qué tuvo que matarla?

—Porque me vio.

—Pero se supone que es usted un experto. ¿Cómo pudo permitir que ocurriera eso?

Las palabras fueron como un agujijón, porque George sabía que era verdad. Había calculado mal. Cosa rara. Y de lo más incómoda.

—Fue una cosa extraña.

—Escúcheme bien: no quiero que le pase ninguna «cosa extraña» a Michael Silver...

—No diga nombres, imbécil. Puede haber alguien escuchando.

—¿Qué? Ah, lo siento.

Esa noche la voz sonaba de lo más tensa, pensó George, como alguien al que hubieran atado tan fuerte que tanto podía quebrarse como aplastarse hasta ser irreconocible. A George no le había gustado que la voz se pusiera nerviosa. Ahora temía que su patrono empezara a perder completamente el control.

Eso no era bueno. En realidad, era muy malo.

—Supongo que tendría que estar agradecido —continuó la voz—. Por lo menos no mató a Sa..., esto..., a su mujer.

—Conseguí escurrirme hasta detrás de ella —repuso George sin inmutarse—. Ni siquiera tuvo la oportunidad de verme.

—¿Y si no hubiera sido así?

—Si no hubiera sido así, ahora también sería un fiambre.

—Nadie más tiene que salir perjudicado si yo no lo digo. Absolutamente nadie. Limítese a tener sujeto a ya sabe quién. Y asegúrese de que lo trata bien.

—Haré lo que tenga que hacer.

—No. Escúcheme...

—Adiós —dijo George.

—Espere. ¿Cómo puedo contactar con usted?

—No puede. —George ya se había fiado demasiado de su patrón, pero se acabó. Era hora de tomar el control—. Limítese a seguir nuestro plan. —Desconectó la radio—. ¿Surakarn?

—¿Dime?

George intentó sonreír, pero seguía incómodo.

—Me siento bien. Vamos a dar un paseíto.

—¿Adónde?

—Acabo de recibir un montón de dinero.

—Enhorabuena.

—Dime, Surakarn, ¿todavía se puede comprar algo bueno en Bangkok?

Surakarn exhibió su sonrisa sin dientes.

—¿Siguen gustándote mayores? —preguntó.

George asintió.

—Tiene que tener por lo menos veinte.

A Jennifer Riker se le estremeció el cuerpo de arriba abajo. Se había pasado los últimos tres días leyendo lo del secuestro de Michael en los periódicos, viéndolo en los noticiarios, siendo testigo de la indignación en todo el país. Sin embargo, Jennifer sentía algo más que indignación.

Tenía miedo.

Susan tenía que volver a casa dentro de dos días, pero ahora Jennifer sabía que no podría seguir esperándola hasta entonces. Había estado tres días luchando contra la decisión y, ahora que la había tomado, había demasiado en juego para echarse atrás. Quizá la vida de Michael dependiera de sus acciones.

Sin embargo, cuando alargó la mano y cogió el sobre, empezó a vacilar nuevamente. Después de todo, en aquel correo no había prueba alguna que lo relacionase con el Destripador de Gais ni el secuestro. Ni la más mínima prueba. Allí solo había fichas médicas estándar y muestras de laboratorio. Punto. Nada más.

Pero, entonces, ¿por qué Bruce lo había echado al correo el mismo día que se suicidó? ¿Y por qué tres de los pacientes que aparecían en las fichas (Trian, Whitherson y Martino) habían sido asesinados? ¿Una coincidencia?

Ella pensaba que no.

Ya había dudado lo suficiente. La nota dirigida a Susan, bueno, eso era cosa de Susan, y Jennifer no tenía la menor intención de abrirla. Ahora bien, el resto del contenido del sobre no era personal. Sabía que los historiales no debía verlos todo el mundo, pero había una persona que tal vez entendiese su contenido; una persona que quizá podría deducir por qué Bruce tuvo necesidad de enviarlo por correo a su propia dirección el día que murió.

Jennifer descolgó el teléfono y marcó la extensión directa de Harvey.

Ya basta de estar tumbada.

Sara apartó la ropa de cama, se puso de pie y cogió el bastón. La inactividad, los mimos, las miradas compasivas, todo quedaba atrás. Tenía que dejar de llorar. Tenía que levantarse y pasar a la acción. Tenía que averiguar lo que ocurría y quién estaba detrás de todo eso.

Tenía que salvar a su marido.

—¿Adónde vas? —preguntó Cassandra.

—A hablar con Max y Harvey. Están en la clínica.

—Espera un momento —dijo Cassandra—. Todavía no puedes hablar de esto con nadie, ni siquiera con Max y Harvey. Estamos hablando de papá, al fin y al cabo.

Sara asintió.

—Ya lo sé. No diré una palabra de él hasta que hayamos hablado los tres esta noche. Quedamos en casa a las ocho en punto.

Las dos hermanas se abrazaron. Luego, Sara salió hacia la clínica. Media hora más tarde, estaba ante la puerta del laboratorio de la tercera planta.

—Quiero saberlo todo —exigió.

Max y Harvey se volvieron hacia la puerta.

—Sara —dijo Harvey—, ¿qué haces aquí? Tendrías que estar...

—Tendría que estar donde estoy —interrumpió.

—Max y yo hacemos todo lo que podemos —continuó Harvey con voz tranquila—. ¿Por qué no vuelves a casa y descansas? Ya te informaremos de los cambios que haya.

—No me seas paternalista, Harvey.

—No soy paternalista. Solo quiero lo mejor para tu salud.

Sara siguió mirándolo fijamente con los ojos bien abiertos y desafiantes.

—Estoy perfectamente —dijo—. Quiero saber lo que habéis averiguado.

Max cortó en seco la siguiente protesta de Harvey.

—Pues entonces ven aquí y siéntate —le dijo a Sara—. No tenemos tiempo para discutir.

Sara fue cojeando hasta la mesa y cogió una silla.

—Muy bien. ¿Qué es lo que tenemos? —preguntó.

—Unas cuantas cosas —respondió Max—. Primeramente, hemos repasado los historiales de los pacientes asesinados.

—¿Y habéis averiguado algo?

—Podría ser —dijo Max, que agitaba la pierna arriba y abajo—. O podría ser que no. Los mataron casi en el mismo orden en que entraron aquí. Tanto Trian como Whitherson estaban entre los primeros pacientes de la clínica, y Martino llegó un par de meses más tarde. Los otros tres pacientes curados (Krutzer, Leander y Singer) entraron todos como un año después.

—¿Y eso qué significa?

—No lo sé —contestó, dudoso, retorciéndose el pelo entre los dedos—. Puede que no signifique nada, pero hay algo que me incomoda.

—¿Y cómo encaja Bradley en eso? —preguntó Sara—. O... ¿o Michael?

—La verdad es que no encajan. No tienen similitudes con las otras tres

víctimas ni, ya que estamos, tampoco con los tres que siguen vivos. De hecho, el único punto en común que veo es que tanto Bradley como Michael eran pacientes VIP.

—Pero tal vez sea eso —observó Harvey, chasqueando los dedos—. Puede que el asesino busque pacientes importantes, no solamente pacientes curados.

—Es posible. —Max se encogió de hombros—. Pero eso nos plantea un interrogante mayor: ¿por qué matar a cuatro pacientes, a una enfermera y, presumiblemente, a un médico, y no matar a Michael?

Harvey miró a Sara y titubeó.

—Perdona que sugiera esto —empezó a decir con cautela—, pero la verdad es que no sabemos si Michael sigue vivo, ¿no? Puede ser simplemente que el asesino trasladara el cadáver.

—Eso no tendría ningún sentido —apuntó Max—. ¿Matarlo en la clínica y luego llevarse el cadáver? Demasiado riesgo.

Harvey estaba a punto de señalar que Bradley Jenkins había tenido justamente ese destino, pero prefirió no insistir delante de Sara.

—Muy bien, sigamos adelante.

Sonó el intercomunicador de la mesa. Una voz femenina dijo:

—¿Doctor Riker?

—Dígame —contestó Harvey.

—La señora Riker por la línea seis —dijo la recepcionista.

—Que le deje el recado.

—Dice que es urgente.

—Seguro. Probablemente una semana de retraso en el pago de la pensión. Dígale que ya la llamaré. —Harvey colgó—. Nada importante. Sigamos.

Sara asintió, luchando encarnizadamente contra la desesperanza.

—¿Cómo creéis que entró y salió de la clínica el secuestrador? —preguntó.

—Creemos que utilizó una entrada secreta —sugirió Max—. En el sótano hay un pequeño túnel que lleva a un edificio de apartamentos, dos portales más abajo. Así que lo descubrió de alguna manera.

—¿Cómo?

—No lo sé —dijo Max.

—Entonces, alguien ha tenido que estar pasando información de la clínica —dedujo Sara—. ¿Y qué hay de los tiempos, Max? Markey decide utilizar a Michael de conejillo de Indias y a continuación nos enteramos de que ha desaparecido. Tiene que estar relacionado.

Max aceleró el paso mientras se mordía una testaruda uña.

—De acuerdo —dijo.

—Espere un momento —lo interrumpió Harvey—. Esto no tiene lógica. Nadie tiene acceso a esa información, excepto... —Se detuvo en seco.

Max también se detuvo.

—¿Excepto quién? —lanzó.

Harvey sacudió la cabeza.

—Nadie.

Justo entonces, Winston O'Connor apareció en la puerta.

—Hola, gente —dijo con su acento—. ¿Qué hay de nuevo?

—¿Dónde puñetas estabas? —le espetó Harvey casi gritando.

Winston puso cara de extrañado.

—No hace falta que te sulfures tanto, Harv. Me fui a pescar. Me quedé en la cabaña donde veraneamos la familia, a la orilla del lago. Pesqué una maravilla de pez, un gigante...

—¿Has leído la prensa?

—No, demonios. Si allí no tenemos ni teléfono. —Se paró y miró a su alrededor—. Pero, bueno, ¿qué ocurre?

Max se acercó al director técnico del laboratorio.

—¿Me disculpan un momento? —le dijo a Harvey y a Sara—. Me gustaría hablar con Winston a solas.

En Bethesda, Maryland, cuatro hombres poderosos estaban sentados en un lujoso despacho de pintoresca decoración aristocrática en el campus de los Institutos Nacionales de la Salud. Uno era poderoso en el mundo de la religión; otro, en el campo político; dos, en la comunidad médica.

Hacía un bonito día. El cielo estaba claro y azul oscuro. El césped bien cuidado del exterior era de un verde reluciente. Todo el complejo parecía más un club de campo de los más selectos.

Sin embargo, aquellos cuatro hombres no hacían caso de aquel entorno tan privilegiado.

La discusión era acalorada. Se lanzaban acusaciones. Se señalaban con el dedo. Y al final, no se solucionó nada. En todo aquello, solo un hombre no había alzado la voz. Solo un hombre no se había involucrado en los agrios debates. Solo un hombre, un hombre que normalmente utilizaba un lenguaje muy rimbombante, no había dicho una sola palabra.

Pero sí que había escuchado. Y había tomado una decisión. Al levantarse la reunión, ese hombre se llevó al doctor John Lowell aparte y le dijo simplemente:

—Tenemos que hablar a solas.

El doctor Lowell asintió y le respondió:

—Primero regresemos a Nueva York.

Max cerró la puerta del laboratorio.

—Y qué, ¿picaban los peces?

—Cantidad —respondió Winston con su acento—. Pesqué una de las carpas más grandes que he visto jamás. Seguro que pesaba más de...

—Genial. Enhorabuena. Y ahora, ¿qué tal si nos dejamos de jueguitos?

—¿Jueguitos? No le pillo, teniente.

Max reanudó la marcha con un vigor sorprendente.

—¿Le importaría explicarme por qué estuvo en Washington hace tres días?  
—preguntó.

—¿Cómo sabe que...?

—No se preocupe por el cómo. Límitese a decirme el porqué.

La expresión de Winston permaneció inmutable; el tono, impaciente.

—Aunque no considero que sea asunto suyo para nada, pasé por Washington para visitar a unos amigos de camino a casa. ¿Contento?

—¿A su casa de Alabama?

—Exacto.

—La cabaña junto al lago y todo eso.

—Ajá.

—Dígame otra cosa, Winston, ¿qué parte de Washington visitó?

—No veo qué importancia puede tener.

—En realidad, no la tiene. Solo quería saber para qué fue a los Institutos Nacionales de la Salud.

Winston intentó fulminar con la mirada a su interrogador, pero Max estaba de espaldas.

—¿Me hizo seguir?

—Sí.

—Bueno, pues lamento decepcionarlo, teniente, pero no hay nada demasiado siniestro en eso. Fui a visitar a un par de antiguos compañeros de trabajo. Había trabajado allí.

—Interesante —dijo Max—. Entonces, ¿cómo es que no se menciona nada de eso en su currículum? —Max se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, sacó la mano, la metió en el bolsillo delantero del pantalón, la volvió a sacar—. Lo tenía por aquí, en alguna parte.

—Teniente...

—Aquí está. —Max sacó un papel arrugado y lo desplegó con rapidez—. Veamos, este currículum incluye su historia laboral desde los estudios universitarios hasta el día de hoy. ¿Cuándo trabajó para los Institutos Nacionales de Salud exactamente?

Otra vez silencio. Luego:

—Tengo un amigo que trabaja en los INS, ¿vale? ¿Es un delito tan grave? No quería decir nada al respecto porque sabía que él podía saltar...

—Bien, tenemos dos maneras de llevar esto —dijo Max, ignorando las explicaciones cambiantes de Winston—. Una, que me cuente lo que quiero saber. Dos, que continúe con su pequeña comedia y yo lo detenga.

—¿Con qué cargos?

—Asesinato en primer grado. Allanamiento de morada. Robo.

—¡No está usted en sus cabales! ¿A quién se supone que he asesinado?

—A Riccardo Martino.

—¿A quién?

—El paciente que fue asesinado en la clínica —respondió Max con una sonrisa.

—Yo no conozco el nombre de ningún paciente. Harv ya se lo debe de haber dicho.

—Riccardo Martino fue mencionado en el reportaje de *NewsFlash* hace unos pocos días.

—No recordaba el nombre —dijo Winston, quitándole importancia con un gesto de la mano—. Y, de todos modos, no tiene usted nada contra mí.

Max se inclinó hacia delante. O'Connor tenía una expresión relajada, pero Max ya había visto cruzar un instante por ella esa sombra conocida del temor.

—¿Estamos seguros de eso, Winston? —preguntó.

—¿Qué quiere decir?

—Que tenemos testigos que declararán bajo juramento que estaba usted en el hospital a la hora que murió Martino, a pesar de que declaró estar en su casa.

—Olvídeme.

—El mismo testigo lo vio golpear al doctor Riker en la cabeza. También sabemos que estuvo en el laboratorio y husmeando los archivos del doctor Riker.

—Ahora va de farol —dijo.

Cierto, pensó Max, pero ahora había notado que en la voz de O'Connor ya no había tanta confianza como antes. Así que decidió darle otro empujoncito.

—Y otra cosa. —Max giró la cabeza, de modo que dio la espalda a Winston—. Deje ya de hablar con ese acento del sur. Es insultante.

—¿De qué diablos me está hablando?

Max dio media vuelta mirando al suelo con el lápiz entre los dientes. Algo

parecido a una sonrisa le asomó en los labios.

—Nadie que haya vivido en Nueva York durante veinte años tiene un acento sureño tan marcado —explicó—. Parece un personaje salido de *Hee-Haw*.

De nuevo, silencio.

—Sabemos que trabaja para los INS —continuó Max—. Suponemos que ha sido entrenado por la CIA. Y sabemos a qué se ha estado dedicando.

—No saben una mierda. —El acento sureño sonó ya más suave, menos marcado. La nuez de Winston iba arriba y abajo sin parar mientras tragaba saliva.

Max se quitó el lápiz de la boca y lo examinó.

—Sé que tengo autoridad para llevarlo a rastras a la jefatura, empapelarlo por asesinato y encerrarlo en una jaula. Si se piensa que sus colegas de la CIA o de los INS van a rescatarlo, está de lo más equivocado. Este caso es demasiado peligroso. Dejarán que se pudra antes de admitir que es uno de los suyos.

—No sé de qué me está hablando —dijo Winston, pero ahora en su voz sonaba un claro titubeo.

—Entonces sígame la corriente escuchando la otra opción —continuó Max—. Puede que le resulte interesante.

—Ya le he dicho que no...

—Opción dos: puede usted contarme lo que sabe —lo interrumpió Max—. A cambio de eso, le prometo que nuestra conversación será confidencial... Será solo entre usted y yo. Washington nunca sabrá nada del tema. Piénselo. La elección es suya.

Se produjo un silencio glacial que Max interrumpió sacando las esposas y una tarjeta de plástico en la que leyó:

—«Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que...»

—Espere un momento.

—¿Hay algo que me quiera decir? —dijo Max, y levantó la vista de la tarjeta.

Winston se rascó la cara.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de usted?

—No lo sabe. Pero si no coopera, le cuelgo el asesinato de Martino. Eso

se lo prometo.

Durante un breve instante, Max y Winston se miraron fijamente a los ojos. Al final fue Winston el que apartó la mirada.

—¿Qué quiere saber? —preguntó.

—¿Para quién trabaja?

—Todo confidencial, ¿vale?

—Vale. ¿Para quién trabaja?

Winston tomó una buena bocanada de aire y lo soltó:

—No lo sé. Yo trabajo en la CIA, pero dependo del Departamento de Salud y Servicios Humanos.

—¿De quién depende?

Winston negó con la cabeza.

—Nada de nombres.

—¿De Raymond Markey?

—He dicho que nada de nombres.

—¿Qué función tiene usted?

—Recopilar información de la clínica.

—¿Qué clase de información?

—De cualquier tipo.

—¿Y cómo se las arregla para eso?

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo consigue la información?

—Muy sencillo. —Winston se encogió de hombros—. Husmeo por ahí. Me meto en los archivos confidenciales. Lo que haga falta.

—¿Era eso lo que hacía la noche que Harvey se tropezó con usted?

Winston no dijo nada. Se sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo llevó a la boca.

—¿Tiene fuego?

Max negó con la cabeza.

—No fumo. Es malo para la salud.

—Sí, desde luego, pero morder lápices es muy sano, ¿verdad?

—¿Estaba usted en la clínica la noche que mataron a Martino?

—A eso prefiero no contestar.

—Entonces lo consideraré un sí.

Winston O'Connor encontró una caja de cerillas junto a un mechero Bunsen. Encendió el cigarrillo y aspiró profundamente, como si el pitillo fuera una máscara de oxígeno y estuviera atrapado en un incendio.

—Considérelo del modo que quiera, teniente, pero yo no maté a nadie.

—¿Por qué los INS querían toda esa información?

—No me gusta especular, teniente.

—Inténtelo.

—Supuse —dijo tras otra profunda calada— que los INS querían comprobar los progresos de la clínica de forma independiente. Han hecho una gran inversión en ella, y Harv y Bruce pueden ser extremadamente reservados.

—De acuerdo —dijo Max tras pensar un momento—, explíqueme esto: ¿por qué fue a informar en persona a los de Washington hace tres días?

—Mi contacto estaba preocupado.

—¿Por qué?

—No le gustaron los reportajes positivos sobre la clínica en los medios.

—¿Por qué no?

Winston se encogió de hombros.

—Quería saber detrás de qué andaba Harvey..., qué pensaba hacer a continuación.

—¿Y qué le explicó?

—La verdad. Yo puedo meterme en los archivos sin permiso y husmear, pero lo que no puedo es leer el pensamiento de otra persona. Les dije que no tenía ni idea.

—¿Qué le han dicho en los INS sobre el secuestro de Michael Silverman?

—Nada de nada. No he hablado con ellos desde el día que estuve en Washington.

—¿Su contacto ha mencionado alguna vez al Destripador?

—Nunca.

—¿Piensa que sus jefes están detrás de eso?

Winston sonrió y, con el cigarrillo colgado del labio, dijo:

—Pero, joder, ¿tan loco cree que estoy, teniente?

Max se encogió de hombros.

—¿Con cuánta frecuencia se introduce usted en los archivos confidenciales de la clínica?

—Una vez por semana, calculo.

—¿Durante el día o durante la noche?

—Normalmente de noche. Cuando pienso que no habrá nada por allí.

Max asintió y siguió paseando.

—Pero no sabía que Michael estaba en la tercera planta, ¿verdad, Winston?

—¿Cómo?

Max se le acercó.

—Pocas horas antes de que asesinaran a Martino, habían metido en secreto a un paciente nuevo en la habitación del fondo del pasillo. Era Michael Silverman. Naturalmente, usted quiso descubrir de quién se trataba. Así que esa noche se introdujo en los archivos personales de Harvey.

—Oiga, espere un minuto.

—Pero le jodieron —continuó Max—. El doctor Riker estaba en la planta en esos momentos. Y lo oyó dentro del laboratorio. Así que se lo quitó de en medio.

—Frene un poco.

—Luego bajó al otro piso, mató a Martino...

—¡Yo no maté a nadie! —lo interrumpió—. Vale, lo admito. Esa noche estuve en el laboratorio. Forcé el archivador y vi el nombre de Silverman. Sabía que a los chicos de los INS les interesaría el personaje, así que intenté descubrir algo más. Y ahí es cuando me interrumpió Harv. Supongo que me entró un poco el pánico. Mis instrucciones eran que no me pillaran bajo ninguna circunstancia. Así que cuando Harv entró en el laboratorio, le golpeé en la nuca. Pero yo no maté a Martino... Eso lo juro.

—Es experto en artes marciales. —Era más una constatación que una pregunta.

—Sí, ¿y qué?

—Y el golpe en el cuello de Sara fue obra de un experto en artes marciales.

—Espere, frene un poco, teniente. Yo no toqué a Sara Lowell. Y ya que estamos, tampoco toqué a su marido, ni a Janice, ni a ese tal Martino. ¡Dios! Me supo muy mal cuando me enteré de lo de Janice. Era una buena mujer. —Winston se agarró la cabeza con las manos—. Le juro que nunca he hecho

daño a nadie. Solo intentaba recopilar información para un departamento del gobierno que tiene todo el derecho a saber lo que sucede aquí dentro. No hay nada ilegal en eso.

—¿Qué más sabe?

—Nada más. Lo juro.

Max se detuvo y de nuevo empezó a asentir con la cabeza.

—Será mejor que no me esté ocultando nada. De lo contrario...

Intentó que la frase sonara dura, pero no tuvo fuerza suficiente.

—¡Jódeme, machote! ¡Oh, sí, sí, así! ¡Ooh, ooh!

Michael intentó ignorar los continuos gritos de la prostituta del cuarto de al lado y se puso a considerar sus opciones.

Uno: podía intentar romper la cadena que le sujetaba el tobillo. El problema estaba en el hecho de que era un acero bastante firme; por lo tanto, no cedería.

Dos: podía ponerse a gritar por la ventana y pedir auxilio. Pero ¿y si George o sus cómplices lo oían?

Tres...

No había tres. Se puso de pie y probó a ver hasta dónde le permitía llegar la cadena. Podía ir hasta cerca de la ventana, pero no de la puerta. George probablemente lo hizo a propósito. La puerta era una cosa raquítica de madera podrida con un cerrojo que una fuerte racha de viento partiría por el medio.

Volvió a sentarse; la nariz le dolía horrores. Abajo, el bar de toples estaba ahora en pleno apogeo. La música sonaba bastante más fuerte que antes, las vibraciones del bajo tenían fuerza suficiente para resonar dentro del pecho de Michael. Prostitutas y clientes iban y venían libremente por el pasillo. Michael oyó puertas que se cerraban a ambos lados de su habitación; luego, a una mujer que gritaba:

—¡Jódeme, machote! ¡Oh, sí, sí, así! ¡Ooh, ooh!

La mujer gritaba para fingir el orgasmo. El hombre gruñía en el suyo auténtico.

Las sesiones nunca duraban más de un par de minutos. Luego, vuelta a empezar. La prostituta volvía a subir con un nuevo putero. Las mismas risitas.

El mismo orgasmo fingido. Las mismas palabras de «jódeme» lanzadas con el mismo tono agudo ensayado. Una y otra vez. Actuación tras actuación. Los chillidos agudos de placer femenino eran incesantes, monótonos, desapasionados, como si lo que Michael oía fuera un robot o una actriz que se había aprendido el papel al dedillo.

«Muy bien, vamos a pensar bien esto. Harvey me dice que Raymond Markey quiere utilizarme como conejillo de Indias de la clínica. Y lo siguiente que sé es que me encuentro en Oriente con un psicópata. De modo que, ¿qué conclusión podemos sacar? Solo una: que tengo que salir de aquí por patas como sea».

Unos calambres le tensaron el estómago. Sabía que la causa podía ser la hepatitis o la carencia del SR1 tan adictivo, o... o algo nuevo.

Algo relacionado con el sida.

—¡Jódeme, machote! ¡Oh, sí, sí, así...!

El aire se había mezclado con el sórdido entorno, y todo cuanto lo rodeaba le producía una sensación asfixiante y sórdida. Respirar le producía náuseas. Los gritos de las mujeres resultaban enloquecedores en su reiteración, hora tras hora, sin final. Se tapó los oídos con las manos e intentó sofocarlos, pero sonaban justo al lado de su puerta.

—Pasa, Frankie —ronroneó una de las putas con un marcado acento asiático.

—Después de ti, corazón. Carajo, se me ha caído la copa.

—Por aquí, Frankie. Tawnee enseñarte a pasarlo muy bien, ya verás.

—Puede que vaya a ser justo al revés, nena. —El hombre, un estadounidense, no vocalizaba bien. Estaba claramente ebrio.

—Yo cuidar de tu gran polla. Ya verás.

—Claro que sí, joder. —El hombre iba dando tumbos, rebotando contra las paredes como en una máquina del millón.

—¿Te gusta esto, Frankie?

—Sí, es maravilloso.

—¿Quieres ir a habitación ahora, Frankie?

—Claro, corazón.

—De acuerdo, pero dinero antes para patrón. Tú dar a Tawnee propina grande, ¿sí?

—Ya hablamos de eso en la habitación.

Michael se quedó helado. Vio que el pomo de la puerta giraba.

—No, Frankie, es por aquí —dijo la puta.

La puerta vibró.

—La puta puerta está atascada.

—Es aquí, Frankie. Aquí cartel dice no entrar.

—Que le den por el culo al cartel, corazón. Ya verás cómo entramos. Tú no dejes de manosearme los huevos.

—No, Frankie, habitación mala. —Ahora sus advertencias se iban haciendo más urgentes, pero Frankie ni se enteraba—. Esta habitación, habitación del jefe, Frankie. Se pone loco. ¡Ven aquí, Frankie!

Frankie golpeó la madera con el hombro. El cerrojo cedió a regañadientes. Los ojos de Michael se abrieron mucho al ver que la puerta empezaba a abrirse.

—No, Frankie, habitación mala. —La puta se colocó rápidamente en medio del hueco. Se las ingenió para apartar a Frankie de allí, sujetó el cerrojo, agarró la puerta y empezó a cerrarla. Durante un brevísimo momento, miró a Michael con los ojos teñidos de miedo y compasión. Luego dio media vuelta. La puerta se cerró y a Michael se le cayó el alma a los pies. —Vamos, Frankie. —La puta intentó animarlo—. Vamos a divertirnos. Te gustará mucho.

—Eso espero, corazón. ¡A disfrutar!

Entonces, Michael oyó abrirse y cerrarse otra puerta.

El pene de Frankie seguía flácido.

—¿Qué pasa, Frankie? —preguntó Tawnee—. Yo no gusta a ti.

Frankie miró hacia abajo. La puta le lamía los huevos y, al mismo tiempo, le realizaba un laborioso trabajo manual. No obstante, seguía sin empalmarse. Superextraño. Las disfunciones sexuales de Frankie eran la otra cara de ser un blandengue: una erupción precoz en el Vesubio. No ser capaz de alcanzar una erección potente y eficaz era algo nuevo para él.

Superextraño.

Tampoco podía ser por el alcohol, aunque había bebido lo suficiente como para tumbar a un batallón. Mierda, Frankie se había emborrachado muchas

veces. Cantidad. Pero en el pasado nunca había tenido el menor problema para poner en marcha su «palpitante ojiva nuclear». Por lo general, ahora el Gran Colega ya tendría que ser del tamaño de un bate Louisville Slugger y estar partiendo a la señorita en dos bonitas mitades. Tampoco era culpa de la muchacha. Era una profesional de arriba abajo; la lengua le lamía con la suavidad de una gatita junto a un plato de leche. Algo precioso, la verdad. Al carajo los ponis de color crema y las tartas de manzana crujientes, mis cosas favoritas. Que se la chupara una profesional que sabía bien su oficio: esa sí que era una de sus cosas favoritas.

Pero, de repente, el perro había mordido; la avispa, clavado el aguijón, y se sintió triste. Vaya, pues. No estaba nada cachondo. ¿Y por qué?

Porque era hincha del baloncesto.

—Tumbado, Frankie. Relajado.

Obedeció, pero su mente estaba en otra parte. Un par de días antes había leído en el *International Herald Tribune* lo del secuestro de Michael Silverman. Un rollo superextraño. Había pasado en no sé qué clínica del sida en la Costa Este de Estados Unidos.

Entonces, ¿por qué carajo estaba Silverman encadenado al suelo de una casa de putas en Tailandia?

«Muy sencillo, Frankie. Estás borracho. Mírate: si no te aguantas, tú, guaperas bien dotado. Te lo has imaginado todo. ¿Cuánto tiempo ha estado abierta esa puerta, semental, dos segundos? Apenas has podido ver al tipo».

Era razonable, salvo por una cosa. Frankie nunca tenía alucinaciones. La bebida lo relajaba. La bebida lo hacía sentirse bien. La bebida le hacía perder el conocimiento y mearse en los pantalones. La bebida, sin embargo, no hacía que se imaginara víctimas de un secuestro encadenadas al suelo. Debía avisar a la policía, debía avisarlos inmediatamente. Igual obtenía una recompensa.

—Ya, cariño, frena un momento —dijo.

La puta levantó la cabeza.

—¿Algo que gustar a ti, Frankie? —preguntó.

Frankie se levantó y agarró los pantalones. Se subió la cremallera muy despacio, asegurándose de que la pitón de los pantalones no se pusiera tonta y se quedara atrapada entre los dientes de metal.

—No te lo tomes como algo personal, corazón, pero tengo que irme. Puede

que la próxima vez.

—Pero, Frankie...

—Aquí tienes cincuenta pavos. Le diré al jefe que has estado fantástica. No te preocupes.

Le guiñó un ojo y luego salió por la puerta. Tawnee se encogió de hombros y cogió el billete de cincuenta dólares. Pobre hombre, pensó. Era bastante triste. Ya había visto gran cantidad de penes, pero lo que aquel tipo tenía bajo los pantalones parecía la colita de un crío. Qué triste.

Sara llegó a la mansión familiar unos minutos antes de las ocho. Cassandra la recibió en la puerta de entrada.

—Hola —dijo Sara.

—Hola.

Ese fue el contenido de su conversación. Se sentaron una a cada lado del cuarto de estar y esperaron en silencio. No se miraron a los ojos en ningún momento. Parecía que se evitaran la una a la otra, como unos adolescentes a los que dejan solos en una primera cita, pero sobre todo se mostraban precavidas. El único ruido que se oía en el silencioso entorno era el tictac del reloj de la repisa de la chimenea. Sara empezó a darse golpecitos en la pierna y a cantar un viejo clásico de Thin Lizzy, pero las palabras se diluyeron rápidamente.

—¿Sara?

—Sí.

—Espero que Michael esté bien.

Sara asintió, esbozando una sonrisa.

—Lo está.

Oyeron el sonido familiar del motor diésel del Mercedes. Su padre había llegado. Con gran esfuerzo, Sara se levantó. Cassandra hizo otro tanto. Cuando caminaban por el pasillo, entre los retratos de los antepasados y los magníficos paneles de madera, entró John Lowell.

John vio inmediatamente a sus dos hijas y se paró en seco. No las llamó ni intentó dar marcha atrás. Se limitó a quedarse allí parado un momento, mirándolas, con una expresión de derrota en el rostro.

Cassandra dio un paso adelante.

—Se lo dije a Sara. Lo siento, papá...

John interrumpió a su hija alzando una mano.

—Has hecho lo que tenías que hacer —dijo.

—¿Qué es lo que ocurre, papá? —preguntó Sara.

—Quizá podamos explicarlo entre los dos.

—¿Los dos? —repitió Cassandra.

John bajó la cabeza y dio un paso a un lado. Por detrás de él apareció en la habitación el senador Stephen Jenkins. Su aspecto había cambiado radicalmente desde la fiesta de gala del Centro del Cáncer, casi dos semanas antes. Al padre de Bradley se lo veía demacrado. Tenía la mirada perdida y asustada.

—Hola, señoras —dijo el senador, que intentó sonreír.

Las hermanas intercambiaron una mirada de confusión.

—Papá —dijo Sara—, no entiendo lo que pasa.

—Ya sé que no lo entiendes, cariño —dijo John en tono amable—. Tal vez podamos explicártelo en el estudio.

Harvey tenía los ojos rojos. Hacía cinco días que no iba a su casa y no había visto a Cassandra desde aquel breve episodio amoroso en su despacho el día que secuestraron a Michael. Él pillaba el sueño a fuerza de periodos poco frecuentes de semiconsciencia en la mesa de su despacho, más como una siestecita en un avión que un verdadero sueño REM. Durante varios minutos seguidos, había intentado apartar a Michael de su mente y concentrarse en el trabajo. Sin embargo, apenas habían transcurrido unos minutos cuando su atención volvía a centrarse en Michael. Aun así, se sentía preso de los nuevos progresos. Los cambios en la fórmula del SR1 (las mejoras, en realidad) iban a lograr el efecto deseado, de eso estaba seguro. Solo tenía que poner un poco más de dedicación, exigirse un poco más.

Como cualquiera de los que lo conocían o trabajaban con él podía atestiguar, la motivación jamás había sido un problema para Harvey. Comprendía las implicaciones de su trabajo mejor que nadie. Y ese conocimiento lo espoleaba incluso cuando otros, casi todos los demás, habrían

abandonado.

Sonó el intercomunicador.

—¿Doctor Riker?

—¿Sí?

—La señora Riker ha llamado de nuevo. Quiere que le recuerde que la llame lo antes posible. Ha dicho que era urgente.

Harvey suspiró. Urgente. Sí, claro. Pensándolo bien, probablemente Jennifer quisiera saber cómo estaba Sara y si habían tenido alguna novedad de Michael. La verdad es que no tenía tiempo de comentar todas esas cosas con ella. Además, pensar en ella siempre lo distraía de otras cosas, y lo último que necesitaba era que lo distrajeran.

—Muy bien, gracias. Ya la llamaré.

—¿Quiere que le haga yo la llamada ahora?

Harvey se quedó un momento pensando y decidió que lo mejor sería quitarse de encima ese asunto antes de que Jen se cabreara.

—Eso estaría muy bien, gracias.

—Le paso.

Unos minutos después, Harvey oyó sonar el teléfono.

El teniente Max Bernstein estaba sentado ante su mesa del despacho, ponderando los últimos acontecimientos en el caso del Destripador de Gais. Por supuesto, Max nunca estaba sentado del todo. Se levantaba, daba paseos, se agachaba, hacía malabarismos con dónuts del día anterior (intentaba conseguir dominar cuatro al mismo tiempo) y ponía de los nervios a cuantos lo rodeaban.

Seguía rememorando su conversación con Winston O'Connor, el primer gran avance desde hacía días. Estaba claro que los Institutos Nacionales de Salud tenían gran interés por el pabellón Sidney. La cuestión era por qué. La explicación que daba O'Connor de que los INS querían vigilar de cerca sus intereses no se aguantaba. ¿Por qué singularizar el pabellón Sidney? Tenía que haber una razón.

Pero ¿cuál?

Vale, olvidémonos de eso un momento. Pensemos en el asesinato de Riccardo Martino. Winston O'Connor aseguraba que él no tuvo nada que ver con la muerte de Martino, y Max así lo creía. De un modo extraño, aquello resolvía algo que había desconcertado a Max desde el momento en que descubrieron el cadáver de Martino.

Los ajustes de tiempo.

Muy bien, vamos a reconstruirlo. Harvey Riker había visto a Riccardo Martino con vida pocos minutos antes de que Winston O'Connor lo dejara inconsciente. Por lo tanto, Martino fue asesinado después de que Riker fuera atacado. Para que ese pudiera ser el caso, el asesino tuvo que sorprender a Harvey, bajar luego al piso de abajo, liquidar a Martino y luego escapar, todo lo cual parecía de lo más improbable. Por muy frío y calculador que fuera el Destripador, lo más probable era que se hubiera largado en cuanto Harvey irrumpió en escena y hubiera dejado lo de Martino para otro día.

Entonces, ¿cuál era la explicación?

Muy sencillo. La persona que mató a Martino no era la misma persona que

atacó al doctor Riker.

Y bien, si Winston O'Connor no mató a Martino, ¿quién lo hizo?

El Destripador de Gais.

Pero, entonces, ¿por qué el Destripador no lo apuñaló como a los otros?  
Mmm. Buena pregunta.

«¿Como esa otra, Max? Tengo otro millón más para ti. ¿El objetivo de la persona que contrató al Destripador de Gais son los pacientes ya curados como Trian, Whitherson y Martino? ¿O acaso el hombre (o la mujer, no seamos sexistas) va detrás de los pacientes secretos como Jenkins y Michael? ¿O ambas cosas? ¿Y qué me dices del orden de la muerte de los pacientes curados: los tres pacientes que entraron primero, muertos; los tres pacientes que entraron más tarde, vivos? ¿Eso significa algo o es, simplemente, un cable suelto en tu cerebro que hace que vuelvas a considerar ese detalle al parecer tan poco relevante?».

Y la pregunta principal de todas, que Max anotaba en el sobre de la mesa una y otra vez:

«¿Quién se beneficia de los asesinatos?».

Buena pregunta. Fundamental.

Sonó el teléfono de su mesa del despacho. Dejo caer los donuts al suelo. Alargó la mano para descolgar sin molestarse en recogerlos.

—Soy Bernstein.

—Bien —dijo el sargento Willie Monticelli—, todavía estás ahí. Esto no te lo vas a creer.

Por el tono de voz de Willie, Max supo que no era una llamada de rutina.

—¿Dónde estás? —le preguntó.

—Abajo. Tengo una comisaría de policía de Bangkok al teléfono. Un tipo que se llama coronel algo. No puedo pronunciarlo.

¡Bangkok! Max se sentó.

—¿Y qué quiere?

—Todavía lo tengo al aparato, Tics. Quiero que lo oigas tú mismo.

—¿De qué se trata?

—Mejor dejo que te lo diga él mismo.

—Pues pásamelo.

—No cuelgues. ¡Maldita sea! ¿Qué botón tengo que apretar?

—El amarillo.

—Ah, es verdad. Te lo paso.

Clic. Interferencias. Al poco:

—¿Hola?

—Hola, coronel —dijo Max, hablando despacio—. Soy el teniente Max Bernstein, del Departamento de Policía de Nueva York. ¿Con quién hablo?

—Con el coronel Thaakavechikan. De las fuerzas especiales de Bangkok.

—Coronel Thaaka...

—Coronel a secas, teniente. Fui a un colegio de California, así que ya sé que los nombres tailandeses son difíciles para los estadounidenses.

—Gracias, coronel. ¿Tiene usted información para nosotros?

—Eso creo. Tengo entendido que se ocupa usted de los Homicidios del Destripador de Gais y de la desaparición de Michael Silverman.

—Sí.

—Bueno, pues hay algo que ha llamado nuestra atención y que puede interesarle mucho. ¿Ha oído hablar de George Camron?

—No.

—Es un sicario profesional que vive en Bangkok, aunque viaja con frecuencia. Es muy bueno y de lo más mortífero. Nosotros estimamos que ha matado a más de doscientas personas en la última década.

—¡Dios mío!

—Cuando Camron está en Bangkok trabaja desde un bar que se llama Eager Beaver en la calle Patpong. Durante los últimos días se lo ha visto por allí con mucha frecuencia.

—¿Solo en los últimos días?

—Sí. Según nuestras fuentes, George Camron llegó a Bangkok hace menos de una semana.

—Interesante —comentó Max.

—Y se pone más interesante, teniente Bernstein.

—¿Y eso?

—Tengo un estadounidense que se llama Frank Reed sentado junto a mí. El señor Reed es cliente del Eager Beaver.

—Ah, ¿sí?

—Le adelanto que el señor Reed admite que estaba muy borracho durante

el tiempo que estuvo en el bar.

—Siga.

—Al parecer, el señor Reed realizaba ciertas actividades sexuales con una prostituta en la parte de arriba del Eager Beaver. Por casualidad, abrió una puerta equivocada y vio a un hombre encadenado por el tobillo.

—Entiendo —dijo Max, que no dejaba de darse tironcitos al pelo y al bigote—. ¿Y eso no es de lo más normal? ¿Látigos y cadenas en un burdel?

—Oh, sí, completamente normal —accedió el coronel—. No obstante, el señor Reed jura que el hombre que vio era Michael Silverman.

Esas palabras fueron demoledoras para Max.

—¿Qué? —exclamó.

—Insiste en que tienen a Michael Silverman cautivo en el bar Eager Beaver.

—¿Y ha comprobado si eso es cierto?

—Puede que no sea tan fácil como usted cree —le explicó el coronel—. George Camron no es un simple sicario peligroso, teniente Bernstein, es un hombre muy astuto y precavido. Si tienen prisionero a Michael Silverman en ese bar, y no sería la primera vez que Camron oculta a alguien allí, será casi imposible sacarlo. Lo más probable es que Camron tenga todo el local plagado de explosivos y que a la más ligera sospecha lo haga volar por los aires.

—¿Y no pueden pillarlo por sorpresa?

—Es demasiado arriesgado, teniente Bernstein. Si no matamos a Camron en el primer momento, o si trabaja con algún cómplice, le aseguro que podemos dar por perdida la vida del señor Silverman. Como el señor Silverman es algo así como una celebridad internacional, nuestro gobierno vería con malos ojos una acción de este tipo. Por eso lo llamo a usted. No digo que estemos seguros de que hayan escondido micrófonos en el local. Me limito a informarle del historial de Camron.

—Y se lo agradezco. Willie, ¿nos estás escuchando?

—Sí, Tics, estoy aquí.

—Sácame un billete para el próximo vuelo a Bangkok.

—Ya lo he hecho. Debes tomar el vuelo 006 de Japan Airlines que sale del aeropuerto Kennedy dentro de un par de horas. En Tokio enlazas con el vuelo

491 de la misma compañía que te dejará en Bangkok al anochecer. El problema es que no creo que el departamento esté dispuesto a pagarlo.

—Ya me preocuparé de eso cuando vuelva. Coronel, ¿le importa a usted que me desplace hasta ahí?

—En absoluto, teniente, siempre y cuando comprenda que nosotros estamos al mando de la situación.

—Comprendido.

—Entonces, no habrá ningún problema. Mientras tanto, haremos cuanto podamos por controlar el Eager Beaver lo más discretamente posible.

Max rebuscó por los cajones hasta encontrar el pasaporte debajo de un tarro de mayonesa. Lo limpió con una servilleta vieja.

—Bueno, pues ya estoy de camino.

Estaban todos sentados en el estudio.

John Lowell, detrás de su gran mesa de roble, con el senador Jenkins a su derecha y unos pasos detrás de él. Frente a ellos, al otro lado de la mesa, estaban Sara y Cassandra. Todos se estudiaron unos a otros durante un largo momento. Finalmente, Sara rompió el silencio:

—¿Michael sigue vivo?

John echó una mirada al senador y después volvió a mirar a su hija.

—No lo sabemos, cariño.

—Pero ¿sabéis algo del secuestro?

—Podríamos saber algo de eso —lo corrigió el senador Jenkins—, pero no podemos decirlo con seguridad.

—Papá, ¿qué pasa? —preguntó Sara.

—La verdad es que no estoy seguro de por dónde empezar. —El doctor Lowell se levantó y se dirigió hacia una estantería llena de gruesos volúmenes de medicina; paseó la vista por los títulos, pero sin leer nada—. Tú sabes bien lo que representa para mí el Centro del Cáncer, ¿verdad?

—Pues claro que sí —respondió Sara—, pero ¿eso qué tiene que ver con...?

—Pues todo, Sara —dijo John sin más. Sacó un libro, miró la encuadernación y volvió a ponerlo en el estante—. Verás, centrarse mucho en

algo puede ser peligroso. La visión del mundo se estrecha. Uno se va obsesionando. Se cierra. Lo ve todo desde el punto de vista de la propia obsesión y de nada más. No se puede aceptar la derrota. No se puede comprender cómo es que no todo el mundo comparte nuestra pasión. No me interpretes mal. Saber concentrarse y definirse es bueno y necesario, pero cuando escapan a tu control, pueden distorsionar tu perspectiva. Y en la máxima búsqueda del conocimiento, puedes convertirte fácilmente en un ignorante.

Sara y Cassandra intercambiaron una mirada de confusión.

—Sigo sin entenderlo.

—Lo entenderás —contestó John con una sonrisa triste—. No me resulta nada fácil decir esto, así que, por favor, dame un poco de tiempo. Acabaré por llegar al meollo del asunto.

Las dos hermanas asintieron.

—Deseaba tanto ese nuevo pabellón en el Centro del Cáncer que hasta sufría dolores físicos —continuó el padre—. Sería una ayuda para tantísima gente..., para las personas que sufren la peor maldición médica padecida por la humanidad. Las enfermedades y las plagas van y vienen, pero el cáncer es una constante. Pensé que el nuevo pabellón y la financiación suplementaria constituirían un paso fundamental para el descubrimiento de los secretos del cáncer y, en última instancia, para curarlo. Hubiera hecho cualquier cosa para conseguir esa nueva ala. Cualquier cosa.

Hizo una pausa para dejar que sus palabras se asentaran en el silencio que lo rodeaba.

—Cuando rechazaron asignar más fondos al nuevo pabellón, fue como si me atravesaran el corazón con una lanza. Esos malditos idiotas, pensé airado. ¿Cómo pueden ser tan estúpidos? Intenté mantener a flote la idea. Metí todo el dinero que pude en ella y traté de recaudar más fondos en el terreno privado. Pero eso no bastó. Necesitábamos la subvención, y ahora nos dejaban sin ella. El nuevo pabellón estaba muerto. ¿Y por qué? ¿Adónde había ido el dinero? Al sida. A la clínica de Harvey y Bruce. A una enfermedad de maricas. A una enfermedad de drogadictos. A una enfermedad que sigo creyendo que nunca proliferará libremente entre la comunidad heterosexual normal.

Sara abrió la boca, pero John la hizo callar levantando la mano.

—No quiero discutir contigo, Sara. Ya sé que tú tienes otra opinión. Basta con decir que yo lo veo así. Sí, hay algunos heterosexuales que no son drogadictos por vía intravenosa que han contraído el sida, pero es un número pequeño, especialmente en relación con el número de personas que mueren de cáncer. Así es como yo lo veo. Tenga razón o esté equivocado, es algo que ya no importa.

Sus ojos se cruzaron entonces con los de Sara. En su cara apareció una pequeña sonrisa.

—¿Te acuerdas de cuando vimos *Malditos yanquis* en vídeo? ¿Te acuerdas de que el chico vende su alma al diablo para conseguir lo que quiere? Pues eso hice yo. En ese momento no me percaté, o quizá sí, pero no me importó. ¿Quién puede saberlo? Lo único que sé es que hice un trato con el diablo y que no había vuelta atrás.

—Pero ¿qué hiciste? —preguntó Sara con tono distante.

—La rabia me consumía. Me puse a buscar algún modo, el que fuera, legal o no, de retirarle el dinero a la clínica y transferirlo al Centro del Cáncer. Raymond Markey, que es el secretario adjunto...

—Sé quién es —lo interrumpió Sara con voz fría—. Continúa.

John se aclaró la garganta.

—Pues bien, el doctor Markey se puso en contacto conmigo. Dijo que había otras personas que opinaban lo mismo que yo, personas que consideraban que se estaba poniendo demasiado empeño en lo del sida, personas que querían acabar con el pabellón Sidney.

—¿Qué personas?

John respiró hondo.

—El reverendo Sanders, por decir un nombre.

Sara fulminó a su padre con la mirada.

—¿Hiciste tratos con un estafador? —exclamó.

—Escucha, Sara. Los dos sabíamos que no compartíamos ideología, pero sí enemigo. Sanders tenía sus razones para destruir la clínica, y yo tenía las mías. A mí, sus razones no me importaban. Lo único que importaba era conseguir el dinero para el nuevo pabellón, incluso al precio de trabajar con Sanders.

—¿Y quién más se os unió?

—Yo —respondió el senador Jenkins desde detrás de John—. Yo era el cuarto miembro de la conspiración.

Sara volvió su mirada indignada hacia él.

—¿Y cuáles eran tus razones, senador?

—Una muy rara —repuso con una voz extrañamente tranquila—. El amor.

—¿Qué?

—Deja que me explique —dijo el senador Jenkins con una voz que sonaba hueca, como si hablase a través de un largo tubo—. Sanders me aceptó de buena gana por mi afinidad con la derecha, pero la política no tenía nada que ver con lo que me hizo unirme a él.

—Entonces, ¿qué fue?

—Sara, tú has cubierto campañas electorales antes de ahora, ¿no es cierto?

—Sí, ¿y qué?

—Pues que no hace falta que te explique que la política es un juego muy raro. El más raro. Me guste o no, un candidato tiene que hacer concesiones para ganar su escaño. Yo soy el senador más relevante del Partido Republicano. Y aunque estoy de acuerdo con la mayor parte de las posiciones del partido, pongamos, por ejemplo, que un día me pronuncie en contra de la pena de muerte. ¿Sabes qué sucedería?

—¿Por qué no me lo explicas tú? —replicó Sara, cruzándose de brazos.

—Pues que estaría acabado. Borrado del mapa. Todos mis años de servicio se irían a pique. No me elegirían ni para lacero. Voy a ponerte un ejemplo mejor: la postura de nuestro presidente actual sobre el aborto. Antes estaba a favor del derecho a elegir. Ahora, en cambio, se ha convertido en un defensor de la vida por arte de magia. ¿Crees sinceramente que ha cambiado su forma de pensar? Por supuesto que no. Solo ha aceptado la realidad. Sabía que si se presentaba como candidato a favor del derecho a decidir libremente, nunca conseguiría la nominación republicana. Y no son solo los republicanos. Los demócratas también lo hacen. ¿Crees de verdad que todos los senadores progresistas están a favor del aborto o contra la reducción de los impuestos? Por supuesto que no. Solo quieren que los elijan. Como os he dicho antes, hay que hacer concesiones. Tienes que hacer concesiones en tus más profundos valores y creencias. Y no es necesariamente por culpa del político. Es que el sistema es así. O juegas el juego o no eres elegido.

—No veo cuál es el sentido de todo eso —dijo Sara.

—Solo digo que no se puede etiquetar fácilmente a un hombre como de derecha o de izquierda. Hay veces que todos somos unos hipócritas. Hay veces que hacemos cosas que otros considerarían pecaminosas. —Lanzó una mirada rápida a Cassandra y luego continuó—: Lo que trato de decir es lo siguiente: a pesar de la creencia popular, yo no estoy de acuerdo con una gran parte de las opiniones del reverendo Sanders.

—Entonces, ¿por qué te uniste a él?

—Por mi hijo —desveló.

—¿Te aliaste con Sanders por Bradley?

El senador asintió. Tenía los ojos húmedos, pero la voz no le temblaba.

—Lo único que intentaba era salvar a mi chico. Cuando descubrí que Sanders quería destruir una clínica del sida, me imaginé que sería porque estaba dando pasos para descubrir una cura. Así que me puse en contacto con Sanders y le dije que estaba interesado en enrolarme en su «Santa Cruzada» contra esa clínica sin nombre. Sanders me dio la bienvenida a bordo. La verdad es que yo lo único que quería era averiguar algo más sobre la clínica para poder meter a Bradley allí.

—Y lo hiciste.

—Sí. El doctor Riker y el doctor Grey me prometieron mantenerlo en secreto.

—Así que tú —dijo Sara— te uniste a esta disparatada conspiración para ayudar a tu hijo; mi padre, porque quería ayudar al Centro del Cáncer y el reverendo Sanders, para no tener que explicar a sus parroquianos que existía una cura para la «plaga divina». ¿Es así, caballeros?

Los dos hombres asintieron.

—Entonces, ¿dónde encaja el secretario adjunto Markey en todo esto?

—No podría decirlo con certeza —respondió John—. Markey conoce a Harvey desde hace mucho tiempo. Siempre dice que no se fía de él. Dice que Harvey no se anda con chiquitas para conseguir lo que quiere, pero yo creo que hay algo más que eso. Creo que Sanders le hace chantaje con algo.

—Y por si fuera poco —añadió Jenkins—, Markey consiguió el trabajo en el gobierno y su despacho en el campus de los INS gracias a la influencia de Sanders. Aquel es un lugar tranquilo y agradable. A Markey le gusta.

—¿Una deuda política?

Su padre carraspeó.

—Supongo que se podría llamar así, sí.

Sara sintió que la cabeza le daba vueltas. Se concentró en los rostros que tenía delante. Su padre y el senador Jenkins se mostraban a la vez avergonzados, temerosos y ansiosos, como unos colegiales que esperan su turno delante del despacho del director. Cassandra permanecía en silencio con los ojos clavados en su hermana con una preocupación inusual.

—¿Sabes lo que es más raro de todo esto? —preguntó John casi con una súplica en la voz—. Que creo que Harvey Riker y Bruce Grey hubieran entendido lo que hice.

Sara no bajó la mirada.

—Lo dudo —dijo.

—No, Sara, creo que no entiendes lo que quiero decir. Harvey y Bruce tenían los mismos sentimientos respecto de su clínica que yo del Centro del Cáncer. Solo que yo permití que se me fuera de las manos. Permití que me consumiera. Y además me mintieron. Sanders y Markey me la jugaron. Me llevaron a creer que Riker y Grey no estaban cerca siquiera de dar con un tratamiento.

—Pues yo creo —dijo Sara con un tono de voz implacable— que ya hemos perdido bastante tiempo escuchando tus justificaciones, padre. Así que dinos simplemente lo que hicisteis.

John miró otra vez a Stephen Jenkins antes de hablar. A continuación, dijo:

—Muy poca cosa.

—¿Muy poca cosa? ¿Muy poca cosa?—bramó Sara—. ¿Llamas a unos asesinatos...?

—Nosotros nunca hemos matado a nadie —la interrumpió John—. Ni tampoco hemos aprobado nunca ninguna muerte.

—¿Es verdad lo que oigo? —Sara lo miró sin poder creerlo—. ¿Nunca habéis «aprobado» ninguna muerte? Pero ¿de qué coño me hablas? Unos pacientes han sido asesinados. Hasta el hijo del senador fue asesinado. ¿Intentas decirme que esa pequeña conspiración vuestra no ha tenido nada que ver con esto?

—No —le dijo Lowell—. Lo que tratamos de decirte es que nosotros no

sabíamos nada de eso. Que la primera vez que supimos de los asesinatos fue en el *NewsFlash* del otro día.

—¿Y no os enterasteis de nada antes?

—Exacto.

—Entonces —preguntó Sara, negando con la cabeza—, dime, senador, ¿qué opinión te mereció el asesinato de Bradley?

—Lo mismo que todos los demás —respondió Jenkins lentamente—. Pensé que Bradley era una víctima al azar de un psicópata homófobo. No tenía ni idea de que su asesinato estuviera relacionado con el pabellón Sidney hasta que vi el programa.

John asintió con la cabeza.

—Todo lo que hicimos —intervino John— fue intentar presionar a la gente de Washington para que les retiraran la subvención. Llegamos a falsificar informes para que pareciera que el pabellón Sidney usurpaba ilegalmente los fondos.

Sara casi sonrió.

—Así que cuando Raymond Markey acusó a Harvey de falsificar informes, fuisteis vosotros cuatro los que de verdad manipulasteis las pruebas.

—Sí —admitió su padre—. En muchos sentidos, el reportaje de *NewsFlash* casi hunde la clínica. Al revelar que Bradley era paciente de allí, dejasteis a Harvey desarmado ante las acusaciones de falsear los datos voluntariamente. En teoría, Markey hubiera podido retirarle la subvención a la clínica.

—¿Y por qué no lo hizo?

—Porque vivimos en el mundo real, no en uno teórico. ¿Te imaginas el escándalo si Markey intenta cerrar la clínica después del programa? Los medios se le hubieran tirado encima. Se hubiera puesto en marcha una investigación completa, y ninguno de nosotros quería eso...

—Y entonces —interrumpió Sara—, decidisteis entre todos dar un par de años más a la clínica utilizando a Michael como conejillo de Indias.

—El plan fue de Sanders —puntualizó John—, y, si te digo la verdad, fue un plan realmente bueno. Michael podría recibir tratamiento y la cura se retrasaría hasta que a Sanders se le ocurriera otra forma de acabar con ellos.

—¿Y qué es lo que se torció? —preguntó Sara—. Si Sanders se salió con

la suya, ¿por qué hizo que raptaran a Michael?

—En eso estamos justamente, cariño. No lo sabemos. Tanto Markey como Sanders juran que no han tenido nada que ver ni con el Destripador de Gais ni con el secuestro de Michael. Sanders asegura que está tan descontento con lo que pasa como nosotros.

—¿Y le creéis?

—No sé qué creer. Acabo de estar en Washington y le he gritado como un loco. Pero él sigue jurando que no ha tenido nada que ver. De hecho, dice que, en realidad, todo eso del Destripador y toda esa publicidad ha servido para consolidar la clínica, no para perjudicarla.

—Pero —dijo Sara, sacudiendo la cabeza— ¿es que no lo ves? Sin los pacientes ya curados, no hay ninguna prueba de que el SR1 funcione. Al matar a los pacientes sanos, el Destripador de Gais os está haciendo el trabajo.

Ninguno de los dos hombres respondió.

—¿Vais a hacer pública la conspiración? —preguntó Sara.

—Ojalá fuera tan sencillo —repuso John.

—Pues es así de sencillo —dijo Sara en tono frío—. Lo único que tenéis que hacer es dejar de preocuparos de vosotros mismos.

—Sara —continuó John—, ya sé que estás enfadada conmigo. Ya sé que en estos momentos incluso una parte de ti me odia. Si la situación fuera al revés, yo reaccionaría igual. Pero, créeme, he aprendido la lección. Ya no me importa para nada mi reputación personal, tienes que creerlo. Pero si ahora salgo y le cuento a todo el mundo lo que he hecho, podría destruir el Centro del Cáncer. Hoy en día las obras de caridad no sobreviven a un escándalo, ya lo sabes. Precisamente hiciste un reportaje sobre ese centro para adolescentes que se habían escapado de casa, una institución admirable destruida por las indiscreciones de una sola persona. Lo siento mucho, Sara, pero no puedo poner en riesgo el Centro del Cáncer. Es demasiado importante.

Sara se lo quedó mirando, sin más.

—Entonces, no vas a hacer nada de nada, ¿verdad, padre? —le preguntó.

—No he dicho eso.

—No hacía falta. —Sara cogió el bastón y se puso de pie. Cassandra se levantó con ella, en silencio—. Voy a hacer lo que haga falta para descubrir la verdad que hay detrás de todo este follón. Y me importa un carajo si tengo que

hundir a mi propio padre, a la mitad de Washington y a todo el puñetero Centro del Cáncer para conseguirlo.

Salió del estudio hecha una furia.

Jennifer descolgó el teléfono al tercer tono.

—¿Diga?

—Hola, Jen.

Reconoció la voz al instante.

—Hola, Harvey. ¿Qué tal estás?

—He estado mejor.

—Ya me lo imagino. ¿Cómo lo lleva Sara?

—Todo lo bien que se puede esperar, supongo.

—Dale un abrazo de mi parte, ¿quieres?

—Claro. ¿Cómo va todo por Los Ángeles?

—Bien.

—¿Tú estás bien?

—Sí.

Una pausa. Harvey se aclaró la garganta.

—Escucha, Jen, no soporto tener que colgarte, pero...

—Tengo un paquete de Bruce —lo interrumpió ella.

—¿Qué?

—El día que murió —continuó Jennifer despacio—, Bruce se mandó a sí mismo un paquete a su apartado de correos de la oficina central de Los Ángeles.

—¿Lo has abierto?

—Sí. Había historiales médicos.

—¿Cuántos?

—Seis.

—¿Los tienes ahí delante?

—Sí.

—¿Puedes leerme los nombres?

Jennifer cogió las carpetas.

—Krutzer, Leander, Martino, Singer, Trian y Whitherson —dijo.

Otra pausa. Luego un susurro:

—¡Dios mío!

—¿Te encuentras bien, Harvey?

—Estoy perfectamente —dijo, pero la voz seguía sonando confusa—.

¿Había algo más en el paquete?

—Unas muestras de sangre. Dos viales de cada paciente etiquetados con A y B.

Harvey se quedó un momento pensando.

—Escúchame con mucha atención, Jen, ¿de acuerdo? Necesito que me envíes todo el paquete por correo urgente.

—¿Eso tiene algo que ver con el secuestro de Michael?

—No lo sabré seguro hasta que vea todo lo que hay en el paquete. Tienes que mandármelo ahora mismo, Jen, ¿de acuerdo?

—Son más de las seis. Correos estará cerrado.

Harvey miró el reloj, se dio cuenta de la hora que era y soltó un taco en voz alta.

—Intenté dar contigo antes —añadió Jennifer.

—Ya lo sé. Es culpa mía.

—Puedo mandártelo con un servicio especial mañana por la mañana a primera hora.

—Gracias, Jen.

—¿Me mantendrás informada?

—Seguro. —Hizo una pausa—. Espero que seas feliz, Jen. Todavía me importas, ¿sabes?

—Tú también me importas.

Jennifer colgó el teléfono, temerosa de que se pudieran decir algo más.

Después recogió el sobre blanco donde había escrito «Susan» y se lo quedó mirando largo rato.

La mente de Sara era un hervidero de rabia y confusión mientras sus dedos marcaban el teléfono de la comisaría de la calle Ochenta y tres.

—Departamento de Policía.

—¿El teniente Bernstein, por favor?

—Sí, espere un segundo.

Su padre. Stephen Jenkins. Raymond Markey. Ernest Sanders. Una impura alianza que había hecho...

... ¿qué, exactamente?

No podía decirlo con certeza. ¿Y qué tenía que hacer ahora? ¿Cómo podía seguir adelante? No estaba segura. Sabía que debía hacer algo, cualquier cosa, antes de perder la cabeza por completo. Max sabría qué. Seguro que se le ocurría qué paso tenían que dar ahora.

Sara había considerado la posibilidad de enfrentarse directamente a Sanders y a Markey, pero al final la descartó. Si aquellos hijos de puta negaban haber hecho algo malo a sus propios coconspiradores, era seguro que no iban a contarle algo nuevo a ella; lo más probable era que sirviera solo para alertarlos de que corrían un peligro inminente o, aún peor, meterles miedo y que hicieran cualquier desgracia.

El sargento que se ocupaba de la recepción volvió a ponerse al habla.

—Perdone, señora —dijo—. El teniente Bernstein no está por aquí.

—¿No puede localizármelo con el busca? —preguntó Sara—. Es importante.

—No, imposible. Está ocupado en un asunto oficial de la policía y no podemos contactar con él.

¿Que no pueden contactar con él?

—¿Sabe usted dónde está?

—No puedo decírselo, señora. No estoy autorizado a revelar su paradero.

—Pero es que necesito dar con él.

—Justo ahora mismo eso no es posible. Si quiere usted dejar un mensaje,

estoy seguro de que el teniente Bernstein la llamará.

Sara se rascó la cabeza. ¿Dónde podía estar Max que no fuera localizable con su busca?

—Por favor, dígame que llame inmediatamente a Sara Lowell. Dígame que es importante. Si no estoy en casa, puede encontrarme en la clínica.

—En la clínica. Entendido, señora Lowell, se lo diré.

—Gracias.

Sara colgó el teléfono y meditó sobre su próximo movimiento.

Aeropuerto de Narita.

Max desembarcó muy contento del Boing 747-300 de Japan Airlines que lo había trasladado sin escalas de Nueva York a Tokio durante las últimas catorce horas, observó las pantallas de las salidas, vio que su vuelo de conexión salía de una puerta cercana y se dirigió hacia ella. La verdad es que el vuelo había resultado confortable; de hecho, el servicio de a bordo había sido de primera. Era solo que estar atrapado en cualquier tubo metálico a nueve mil metros de altura durante catorce horas era algo que desgastaba a una persona, y eso a pesar de que le pusieran dos películas y le sirvieran tres comidas. Mientras caminaba por la terminal, Max iba mirando por los inmensos ventanales y descubrió una docena de Boing 747-300 colocados ante sus respectivas puertas de acceso. Cada avión disponía de un túnel de embarque que iba del aeropuerto al aparato, como un cordón umbilical gigante que hubiera que cortar antes de que el avión volara libre.

Max no estaba tan cansado como la mayoría de sus compañeros de vuelo. Aunque su cabeza no había dejado de meditar sobre maneras de liberar a Michael, había conseguido dormir más de seis horas. Miró el reloj y se dio cuenta de que todavía quedaba aproximadamente una hora para que despegara su vuelo para Bangkok, la exótica capital de Tailandia. Mucho mejor. Tenía algunas cosas importantes que hacer mientras tanto.

Siguió un cartel amarillo que decía «Llamadas internacionales», conversó un momento con la operadora y luego se metió en una pequeña cabina y descolgó el auricular. A los pocos segundos le pasaron la llamada. Después de un tono, alguien descolgó el teléfono.

—¿Diga?

La voz de Sara fue casi un grito nervioso. En Nueva York era muy tarde, casi las dos de la mañana, pero Sara Lowell parecía de lo más despierta. Eso no lo sorprendió. Pensó qué iba a decirle y decidió ser lo más impreciso posible sin dejar de ser humano.

—¿Sara?

—¡Max! ¿Dónde coño estás? He estado todo el día intentando localizarte.

—Lo siento. He estado indispuesto.

—¿Dónde estás?

—En Tokio.

—¿Qué?

—Bueno, estrictamente hablando, no estoy en Tokio. Estoy en el aeropuerto de Narita. Que queda como a una hora y media del centro de Tokio.

—No necesito lecciones de geografía —lo interrumpió Sara—. ¿Qué haces en Tokio?

Max empezó a enrollarse el cable del teléfono en el brazo.

—Hago escala para ir a Bangkok.

Una breve pausa.

—¿Por qué?

—Ha surgido algo.

—¿Referente a Michael?

«Sin detalles, Max. No vayas a darle demasiadas esperanzas».

—Puede ser. Mira, no sé lo que significa. Solo estoy siguiendo una pista.

—¿Qué clase de pista?

—Deja de hacer de periodista. No tengo tiempo. Ya te llamaré si pasa algo.

—¿Cuánto tiempo estarás por ahí?

Una buena pregunta.

—Espero volver a casa cuanto antes. ¿Hay novedades?

—Un montón.

—Te escucho.

Sara le refirió la conversación con su padre y el senador Jenkins. Max la escuchó en silencio. Se enrolló el cable del teléfono al lado de la boca y lo mordió. Sabía a goma. La mujer japonesa de la cabina de al lado lo miró

enfadada. Max sonrió para pedir disculpas y dejó caer el cable. Cuando Sara terminó, Max le contó a su vez su conversación con Winston O'Connor.

—Ahora ya sabemos de dónde sacaban toda esa información interna —dijo Sara.

—Supongo que sí —dijo Max—. Pero todavía hay muchas cosas que no tienen lógica.

—¿Como qué?

—Como por qué lo hizo Sanders. ¿Qué gana Sanders con los asesinatos?

—Borrar todas las pruebas —respondió Sara—. Si no hay pacientes curados, no hay tratamiento eficaz.

Max negó con la cabeza.

—Tiene que haber modos más sencillos de proceder que con ese rollo del Destripador de Gais. Como dice tu padre, la cobertura de prensa del Destripador ha consolidado la clínica. Más donativos, más apoyo de los medios... Ahora Markey ya no podría cerrarla.

—Entonces, ¿tú qué deduces? —le preguntó ella.

Bernstein se quedó pensando. Pensó en las víctimas asesinadas. Pensó en la clínica del sida. Pensó en el complot de Washington y la relación de Winston O'Connor con él. Pensó en el Destripador de Gais. Pensó en George Camron, que retenía a Michael en un burdel. Y dijo:

—No lo sé, pero ahora será mejor que me vaya. Te llamaré si surge algo.

Colgó el teléfono antes de que Sara pudiera protestar, entró en la farmacia del aeropuerto y compró espuma de afeitar y una maquinilla desechable. Fue al cuarto de baño y se mojó la cara. Diez minutos más tarde, su bigote había desaparecido.

Aeropuerto Don Muang de Bangkok.

Al bajar las escaleras y sumirse en la noche tailandesa, lo primero que sintió Max fue la humedad pegajosa, como si fueran unas gotitas de jarabe flotando en el aire. Ya era tarde, casi las once de la noche, y Max estaba acelerado. Quería empezar a actuar a toda prisa.

El avión de Tokio a Bangkok había sido una copia exacta del que lo llevó de Nueva York a Tokio. El mismo tamaño, la misma disposición de los

asientos, el mismo diseño interior, cierta distorsión de los altavoces que no le permitían estar seguro de cuándo el comandante hablaba en japonés o cuándo hablaba en inglés. Se había quedado un tanto sorprendido al ver los pocos pasajeros que volaban en clase turista. De hecho, había contado los asientos: 100 en turista, 128 en preferente, 32 en primera. La zona de primera clase era increíble. Los amplios asientos reclinables recordaron a Max la silla favorita de su padre para ver la televisión que había en el salón, incluso con soportes para las piernas. Servían Dom Pérignon y caviar beluga. A todos los pasajeros les habían dado una bata *happi* japonesa. Muy agradable. Desde luego, cuando pagas aproximadamente cinco mil dólares por un vuelo de ida y vuelta de Nueva York a Bangkok, será mejor que te hagan la vida muy agradable.

Max viajaba en clase turista, que costaba cerca de mil quinientos dólares, una suma total mayor que toda la cartera de inversiones de Max. Como no había tenido tiempo de recibir los fondos del Departamento de Policía, Max había recurrido a Lenny. Lenny se ganaba bien la vida..., muy bien, de hecho. Al fin y al cabo, era uno de los abogados criminalistas más importantes de Nueva York. Menuda ironía. La madre de Max siempre había querido que él fuera un abogado importante; en vez de serlo, vivía con uno.

No era exactamente lo que su madre tenía en mente.

A pesar de ir sentado en la parte trasera del aparato, Max se había paseado arriba y abajo durante los mil millones de horas que estuvo volando. Siempre le llamaban mucho la atención las cortinas que cerraban las distintas clases y convertían el avión en un microcosmos de la sociedad moderna. «He pagado menos que tú; por lo tanto, soy un miserable y no soy digno de mirarte a la cara ni de respirar tu mismo aire». Y si quieres reírte, intenta hacer uso del baño de primera clase si viajas en turista. Las azafatas te atacarán como extremistas islámicos. Las luces de lectura eran otro problema. ¿Cómo es que nunca enfocaban en la dirección correcta? El haz de luz siempre quedaba demasiado hacia la izquierda, o demasiado a la derecha, o demasiado hacia delante o demasiado hacia atrás, de manera que era como si te enfocasen con un reflector a lo alto de la cabeza. ¿Y quién inventó ese instrumento de tortura medieval que se conoce como los cascos para el cine? Daba la sensación de que alguien te clavara las puntas heladas de unas tenacillas en los tímpanos.

Una vez en el interior de la terminal, Max vio un cartel con su nombre. Se

acercó al hombre que lo sujetaba. Era un hombre alto para ser asiático, de más de uno ochenta, y muy delgado. Estaba absolutamente quieto y solo movía los ojos, como si quisiera preservar toda su fuerza.

—¿Coronel?

—Sí.

—Soy Max Bernstein.

El coronel tailandés se lo quedó mirando.

—¿Usted es teniente de policía? —preguntó.

Max asintió con un gesto.

—Disculpe mi sorpresa, pero esperaba a alguien mayor.

Max empezó a tirarse del bigote. Se detuvo cuando se dio cuenta de que se lo había afeitado.

—Por eso suelo llevar bigote. Me hace mayor.

—¿Perdón?

—No importa. ¿Dónde podemos hablar?

—Venga. Tengo un coche esperando fuera.

—¿Dónde está Frank Reed?

—El señor Reed nos está esperando en el coche. Podemos hablar durante el trayecto.

El coronel lo fue guiando; avanzaba con paso airoso y sin hacer un solo movimiento de más. Abrió la puerta del coche y ambos se acomodaron en el asiento de atrás. El aire acondicionado no funcionaba, igual que en los vehículos de la policía de Nueva York. Max fue al grano.

—¿Es usted Frank Reed?

—Ajá. —El hombre le tendió la mano—. Llámeme Frankie.

Max le estrechó la mano durante un breve instante y continuó.

—Señor Reed, necesitaría que me hiciera un plano exacto de la zona en la que tienen prisionero a Michael Silverman.

—Ningún problema. ¿De verdad que es usted un policía de Nueva York?

—Sí.

—Pues parece un crío de la escuela.

—Es que entré en el cuerpo a los cuatro años. Cuénteme lo del piso de arriba.

—Bueno, a Silverman lo tienen en la segunda planta —confesó Frankie—.

Allá arriba debe de haber unas doce habitaciones. Es como un motel cutre o algo así. Él estaba en una habitación de la esquina izquierda al final del pasillo. Tenía un cartel de «Prohibido el paso» en la puerta. No di crédito a mis ojos. Abrí la puerta y ¡zas!: allí estaba. Superextraño, ¿sabe? Ví a Silverman en el Madison Square Garden el año pasado contra los Bulls. Fantástico.

—¿Podría dibujármelo?

—¿Un cartel de «Prohibido el paso»? Eso está hecho.

—No, un plano del piso.

—Ah, sí, claro.

—¿Y dice que estaba encadenado al suelo?

—Eso parecía —repuso—. Solo lo vi un instante...

—Teniente —interrumpió el coronel Thaakavechikan—, ¿está pensando en algo?

Max asintió mientras se trenzaba los cabellos con los dedos.

—George Camron está familiarizado con la mayor parte de la buena gente de por aquí, ¿correcto?

—Sí.

—No creo que a mí me tenga visto. Pero, por si acaso, me afeité el bigote en el avión.

—Entiendo.

—Quiero entrar yo personalmente.

—¿Cuándo?

—En cuanto Camron salga del bar. Michael está muy enfermo. Tenemos que sacarlo inmediatamente.

El coronel asintió.

—Dígame qué ha pensado usted.

El doctor Eric Blake comprobó su aspecto en el espejo. Como siempre, todo estaba en su sitio. Cuando se le pedía a alguien que lo describiera, rara vez utilizaba términos como «guapo» o «feo» o incluso «anodino». Lo que solían decir era «pulcro». «Cuidado». «Inmaculado». Cada cabello en su sitio, los cordones de los zapatos bien atados, cada botón abrochado. La punta de la

corbata de Eric nunca se le salía, sus calcetines siempre combinaban, su rostro estaba siempre bien afeitado. Incluso ahora, Eric tenía un aspecto correcto, sin emociones, distante. Sin embargo, por dentro, debajo de aquel acicalamiento puntilloso... Bueno, por dentro era otra cosa.

La cabeza le dolía horrores. La presión había ido creciendo hasta el punto de que creía que iba a estallarle la frente. De repente, todo se venía abajo y Eric no sabía muy bien qué hacer.

«Haz lo que sea necesario...».

Caminó decidido hacia el laboratorio. Sabía que Harvey estaba abajo, poniéndole la inyección de SR1 a Kiel Davis. Luego, Harv haría la ronda. Tardaría bastante en volver a la tercera planta.

No había riesgo.

Eric cruzó el laboratorio y abrió su archivador personal, cerrado bajo llave. Una vez más, deslizó el cajón de abajo y sacó las muestras de sangre. Las sacó con cuidado y las colocó sobre la mesa. Luego las examinó.

Todavía nada.

Suspiró. Bueno, eso era de esperar. Los resultados tardarían todavía un ratito. Pensar que ya podría verse algo no eran más que buenos deseos por su parte. No había más remedio que tener paciencia.

Con manos no demasiado firmes, Eric volvió a guardar las muestras en el cajón, lo cerró con llave y regresó a su trabajo.

Max y el coronel T (como le gustaba que lo llamaran) estaban sentados en un taxi en la calle Rama IV, no demasiado lejos de Patpong. Entre las interferencias de la radio del coche, una voz farfulló algo ininteligible para Max. El coronel T levantó el auricular y farfulló su respuesta, igualmente ininteligible.

—Camron ha salido del bar —explicó el coronel—. Ha tomado uno de nuestros *tuk tuks*.

—¿*Tuk tuks*?

—Piense que es un taxi.

Max asintió con la cabeza.

—Entonces, supongo que es hora de actuar.

—Colocaré *tuk tuks* en cualquier sitio donde lo dejen. Vamos a intentar retrasarlo si vuelve antes de que tenga usted oportunidad de liberar al señor Silverman, pero no le doy garantías.

—Entendido.

—¿Nos indicará si ha colocado explosivos en la habitación?

—Subiré y bajaré la persiana —dijo Max—. Si le doy la señal, no intente detenerlo. Igual hace saltar el edificio por los aires.

El coronel asintió.

—¿Ha memorizado el plano?

—Sí.

—Entendido. Buena suerte.

—Gracias. —A Max empezaron a hacérsele nudos en el estómago—. Una última pregunta.

—Dígame.

—¿Cómo lo hago para contratar una prostituta?

—Siéntese en la barra —le explicó el coronel, sonriente— y enseñe un billete de diez dólares, teniente. Lo demás vendrá solo. Ya lo verá.

Sara se despertó tarde. Por un instante alargó la mano a ciegas para buscar a Michael, pero se encontró con la almohada antes de acordarse de que él no podía estar allí. Entonces, retiró la mano y empezó a prepararse para ir a visitar a Harvey. Una hora después llamaba suavemente con los nudillos en la puerta del despacho del médico y asomaba la cabeza.

—¿Puedo entrar?

Él la miró desde la mesa. Le ofreció una sonrisa cansada y se quitó las gafas de leer.

—Claro.

—No quiero interrumpir.

—No, no interrumpes. De todos modos, necesito un descanso.

—¿Cuándo fue la última vez que dormiste algo? —le preguntó ella.

—Ah, no sé. Vamos a ver, ¿en qué año estamos?

—Tienes un aspecto espantoso.

Él asintió, sin dejar de sonreír.

—También a ti te he visto con mejor aspecto.

Sara cojeó hasta la silla de madera que había delante de la mesa del despacho y se sentó. Los ojos se le fueron inmediatamente al póster de Michael que Harvey había colgado en la pared detrás de él. Ver aquella imagen de él volando hacia la canasta resultó, por extraño que parezca, reconfortante. Se puso bien las gafas y se quedó mirándola fijamente unos segundos más, viéndolo deslizarse en el aire, observando su cara de concentración. Luego dijo:

—Tengo que contarte una cosa. Algo referente a mi padre y el reverendo Sanders.

Harvey se reclinó en la silla.

—¿Sí?

—No te va a gustar.

—Cuando algo tiene que ver con tu padre y con Sanders a la vez, no suele gustarme. ¿De qué se trata, Sara?

Sara se lo contó todo. Harvey permaneció con la boca inmóvil hasta que terminó de hablar, pero su lenguaje corporal era otra cuestión. Se alteró por completo. Fue apretando los puños lentamente y luego los apretó hasta el punto de que los nudillos se le pusieron blancos. Su rostro adquirió un tono rojo muy intenso y las facciones se le torcieron en un gesto de ira abrasadora.

—¡Qué hijos de puta! —gritó Harvey finalmente—. ¡Esos cabrones ignorantes, fanáticos!

Sara no dijo nada.

Harvey se levantó. Su ira aumentaba cada segundo que pasaba.

—¿Cómo puedo haber sido tan estúpido? Lo sabía y no hice nada de nada. Por supuesto que Markey trabajaba para ellos, ese hijo de puta sin escrúpulos. —Sacudió la cabeza—. Lo de Sanders y Jenkins me lo esperaba, pero lo de tu padre, Sara... Y se considera a sí mismo un hombre de la ciencia médica. Un sanador. Sin embargo, ha unido sus fuerzas a ellos. ¿Qué clase de persona es?

—No lo sé —dijo Sara en voz baja.

—Lo van a pagar. El mundo entero se enterará de lo que hicieron. —Inclinó los hombros hacia delante, y aquella aura de agotamiento lo envolvió de nuevo—. Es una batalla permanente, Sara. Nunca se termina. Fanáticos, homófobos, personas ingenuas. El sida tiene en contra a tantos que a veces me

pregunto si alguna vez conseguiremos librar al mundo de él.

Volvió a la silla y se dejó caer pesadamente. La hizo girar ciento ochenta grados y se quedó mirando la fotografía de su hermano.

—¿Te acuerdas de cuando empezó el miedo al sida? —preguntó.

—Sí.

—Se habló de encerrar a los portadores en campos de concentración, ¿recuerdas? Incluso se habló de poner en cuarentena a todos los homosexuales conocidos. Tácticas nazis, Sara. Así empezó la cosa. Ahora ya no se oye hablar mucho de eso, pero en cierta forma ahora la amenaza a los gays es mayor que nunca.

—¿Qué te hace decir eso?

—Pues que ahora tipos como Jerry Falwell y Ernest Sanders se han hecho más sutiles. Siguen teniendo el mismo objetivo intolerante, pero lo enfocan de manera diferente. Y les funciona. La gente se los cree. Nos están bombardeando con argumentos que dicen que el sida nunca será una epidemia que se extienda en la comunidad heterosexual. Médicos experimentados como tu padre lo dicen día tras día. Pero la cuestión más importante no es saber con qué intensidad atacará el sida al colectivo heterosexual, sino por qué consideramos que es necesario argumentar ese punto con tanta vehemencia.

—No te entiendo.

La voz de Harvey sonaba apasionada y afligida a la vez.

—Muy bien —dijo—. Aceptemos por un momento que eso es verdad. No lo es, pero para exponer el argumento asumamos que tu padre tiene razón y que el sida será una verdadera epidemia solo entre los homosexuales y los drogadictos intravenosos. ¿Y qué? Si tu padre y sus compañeros no están discriminando, tal y como dicen, ¿por qué ha de importar qué segmento de la población muere a causa del sida? Si descubriéramos que el sida solo mataba a niñas de entre cinco y doce años, ¿alguien se atrevería a salir diciendo «No te preocupes, a ti no te va a afectar»? Por supuesto que no. La homofobia alimenta a esa gente, Sara. Es una batalla que libramos constantemente. Ha cambiado la melodía, pero la canción sigue siendo la misma.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Defendernos con uñas y dientes y contraatacar. Hacer todo lo que podamos para luchar contra ellos. Acudir a los medios de comunicación y

destruirlos.

—Pero de ese modo podría entrarles el pánico. Y si tienen a Michael...

Él asintió, dando un paso atrás.

—Entiendo qué quieres decir. ¿Se lo has comentado al teniente Bernstein?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que no hiciera nada hasta que vuelva.

—¿Dónde está?

—En Bangkok.

—¿Y qué hace allí?

—Dijo que puede que tuviera una pista de algo.

—Dios, eso espero. Nos vendría bien un respiro. —Harvey se inclinó hacia delante—. Y bien, ¿qué se supone que tenemos que hacer mientras tanto? ¿Quedarnos sentados y que los asesinos sigan libres?

—Max no está tan seguro de que Sanders esté detrás de los asesinatos y del secuestro.

—Entonces, ¿quién?

—No lo sabe. Solo dice que tiene sus dudas.

—¿Y qué me dices de ti, Sara? ¿Tienes tus dudas?

—Supongo que sí.

—Bueno, para mí sí que tiene sentido —opinó Harvey—. Sanders secuestró a Michael para paralizar la clínica, eso está claro. Markey sabía que yo era la única persona que había trabajado con Michael...

—Y Eric.

Una sombra de confusión apareció por un instante en la cara de Harvey.

—Él no, Sara. Quiero decir, en cuanto a lo de tener contacto físico con el paciente. Yo le puse todas las inyecciones de SR1 a Michael. Siempre le saqué yo la sangre. Y fui yo...

—Eric también le sacó sangre.

Harvey se quedó perplejo.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Uno o dos días antes de que lo secuestraran.

—¿Estás segura?

—Pues claro. Yo estaba allí. ¿Hay algún problema?

Harvey negó con la cabeza.

—Solo que es raro —respondió lentamente—. Deje instrucciones estrictas de que nadie hiciera ningún trabajo de laboratorio ni le diera ninguna medicación a Michael excepto yo.

—Tal vez Eric no las viera —dijo Sara—. O tal vez se olvidase.

—Tal vez —concedió Harvey, pero no sonó muy convencido.

—¿Por qué no se lo preguntas a él?

—Se lo preguntaré —dijo Harvey—, en cuanto vuelva. —Levantó la vista e intentó esbozar una sonrisa tranquilizadora, pero no le salió—. No me mires así, Sara. Seguro que no es nada.

—Eh, Joe, ¿quieres ver espectáculo erótico en directo? Concurso de lanzar guisantes, ¿eh? ¿Suena bien, Joe? ¿Concurso de lanzar guisantes?

—¿Un concurso de lanzar guisantes? —repitió Max.

—Sí, seguro, Joe. Te gusta concurso de lanzar guisantes. La chica apunta con pajita y estalla globo. Adivinar con qué soplar. ¿Eh, Joe?

Max, que no era un novato en situaciones sexuales extravagantes, no estaba seguro de entender de qué le hablaba aquel chaval tailandés. Tampoco estaba seguro de querer entenderlo. Años antes, antes de conocer a Lenny, Max y un par de amigos pasaron una semana en el barrio rojo de Ámsterdam. Habían visto un espectáculo en el que una mujer lanzaba diversos objetos hasta el otro lado de la habitación empleando cierta parte de su anatomía. No hay duda de que la mayoría de la gente consideraría la orientación sexual de Max un tanto singular, pero él no conseguía ver el erotismo del espectáculo fuera cual fuese la conducta sexual específica que siguiese. Era más bien como ver los trucos asombrosos de un animal amaestrado o algún espectáculo de magia extraño.

—¿Qué decir, Joe? Quieres mujer estupenda. Hará que tu cabeza no parar de dar vueltas.

Una imagen interesante.

—¿La cabeza de quién?

—¿Qué, Joe?

—Olvídalo. No, gracias.

Se abrió paso entre los grupos de mercaderes del sexo sin perder de vista

el letrero de neón rosa que decía «Eager Beaver». Había dos hombres de pie ante la puerta. El más bajito saludó a Max con una gran sonrisa y un fuerte apretón de manos; el más grande lo recibió con una mirada amenazadora. Los dibujos de Mutt y Jeff.

—Bienvenido —gritó el pequeño lo bastante fuerte para que se le oyera en el estruendo de la música disco—. Pase dentro, por favor. Aquí encontrar todo lo que quiera. No pagar entrada.

—Gracias.

Max esquivó al portero de tamaño sumo y entró en el bar. El decorador del interior debía de haber trabajado en *El juego de las citas* original. Muy años sesenta. Muy estilo bar de gogós. Decorado a lo *Escuadrón oculto*. Luces psicodélicas multicolores.

La música venía directamente de *Fiebre del sábado noche*. El cantante bramaba sobre un fuego; el fuego de un infierno discotequero. A pesar del ritmo rápido, las chicas, en toples (la parte de abajo del biquini, una simple cinta, hacía que fueran toples y no desnudos integrales) danzaban lentamente sobre la barra, haciendo una y otra vez los mismos pasos. Max se quedó mirando sus caras, pero ninguna le devolvió la mirada. Todas ellas tenían una expresión de aburrimiento, con los ojos apagados, que no veían y solo cobraban vida si alguien les metía dinero en el pubis.

«Michael está por aquí, en alguna parte...».

—¡Dale ritmo, *baby!* —gritó un hombre.

La chica sonrió y lo complació. Se llevó cien bahts tailandeses (cuatro dólares) por las molestias. Se agachó para ponerse a la altura del hombre, tentándolo para que añadiera algo más a su botín, pero él la despidió con un gesto.

El público era una mezcla. Incondicionales sin un chavo. Turistas curiosos. Matrimonios. Tailandeses, japoneses, estadounidenses, italianos, alemanes, australianos...; unas Naciones Unidas cachondas. En una esquina, el público vitoreaba un acto sexual que desafiaba a la vez la fe y la realidad biológica. El *Aunque usted no lo crea* de Ripley, pensó Max. O incluso el *Guinness*. Dos mujeres desnudas, una asiática y la otra negra, estaban a cuatro patas. Y lo que hacían (¡Dios, no podía ni creerlo!) era lanzar plátanos con la vagina al otro lado de la sala. Plátanos, por Dios bendito. Un hombre iba

marcando el sitio donde caían, como si calculara la distancia que había recorrido un disco en unos juegos olímpicos. Otro hombre cargaba sin cesar sus vaginas con los plátanos, como si las dos mujeres fueran lanzagranadas humanas. Y plátano tras plátano volaban por la habitación entre los rugidos del público. Max se apartó.

«Michael está cerca...».

Se sentó a la barra, en un taburete que giraba trescientos sesenta grados. A Max le gustó y empezó a dar vueltas en el asiento como un niño en una cafetería. Apenas pasaron casi dos segundos hasta que se le acercó una chica tailandesa, vestida como la típica golfa estadounidense. Una camiseta sin mangas con unos pantalones muy cortos de satén que no solo le ceñían la ingle, sino que además formaban una hendidura profunda. Las prostitutas eran de diversas edades, pero aquella parecía como si acabara de echar mano del estuche de maquillaje de su mamá.

—Hola —le dijo.

No tendría más de quince años, con una piel suave, preciosa. Tenía un aspecto asombrosamente fresco y seductor, de ese estilo muñequita que tantos hombres encontraban atractivo.

—Hola.

Lucía una sonrisa amplia, brillante y un tanto maliciosa.

—¿Tú comprarme bebida?

—¿Por qué no? ¿Qué te gustaría tomar?

—¿Tú qué tomas?

—Vodka con hielo.

—Yo tomaré lo mismo, por favor.

Max hizo un gesto al barman y pidió. La factura ascendió a doce dólares: cinco por su copa, siete por la de la chica. Antes de que Max pudiera protestar, el barman señaló un cartel: «Cerveza, 3 \$; Licores, 5 \$; Bebidas cabaretera, 7 \$».

¿Cabaretera?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella.

—Max.

—Nombre bonito. ¿Tú vivir en América, Max?

—Sí —respondió, empezando a retorcerse el pelo alrededor del dedo.

—Sitio bonito, ¿no?

—A mí me gusta.

—¿Por qué estar siempre moviendo, Max?

—Nosotros decimos «no parar quieto».

—¿Por qué no parar quieto, Max?

—No lo sé.

—¿Tú en Bangkok de negocios o placer?

Max intentó sonreír, intentó meterse en el papel de aventurero mujeriego. Pero no era él.

—Un poco de ambas cosas, si sabes a qué me refiero. —Guiñó el ojo con una torpeza lamentable.

Por Dios.

La mano diminuta de la jovencita se le posó en el muslo.

—¿Yo gustar a ti, Max? —Lamió el aire como si fuera un cucurucho de helado y se inclinó hacia delante. Sondeó con sus ojos los de él hasta que Max apartó la mirada.

—Mucho.

—¿Tú cuánto placer querer, Max?

—Pues unos cien dólares —dijo—, para empezar.

La chica asintió. Preguntó:

—¿Qué gustarte?

Max se aclaró la garganta.

—La Sala Viciosa.

La chica se quedó helada.

—¿Tú estar aquí antes, Max?

—No, no. Un amigo me habló de eso.

La chica asintió otra vez, ahora ya más profesional.

—Sala Viciosa cara.

—Puedo pagarlo.

Otro gesto de asentimiento. La chica tenía la mano prácticamente en la entrepierna de Max. Rozaba la superficie de sus pantalones con la delicada caricia de sus uñas larguísimas pintadas de rojo. Sorprendentemente, algo parecido a una excitación lo fue invadiendo. Tenía un modo de tocar relajante, apaciguador. Y él se sentía tan bien que asustaba; era algo un tanto extraño

para un hombre al que normalmente lo excitaban los machos musculosos. No era que Max nunca hubiera estado con mujeres. Lo había probado. Solo que prefería a los hombres, simplemente. La chica apartó la mano.

—Pagar a hombre de allí, Max —dijo—, y luego vamos arriba. Pasarlo muy bien juntos. Yo volver a ti loco del todo.

Max asintió y se preguntó si aquello sería mejor que lo de que la cabeza no pare de darte vueltas. Difícil elección.

Se mordió un pellejito que le salía de la punta del dedo e hizo lo que le decían. El chulo era un joven con aspecto de aspirante del peso wélter: pequeño, musculoso, sin un gramo de grasa en el cuerpo.

—¿Cómo de viciosa quieres?

—Mucho.

—¿Seguro que quieres Sala Viciosa? —preguntó el chulo—. Muy caro. Muy peligroso.

—Seguro. ¿Cuánto?

—Doscientos dólares entrada. Pero si quieres usar pared roja, más. Mucho más. Tú me avisas, ¿de acuerdo?

¿La pared roja?

Después de unos momentos de regateo, se pusieron de acuerdo en un precio total de ciento setenta y cinco dólares.

Max le dio el dinero. Inmediatamente, la chica tailandesa apareció junto a él y se lo llevó escaleras arriba mientras le susurraba las expresiones habituales de las putas sobre lo bien que se lo van a pasar y lo machote que era él.

—¿Cómo te llamas? —la interrumpió.

—Bambi.

Un nombre tailandés tradicional.

—¿Cuántos años tienes?

—Los suficientes.

—¿Para qué?

De nuevo, la lengua se puso a lamer el cucurucho de helado.

—Para hacer feliz a ti.

—¿Y por qué haces esto, Bambi?

—¿Hacer qué?

Allí el calor era aún más asfixiante que abajo. En ese momento estaban en un pasillo a oscuras, con la pintura desconchada, el alumbrado casi inexistente. Max se estremeció al pasar junto a la puerta de la esquina, donde había clavado un cartel de «Prohibido el paso». Consiguió no vacilar.

—Prostituirte.

—¿Por qué? —le contestó la chica, mirándolo.

—Solo por preguntar. Pareces inteligente y...

Durante un instante la sonrisa desapareció y Max descubrió el puro odio que había debajo.

—¿Tú sacarás a mí de todo esto, Max? —En su voz se había introducido un toque despectivo. Pero el momento pasó enseguida. Como la llama de una vela que va y viene, la sonrisa reapareció incluso con más intensidad—. Ven. Yo ser tu fantasía —dijo—. Luego tú ir a casa feliz, ¿de acuerdo?

Abrió la puerta. Lo primero que lo sorprendió fue el olor. Habían pulverizado grandes dosis de un ambientador con olor a cereza para tratar de ocultar el repugnante e inconfundible hedor de... de la sordidez. La sordidez empapaba la habitación entera, como si los propios actos se hubieran asentado dentro de las paredes como millares de cucarachas enanas que pudrieran los cimientos. Max tuvo un escalofrío.

¿De dónde le venía aquella inquietud?, se preguntó. Había estado en saunas y baños turcos, incluso en tremendas orgías multitudinarias, y sin embargo en aquella habitación había algo que lo intimidaba. Era como... como si allí hubiera algo descaradamente deshumanizador.

En cuanto al espacio físico, bueno, baste decir que el nombre de «Sala Viciosa» era totalmente apropiado. De una pared colgaban consoladores, montones de consoladores de formas y tamaños que superaban la imaginación. Algunos apenas si eran fálicos. Látigos, cadenas, esposas, cuerdas, camisas de fuerza, máscaras de cuero, instrumentos de sumisión y esclavitud de todas clases cubrían las estanterías que había a su izquierda. Y luego, justo enfrente, sobre una pared pintada de rojo... Se acercó hasta ella para verlo más de cerca.

—Dios mío.

La pared roja.

Se volvió hacia Bambi, que estaba ahora acurrucada en un rincón. Seguía

sonriendo, pero de pronto los ojos se le habían llenado de un terror absoluto.

—Pared roja extra, Max. —Pausa—. ¿Tú quieres?

Él volvió a mirar sin creer lo que estaba viendo. Un bastón eléctrico. Un puto bastón eléctrico de policía. Voltios de electricidad suficientes para que cualquier cuerpo tenga espasmos epilépticos en medio de un ataque.

—¿La gente utiliza esto contigo? —le preguntó.

La chica tardó unos segundos en responder, solo sonreía.

—Conmigo no. Otras chicas.

Max dejó el bastón en su sitio y cogió un... por Dios... una picana eléctrica. Ser vicioso era una cosa, pero aquello iba más allá del simple vicio. Había oído hablar de esas cosas, de hombres que disfrutaban dando descargas eléctricas en los pezones e incluso en el clítoris, pero siempre había creído que eran puras invenciones descabelladas.

—A veces —dijo Bambi—, ellos querer que yo uso.

—¿Cómo?

—Uso en ellos —continuó la chica.

Max miró la picana e intentó imaginársela haciendo presión en sus huevos y su pene. Los músculos se le pusieron rígidos y el estómago le dio un vuelco. Continuó mirando las estanterías sin poder creerlo. Pinzas para pezones. Tachuelas afiladas, puntiagudas. Instrumentos de tortura que parecían totalmente de la Edad Media. Lo asaltaron las náuseas.

«¿La Sala Viciosa? Más bien la Cámara de los Horrores».

—¿Tú qué querer, Max?

—Quiero atarte.

—¿Tú usar... la pared roja?

—No.

Ella se mostró visiblemente aliviada. Empezó a desnudarse, pero Max la detuvo.

—No te desnudes.

—¿No quieres desnuda?

Max negó con la cabeza.

—Tumbate en la cama —le dijo intentando que pareciera una orden lujuriosa.

La chica lo miró de un modo raro, pero obedeció. Max sabía un montón de

nudos y de cómo atar a la gente. Le sujetó los brazos y las piernas de tres maneras distintas, asegurándose de que estaban firmes, pero sin pellizcar la carne. No había ningún motivo para hacerle daño.

—Abre la boca.

La joven prostituta hizo lo que le mandaba. Se quedó sorprendida cuando lo único que le metió en la boca fue un trapo. Le pasó repetidas veces una cuerda por la boca y por la nuca, dejándola muy bien amordazada.

—¿Puedes respirar? —le preguntó.

Bambi asintió.

Max quiso marcharse con algunas palabras de sabiduría y amabilidad eternas, pero comprendió que eso sonaría a hueco. Lo que hizo fue inclinarse hacia delante y darle un suave beso en la frente.

—Adiós.

Fue hacia la puerta. Bambi lo siguió con los ojos. Abrió ligeramente la puerta y observó por la rendija. El pasillo estaba vacío. Salió sin ruido y se dirigió hacia la habitación donde Frank Reed decía que tenían encerrado a Michael. Cuando llegó a la puerta, agarró el pomo, lo giró y empujó con fuerza.

La puerta cedió y Max entró.

George mantenía el teléfono pegado a la oreja.

—Entonces, voy a matar a Michael Silverman ahora mismo —dijo.

—¡Espere! —chilló la voz—. Le pago a usted por destruir el edificio del almacén de Bangkok y...

—Eso ya lo haré —lo interrumpió George—, pero primero Silverman tiene que morir. Ahora es un cabo suelto y no puedo permitir que se vaya. Sabe demasiado.

—Espere, un segundo. Yo dejé claro...

George colgó el teléfono. El sampán costaba por las aguas tranquilas del río Chao Phraya, pero la verdad era que George no notaba sus efectos calmantes. Por primera vez desde los crímenes del Destripador de Gais, George estaba realmente preocupado. Su patrón estaba poniéndose en evidencia y, peor aún, ocultándole información. Querer que acabara con el

negocio de repente, destruyera la casa donde almacenaban el material de la clínica y soltase a Michael Silverman no tenía sentido a no ser... a no ser que algo hubiera salido mal. Muy mal.

¿Acaso él, George Camron, había cometido un error?

Imposible.

—Gracias, Surakarn, te agradezco el servicio.

—No hay de qué, viejo amigo.

George se bajó de la barca y volvió a tierra firme. Frente a él estaba la silueta del Gran Palacio, envuelto en un silencio monumental. George se dirigió hacia los *tuk tuks*.

—¿Necesita servicio, señor? —le preguntó un conductor calvo.

George se acercó al conductor y se volvió bruscamente en dirección contraria. Mejor a salvo que arrepentido. Fue corriendo por unas cuantas manzanas largas hasta la calle Lak Muang, llamó a un taxi y se subió al asiento de atrás.

—Patpong.

El taxista asintió y arrancó.

Atrás, entre los *tuk tuks*, el conductor calvo cogió una radio.

—¿Mi coronel?

—Adelante.

—George Camron ha pasado de largo frente a nosotros y ha cogido un taxi. Podría estar ahí en cuestión de minutos.

El coronel dejó el micrófono de la radio y esperó la señal de Bernstein.

—¿Max? —Michael lo miraba con ojos amodorrados.

Max indicó a Michael que guardara silencio mientras recorría la habitación con la mirada, buscando y comprobando.

—¿Camron dijo algo de algún explosivo? —preguntó.

La voz de Michael sonó débil, apenas audible.

—Detrás de ti. En el techo —dijo.

Max se volvió, miró hacia arriba y vio los cartuchos de dinamita atados todos juntos.

—Maldita sea —dijo en voz alta.

Abrió y cerró la persiana de la ventana para indicar al coronel y a sus hombres que permanecieran quietos.

—Tenemos que sacarte de aquí.

Michael intentó enfocar el rostro de Max, pero sus ojos no le obedecían. Tenía el pelo pegado en la frente por el sudor. El labio inferior le temblaba como si tuviera fiebre.

—Tranquilo, Michael. Es como si ya estuvieras en casa.

—En casa.

Max se puso de pie en una silla y examinó los explosivos. Luego se bajó de un salto y se arrodilló delante de Michael. Se sacó de dentro de la bota una larga sierra de arco para metales y empezó a serrar la cadena que aprisionaba el tobillo de Michael. Era un acero grueso y resistente, lo que retardaba peligrosamente el trabajo. El calor de la habitación era insoportable, como una sauna a todo gas. Max respiraba con dificultad.

—¿Has estado aquí metido todo el tiempo?

Michael asintió.

Max continuó serrando. Un piso por debajo de él, George Camron entraba en el Eager Beaver.

El coronel T vio dos cosas casi exactamente en el mismo momento. Vio la señal del teniente Bernstein que le decía que, en efecto, había un artefacto explosivo en la habitación de Michael Silverman y vio a George Camron pagar al taxista.

—¿Lo detenemos, mi coronel?

—Ya ha visto la señal del teniente. Es demasiado arriesgado.

—Entonces, ¿qué tenemos que hacer?

—¿Hacer? —repitió el coronel.

—Estamos esperando sus órdenes.

Pero el coronel sabía que no podían hacer nada. Si intentaban detenerlo, puede que George Camron hiciera estallar todo el edificio. El teniente Bernstein tenía que trabajar solo. Lo único que podían hacer el coronel y sus hombres era mirar impotentes cómo George desaparecía en el interior del local del Eager Beaver.

Michael nunca se había sentido tan agotado. Era como si el malo de alguna película de ciencia ficción le hubiera consumido toda su energía vital y le hubiese dejado solamente un armazón vacío. Sus brazos y piernas parecían bloques de plomo; le era imposible moverlos. El dolor que había sentido cuando le destrozaron la nariz ya había desaparecido y había sido sustituido por un entumecimiento que era igual de molesto. La inflamación le obstruía los conductos nasales, y cada vez que respiraba era como si inhalase llamas.

George solo le había dado de comer un trozo de pan al día. Sí que le había dado un poco más de agua, la suficiente para prevenir una deshidratación completa. El techo le parecía ahora más bajo, y las paredes, más cerca unas de otras. Había empezado a delirar. Tenía unas ganas enormes de gritar, de gritar hasta que todo reventara y ya no pudiera gritar más.

Justo entonces, Max abrió la puerta.

Al principio, Michael creyó que era sin duda una alucinación. Incluso ahora, la atmósfera irreal de aquella habitación seguía igual. Del interior de su cabeza parecían salir extraños sonidos: la sierra de Max mordiendo el grillete, el tictac de la bomba, aunque sabía que ese tictac solo existía en su cabeza. La bomba no tenía temporizador. Aun así, tictac, tictac...

¡Buuum!

—Max.

—Ya casi está, Michael. Aguanta.

—Sara.

—Está bien.

—Nuestro hijo.

—A salvo en la matriz. Pronto estarás con ella.

Michael volvió a intentar enfocar el rostro de Max. Un rostro flaco. De nariz larga. Bien afeitado.

—No tienes bigote.

Max le ofreció una sonrisa tensa.

—Me lo afeité. Ya casi estoy, Michael. Ya casi...

—Casi —repitió Michael.

—¡Ya está! —La cadena se partió—. ¿Puedes andar, Michael?

—Seguro que sí.

Logró ponerse de rodillas antes de que la cabeza le empezara a dar vueltas

a la velocidad de un avión que cae en picado.

—Apóyate en mi hombro —le instó Max—. Tenemos que darnos prisa.

Con mucha ayuda de Bernstein, Michael consiguió ponerse de pie. Le flaqueaban las piernas, pero fue capaz de dar un paso adelante.

—Eso es. Así vamos bien.

Michael asintió con la cabeza.

Max avanzó otro paso, pero se paró de golpe al notar que algo frío le tocaba el cuello. Miró hacia abajo.

La hoja de un estilete reposaba en su garganta.

Antes de que Max pudiera reaccionar, un bíceps gigantesco lo rodeó por la frente. El brazo le sujetó el cráneo y lo apretó contra un pecho duro como el asfalto. No podía moverse. George cambió de posición el estilete. Ahora la punta afilada se apoyaba sobre la laringe de Bernstein y casi le perforaba la piel.

—¡Hola, chicos! —dijo George—. ¿Qué tal?

Eric Blake miró el reloj de la pared.

Era la hora.

Algo se le atravesó en la garganta a Eric, pero consiguió tragárselo. Ordenó los papeles de la mesa, colocó bien alineados los lápices y se levantó. Se miró en el espejo para comprobar su aspecto, se apretó el nudo Windsor de la corbata y se atusó suavemente el cabello con las dos manos. Luego estuvo un buen rato examinándose la cara. Ese día parecía distinto. Era como si sus pensamientos hubieran salido a la superficie y alterado su aspecto.

«Todas las cosas por las que he estado trabajando, todas las cosas que he querido conseguir...».

¿Es posible que se hubiera perdido todo?

Se sacó del bolsillo un pañuelo meticulosamente planchado, se secó la frente y luego se fue hacia el laboratorio.

—Buenos días, doctor Blake.

—Buenos días.

Eric trató de recordar el nombre de la enfermera, pero no lo consiguió. Sí recordó que era la más joven y con menos experiencia del personal. Tenía el acceso a los pacientes estrictamente limitado a los ingresos más recientes y sus funciones solían ser las más rutinarias. Solamente una enfermera había tenido acceso a todos los pacientes y a todas las plantas.

Janice Matley.

En cuanto ese nombre apareció en su mente, Eric intentó borrarlo. No tenía sentido ponerse a pensar ahora en eso. La muerte era la muerte. De ahí no se volvía. No había indulto.

Nada.

Eric entró en el ascensor y apretó el botón. Paseó la vista por el espacio para tratar de encontrar algo con que distraerse. Se fijó en la firma del inspector de los ascensores. Intentó leer el nombre, pero la caligrafía era demasiado descuidada; parecía más la línea de un electrocardiograma que una

firma de verdad. Eric decidió que aquel inspector tenía que ser un médico.

Un minuto después estaba ante la puerta del laboratorio. En cierto modo deseaba retardar ese momento, ahora que había llegado, pero el resto de su cuerpo lo impulsó a entrar en la sala y dirigirse hacia su archivador. Allí sacó la llave, abrió uno de los cajones y metió la mano. Topó con lo que buscaba. Respiró hondo, lo sacó y lo miró.

Silencio.

El rostro de Eric no registró emoción alguna. Devolvió la placa de cristal al fondo del cajón y lo cerró con cuidado. Echó la llave, descolgó el teléfono y marcó un número de Bethesda, Maryland. Después de tres tonos, alguien descolgó el teléfono al otro lado de la línea.

Eric se aclaró la garganta.

—Con el doctor Raymond Markey, por favor.

«La he jodido bien. Yo. George Camron...».

No podía creerlo, y sin embargo tenía la prueba sujeta contra su pecho. Habían encontrado a Silverman. Mierda, lo habían encontrado, sí. Mierda. Ni siquiera su patrón sabía dónde lo tenía escondido.

George mantenía la punta de la cuchilla en su sitio. Cada vez que el hombre tragaba, George notaba vibrar el estilete en su mano. Su cerebro buscaba respuestas a toda velocidad, pero no encontraba ninguna. La había jodido. Y mucho. Pero ¿cómo? ¿Cuándo?

«Cálmate, George. Demuéstrales que sigues al mando».

George escuchó la voz que le sonaba en el cerebro y se obligó a sonreír. Estaba seguro de que eso haría que pareciera que lo tenía todo controlado.

—Muy bien, caballeros —dijo, sin dejar de sonreír y manteniendo a su presa bien sujeta—. ¿Cómo estamos hoy? Un tiempo estupendo, ¿no les parece?

Max Bernstein se las arregló para encogerse de hombros.

—Poco calor para mi gusto, George —dijo.

«¡Este hombre sabe mi nombre!».

—Lo lamento mucho —dijo George. Tuvo que esforzarse para que su voz no mostrara el menor atisbo de pánico. Una gota de sudor le corría cuello

abajo y se le metió por el cuello de la camisa—. ¿Te importaría identificarte antes de que te corte de cuajo la puta cabeza?

—Teniente Max Bernstein. Departamento de Policía de Nueva York. Queda usted detenido por...

—Ahórratelo, teniente.

¡Un poli! Pues tenía toda la pinta de un estudiante universitario, maldita sea. George no podía creerlo. Habían mandado a un crío de nariz pecosa a cazar a George Camron. Increíble.

—Tengo que leerle sus derechos —continuó Max.

—Intenta moverte y estás muerto.

Sin apartar la punta de la hoja de la garganta de Max, George lo soltó y se metió la mano en el bolsillo. Sacó algo parecido a un pequeño mando a distancia de televisión. Se lo puso a Max delante de la cara.

—¿Sabes lo que es esto? —preguntó George.

Max miró el artefacto.

—¿Vamos a ver la tele?

—Eres muy gracioso, teniente —dijo George, pero no le gustó la actitud de Bernstein. Allí estaba él, con una navaja en el pescuezo de aquel crío, y el muy tonto del culo se ponía a hacer bromas.

«Sabe algo, George. Se te ha escapado alguna cosa más...».

—Este botoncito de aquí —George puso el pulgar sobre él para subrayar la frase— hace estallar aquel pequeño explosivo de allí arriba. Un material muy ruidoso, me temo. ¡Bum!

Aquello pareció asustar al poli. De repente, se había puesto pálido.

—¿Explosivo? —repitió.

George hizo un gesto con el mando a distancia.

—Justo allí arriba.

Max siguió el gesto con los ojos.

—Dios.

George empezó a sentirse mejor. «Ya no estamos tan confiados, ¿verdad, chaval?».

—Sí —dijo—. Un material potente. Los trocitos que queden de nosotros acabarán en Singapur. Así que si veo aunque solo sea un atisbo de problema, habrá llegado la hora de hacer ¡bum!

Los ojos de Max volaban en todas las direcciones como en busca de una solución rápida.

—Olvídelo, Camron —dijo el joven policía, pero su tono ya no tenía la misma jactancia de antes—. Se acabó. Tenemos la casa rodeada.

—Supongo que no tengo elección —dijo George, fingiendo lamentarlo—. Me parece que voy a tener que volarlo todo.

—Morirá usted también.

—Menudo problema.

—¡Espere! —gritó Max. Al hacerlo, la punta del estilete le rajó la piel. Se le abrió un pequeño corte. Empezó a correrle la sangre cuello abajo.

—¿Qué? —preguntó George.

Max cerró los ojos. No le gustaban los derramamientos de sangre, especialmente la suya.

—Tengo una idea —soltó.

—Ah, ¿sí?

—Se trata de un intercambio, en realidad.

—¿Qué clase de intercambio?

—Información por libertad —aclaró Max tras pensar un momento—. Haré que retiren los cargos contra usted a cambio de que testifique contra la persona que lo contrató.

El pánico volvió a apoderarse de George. No sabía casi nada de su patrón: ni el nombre, ni la dirección, ni nada. ¡Maldición! Sabía que tenía que haberlo investigado más a fondo. ¿Por qué no había realizado las comprobaciones que hacía siempre de sus clientes? ¡Qué idiota! Otro puñetero error.

¿Qué demonios le pasaba?

Podía disimularlo, claro. Ganar tiempo. Inventarse un nombre. Mentir. Pero George era realista. No habría manera de hacer que los tailandeses lo dejaran marchar, desde luego no tras un incidente así. Los tailandeses no eran como los estadounidenses. No trabajaban de esa forma.

—De eso, ni hablar —respondió George muy despacio. Como un cirujano bien entrenado, George hurgó en la herida de Max con la punta de la cuchilla. Fluyó más sangre. Un plan empezaba a tomar forma en su cabeza. Un plan brillante, a prueba de bombas. La sonrisa reapareció, brillante—. Pero tengo otra idea —aventuró.

—¿Sí?

—Voy a marcharme de aquí. A cambio, garantizo que nadie resultará herido.

—Esta casa está rodeada... —señaló Max, negando con la cabeza.

—Por eso no te preocupes —lo interrumpió George—. Tengo un plan de huida. Vais a esperar cinco minutos. Si salís de esta habitación antes, le doy al detonador de la bomba. Después de cinco minutos, sois libres de iros.

—Max —lo interrumpió Michael. Era la primera vez que hablaba desde que George había entrado en la habitación—. No lo escuches. Está mintiendo.

Max asintió, pero no parecía muy seguro.

—¿Cómo podemos fiarnos? —preguntó.

—Tenéis mi palabra —dijo George.

—Max...

—Entonces, trato hecho —dijo Max—. Con una condición.

—Max, escúchame. No puedes...

—¿Tienes una idea mejor, Michael? Porque tiene el cuchillo en mi garganta, ¿sabes?

Michael se limitó a mirarlo fijamente.

—No puedes fiarte de él.

—¿Y qué elección tenemos? ¿Eh?

A George le gustaba lo que estaba oyendo.

—Estamos perdiendo el tiempo. ¿Cuál es esa condición? —preguntó.

—Nos da alguna información antes de marcharse.

—No.

—Pues no hay trato —resolvió Max.

—Pero soy yo el que tiene el estilete y el detonador.

—No hay trato si no habla. Solo quiero información, George. No estoy interesado en capturarlo.

George consideró sus opciones. Al final, su patrón había jodido las cosas por completo. George ya no le debía ninguna lealtad. ¿Por qué no hablar? Era menos probable que el poli aquel intentara algo si disponía de datos que le parecieran útiles.

Además, el teniente Max Bernstein no iba a vivir mucho tiempo. Ni tampoco Michael Silverman.

—Lanza la pregunta.

—¿Quién lo contrató?

—No lo sé. Trabajo con llamadas anónimas.

—¿Qué objetivo tenían los asesinatos?

—¿Objetivos?

—¿Por qué tenía como objetivo a personas de una clínica del sida concreta?

—Eso tampoco lo sé.

—Vamos, George, tendrá que explicarse mejor.

—Yo mato por encargo —explicó George—. Cuanto menos sepa, mejor.

—Tiene que haber oído algo.

—Nada.

—Entonces, ¿por qué hizo que los asesinatos parecieran obra de un asesino en serie?

—Porque esas fueron las instrucciones —respondió George—. Me dijeron que los apuñalara a todos de una manera parecida e inconfundible, que hiciera las cosas lo más sangrientas posible.

—¿Por qué arrojó a Bradley Jenkins detrás de un bar gay?

—Hice solo lo que me dijeron. —Se encogió de hombros. Mientras iba hablando, su plan se materializaba. En cuanto estuviera en la calle detonaría los explosivos, lo que mataría a Silverman y al poli, y sería la maniobra de distracción ideal para escapar—. A mí me pagan por esto, teniente, aunque a veces los pagos llegan un poco tarde. Creía que me la habían jugado bien jugada hasta que ayer...

—¿Mató usted al doctor Bruce Grey e hizo que pareciera un suicidio?

—Sí.

—¿Por qué?

—Órdenes.

—¿Todas las otras víctimas también fueron mutiladas? —preguntó Max.

—Sí.

—¿Apuñaladas repetidamente?

—Sí.

—¿No mató a ninguna de otro modo?

—Todas fueron apuñaladas excepto el doctor Grey —aclaró George con

un suspiro de impaciencia.

—¿Y Riccardo Martino?

—No tengo ni idea de quién es.

Por primera vez desde el inicio del interrogatorio, Max hizo una pausa. Luego preguntó:

—¿Por qué secuestró a Michael?

—¿Cómo diablos voy a saberlo yo? —dijo George, alzando los ojos al cielo—. Por la mañana recibí una llamada y me dieron órdenes de que me llevara a Michael Silverman antes de terminar el día. Y eso hice. Le di un dinero a un amigo de aduanas, lo metí en un avión de carga y nos vinimos volando hasta aquí. No me gusta repetirme, teniente, así que voy a decirte esto por última vez: no sé, ni me importa, por qué mi cliente ordenó cualquiera de esos trabajos.

—¿Cuáles fueron sus últimas órdenes?

—Volar un edificio y soltar a Michael.

—¿Qué edificio?

—Un almacén.

—El almacén de la clínica. —Esta vez fue Michael el que habló—. Todo el trabajo de laboratorio de Harv habría sido destruido.

—Ahora me voy —dijo George—, pero antes dejadme que os recuerde que tengo el pulgar encima de un detonador. Así que si intentáis haceros los héroes, aprieta el botón. Si tenéis planeado que un francotirador me liquide, será mejor que se asegure de que me muero en el acto. Porque si no el dedo aprieta el botón. ¿Está claro?

Max asintió con la cabeza.

—Bien. Ahora os dejaré libres. No os mováis durante cinco minutos.

George empujó a Max hasta el otro lado de la habitación. Max tropezó y se cayó. Dio media vuelta, todavía de rodillas.

—Una última pregunta —dijo.

—No hay más preguntas, teniente. Adiós. Y recuerda —enseñó en alto el detonador—, ¡bum!

—Solo una más.

—Adiós —dijo George, y echó a andar hacia la puerta.

Max introdujo la mano en la bota y sacó la pistola. Era la primera vez en

su vida que hacía aquello en acto de servicio y se quedó sorprendido de lo ágiles que habían sido sus movimientos.

—¿Quiere usted poner las manos en alto, por favor?

George parecía muy divertido.

—Menos bromas, teniente.

—Ponga las manos por encima de la cabeza ahora mismo.

—Adelante —dijo George, riendo—. Dispara. Volaré toda esta puta manzana y no quedará ni rastro.

—No, no lo hará.

—¿Y por qué no?

Max sonrió.

—Porque ha vuelto a joderla, George. Otra vez.

La sonrisa de George desapareció.

—¿De qué me estás hablando?

—Desconecté los explosivos antes de que llegara aquí.

George se quedó con la boca abierta.

—Hizo usted un trabajo de lo más chapucero, George. Ni un solo cable trampa ni nada. Cualquiera idiota hubiera podido desmontarlo en un par de segundos. Un trabajo muy cutre.

George negó con la cabeza.

—Si eso fuera verdad, los tailandeses ya estarían aquí dentro.

—Los tailandeses creen que los explosivos siguen intactos —dijo Max—, porque es justo lo que yo quería que creyeran.

—¿Por qué?

—Porque si nos asaltaban —continuó Max—, podía haber muerto alguien. Usted era el candidato con más números, y yo necesitaba tener primero su información.

—Me estás mintiendo.

—Entonces, adelante. Apriete el botón. En cuanto lo haga, ya tengo justificación para quitarle de en medio. Así que, de cualquiera de las maneras, está muerto. —Max apuntó con firmeza—. Adelante. Ya me ha dicho todo lo que sabe. A mí ya no me sirve de nada. Apriete el botón.

«Se acabó. Sí que la he jodido. La he jodido de verdad...».

La mente de George se agitaba como loca en busca de alguna salvación.

—Si me rindo —dijo indeciso—, ¿me extraditarán a Estados Unidos?

—Sí.

«Tal vez todavía pueda llegar a un acuerdo. Los estadounidenses querrán que alguien testifique contra mi patrón. Y sigo teniendo información valiosa. No sería la primera vez que sueltan al sicario para atrapar al pez gordo...».

—De acuerdo, entonces —accedió George—. Aquí tienes. —Y le tendió el detonador.

—Ese chisme ya no sirve para nada, George. Saque la navaja y déjela en el suelo. Y luego ponga las manos en la cabeza.

Max abrió la persiana de la ventana. A los pocos segundos los guardias estaban en la habitación. Le pusieron las esposas a George y se lo llevaron al piso de abajo. Max corrió inmediatamente hacia el detonador. Lo cogió con mucho cuidado, como si fuera de un cristal caro.

—Oye, Max —le dijo Michael.

—Dime.

—Tú no sabes nada de explosivos, ¿verdad?

Max no levantó la vista.

—No tengo ni puñetera idea.

Harvey miraba, una vez más, salir el sol desde la ventana de la clínica. Esa noche se las había arreglado para pillar unas pocas horas de sueño en el sofá y se había despertado con un dolor de cabeza monumental. Por qué, no sabría decirlo. Probablemente, por la ansiedad. La paciencia, pese a ser un requisito obligatorio en su campo, nunca había sido una de sus virtudes. Y ahora había muchísimo en juego. Ese día iba a suceder algo; de eso estaba seguro. Algo gordo.

Algo que estaba en el paquete de Bruce.

Solo que debía esperar a que llegase. Intentó controlar su estado de excitación y desasosiego. Puede que el paquete, se recordaba a sí mismo una y otra vez, no contuviera nada importante. Bruce se podía haber enviado a sí mismo aquellos historiales por varias razones. Por ejemplo, podía haber querido...

Harvey pensó con todas sus fuerzas, pero no se le ocurrió nada irrelevante.

Se dio un masaje en las sienes e intentó relajarse, pero había algo más que no dejaba de inquietarlo, algo que podía ser todavía más importante que el paquete. No quería pensar en ello, ni siquiera quería considerar su posibilidad. Y, no obstante, los hechos estaban claros. Eric Blake había extraído una muestra de sangre del brazo de Michael, a pesar de que le había dejado muy claro que se mantuviera al margen. ¿Por qué lo había hecho? Eric siempre había cumplido los protocolos y las normas a rajatabla. ¿Por qué había actuado en contra de las prácticas habituales y le había sacado sangre a Michael?

Unas preguntas que daban miedo. Y puede que las respuestas dieran todavía más.

Harvey miró el reloj. Eric estaba a punto de llegar. Entonces se enfrentaría a él.

Sonó el intercomunicador.

—Un paquete para usted, doctor Riker.

—Mándemelo.

Un empleado de la UPS entró en el despacho. Con mano temblorosa, Harvey firmó el recibo del paquete, cerró la puerta con llave cuando salió el hombre y lo llevó a su mesa. Notó que algo se le agitaba en el corazón. La respiración se le aceleró. Abrió el paquete y empezó a examinar su contenido.

—¿Cansado? —preguntó Max.

Michael lo miró desde la camilla. Solo unas horas antes era el prisionero de George Camron. Ahora, él, Max y un médico tailandés compartían la sección de cola, cerrada, de un reactor de la Thai Airways que sobrevolaba algún punto del Pacífico.

—Más bien ansioso.

—No me extraña. —Max se metió el lápiz en la boca y empezó a mordisquearlo—. Pero en cierto modo es mejor que Sara no estuviera en casa. No es el tipo de cosas que uno quiere que le cuente alguien por teléfono.

Michael consiguió incorporarse.

—Menudo farol que te marcaste allí dentro.

—¿Qué otra posibilidad tenía? —dijo Max—. Si dejaba que Camron se fuera nos hubiera hecho saltar por los aires.

—Ya lo sé, pero, aun así...

—Además, tampoco hice gran cosa. Me limité a hacer que la decisión de vivir o morir fuera suya.

—¿Qué quieres decir?

—George en ningún momento pensó que pudiera arriesgarme a amenazarlo con una pistola —explicó—. Contaba con eso. Pero en cuanto lo hice, ya no tuvo elección. Si apretaba el botón, era hombre muerto, o por los explosivos o por mi pistola. Y George Camron no quería morir. Es así de sencillo.

Michael asintió con la cabeza.

—¿Cómo tienes el cuello? —preguntó.

—No es más que una herida superficial —respondió Max, tocándose la venda de la garganta—. Aunque bastante gorda.

—¿Puedes contarme todo lo que ocurrió? —preguntó Michael.

—Puedo intentarlo.

—¿Por qué me secuestraron?

Max empezó a pasearse por el estrecho pasillo. Rememoró cuanto sabía del caso del Destripador de Gais. Michael no le quitaba la vista de encima. Su cara no registró ninguna emoción ni siquiera cuando oyó lo de la implicación de su suegro en la conspiración de Washington.

—Entonces, ¿tú qué piensas que hay detrás de todo eso? —preguntó Michael.

—No estoy seguro.

—¿Qué me dices del grupo de Sanders? Parecen los sospechosos más probables.

—Sí y no —dijo Max, echando la cabeza atrás y adelante como si fuera un péndulo—. No creo que sea la conspiración en sí, ni el reverendo Sanders. Si Sanders estuviera dispuesto a llegar al asesinato para acabar con la clínica, no habría habido ninguna razón para organizar todo este montaje tan complicado. Bastaría con liquidar a unos cuantos médicos o dinamitar la clínica.

—¿Qué quieres decir con lo de «conspiración en sí»?

—Bueno, que podría haber sido uno de ellos, Markey, Jenkins, tu suegro, que actuara por su cuenta.

—¿Y qué motivo podían tener?

—No lo sé.

—¿No dijiste algo sobre el orden de los asesinatos?

Max asintió con la cabeza.

—Probablemente no signifique nada, pero no dejo de concentrarme en ese punto. Había seis pacientes curados.

Sacó un papel y empezó a garabatear:

*Trían, S.*

*Whitherson, W.*

*Martino, R.*

*Krutzer, T.*

*Leander, P.*

*Sínger, A.*

—¿Y qué pasa con Bradley Jenkins? —preguntó Michael.

—Nunca estuvo curado, así que vamos a dejarlo fuera de momento. —Max señaló la lista de nombres—. Este es el orden en el que entraron como pacientes. Trian, Whitherson y Martino, las víctimas del Destripador de Gais, ingresaron todos entre un año y un año y medio antes que Krutzer, Leander y Singer. De hecho, Whitherson fue el primer paciente admitido.

—Entonces, el orden está equivocado —resolvió Michael—. Trian fue el primero que mataron.

—Cierto —admitió Max—, pero la verdadera cuestión es por qué mataron a los tres pacientes que se curaron primero y no a los tres últimos.

Michael se quedó un momento pensando.

—Si les hubiera dado tiempo, igual se los cargan también —supuso—. Quizá tú escondiste a los tres últimos a tiempo de impedir que George pudiera atacar.

—Quizá. Pero el jefe de George debe de haber visto esa posibilidad. Le dijo a George que hiciera que las muertes parecieran obra de un asesino en serie. Hizo expresamente que los asesinatos fueran tan evidentes para que incluso cualquier bobo se diera cuenta de que iba a por los pacientes de la clínica ya curados. ¿Por qué? Tenía que saber que al final lo averiguaríamos, que nunca conseguiría matar a los seis con el sistema del Destripador de Gais a no ser que...

—A no ser que nunca tuviera intención de hacer que George matara a los seis —concluyó Michael.

—Exacto.

—Entonces, ¿qué diferencia a los tres primeros pacientes curados de los tres últimos?

—Una pregunta interesante. Vamos a echar un vistazo.

Durante la hora siguiente, Max fue leyendo todos los historiales de Harvey mientras Michael lo miraba desde la litera.

—Interesante —comentó Max cuando había transcurrido una hora.

—¿Qué?

—Tanto Trian como Whitherson y Martino fueron admitidos por Bruce Grey.

—¿Y eso es significativo?

Max se encogió de hombros y pasó una página.

—Otra cosa.

—¿Qué?

—Tu amigo Eric Blake entró en la clínica después de ser admitidos Trian, Whitherson y Martino, pero antes de que Krutzer, Leander y Singer aparecieran en escena.

—No sé qué quieres decir.

—Yo tampoco. Todavía.

—¿Quién ingresó a los otros tres, Krutzer, Leander y Singer?

Max comprobó los historiales.

—Harvey.

—¿A los tres?

—Sí.

—¿Y Eric no admitió a nadie?

—Nunca. Él solo era asistente.

—¿Algo más? —preguntó Michael.

—Veamos cómo fueron los análisis de sangre con ellos. —Max continuaba ojeando las carpetas.

—De acuerdo.

—Veamos... Las primeras tomas de sangre de Trian, Whitherson y Martino las hizo todas Bruce. En teoría, eso tendría que significar que Harvey hizo las pruebas posteriores para comprobar si habían cambiado de VIH positivos a VIH negativos.

—¿Y las hizo él?

Max estuvo unos minutos repasando las páginas.

—Ajá, así es. Harvey se ocupó de todos los análisis posteriores de VIH. Ahora vamos a ver si Bruce hizo las pruebas de VIH de los pacientes que admitió Harvey —continuó ojeando las carpetas. Cuando terminó, las dejó en el asiento.

—¿Y qué?

—Bruce Grey hizo las pruebas tal y como debía ser —dijo Max, volviéndose hacia él—. Incluso dejaron que Eric hiciera un par de ellas a Krutzer y a Leander para asegurarse de que todo estaba en regla.

—De modo que todo iba cada vez mejor.

—Eso supongo —dijo Max, asintiendo con la cabeza. Cogió un lápiz

mordido y dibujó un cuadro rápidamente:

<i>Paciente</i>	<i>Primer análisis</i>	<i>Último análisis</i>
<i>Trían, S.</i>	<i>Grey</i>	<i>Riker</i>
<i>Whitherson, W.</i>	<i>Grey</i>	<i>Riker</i>
<i>Martino, R.</i>	<i>Grey</i>	<i>Riker</i>
<i>*Krutzer, T.</i>	<i>Riker</i>	<i>Grey</i>
<i>*Leander, P.</i>	<i>Riker</i>	<i>Grey</i>
<i>*Singer, A.</i>	<i>Riker</i>	<i>Grey</i>

*\*Pacientes admitidos después de incorporarse Eric Blake.*

—Entonces ¿qué es lo que está mal? —preguntó Michael.

—Nada. Sigamos adelante.

Michael se sentó. El doctor Sombat, el médico tailandés, lo miró con recelo.

—¿Y qué ocurre con el móvil de los coconspiradores de Sanders?

Todavía absorto en las rotaciones de los análisis de sangre, Max escribió los nombres en otro papel:

*Secretario adjunto de Salud y Servicios Humanos*

*Raymond Markey*

*Senador Stephen Jenkins*

*Doctor John Lowell*

El doctor Sombat se levantó y fue hasta ellos.

—Discúlpenme —dijo—, pero el señor Silverman tiene que reposar. Toda esta experiencia lo ha debilitado considerablemente.

—Estoy perfectamente —apuntó Michael.

—No, tiene razón, Michael. —Max sonrió—. Descansa un poco. Tienes una pinta espantosa.

—Estoy demasiado estresado.

El médico tailandés sacó una jeringuilla.

—Esto lo ayudará. Tumbese, por favor.

Mientras Michael se dormía, Max continuó mirando fijamente los tres nombres que había escritos en el papel que tenía delante.

Markey, Jenkins y Lowell.

Parecía el nombre de un despacho de abogados de Nueva York.

Sara cruzó la puerta cojeando y apoyándose con fuerza en el bastón. Apretó el botón de rebobinar del contestador, escuchó el chirrido y luego esperó a que empezara a oírse la cinta. Las primeras dos llamadas habían colgado. La tercera era de Harvey.

—Sara, soy Harvey. Llámame a la clínica en cuanto puedas. Es... es bastante importante. Adiós.

Estaba a punto de descolgar el auricular cuando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Hola, ¿eres Sara? Soy Jennifer Riker.

—Hola, Jennifer. ¿Cómo estás?

—Muy bien, gracias. —Pausa—. Sara, ¿has sabido algo de...?

—Nada —repuso Sara rápidamente.

—Ojalá pudiera hacer algo.

—Estará bien.

—Confío en que el paquete que le mandé a Harvey ayude.

—¿Qué paquete?

—¿Harvey no te ha llamado?

—Me dejó un mensaje en el contestador, pero todavía no he tenido tiempo de llamarle. ¿Qué paquete, Jennifer?

—Bruce se mandó un paquete a su apartado de correos de California el mismo día que se suicidó. Probablemente no tenga importancia...

—¿Qué clase de paquete?

—Contenía todo tipo de historiales médicos y muestras de sangre. De todas formas, Harvey tendría que recibirlo hoy.

—Gracias por llamar, Jennifer. Perdona que tenga que colgar tan deprisa...

—No pasa nada. Buena suerte, Sara.

Sara colgó y marcó el número de la clínica.

—Con el doctor Riker, por favor. De parte de Sara Lowell.  
—Está pasando visita, señorita Lowell. ¿Quiere que lo llame al busca?  
—Dígale solamente que salgo para allí.  
—Por supuesto, señorita Lowell. Adiós, pues.  
Sara cogió el bastón y se dirigió hacia la puerta.

Aeropuerto JFK, Nueva York. El sargento Willie Monticelli enseñó la placa, subió al avión y se dirigió hacia la sección cerrada de la cola.

—¿Qué hay, Tics?  
—Hola, Willie.  
—Tengo la ambulancia para Silverman —dijo.  
—¿La prensa sabe algo? —preguntó Max.  
—Todavía no. Podemos sacarlo por la pista. Ahí fuera está oscuro como boca de lobo. Nadie lo verá.  
—¿Ya has localizado a Sara?  
—Está en la clínica.  
—¿Has hablado con ella?  
—Dijiste que no hablara —respondió Willie, sacudiendo la cabeza.  
—De acuerdo, bien. —Max empezó a pasearse—. Yo iré con Michael y el médico.  
—No te lo recomiendo, Tics.  
—¿Por qué no?  
—Me han llamado de la oficina del forense del condado. Ralph dice que tiene esa información de suma importancia que le pediste sobre Riccardo Martino. También me ha dicho que tú querías verla sin la menor dilación. Te espera en el depósito.  
Max notó que lo invadía esa exaltación tan conocida. Si sus sospechas sobre los análisis de Martino estaban en lo cierto...  
—El doctor puede acompañar a Michael al hospital —se apresuró a decir Max—. Willie, llévame al depósito a toda pastilla.  
—Eso está hecho —contestó Willie con una sonrisa.

—Hemos llegado, señora.

—Gracias.

Susan Grey pagó al taxista. Tras un largo (demasiado largo) paréntesis, Susan y su hijo, Tommy, estaban por fin en casa. En su hogar. En una ciudad. Montones de gente. La vida real. Susan había echado de menos todo eso, y precisamente por eso llegaron a casa dos días antes. Al principio, holgazanear por allí, en medio del bosque, había sido bastante divertido, e incluso beneficioso. Pero luego empezaron a agobiarse. Así que enseguida llegó un momento en que Tommy y ella ansiaban un poco de civilización tradicional. Sí, un poco de esa civilización estadounidense. Electricidad. Agua caliente. Hombres sin barba. Mujeres que se depilaban las piernas. Un televisor. Un programa de *La rueda de la fortuna*. Un anuncio de cerveza Michelob Light. Un puñetero número de *Cosmopolitan*. Un centro comercial. Una conversación en la que no apareciera la palabra *integral*.

Sin embargo, el retiro había servido. Como no tenían absolutamente nada más que hacer, Tommy y ella se habían visto obligados a enfrentarse a sus problemas, a hablar del suicidio de Bruce para intentar descubrir el sentido de sus vidas. Las cosas todavía no se habían arreglado del todo, pero por lo menos sí iban camino de la normalidad. Tommy ya no le echaba la culpa de la muerte de su padre, y eso era muy positivo.

«Si ahora consiguiera dejar de culparme a mí misma...».

Tommy cogió la maleta de su madre.

—Yo te la llevo, mamá —dijo con una sonrisa tan parecida a la de su difunto padre que le puso el corazón en un puño.

—Gracias, cariño.

Tommy llevó la maleta hasta la puerta y giró el pomo.

«¿Por qué, Bruce? Tú no eras para nada de los que se suicidan. ¿Por qué te mataste? ¿Por qué dejaste a tu hijo sin padre?».

Susan ya se había hecho esas preguntas un millón de veces, y no había sabido responderlas. Supuso que nunca sabría, que llegaría el día en que dejaría de preguntarse y seguiría adelante con su vida.

«¿Por qué...?».

Entraron en el apartamento.

—¡Jennifer! —exclamó Susan en voz alta.

—¿Susan? ¿Eres tú?

—Hemos vuelto un poco antes —le respondió Susan—. Lo del bosque estaba empezando a ponernos de los nervios. ¿Alguna novedad en el mundo civilizado?

Jennifer no contestó. En vez de eso salió de la cocina y se los encontró de frente. Susan se quedó perpleja ante el aspecto de su hermana. Jennifer tenía la cara lívida, unas ojeras tan profundas que parecía que hacía semanas que no había cerrado los ojos. Se le veía el cuerpo como consumido, la postura encorvada.

En la mano izquierda sostenía un sobre blanco.

—¿Jen...?

Jennifer tendió el sobre a Susan.

—Toma —dijo—. Llegó esto para ti.

Susan tomó el sobre de la mano de su hermana. Se le escapó un grito cuando reconoció la letra.

Los mataré a los dos en el laboratorio.

Ojalá las cosas fueran de otro modo. No soy un asesino. No disfruto con eso. Lo aborrezco. Me da miedo. Sin embargo, ¿qué otra posibilidad tengo?

Ninguna.

Las manos no dejan de temblarme. Todo se ha torcido tanto... Mi plan tenía que haber resultado simple y preciso. Pero me fui calentando. Me pasé de la raya. Meter a Michael en el tema era necesario, pero tendría que haber previsto los posibles problemas. Y ahora estoy con la espalda contra la pared y no puedo hacer más que una cosa.

Volver a matar.

Me entran náuseas, pero sé lo que hay que hacer. Ya no hay vuelta atrás. Tengo que seguir adelante. Habrá que sacrificar dos vidas más, las vidas de un médico y de una mujer hermosa. Después todo se calmará. Todo volverá a estar en su sitio.

No puedo desconcentrarme. No debo olvidar por qué hago todo esto. Tengo que prescindir de cualquier sentimentalismo. Es duro, pero tengo que hacer la tarea por mí mismo. Esta vez ya no hay ningún George Camron que pueda hacerlo por mí. Mis propias manos se mancharán con la sangre del hombre inocente, de la mujer inocente y de la criatura que lleva en su vientre.

¡Para ya!

Hay que pensar en la parte positiva, en mi objetivo, en mi sueño. Y para Sara Lowell quizá sea lo mejor. En cuanto esté muerta, dejará de sufrir. Eso me consolará en cierto modo. Sara Lowell es fuerte y ya ha superado obstáculos. Ahora bien, nunca se ha enfrentado a una angustia como esta que la espera.

Ya ves, nunca he querido matar a ninguna persona inocente. Pero mira la lista de nombres:

Bruce Grey...

Janice Matley...

Michael Silverman...

Y ahora tengo que añadir dos nombres más.

En cuanto lleguen al laboratorio.

Sara llamó a la puerta con los nudillos.

—Adelante —dijo Harvey.

Sara la abrió y entró en el despacho. Harvey la recibió de nuevo con aquella sonrisa cansada.

—Hola, Sara. ¿Has sabido algo del teniente Bernstein?

—Todavía no. He escuchado el mensaje que me dejaste en el contestador.

—Bien.

—Supongo que me llamabas por lo del paquete de Bruce.

—¿Jen te lo contó? —preguntó tras asentir con la cabeza.

—He hablado con ella hace una hora —repuso Sara—. ¿Ya lo has recibido?

—Ha llegado esta mañana.

—¿Y qué?

Harvey respiró hondo.

—Todavía no lo sé, Sara. Llevo horas repasando las fichas y todavía no sé qué pensar.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Claro que sí. —Le tendió una pila de fichas que tenía encima de la mesa—. Son todas las fichas que venían en el paquete de Bruce. Seis.

—¿De los seis pacientes curados?

Harvey asintió con la cabeza. Luego dijo:

—También había seis envases, y cada uno contenía dos viales de sangre del paciente. Un vial marcado con A, y el otro, con B.

Los ojos de Sara fueron repasando la ficha de Trian y luego la de Whitherson.

—¿Qué significa esta última anotación?

—¿Te refieres a lo de «ADN. A versus B»? A mí también me resultó

enigmático.

Sara miró la parte final de las seis fichas.

—Es lo último que hay apuntado en las seis fichas —observó.

—Ya lo sé. No estoy muy seguro de lo que significa. Todo es muy raro. Supongo que A y B se refieren a los viales de sangre. Pero no consigo imaginarme qué tiene que ver con eso lo del ADN.

Sara se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. ADN. De pronto la asaltó un recuerdo, como un puñetazo fuerte, profundo. Dio un salto hacia delante y casi gritó:

—¿Te acuerdas del asesinato de Betsy Jackson, hace un par de años?

—¿Aquel marido que asesinó a su mujer con un cuchillo de carnicero?

Sara asintió.

—Exacto. El caso atrajo la atención de todo el país porque se usaron análisis de ADN. En el lugar del crimen habían encontrado sangre B negativa, el mismo tipo de sangre de Kevin, el marido de Betsy Jackson. Sin embargo, los abogados de Kevin Jackson argumentaron que muchísima gente tenía sangre B negativa y que, por lo tanto, esa prueba no quería decir nada.

—Ya lo recuerdo —dijo Harvey—. ¿No fue cuando el análisis del ADN demostró que la sangre que encontraron en el lugar del crimen encajaba perfectamente con la de Kevin Jackson?

—Sí. Cuando el abogado de Jackson trató de cuestionar la validez de los análisis, el fiscal contraatacó con pruebas que demostraban que los análisis de ADN tenían una precisión del noventa y nueve con siete por ciento.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con Bruce Grey?

—Supongo —continuó Sara— que Bruce quería comparar las dos muestras de sangre del mismo paciente para ver si coincidían.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tal vez tuviera alguna razón para creer que la sangre de los viales etiquetados con la A no coincidía con la de los viales etiquetados con la B —argumentó Sara—. Tal vez pensó que alguien había manipulado...

—¡Guau! Espera un minuto, Sara. Ya os expliqué a ti y al teniente Bernstein que siempre éramos dos los que trabajábamos con la sangre. Que era imposible manipular las muestras de sangre.

—Pero hay algo más a considerar —apuntó Sara—. Eric le sacó sangre a

Michael sin que tú lo supieras.

—¿Y qué?

—Que pudo haberlo hecho otras veces. Y Bruce también pudo hacerlo.

—¿Con qué finalidad?

—No estoy muy segura, pero tiene que haber algún tipo de relación. Primero, Bruce se manda a sí mismo unas muestras de sangre con instrucciones para hacer pruebas de ADN. Después, Eric le saca sangre a Michael, desafiando abiertamente tus normas.

—¿Y qué? No estarás insinuando que Eric está involucrado de algún modo en todo esto, ¿verdad?

—No insinúo nada —respondió Sara—. La única forma de saberlo seguro es hacer pruebas de ADN a las muestras de sangre. ¿Dónde están ahora?

—¿Los viales con las muestras de sangre? Están en el laboratorio.

—¿Y Eric tiene la llave del laboratorio?

—Naturalmente.

Sara notó un escalofrío en la nuca.

—¿Eric está ahora mismo en la clínica? —Su voz sonó distante, hueca.

—Sí.

—¿Lo has visto?

—Hace un rato. ¿Por qué?

Sara tragó saliva.

—¿Le pediste que te explicara por qué le sacó sangre a Michael sin tu autorización?

—Dijo que la necesitaba para una verificación del tratamiento, eso es todo.

—¿Y lo creíste?

—¿Por qué no iba a creerlo? —Harvey la miró.

—¿Eric había hecho algo así antes?

Harvey se quedó callado y luego dijo lentamente:

—No. Nunca.

—Tenemos que ir al laboratorio —dijo Sara, y se levantó.

—¿Por qué?

—Eric podría estar destruyendo las pruebas.

—¿Las pruebas? Pero ¿de qué estás hablando, Sara?

—De las muestras de sangre —respondió con tono apremiante—. ¿Por qué iba Bruce a enviarlas por correo horas antes de que lo mataran si no las consideraba importantes? Escúchame, Harvey: alguien asesinó a Bruce para hacerse con ese paquete.

Harvey abrió la boca para decir algo, pero luego la cerró.

—¡Demonios! —Se levantó y salió corriendo hacia la puerta.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Sra.

Harvey se detuvo, se volvió y le reveló la terrible verdad:

—Ahora mismo Eric está en el laboratorio.

Ralph Edmund estaba inclinado sobre un cadáver mientras daba mordiscos a un *souvlaki* cuando Max irrumpió en el depósito.

—Willie me ha dicho que querías hablar conmigo.

Ralph levantó la vista. Los jugos del *souvlaki* rebosaban del pan de pita y le resbalaban por las manos enguantadas hasta los brazos.

—Dame una servilleta, ¿quieres, Tics?

—¿Dónde están?

Se las señaló con el codo mientras intentaba contener los jugos del *souvlaki*.

—Ahí. En el cajón de abajo. Date prisa, antes de que esta mierda se me caiga en las tripas del tío.

Max encontró las servilletas y se las llevó a Ralph, apartando la mirada del cuerpo inmóvil que yacía sobre la mesa. Max no se llevaba muy bien con los cadáveres, y allí abajo cualquier mirada despreocupada era siempre una sorpresa desagradable. La víctima de un accidente sin rostro. Un vagabundo al que encontraron roído por las ratas. Un niño pequeño que se había caído por la ventana de un cuarto piso.

—Toma, sujétame esto.

Ralph Edmund le tendió el *souvlaki* a Max y cogió la servilleta.

—Escucha, Ralph...

—Aguanta un segundo. —Ralph se limpió las manos y los brazos, se cambió de guantes y volvió a coger el *souvlaki*—. Ya está, gracias.

Todavía luchando contra el deseo de echar una mirada al cadáver, Max

dijo:

—Willie me ha comentado que ya tenías los resultados del análisis de Riccardo Martino.

Ralph dio otro bocado y asintió con la cabeza.

—Al principio, cuando me pediste que hiciera los análisis, no entendía qué relevancia tenían. Estaba claro que Martino no había muerto de nada relacionado con el sida.

—Ya lo sé.

—Quiero decir que el sida no tenía absolutamente nada que ver con la causa de la muerte. Pero cuando vi la otra noche en la tele ese reportaje, el que decía que Martino y otro par de tíos con sida se habían convertido en VIH negativo, me puse a pensar: Tics anda detrás de algo.

—Oye, Ralph, no tengo tiempo. ¿Martino era VIH negativo, sí o no?

—No. —Sonrió Ralph.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Hice dos Western blots y dos ELISA para estar bien seguro. Si Martino se había curado del sida, sus análisis tenían una manera muy curiosa de demostrarlo. Así que también analicé las células T y el recuento resultó extremadamente bajo.

—Entonces ¿estás diciendo que...?

—Que Riccardo Martino tenía sida.

Max sintió que le flaqueaban las piernas.

—¿Dónde está el teléfono?

—Allí.

Max fue corriendo, descolgó, marcó el número de la casa de seguridad y esperó a que contestara el doctor Zry.

Zry contestó.

—¿Diga?

—¿Tiene ya los resultados de los análisis del VIH de Krutzer, Leander y Singer? —preguntó Max.

—Sí, ya han salido.

—¿Y los tres pacientes están curados?

—Sí. VIH negativo.

—¿Está seguro?

—Por supuesto que estoy seguro. Krutzer, Leander y Singer están todos curados del sida. Es un milagro, Tics.

—¿Y cómo los ve usted?

—De lo más sanos. De hecho, apenas presentan efectos secundarios del SR1.

Max colgó. La cabeza le daba vueltas. Piezas diversas volaban por su mente, pero por primera vez fue capaz de alargar la mano, agarrarlas, seleccionarlas y juntar las importantes. Los tres primeros pacientes curados. Los análisis de sangre. Los pacientes de Grey. Los pacientes de Riker. Eric. Sanders. El padre de Sara. El senador. Markey. Los análisis de sangre, los puñeteros análisis de sangre. Martino, VIH positivo. Krutzer, Leander y Singer, VIH negativo.

Los análisis de sangre. Max revisó los historiales médicos. Luego sacó el cuadro que había dibujado a bordo del avión:

<i>Paciente</i>	<i>Primer análisis</i>	<i>Último análisis</i>
<i>Trían, S.</i>	<i>Grey</i>	<i>Riker</i>
<i>Whitherson, W.</i>	<i>Grey</i>	<i>Riker</i>
<i>Martino, R.</i>	<i>Grey</i>	<i>Riker</i>
<i>*Krutzer, T.</i>	<i>Riker</i>	<i>Grey</i>
<i>*Leander, P.</i>	<i>Riker</i>	<i>Grey</i>
<i>*Singer, A.</i>	<i>Riker</i>	<i>Grey</i>

*\*Pacientes admitidos después de incorporarse Eric Blake.*

Max dejó el cuadro. Tenía la sensación de estar intentando leer un disco mientras giraba en el tocadiscos. Michael como conejillo de Indias de Markey. La noche que secuestraron a Michael. Sara hablando con Eric Blake. Sara subiendo a la planta. Llevando una cosa de Eric. Casi arruinándose todo a George y su patrón. Y George Camron que dijo que los pagos llegaron con retraso, que finalmente le habían pagado en los últimos días...

—Oh, no.

Un miedo frío, oscuro, lo invadió de arriba abajo en unas oleadas

poderosas, rompedoras.

Ralph dio otro mordisco.

—Ese asunto del Destripador de Gais se complica cada vez más, ¿eh, Tics?

Max negó con la cabeza, lentamente.

—No, Ralph —respondió—. Por primera vez, las cosas empiezan a tener sentido.

Ralph se metió en la boca lo que le quedaba del *souvlaki* y se chupó los dedos.

—¿Ya sabes quién mató a esos tíos, Tics? —preguntó.

Max asintió y salió corriendo hacia la puerta.

—Ahora sí.

A Sara le latía la pierna mientras intentaba seguir el paso de Harvey. El corazón le palpitaba con fuerza, como si tuviera un pájaro atrapado en el pecho, pero esos saltos eran más de miedo que de agotamiento. Lanzó una mirada de reojo a Harvey. Le vio la cara de concentración, los ojos mirando al frente con decisión, los labios tensos, los puños y la mandíbula apretados.

—¿Le contaste a Eric lo del paquete? —preguntó Sara.

Harvey vaciló; después asintió.

—Se supone que ahora mismo está preparando unos análisis.

Con esas palabras los dos aceleraron la marcha. Sara luchaba por seguir el ritmo, y cambió la cojera permanente por una especie de torpe salto a la pata coja. Harvey se detuvo delante de la puerta del laboratorio.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Muy bien.

Harvey asintió con la cabeza y puso la mano en el pomo de la puerta. Intentó girarlo.

—Cerrado —dijo.

—¿Eso es normal?

—Si Eric está en el laboratorio no, no lo es.

Harvey buscó la llave, la encontró y la metió en la cerradura. Un momento después la puerta se abría con un chirrido lastimero.

—¿Eric? —preguntó Harvey en voz alta.

No hubo respuesta. Las persianas estaban bajadas, y las luces, apagadas. El laboratorio estaba sumido en la oscuridad.

Harvey accionó el interruptor de la luz. La sala quedó iluminada de inmediato con unas intensas luces fluorescentes. Fue hasta una mesa que había en un rincón.

—¡Qué coño...!

—¿Qué pasa?

—Las muestras de sangre no están. Las dejé justo encima de la mesa. — Miró debajo del mostrador y a su alrededor. Nada—. Mira a ver en la cámara frigorífica, en la esquina —indicó—. Yo voy a mirar en el archivador personal de Eric.

—Creía que los archivos personales se cerraban con llave.

—Y así es. Pero yo voy a reventar ese puñetero chisme.

Sara pasó cojeando junto a varias mesas de laboratorio; dejó atrás los mecheros Bunsen, dejó atrás los tubos de ensayo, dejó atrás el gran cuadro de la tabla periódica de los elementos que había colgado en la pared, dejó atrás mesas y taburetes regulables, dejó atrás incontables gráficos y hojas de papel. El laboratorio parecía más un aula de ciencias de secundaria que un centro de investigación ultramoderno. Aun así, daba la impresión de profesionalidad. Todo tenía una pulcritud inmaculada. Los microscopios y otros aparatos similares se veían caros y de alta tecnología.

Cuando Sara llegó a la puerta de la cámara frigorífica, se volvió por un instante. Harvey había encontrado una regla metálica y se esforzaba por abrir el cajón de arriba del archivador de Eric. Lo oía gruñir por el esfuerzo. Se volvió otra vez hacia la puerta. Confió en que las muestras de sangre estuvieran en la cámara frigorífica. Tuvo la esperanza de que sus sospechas sobre Eric fueran erróneas, que no hubiera hecho nada malo y siguiera siendo su amigo...

El tirador de la puerta estaba frío. Lo cogió entre los dedos y tiró hacia ella. Sara se vio sorprendida por una brisa helada. Desde la base de su columna empezó a elevarse un ligero cosquilleo de terror. Tiró más fuerte de la puerta, la abrió del todo, dio un paso al frente y miró al interior.

Sara inhaló con fuerza, pero se quedó paralizada.

Un grito se le fue formando en la garganta, pero solo un ruido extraño e irreconocible, una especie de gruñido, logró abrirse paso a través de sus labios. Se quedó mirando al frente con los ojos fijos y muy abiertos.

El cadáver ensangrentado de Eric Blake yacía retorcido en el suelo ante ella.

Transcurrió casi un minuto entero hasta que logró apartar la vista del cuerpo sin vida y volverla hacia Harvey, que la estaba mirando y la apuntaba con una pistola. En su rostro no había sorpresa ni pánico, había solo una expresión de cansancio, de exasperación, de derrota; la expresión de un hombre al que se le acaba de reventar un neumático del coche de camino al trabajo. Harvey suspiró profundamente, cerró la puerta del laboratorio tras él e intentó sonreír.

—No he tenido ocasión de moverlo —dijo a modo de explicación.

A Susan Grey le flaqueaban las piernas. No dejaba de mirar su nombre escrito con la familiar letra de Bruce.

—Míralo por el otro lado —dijo Jennifer con la voz apagada.

Susan dio la vuelta al sobre:

*ABRIR DESPUÉS DE MI MUERTE*

Se dejó caer pesadamente en el sofá, con los ojos todavía pegados al sobre.

—¿Otra nota de suicidio?

—No lo sé.

—Mamá...

—Ven conmigo, Tommy —dijo Jennifer, llevándose al niño—. Vámonos a la cocina.

Una vez sola, Susan volvió a dar la vuelta al sobre.

*SUSAN*

Su marido muerto había escrito el nombre con grandes letras de imprenta. Esa caligrafía tan conocida le oprimió el corazón. Podía mirar fotografías de Bruce, oírlo hablar en una casete, incluso verlo en una cinta de vídeo. Sin embargo, su caligrafía era algo tan personal, algo tan propio, tan inquietante, que tuvo que apartar la mirada por un momento.

Se echó hacia atrás el largo pelo castaño y abrió el sobre. Varias hojas de papel en blanco se escurrieron y cayeron al suelo. Se agachó, las recogió y las desdobló. Sus ojos empezaron a recorrer las líneas de texto escritas a la vez que se abrían de par en par:

Querida Susan:

Si estás leyendo esta carta, quiere decir que mis sospechas eran ciertas. Durante la mayor parte de las últimas dos semanas tuve la esperanza de que no fuera más que una paranoia o incluso que me hubiera vuelto loco de remate. Lo que fuera, menos tener razón. Incluso dudo a la hora de enviarte esta carta porque, me guste o no, te pongo en peligro. Hay alguien que mataría por hacerse con este paquete. Alguien que ya ha matado dos veces (y ahora que yo estoy muerto, tres) a causa de lo que ha estado ocurriendo en la clínica.

Me gustaría poder darte algún consejo razonable respecto a qué hacer con el contenido de esta carta, pero no puedo. Probablemente tendría que haber acudido a los INS o a los medios y enseñarles lo que tenía, pero tuve miedo de las implicaciones que ello habría podido tener. Pensé que podía manejarlo yo solo. Es evidente que estaba equivocado. Pero si hubiera acudido a los medios y expuesto la verdad, lo habría puesto todo en manos de nuestros enemigos, esos integristas que quieren retirar todos los fondos destinados a la investigación en el sida. Ahora, tú tienes que elegir.

¿En qué momento, de pronto, la cosa se torció? No lo sé. ¿Cuándo empecé a sospechar? Eso también es una pregunta difícil de contestar. Creo que debió ser después del primer asesinato, el asesinato de Scott Trian, pero más probablemente fue después de que mataran a Bill Whitherson de una manera similar. La secuencia temporal de los asesinatos me pareció una coincidencia muy extraña. Harvey y Eric no lo veían de ese modo. Tenían miedo de que alguien estuviera tomando como blanco a nuestros pacientes ya curados. Pero yo vi otra cosa fuera de lo común: el reciente deterioro tanto de Trian como de Whitherson. Todos dimos por hecho que sufrían los efectos secundarios del SR1, pero ¿y si no era eso? Lo que estaba afectando para mal a Scott y a Bill era algo de su infancia, pero ¿qué pasaba si estaba relacionado con el sida de algún modo?

Ahora que ambos están muertos y enterrados, ya no hay forma de comprobarlo. Le pregunté a Harvey por esa posibilidad, pero se limitó a encogerse de hombros, algo muy extraño en él. Intenté obligarlo a hablar

del tema, pero cuanto más lo hacía, más a la defensiva estaba Harvey. «¿De qué parte estás tú, entonces? —me preguntaba—. Si crees que el tratamiento no funciona, haz de nuevo análisis a Krutzer, Leander y Singer».

Eso hice. Me quedé muy aliviado al ver que todos seguían siendo VIH negativo. Aun así, insisto en que no llevaban tanto tiempo en tratamiento como Trian o Whitherson. Eso me inquietó. Iba a planteárselo de nuevo a Harvey, pero decidí que no. Estaba muy agobiado con la última serie de recortes presupuestarios que se habían propuesto. Los miembros del comité médico de presupuestos se preparaban para caer sobre nosotros como buitres sobre un animal malherido. La competencia por los fondos es increíble. Nos pasamos más tiempo angustiados por los recortes en el presupuesto que por curar a los pacientes. Una pena, pero así es la realidad.

Decidí actuar a espaldas de Harvey y le saqué sangre a Riccardo Martino (encontrarás sus gráficos dentro del paquete). Luego hice analizar la sangre. Cuando me llegaron los resultados del Western blot y del ELISA, tuve ganas de ponerme a gritar. Martino era VIH positivo. Estaba enfermo de sida. Tuve un ataque de pánico y salí corriendo hacia el despacho de Harvey para comunicarle la terrible noticia. Pero algo me hizo detenerme. Esa ciega dedicación de Harvey siempre me ha intimidado, pero ahora por primera vez me daba auténtico miedo. Estaban a punto de retirarnos la financiación y sabía que Harvey haría lo que fuera para que siguiéramos funcionando. Pero ¿hasta dónde habría llegado?

Entré en su despacho con toda la calma y le pregunté cuándo pensaba volver a hacerle análisis a Martino. Me informó de que al día siguiente tendrían que estar listos unos resultados. Por supuesto, yo no dormí en toda la noche. Cuando me desperté por la mañana, fui corriendo al laboratorio, comprobé el número en clave de Martino y miré yo mismo la muestra de sangre. Imagínate cuál fue mi sorpresa cuando descubrí que los análisis, tanto el Western como el ELISA, indicaban que Martino era VIH negativo,

no positivo.

¿Cómo podía ser? ¿Uno de los análisis era erróneo? ¿Era eficaz el SR1? ¿Era una cura permanente o tan solo una temporal? ¿Y cómo encajaban en aquello los asesinatos de Scott Trian y Bill Whitherson? ¿Los asesinatos eran un complot para destruir la clínica? ¿O eran una espantosa coincidencia? ¿O sucedía alguna otra cosa?

Por otra parte, yo había hecho los análisis de Krutzer, Leander y Singer por mi cuenta, y los tres estaban curados. Eso era incuestionable. Así que ¿qué temía que hubiera hecho Harvey exactamente? ¿Manipular los resultados de algunos pacientes y no los de otros? Eso no tendría ninguna lógica. Además, la mayoría de los análisis los hacía Winston O'Connor. Y a veces Eric. Era muy poco frecuente que Harvey hiciera trabajo de laboratorio.

Me llevó cierto tiempo, Susan, pero acabé por entender qué se llevaba entre manos. La prueba de los delitos de Harvey está en este paquete.

El avión ya va a aterrizar, así que tengo que terminar. Aun a riesgo de sonar melodramático, no sé qué pasará cuando aterrice. Por esa razón me ahorraré las explicaciones largas y te daré unas cuantas instrucciones concretas. Ahí dentro están mis dietarios personales de cada paciente. Recogí las muestras de sangre de nuestro almacén de Bangkok. Según las normas de la clínica, todas las muestras analizadas eran empaquetadas tras cada análisis bien por Eric Blake, bien por Winston O'Connor. Te darás cuenta de que hay dos muestras de sangre de cada paciente, etiquetadas con A y B. La muestra A se le tomó al paciente cuando ingresó (por lo tanto, es VIH positiva). La muestra B se tomó una vez curado (por lo tanto, es VIH negativa). Busca a alguien en quien puedas confiar que haga un análisis de ADN de las dos muestras. Si no coinciden, estará claro lo que se ha hecho.

El avión ya está en tierra. No sé si Harvey actúa solo o con ayuda de

alguien. No puedo imaginar que haya asesinado a Trian y a Whitherson con sus propias manos, así que doy por hecho que tiene cómplices. Estoy seguro de que va a por mí. De modo que esta noche me esconderé en algún sitio. Mañana por la mañana iré a verlo a la clínica, donde estoy seguro de que habrá un montón de testigos y estaré a salvo. Puesto que estás leyendo esta carta, supongo que en algún punto metí la pata. Sabes que te quiero, Susan, y que lamento todo el dolor que te causé. Por favor, haz saber a Tommy que su padre siempre lo querrá y que, de algún modo, siempre estaré con él.

Adiós, Susan,

BRUCE

Susan no se movió. Siguió sentada mucho rato. No había ninguna necesidad de volver a leer la carta.

—¿Susan?

Se volvió hacia su hermana.

—Bruce hablaba de un paquete.

—Se lo mandé a Harvey por correo ayer. Me dijo que podía ser importante.

Susan se sentó más tensa.

—¿Alguien más sabe algo de esto?

—Solo Sara. Ahora está con Harvey.

—Lo siento de verdad, Sara —dijo Harvey, pasándose la pistola de la mano izquierda a la derecha—. Nunca he tenido intención de hacerte daño.

Sara se lo quedó mirando con una mezcla de incredulidad y horror.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Tú asesinaste a tus propios pacientes?

—Asesinado no —lo corrigió—. Sacrificado. No soy un monstruo, Sara.

—Eso díselo a Eric —le dijo ella, lanzando una mirada al cuerpo inmóvil que tenía detrás.

En el rostro de Harvey se dibujó su sonrisa cansada.

—No lo entiendes.

Sara no dijo nada.

—Desde el principio todo fue una lucha imposible —continuó él—. Gente muy poderosa intentaba aplastarnos. No puedes ni imaginarte lo que tuvimos que pasar hasta conseguir la primera dotación para este centro.

La voz de Sara, cuando finalmente la recuperó, sonó muy apagada:

—¿Mataste a tus propios pacientes?

—Ya se estaban muriendo.

—¿De qué?

—De sida.

Silencio.

—Creía que estaban curados.

—No —dijo Harvey con una sonrisa triste—. Por favor, Sara, hace mucho tiempo que me conoces. No soy una mala persona. Quiero que comprendas antes de...

—¿Antes de qué?

—Lo siento. Desearía que hubiera otra forma, pero no la hay. En cuanto supiste por Jennifer lo del paquete, la decisión ya no estaba en mis manos. No tuve ningún problema para convencerla de que el paquete de Bruce no tenía nada que ver con el Destripador de Gais. En cambio, tú hubieras insistido en lo de los análisis de ADN.

—Así que vas a matarme. —No era una pregunta.

—Tendré que sacrificarte.

—Y vas a matar a nuestro hijo.

—Ojalá no tuviera que hacerlo —dijo, torciendo el gesto—. Verás, Sara, el sida es una enfermedad distinta de todas. En un momento dado, todo el mundo se fija en ella, y luego, de pronto, a nadie le importa. Necesitaba un modo de mantenerla bajo los focos.

—El SR1 no funciona, ¿verdad? Ni nunca ha funcionado. Todo era una mentira.

—Funcionó perfectamente en las pruebas con animales —apuntó Harvey—. Hasta la FDA estuvo de acuerdo. El problema es que no hemos conseguido hacer que funcione en humanos. Pero no es más que una cuestión de tiempo,

hasta que...

—Entonces, Michael está condenado.

Él negó con la cabeza.

—Estoy tan cerca..., Sara, pero tan cerca..., maldita sea. Todo lo que necesitaba era un poco más de tiempo para perfeccionar la fórmula. Pero no nos iban a prolongar la subvención. Sanders y sus colegas de la conspiración se ocuparían de ello. Iban a cortarnos los fondos. Necesitaba algo, Sara. Algún modo de conservar los fondos.

—¿Y decidiste fingir las curaciones?

—La verdad es que fue fácil. Fui yo quien tomó las muestras de sangre de Trian, Whitherson y Martino. Lo único que tuve que hacer fue cambiar los tubos de ensayo, sustituir sus muestras de sangre con las de otros que fueran VIH negativos. Y salió perfecto.

—Entonces, ¿por qué los asesinaste?

—Porque se estaban muriendo —respondió—. El SR1 había conseguido poner al VIH en una especie de remisión temporal, pero al final el tratamiento aceleraba el deterioro. Lo único que podía era hacer caso omiso del empeoramiento de su estado y atribuirlo a los efectos secundarios del fármaco durante mucho tiempo. Tenía que deshacerme de las pruebas. El virus del sida los hubiera matado de todos modos al cabo de un mes o dos.

—Y entonces los hiciste asesinar.

Negó con la cabeza.

—Yo no hice que George «asesinara» a nadie. Le hice acelerar lo inevitable.

—No puedo creerlo.

—Lo hice por ellos, Sara, no por mí.

—¿Por ellos? —repitió incrédula—. ¿Les arrebataste sus últimos meses de vida, algo tan precioso para ellos?

—No quería que murieran en vano. Quería que sus muertes tuvieran algún significado, que beneficiaran al movimiento contra el sida.

—¿De qué coño me estás hablando?

—De la publicidad, Sara. —Ahora a Harvey le brillaban los ojos—. Los medios no dedican mucha atención a los avances médicos, pero ponles delante un Destripador de Gais, y ¡zas!, ya tienes cobertura de prensa en todo el país.

Mira lo del reportaje de *NewsFlash*. Parker se pasó más tiempo hablando de los asesinatos en serie que de la curación del sida. Los asesinatos agitan a las masas de un modo que hasta a Sanders le hubiera enorgullecido. Desde que se emitió el programa no hemos dejado de recibir donaciones, y no solo porque estemos a punto de descubrir una cura, sino porque la gente está indignada con los asesinatos.

Sara agarró con fuerza el bastón.

—Eres un loco hijo de puta.

—No, Sara, solo soy razonable. Veo todo esto desde el punto de vista coste-beneficio. Trian, Whitherson y Martino iban a sufrir una muerte terrible y dolorosa a causa del sida. Y en vez de eso, los mataron con compasión y así ayudaron al descubrimiento de una cura.

—¿Te parecen compasivas la mutilación y la tortura?

La sonrisa de Harvey se evaporó.

—Se suponía que eso no tenía que pasar —alegó a toda prisa—. Eso fue cosa de George. En cuanto lo descubrí, le puse fin. Fue una equivocación.

—¿Y qué me dices de Bruce y de Janice? ¿Más «equivocaciones»?

—Yo nunca quise hacerles daño. Bruce se tropezó con la verdad. Había que hacerlo callar. Y George mató a Janice porque lo descubrió junto a la habitación de Michael. Fueron dos accidentes. Y lo de ellos lo siento yo más que nadie. No puedo dormir por las noches por culpa de lo que les sucedió. Pero tengo que cerrar los ojos a mi dolor. Cuando pienso en los objetivos, Sara, cuando pienso en la posibilidad de lograr la curación del sida, me doy cuenta de lo insignificantes que resultan unas pocas vidas. Y no estoy hablando de salvar unos centenares de vidas. Estoy hablando de salvar miles, quizá millones de personas.

La mirada dura de Sara no flaqueó.

—Así que podía prescindirse de ellos.

—Ya sé que eso suena muy cruel, pero es verdad.

—¿El fin justifica los medios?

—Cuando el fin es algo tan importante como una vacuna contra el sida, por supuesto que el fin justifica los medios. ¿Tú no sacrificarías a una persona para salvar a mil? Si pudieras volver atrás en el tiempo, ¿no preferirías asesinar a Hitler que dejar que matara a seis millones de judíos?

—No compares a víctimas inocentes con Hitler.

—Esa no es la cuestión, y tú lo sabes. Estoy hablando de realidades sobre la vida y la muerte. Hay veces que los inocentes deben sufrir. La vida es así. Pero si logramos acabar con el sida, ¿no es un precio pequeño el que pagamos? ¿Acaso cualquier buena persona no estaría dispuesta a sacrificar su vida para salvar miles de otras?

—¿Y por qué mataste a Bradley Jenkins? No era ninguno de tus pacientes curados.

—Pero se estaba muriendo y, para serte sincero, me aterrorizaba cómo podría reaccionar su padre si se moría mientras lo tenía en tratamiento. Podría haber sido desastroso para la clínica.

—¿Y por eso es por lo que lo «sacrificaste»?

—No solo por eso. —Harvey hizo una pausa y respiró hondo. Intentó recuperar la sonrisa, pero su mirada siguió apagada—. Bradley fue el tercer gay asesinado por el Destripador de Gais, ¿recuerdas? Los dos primeros, Scott Trian y Bill Whitherson, fueron prácticamente ignorados por la prensa. ¿Por qué? Porque a nadie le importaban. Trian y Whitherson no eran más que un par de maricones desconocidos. Tendrían que haber muerto diez Trian y Whitherson para que los medios les prestaran realmente atención. En cambio, en cuanto el Destripador de Gais mató al hijo de un senador de Estados Unidos, en cuanto se encontró el cuerpo ensangrentado de Bradley en la trasera de un bar de ambiente, los medios bulleron de indignación. Tú eres periodista, Sara. Piénsalo. ¿Cuándo se interesó la prensa por el caso? Solo cuando Bradley fue asesinado. Entonces empezaron a surgir simpatías. Lo único que tuve que hacer yo fue dar a conocer al mundo su relación con la clínica.

—Y ahí es donde yo entro en escena.

—Sí.

—Y muerdo tu puñetero anzuelo y me meto de cabeza en la trampa.

—Me ayudaste a financiar la clínica.

—Entonces, ¿por qué mataste a Eric?

—Eric también empezó a sospechar. Peor todavía: consiguió pruebas a partir de la sangre que le sacó a Michael. Intenté hacerlo razonar. Intenté explicarle por qué tuvimos que hacer todo eso. Pero Eric no quería

escucharme. Ya había llamado a Markey y tenía intención de contárselo todo. Tuve que detenerlo antes de que Markey le devolviera la llamada.

Sara sacudió la cabeza, confundida.

—¿Qué tiene que ver con todo esto lo de la sangre de Michael?

Harvey se acercó un poco a Sara. Cogió un taburete, se sentó pesadamente y lo giró hacia ella.

—Muy sencillo. Michael no tiene sida —anunció.

A Sara se le encogió el corazón. Casi no podía respirar.

—¿Qué? —exclamó.

—El papel contrario, Sara. Piénsalo un segundo. Para lograr que pareciera que Trian, Whitherson y Martino se habían curado, sustituí su sangre VIH positiva por otra sana. En el caso de Michael, hice lo contrario: cambié su sangre sana, VIH negativa, por la de alguien que era VIH positivo. Se le diagnosticó sida, pero nunca lo ha tenido.

—Pero ¿qué me dices de los síntomas? ¿Qué pasa con los dolores de estómago y la ictericia?

—Ah, sí, Michael sí que tiene hepatitis —dijo él—. No sabes lo fácil que es contagiarle a alguien la hepatitis. Lo único que tienes que hacer es pincharle con una aguja infectada. ¿Te acuerdas de cuando vino a verme hace unos meses porque tenía gripe? La inyección que le puse para la gripe fue con una aguja contaminada...

—¡Eres un maldito cabrón enfermo...!

—Así que entonces lo único que tenía que hacer era esperar a que aparecieran los síntomas. Y si no aparecían, que a veces pasa, hubiera encontrado otra manera de hacerle pensar que estaba enfermo y tenía algo que podría ser sida. Y a pesar de que Michael no era gay ni toxicómano, su transfusión de sangre en las Bahamas me dio la excusa para practicarle un análisis sin levantar muchas sospechas.

Sus palabras la bombardeaban desde todas las direcciones, pero no encontraba modo de esquivar los golpes.

—Pero ¿cómo has podido? —gritó—. ¿Qué sentido tenía? ¿Por qué...?

—¿Por qué decidí fingir que Michael tenía sida? —dijo él, terminando la frase—. ¿No es evidente?

Sin embargo, Sara era incapaz de mover las cuerdas vocales. Solo podía

negar con la cabeza.

—¿Te acuerdas de cuando diagnosticamos por primera vez a Michael como VIH positivo? —preguntó él—. Le dije a Michael que le incumbía la responsabilidad de hacerlo público. Le dije que tenía en sus manos hacer que la enfermedad fuera algo real para millones de personas que no hacían caso de la amenaza porque consideraban el sida una enfermedad exclusivamente de gais. Y una figura popular del baloncesto, un hombre sano y guapo como Michael, podía sacarla a la luz, centrar la atención del mundo sobre su desgracia como nadie lo había hecho. Para el mundo entero es un príncipe de cuento de hadas. Para mí, eran Rock Hudson y Ryan White juntos en uno solo. Podría educar al mundo entero. Solo con su nombre obtendría financiación para mis investigaciones durante años.

Sara agarró aún con más fuerza el bastón mientras su rabia crecía.

—¡Es tu amigo!

—Pero ¿es que no lo ves? Hice lo correcto, Sara. Michael logró todo eso y más. El hecho de que fuera normal y estuviera casado con la guapa y famosa Sara Lowell hacía que fuera aún mejor, y eso a pesar de que Sanders intentó deslucir un poco el asunto sacando a la palestra al padrastro de Michael.

—¡Eres un cabrón sin escrúpulos! —le espetó Sara—. ¿Y luego qué? ¿Ibas a «curarlo» y así convertirte en un puto héroe?

—Yo no. Yo nunca. Era todo por la clínica. Era todo para buscar financiación para curar el sida.

—Pero ¿cómo pudiste? —le dijo entre dientes—. Michael te quiere mucho.

—Y yo a él —dijo Harvey, mirándola de un modo extraño—. Antes dejaría que me arrancaran las piernas que hacerle daño a Michael, ya lo sabes. Pero ¿qué bien nos hubiera hecho? Necesitaba a alguien como Michael, piénsalo bien, Sara: ¿dónde estaba ese gran sacrificio? Nunca ha tenido sida. La hepatitis, si se trata en una fase temprana, no es muy peligrosa. Su vida nunca ha corrido peligro, realmente. Sí, hubiera estado una temporada fuera del baloncesto, pero ¿y qué? De todos modos, ya está en la cuesta abajo. Y aunque no lo estuviera, era un precio muy pequeño a cambio de hacer tanto bien.

—Eres un demente.

—No me escuchas.

—Es que no quiero escucharte. Lo que quiero realmente es arrancarte los ojos sin más. Lo que quiero es romperte la cabeza con el bastón.

Harvey levantó la pistola.

—Sara...

—Mi padre llevaba razón respecto a ti.

—¿Eh?

—Eres igual que él..., solo que peor. Ciego por tu pasión. No quiero oír ni una palabra más de cómo hiciste asesinar a gente y trastocaste vidas de arriba abajo. Quiero saber dónde está mi marido.

A él se le nubló la expresión.

—No tenía planeado que George secuestrara a Michael. Pensaba que podía tenerlo como paciente en la clínica durante un mes o dos y luego que hiciera el tratamiento ambulatorio, con lo que podía llevar una vida bastante normal. Y al cabo de un año o así, cuando la vacuna del sida fuera ya una realidad, le haría otro análisis de VIH y lo declararía curado. Pero alguien se entrometió.

—¿Quién?

—Sanders y sus coconspiradores.

—¿Qué tienen ellos que ver con Michael?

—Después del programa de *NewsFlash*, Markey vino a visitarme a la clínica, ¿recuerdas? El gobierno quería pruebas de que el SR1 funcionaba. Así que se les ocurrió la idea de hacer de Michael un caso a seguir y de supervisar sus progresos desde el principio. ¿Te acuerdas de lo nervioso que estaba yo? Me puse a gritar que el gobierno intentaba frenar mis progresos. Pero en realidad...

—Lo que tenía era miedo de que descubrieran que eras un estafador.

Harvey asintió.

—Todo lo que tenían que hacer era un análisis de VIH de Michael, y toda mi labor se hubiera venido abajo. Y aún peor: Markey iba a enviar a su gente al día siguiente. ¿Qué elección me quedaba? Tenía que librarme de Michael. Así que hice que George lo secuestrara.

—¿Y dónde está ahora?

Harvey no respondió a la pregunta. Lo que hizo fue quedarse mirando la

pistola.

—Tengo que matarte, Sara. Lo siento.

—¿Qué plan tienes esta vez, Harvey? ¿Cómo vas a explicar mi muerte? O la de Eric.

—No será muy difícil. Eric te mató porque descubriste la verdad de sus manejos. Luego huyó. Desapareció.

—¿Qué verdad?

—Que Eric era la persona que estaba detrás del complot del Destripador de Gais. Primero destaparé el complot de Sanders. Cassandra estará tan furiosa con tu muerte que estoy seguro de que colaborará. Y a partir de ahí no habrá ningún problema para convencer a los medios de comunicación de que Eric trabajaba para los conspiradores. La prensa se lo tragará, hará que la cosa suene a que el Goliath derechista del gobierno abusaba del pequeño David de la clínica. Y el dinero empezará a entrar. —Harvey amartilló el arma—. La policía se pondrá a buscar a Eric. Puede incluso que lo encuentren donde yo tire el cadáver. No lo sé. Si lo encuentran, todos se imaginarán que los coconspiradores se lo cargaron para que no hablase. A la prensa le encanta ese tipo de cosas.

Sara se lo quedó mirando con una expresión casi palpable.

—Nunca conseguirás relacionar a los conspiradores con los asesinatos.

—No me hace falta. Las especulaciones serán suficientes.

—Max te descubrirá.

—Le concedes demasiado crédito, Sara. Todas las pruebas han desaparecido. Maté a Martino con la inyección de cianuro. Las muestras de sangre del paquete de Bruce ya están destruidas. No queda nada que me relacione con los asesinatos..., excepto tú.

A Sara le cruzaron por la mente un millón de preguntas, pero había una que se imponía todo el tiempo:

—¿Dónde está Michael?

—Cuando descubrí que el teniente Bernstein sabía de la existencia de George —Harvey dio un paso hacia ella—, comprendí que era solo cuestión de tiempo que lo pillase. Tenía que cortar por lo sano. Así que le dije a George que pegara fuego al almacén de Bangkok.. Otra cosa más que podía achacar al complot de la extrema derecha.

Había recuperado la sonrisa y sus ojos brillaban de forma demente.

—¿No ves qué ironía, Sara? Todos piensan que a los pacientes los asesinaron unos fascistas que querían impedirme que demostrara que existe una cura para el sida. Pero, en realidad, era lo contrario: los asesinatos hicieron imposible demostrar que no existe cura.

Sara clavó sus ojos en los de él.

—¿Qué le ha pasado a Michael?

De nuevo la sonrisa desapareció del rostro de Harvey. Bajó la mirada.

—Ha muerto, Sara. George lo mató. Le pedí que no lo hiciera, pero me colgó.

De pronto se oyeron unos suaves golpes en la puerta del laboratorio.

—¡Doctor Riker!

Una enfermera.

Harvey se volvió hacia Sara con una repentina expresión de pánico en la cara.

—Si le contestas, la mataré a ella también.

La enfermera volvió a llamar.

—¿Doctor Riker?

—Estoy realizando un experimento —le contestó con la voz quebrada—. ¿Es importante?

—Sí, doctor.

—Espere un minuto.

Se volvió hacia Sara, que ahora tenía sus grandes ojos verdes llenos de lágrimas. Ya no había en ellos ni confusión ni horror, solo desolación y puro odio.

—Métete en la cámara frigorífica —le susurró Harvey.

—Tú has matado a Michael.

Harvey miró la pistola y luego volvió a mirar a Sara.

—No me hagas matar también a la enfermera —dijo.

Sara comprendió que era una amenaza seria.

—Tira el bastón al suelo y recula. Ahora mismo.

Sin apartar los ojos de él, Sara dejó caer el bastón y fue retrocediendo lentamente hacia el interior de la cámara frigorífica. El pie le tropezó con algo y se dio cuenta con repugnancia de que era el cadáver de Eric Blake.

—Esta cámara está insonorizada, así que yo, en tu lugar, no intentaría gritar —dijo él—. Por favor, no metas a más gente inocente en esto. Ya ha habido bastantes muertes.

El frío envolvió a Sara cuando Harvey cerró la puerta de la cámara frigorífica y la aseguró con un candado. Luego cruzó la sala, abrió la puerta del laboratorio, salió al pasillo y cerró la puerta tras él.

—¿Qué ocurre? —le preguntó a la enfermera.

—Es Michael Silverman —dijo la enfermera, muy exaltada—. Está aquí.

—¿Qué?

—Acaba de llegar de Bangkok.

Las sirenas aullaban.

—Ve más deprisa, Willie.

—Santo Dios, Tics, no puedo pasar por encima de los coches.

—Entonces, ve por la acera.

—Toma. —Willie le tendió un lápiz.

—¿Qué?

—Chupa tu chupete y cuéntame lo que ocurre.

—He sido un idiota, eso es lo que ocurre. —Max arrojó el lápiz al suelo del coche—. He estado tanto tiempo intentando descubrir quién quería acabar con la clínica que no he visto lo que era totalmente evidente.

—¿El qué?

—Los asesinatos ayudaban a la clínica, no le hacían daño.

—¿De qué puñetas hablas? —preguntó Willie.

—Acaban de darme los resultados de los análisis. Riccardo Martino era VIH positivo. Krutzer, Leander y Singer son VIH negativo.

—Habla en cristiano.

—Martino tenía sida. Los otros tres no.

—Yo creía que a Martino lo habían curado con ese medicamento milagroso.

—El SR1 no es ningún medicamento milagroso. No funciona. Harvey Riker se lo inventó todo.

—¿El jefe de la clínica?

Max asintió con la cabeza.

—Al principio pensé que podía ser su adjunto, Eric Blake.

—¿Y qué te hizo cambiar de idea?

—Algo que ocurrió la noche que secuestraron a Michael. Sara se iba ya a su casa cuando se tropezó con Eric Blake, que se disponía a subir para hacer un recado. Sara se ofreció a hacérselo, y él accedió.

—¿Y qué?

—Si Eric Blake hubiera estado detrás del secuestro, no habría permitido que Sara volviera a la planta de arriba. Habría insistido en hacer el recado por sí mismo.

—A ver si lo tengo claro: ¿ese tipo, Riker, lo montó todo como si hubiera encontrado una cura?

—Exacto.

—Pero él no hizo todos los análisis. Creí que habías dicho que los otros médicos se ocupaban de los análisis de sangre.

—Y así era. Pero fijate en la rotación. Nuestras tres víctimas de asesinato fueron Trian, Whitherson y Martino. A los tres los ingresó Bruce Grey. Eso significaba que Bruce Grey les practicaba los análisis de sangre, concluía que tenían el virus del sida y los admitía en la clínica. Luego, Riker lo sustituía. Y él fue el que extrajo la sangre que se utilizó para determinar si estaban curados. Debió de mandar al laboratorio sangre de otra persona, alguien que nunca se había contagiado de sida. Naturalmente, cuando el laboratorio analizó esa sangre el resultado fue negativo. Así pues, estaban «curados». Un «milagro».

—Pero sigo sin pescarlo, Tics. ¿No fue Bruce Grey el que hizo los últimos análisis a algunos de los pacientes? ¿Y no acabas de decirme que los tres tipos que analizó el doctor Zry estaban curados los tres?

—Krutzer, Leander y Singer —dijo Max con una sonrisa— no estaban curados porque, para empezar, nunca habían tenido sida.

—¿No?

—A los tres los ingresó Harvey Riker. ¿Y qué fue lo que hizo? Dio el cambio de las muestras de sangre justo desde el principio, solo que esta vez lo que cambió fue la sangre VIH negativa de esos tres por la de alguien que tenía sida.

—Qué cabrón hijo de puta —exclamó Willie—. Así parecía que estaban enfermos de sida, aunque no lo hubieran tenido nunca.

—Exacto. Luego, Harvey probablemente les infectó con unos cuantos virus de la gripe leves para que pareciera que estaban enfermos de verdad. Y cuando llegó el momento, Bruce Grey practicó los análisis de sangre. Y como, para empezar, nunca habían tenido sida, los análisis dieron negativos. Por lo tanto, estaban «curados».

—¡Increíble, joder! ¿Cuándo empezaste a atar cabos?

—Cuando George Camron despotricaba porque tardaban en pagarle. En ese momento no le presté mucha atención, pero entonces me puse a pensar: ¿cómo es que luego le pagaron todo de golpe? ¿Cómo fue que a su cliente le llegó un dinero tan deprisa? Y luego recordé mi primera pregunta: ¿a quién beneficia? ¿Quién recibió buenas críticas? ¿Quién metió presión a sus enemigos para seguir recibiendo financiación?

—La clínica.

Max asintió.

—Y todas las donaciones solicitadas desde *NewsFlash* fueron directamente a la clínica.

—¿Riker usó ese dinero para pagarle a Camron?

—Una parte. Camron también me dijo que él no había matado a Martino. Así que me puse a pensar: ¿quién tuvo la mejor oportunidad de matar a Riccardo Martino? Riker declaró que él fue el último que lo vio vivo. Así que probablemente fue él quien le inyectó el cianuro pocos minutos antes de que O'Connor lo golpeará en la cabeza.

—¿Y has encontrado un móvil para todo esto?

Max se quedó un minuto pensando.

—Un móvil nada egoísta, aunque perverso: Riker pensaba que lograría curar el sida. Intentó desesperadamente mantener la financiación de su clínica, pero tras el primer año tuvo que darse cuenta de que necesitaba algo grande porque si no le cortarían la subvención. Y ahí es cuando decidió falsificar las curaciones. Pero también sabía que Trian, Whitherson y Martino nunca estarían en condiciones de resistir un examen riguroso y que acabarían muriendo. Así que tenía que encontrar a otros pacientes que estuvieran en condiciones de someterse a cualquier examen. Tenía que encontrar pacientes

que fueran auténticos VIH negativo cuando los analizaran los del gobierno. Y entonces es cuando metió a Krutzer, Leander y Singer.

—Es una bonita teoría, Tics. ¿Tienes alguna prueba? —preguntó Willie después de esquivar una furgoneta.

—La tendré. Un problema de Riker era el almacén que tenían en Bangkok. Todo el material de laboratorio era envasado inmediatamente por Eric Blake o por Winston O'Connor y era mandado a Bangkok, donde era almacenado en un lugar seguro. Si Riker hubiera intentado desviarlo, habría resultado sospechoso. Aunque, en realidad, a Riker no le preocupaba eso. Se imaginaba que siempre podría destruir el almacén si alguien se acercaba demasiado a la verdad.

—Y es justo eso lo que intentó hacer, solo que tú atrapaste antes a Camron. Max asintió con la cabeza.

—Los hombres del coronel T vigilan el edificio las veinticuatro horas del día. Cuando analicemos las muestras de sangre almacenadas, se demostrará que la sangre que sacaron en el momento del ingreso no puede pertenecer de ningún modo a la misma persona a la que le sacaron sangre cuando se suponía que ya estaban curados. Es una de las razones por las que Riker quería tener ese almacén de seguridad en Bangkok. Estaba muy lejos y, sin embargo, era la ciudad natal de George Camron. A Markey y al gobierno les habría sido muy difícil encontrarlo. Y si lo intentaban en serio, Riker siempre podía hacer que George lo destruyera.

—Caso resuelto.

—Eso espero.

—¿Crees que Riker sabe que vas a por él?

—Lo dudo.

—Pues tranquilízate. Casi hemos llegado.

—No lo entiendes.

—¿Qué?

Max se agachó y recogió el lápiz.

—Sara está sola con él.

Hacía muchísimo frío.

Sara se envolvió con los brazos, pero no servía de nada. El aire helado le atravesaba la piel hasta los huesos. Bajó la vista, tosió. El cuerpo de Eric estaba retorcido en una posición fetal. Tenía los ojos cerrados y una herida de bala en el cuello. Se preguntó cómo habría muerto Michael. ¿Lo habían torturado o habría sido rápido e indoloro? Trató de contener las lágrimas e intentó pensar con claridad. Por el bien de su hijo que aún no había nacido, debía encontrar una forma de salir de allí.

Probó a abrir la puerta, pero no cedía. La tos no le daba tregua y le sacudía el cuerpo con unos fuertes golpes. Notaba cómo el frío se le iba aposentando en la parte inferior de los pulmones. Se preguntó si sería una infección. Le temblaban los labios. Se sentía débil, consumida. Encogió todo el cuerpo hasta formar una pequeña bola, sus ojos no dejaban de examinar la pequeña cámara. Había estanterías con diversos códigos apuntados. Un tubo de ensayo que decía 87m332. Otro decía 98k003. Matraces etiquetados con NaOH, SO<sub>2</sub>, H<sub>2</sub>SO<sub>4</sub>, H<sub>3</sub>PO<sub>4</sub>, HCl y CHCl<sub>3</sub>.

Michael. Su pobre, precioso Michael. Muerto. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Por qué?

La cámara era minúscula. Las paredes y el techo parecía que se iban cerrando a su alrededor. Sara se encogió en una bola todavía más prieta, bajó la cabeza y sollozó en voz baja. Nunca había sentido semejante soledad, tanta desesperación. El frío era cada vez más insoportable. Los dedos se le entumecían. Notaba que estaba más y más débil. Intentó concentrarse en una canción de Blue Öyster Cult, en un estrambótico intento por mantenerse despierta.

Sin embargo, notaba que se iba.

«Aguanta, Sara. Aguanta».

Pero no servía de nada. Harvey volvería enseguida y entonces todo se habría terminado. Su Michael estaba muerto. La parca lo había encontrado y, al final, la encontraría a ella.

Sus ojos empezaron a cerrarse.

Michael seguía inconsciente mientras lo llevaban en camilla a su habitación de la tercera planta. El doctor Sombat fue poniendo pacientemente al día a Harvey de todo lo sucedido.

—Su teniente Bernstein es un hombre valiente —afirmó el médico tailandés—. Salvó la vida del señor Silverman.

—¿Y capturaron al hombre que secuestró a Michael? —preguntó Harvey.

—Sí. Está detenido.

—¿Y ha... ha dicho algo ya? ¿Algo que pueda servir para resolver este caso?

—Le pido disculpas, doctor Riker, pero no estoy al tanto de esa información.

Harvey asintió con la cabeza.

—¿Dónde está el teniente Bernstein ahora?

—Tenía una emergencia —respondió el doctor Sombat—. Se ha marchado en coche con el sargento Monticelli. Si no hay nada más, debo regresar al aeropuerto.

—No, nada más. Muchas gracias por su ayuda.

—De nada. ¿Cómo puedo volver al aeropuerto Kennedy?

—Pídale a la recepcionista de abajo que llame un taxi. Gracias de nuevo.

Se estrecharon la mano y el doctor Sombat partió, dejando a Harvey solo con Michael en la habitación oscura y silenciosa.

—¿Michael?

No hubo respuesta. Harvey vio que Michael tenía la nariz rota. Que había sufrido una pérdida considerable de peso.

—Lo siento, Michael.

Harvey siguió mirando a su joven amigo, tumbado indefenso en la cama. Una lágrima corrió por su mejilla, se inclinó y besó suavemente la frente de Michael. Después se volvió, dispuesto a irse.

—¿Harv?

Dio media vuelta. Michael lo miraba con ojos atontados entre la sombra.

—Estoy aquí, Michael. Ya estás de vuelta.

—¿Y Sara? —preguntó con apenas un susurro.

—Se ha marchado unos minutos antes de que llegases —respondió—. Le he dejado un mensaje en el contestador para que me llame.

—Me siento... me siento débil.

—Ya lo sé. Intenta descansar un poco. Te despertaré cuando llegue Sara.

Michael intentó hacer un gesto de asentimiento.

—Max cazó al Destripador.

—Ya lo sé —repuso Harvey, volviendo a acercarse a la cama. Abrazó a su amigo—. Ahora duérmete, Michael. Todo irá bien. ¿Quieres que te dé algo?

Michael sacudió la cabeza y cerró los ojos. Harvey salió a hurtadillas de la habitación. Luego echó a andar por el pasillo, abrió con llave la puerta del laboratorio y entró.

—Lo siento, Michael —dijo en voz alta, aunque no había nadie para oír sus palabras.

Sacó la pistola del bolsillo y envolvió el cañón con una toalla para hacer un silenciador improvisado. No importaba, de hecho. Una vez cerrada la puerta, la cámara frigorífica quedaba insonorizada. Le había pegado un tiro a Eric allí dentro y nadie había oído nada.

Cruzó el laboratorio. ¿Cómo se las arreglaría para sacar los cuerpos? Harvey sabía por experiencia lo mucho que pesaba un cuerpo inerte. Tendría que meter los cadáveres en bolsas de plástico. Luego comunicaría a las enfermeras que esa noche él mismo se ocuparía de cuidar a Michael y daría instrucciones de que nadie entrase en la tercera planta bajo ningún concepto. De ese modo tendría ocasión de arrastrar los cuerpos hasta el ascensor, bajarlos al sótano y sacarlos de allí a través del mismo túnel que había usado George y meterlos en el maletero de su coche.

Y después ¿qué?

No estaba seguro. Atarles pesos a las piernas y tirarlos al río. ¿No era eso lo que siempre hacían en las películas? Tendría que ir con cuidado. Llevar guantes. Limpiar el laboratorio de arriba abajo. «No queremos que la policía encuentre ahora unos cuantos cabellos rubios largos en la cámara frigorífica, ¿no es cierto?».

Llegó a la puerta de la cámara frigorífica y apoyó el oído en ella. Frío. Bueno, ¿qué esperaba? Además, ¿por qué había apoyado la oreja en la puerta? ¿Qué esperaba oír a través de una puerta tan gruesa?

Idiota.

«Deja de echar balones fuera, Harvey. Déjate de rodeos. Sara tiene que morir. Nunca guardará silencio. Piensa en todos esos chicos jóvenes que mueren cada día. Piensa en los miles, tal vez millones, a los que puedes salvar de una muerte espantosa. Concéntrate en tus objetivos».

Un mundo sin sida.

Harvey asintió para sus adentros. Alargó la mano y abrió el candado. Luego abrió la puerta y apuntó a Sara con su pistola.

Dos pisos más abajo, Cassandra sonrió al guardia de seguridad al entrar en la clínica. Trató de poner un poco de vitalidad en sus pasos, intentó agrandar la sonrisa, pero la cosa no funcionaba. En la mano derecha llevaba una bolsa de comida china para llevar. Costillas, cerdo *moo shu*, pollo al estilo del general Tso (¿cocina de generales chinos?) y ternera con brócoli, todo envasado en esas cajitas blancas que usan los restaurantes chinos. En el fondo de la bolsa, por supuesto, había unos ochocientos cincuenta paquetes de salsa de pato, de salsa de soja y de esa mostaza tan fuerte que serviría para quitar la pintura. También había las galletas de la suerte habituales y, por alguna razón que a ella siempre se le escapaba, la naranja que siempre le daban a uno de postre.

Cassandra recorrió el pasillo camino del despacho de Harvey. Lo había visto muy poco en los últimos días y lo echaba muchísimo de menos. Probablemente no hubiera dormido ni comido como se debe. El misterioso secuestro de Michael, el Destripador de Gais y, ahora, la conspiración de su padre en Washington: aquello era suficiente para que cualquier hombre se pusiera a investigar.

Así que Cassandra había decidido que era el momento de otra pequeña sorpresa. Llegó al final del pasillo y llamó a la puerta de Harvey.

—¡Hola!

No hubo respuesta.

—¿Harv?

Siguió sin haber respuesta.

Abrió la puerta, asomó la cabeza y vio que el despacho estaba vacío. Tal vez la recepcionista supiera adónde había ido. Recorrió otra vez el pasillo hasta el mostrador de recepción. Cassandra le sonrió, la recepcionista le devolvió la sonrisa y levantó un dedo para indicarle que esperase.

—Lo siento —dijo la recepcionista por el teléfono—, pero no consigo localizar a Sara Lowell. Debe de haberse marchado ya. Sí, señora Riker, ya sé que es una emergencia, pero... Sí, comprendo que es importante. ¿Quiere que llame al busca del doctor Riker? ¿No? De acuerdo, de acuerdo, no lo llamo. Tranquilícese.

Cassandra se inclinó sobre el mostrador.

—¿Una llamada para Sara?

La recepcionista tapó el micrófono con la mano.

—Es Jennifer Riker, la ex del doctor Riker. No para de decirme que es una emergencia.

—Ya hablo yo con ella —dijo Cassandra, y cogió el teléfono—. ¿Hola?

—¿Quién es? —preguntó rápidamente la voz de Jennifer.

—Cassandra Lowell, Jennifer. La hermana de Sara. Nos conocimos hace unos años en una fiesta...

—Sí, ya me acuerdo —interrumpió Jennifer—. ¿Dónde está Sara?

—No lo sé. Yo acabo de llegar.

—Búscala, Cassandra. Corre un grave peligro.

Cassandra se acercó el teléfono al oído.

—¿De qué me hablas?

—Hablo de la carta —explicó Jennifer.

—¿Qué carta?

—La carta que escribió Bruce.

El sargento Willie Monticelli viró a la derecha y salió del paseo Henry Hudson a la altura de la calle Ciento setenta y ocho. Aceleró bajando por Fort Washington Avenue, pasó el Hood Park y torció a la izquierda por la Ciento sesenta y siete. Luego viró totalmente a la izquierda en Broadway, aceleró hasta pasar el edificio principal del hospital y el hospital pediátrico y giró

bruscamente a la izquierda.

Al cabo de diez segundos el coche patrulla llegaba a la entrada del pabellón Sidney. Willie subió el coche a la acera y frenó con un chirrido espantoso unos centímetros antes de chocar con los escalones de cemento de la entrada. Max ya estaba fuera del coche antes de que se detuviera del todo y Willie lo siguió de cerca. Los dos subieron corriendo las escaleras con las placas en la mano. Al ver las identificaciones, los guardias de seguridad dieron un paso atrás para no ser víctimas de una estampida de dos personas.

—¿Ha llegado ya algún otro policía? —les preguntó Max sin aflojar el paso.

—Ninguno —respondió el guardia ya a sus espaldas.

Max siguió corriendo sin parar, atravesando puertas como un pistolero del Viejo Oeste por un salón. Llegó ante el mostrador de recepción.

—¿Dónde está Sara Lowell? —preguntó.

La recepcionista le dirigió una mirada socarrona.

—¿Y quién la busca?

Max arrojó la placa sobre el mostrador.

—Teniente Bernstein, Departamento de Policía de Nueva York. ¿Dónde está Sara Lowell?

—Hoy es una persona muy solicitada.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir, teniente, que no es usted la primera persona que tiene prisa por hablar con ella.

—¿Quién más?

—Jennifer Riker acaba de llamar preguntando por la señorita Lowell. Ha dicho que era muy urgente.

—¿La mujer del doctor Riker?

—Exmujer —lo corrigió la recepcionista—. De todas formas, no he podido encontrar a la señorita Lowell por ninguna parte, así que la señora Riker ha hablado con su hermana en vez de ella.

—¿Cassandra? ¿Dónde está?

—No se lo puedo decir con seguridad —respondió la recepcionista, encogiéndose de hombros—. Ha hablado con la señora Riker, se ha puesto pálida y con cara rara y ha salido corriendo sin decir una palabra. Ni siquiera

ha tenido la cortesía de colgar el teléfono.

—¿Adónde ha ido?

—Ha cogido el ascensor y ha subido. Se ha parado en la tercera planta.

Max se giró hacia el ascensor.

—¿Willie?

El sargento ya estaba en el ascensor y sujetaba la puerta para que no se cerrase.

—Un paso por delante de ti, Tics.

—Pues vamos allá.

Harvey sujetaba el arma muy pegada a él mientras abría la puerta lentamente.

Había considerado la posibilidad de que Sara Lowell pudiera abalanzarse sobre él inútilmente en el momento en que abriera la puerta. Sin embargo, cuando miró al interior de la cámara helada, supo que se había preocupado sin necesidad.

Sara estaba en el suelo, en el rincón. Tenía los ojos cerrados, la cabeza caída hacia atrás en un ángulo extraño. Su piel, siempre pálida, estaba de un blanco alarmante, no tenía color. Los labios, finos y azules, le temblaban. Se la veía extremadamente pequeña e indefensa, acurrucada en el rincón como un animalito herido atrapado en una jaula.

—¿Sara?

No hubo respuesta. Tenía una respiración trabajosa y desigual. El hombro le colgaba sobre el pecho, los brazos le caían inertes a los costados.

—¿Sara?

De nuevo, silencio. Mantenía los ojos cerrados. Un ruido de tos, como si algo le impidiera el paso del aire, salió de su garganta. Una parte de él quería que Sara siguiera inconsciente, pero más bien prefería que se despertara. Quería que estuviera consciente cuando la matase, que tuviera derecho a mirarlo con ojos acusadores, llenos de odio, mientras él apretaba el gatillo. Aquella imagen fantasmal ya nunca lo abandonaría, estaba seguro. Sería su manera de hacer penitencia.

Mantuvo la distancia ante la remota posibilidad de que la joven recuperara el conocimiento e intentara sorprenderlo. Desde donde estaba de pie, junto a

la puerta, tendría todo el tiempo necesario para alzar el arma y disparar si veía que intentaba atravesar la cámara. Ni siquiera alguien con la rapidez de Michael sería capaz de cruzar una habitación tan deprisa.

Por un momento consideró si debía usar con ella la navaja que llevaba en el bolsillo. Sin duda, eso sería más silencioso. Pero no, prefería la pistola. La pistola era algo más impersonal. Podía matar a cierta distancia. Apuñalar a alguien, rebanarle el cuello de oreja a oreja o hundir la hoja larga en el corazón... Solo cierta clase de hombres podían hacer algo así.

A Harvey le resultó demasiado difícil seguir mirando la figura patética de Sara acurrucada en el rincón. Dirigió la vista hacia la pulcra fila de tubos de ensayo del estante de arriba. Leyó las etiquetas. Estaba tan entregado a su proyecto que había memorizado todas las claves cifradas de los pacientes y hasta el último producto químico de aquel cuarto.

El 87m332 era Ezra Platt. El 98k003 era Kiel Davis. El siguiente tenía que ser, sí, lo era, 39kl0, Kevin Fraine...

—¿Sara?

Otra vez nada. La respiración difícil se había deteriorado más y se había convertido en unas boqueadas ahogadas y aspiraciones difíciles. Harvey notó que las lágrimas le asomaban a los ojos, pero igual que había hecho cuando ordenó la muerte de Bruce, las contuvo. Bajó la vista a la hilera de los matraces.

NaOH, SO<sub>2</sub>, H<sub>2</sub>SO<sub>4</sub>, el siguiente tendría que ser H<sub>3</sub>PO<sub>4</sub> y luego...

... ¿Dónde estaba el HCl...?

El brazo inerte de Sara se movió como si lo hubiera lanzado un muelle. El brazo disparó contra él mientras alzaba la pistola. Sara sostenía en la mano un gran matraz de cristal lleno de HCl.

«HCl. Ácido hidrociorhídrico».

No hubo tiempo de reaccionar. El líquido voló por la habitación e impactó en la cara de Harvey.

Gritó.

El ácido lo abrasó. Le hizo surcos en la cara, le devoró la carne, destruyó córneas y pupilas, le desgarró el blanco lechoso de los ojos. El dolor lo envolvió, pero el dolor de la piel no era nada comparado con lo que experimentaba en los ojos. Miles de punzantes dardos llameantes se le

clavaban en la gelatina blanda de los globos oculares.

Se llevó rápidamente las manos a la cara; con los dedos apretó los ojos en un inútil intento de reducir el dolor. Oía cómo le crepitaban la piel y los ojos, notaba el olor a quemado de la carne de su rostro.

Mientras Sara hacía todo lo posible por ponerse de pie, vio que a Harvey se le caía la pistola de la mano y se metía debajo de un estante. Aturdida, tuvo la intención de ir a buscarla, pero decidió no hacerlo. Probablemente tardase demasiado y eso diera a Harvey el tiempo que necesitaba para recuperarse. Era mejor salir de allí corriendo.

Antes de dar el primer paso, Sara oyó a Harvey soltar sus primeras palabras desde que le había arrojado el ácido en el rostro. Palabras que empezaban en voz baja, casi inaudible, pero que fueron sonando más y más fuertes con cada sílaba. Repetía las mismas palabras una y otra vez, como si formaran parte de algún canto ritual.

—Tienes que morir, Sara. Tienes que morir.

El ascensor era increíblemente lento. Después de treinta segundos apretando el botón de cerrar las puertas, la puerta obedeció a regañadientes y se deslizó y se cerró. La caja empezó a ascender con un gruñido.

—Tú mira en la segunda planta —le ordenó Max a Willie—. Yo subo hasta la tercera. Grita si ves algo.

—De acuerdo.

El ascensor se paró en el segundo. La puerta todavía no se había abierto cuando Max y Willie oyeron algo que sonó como un grito prolongado, primario.

—¡Tercer piso! —gritó Max.

Willie apretó repetidas veces el botón del tercero, pero naturalmente el ascensor ya había recibido la orden y no estaba dispuesto a apresurarse por un simple grito humano. La puerta se abrió lentamente en el segundo y luego hizo una pausa. La impaciencia se apoderó de Max. Salió corriendo por el vestíbulo.

—Yo voy por la escalera. Nos vemos arriba.

Willie sacó el revólver de la funda.

—Entendido.

—Tienes que morir, Sara...

Sara no perdió mucho tiempo. Hizo acopio de todas las fuerzas que no tenía, rodeó el cuerpo muerto de Eric, apartó a Harvey de un empujón y corrió cojeando hacia la puerta. Incluso con todo aquel flujo de adrenalina sus movimientos eran lentos. Tenía las piernas rígidas por el frío y los pulmones encogidos. Había derrochado tanta energía con aquel veloz movimiento del brazo y el empujón a Harvey que temió que no fuera a ser capaz de lograrlo.

«Tienes que hacerlo. Tu hijo...».

Unos pocos minutos antes, Sara estaba dispuesta a rendirse. Atrapada en aquella cámara helada, sin manera de escapar, sin esperanzas de un rescate en el último minuto..., sin Michael..., la verdad es que casi abrazó la derrota. No le quedaba nada. Habían aplastado su alma. Michael estaba muerto. ¿Qué sentido tenía sobrevivir si no estaba Michael?

Había empezado a perder la cabeza. El delirio se apoderó de ella, y también lo abrazó. Cualquier cosa mejor que la realidad. Así que simplemente se iba y se iba, no pensaba en Michael, simplemente se dejaba llevar, miraba a su alrededor, dejaba que su mente repitiera «no temas a la muerte», que cantaban los Blue Öyster Cult. Casi podía oír a Buck Dharma cantando lo de la visita de la parca siniestra... «Estaba claro que no podía seguir, / pero entonces la puerta se abrió y surgió el viento / Sopló las velas y luego desaparecieron...».

Iba mirando a su alrededor, mirando todos aquellos tubos de ensayo y aquel equipo tan elegante de las estanterías, mirando hasta sentirse demasiado exhausta para seguir mirando, mientras sus ojos empezaban a cerrarse...

... «las cortinas volaron y entonces apareció Ella...».

... Sí, estaban todos aquellos tubos de ensayo, placas de cristal y matraces...

... «diciendo “no tengas miedo, ven, nena”...».

... cantidad de matraces, de muchísimos tamaños, y todos con aquellos extraños códigos en las etiquetas de delante.

... «y no tuvo miedo...».

... Sara no había tenido en la mano un matraz ni un tubo de ensayo desde la clase de química en el instituto. ¡Cuánto odiaba aquella clase, Dios! Parecía que no hicieran nada más que darle vueltas a aquella tabla periódica de la puñeta. Ahora apenas recordaba un poco de aquello, como el español que estudió durante cuatro años y nunca volvió a utilizar. Recordaba unas pocas palabras. *Hola*, para saludar...

... «y corrió hacia él...».

... *Adiós*, para despedirse. *Buenos días*, por las mañanas. Lo mismo con la química. H<sub>2</sub>O era agua. CO<sub>2</sub> era dióxido de carbono. Y HCl...

... «y los dos empezaron a volar...».

... HCl era ácido hidrociorhídrico.

Ácido.

La voz atormentada de Harvey la perseguía:

—Tienes que morir, Sara. Tienes que...

Sara miró a sus espaldas. Harvey se había derrumbado sobre las rodillas. Apartó las manos de la cara y sacó una navaja del bolsillo. Tenía la cara roja y con manchas.

Sara se volvió y siguió adelante. Detrás de ella, Harvey empezó a avanzar hacia la puerta del laboratorio. Se movía como un obseso, sin razón, sin preocuparse por lo que pudiera encontrar en el camino. Y, como buen obseso, se movía deprisa.

—Tienes que morir. Tienes que...

Sara intentó avanzar más deprisa, pese a su cojera. Tenía los ojos fijos en el pomo de la puerta. Solo unos segundos más, solo unos pocos pasos más, casi estaba allí, casi...

Alargó la mano. Tocó el pomo de la puerta y lo giró. Harvey estaba ya casi detrás de ella, apenas unos metros más atrás. Tropezó y se abalanzó hacia delante, para aterrizar a unos centímetros de ella. Sara giró el pomo.

La puerta estaba cerrada con llave. Se le cayó el alma a los pies. Movié rápidamente los dedos hacia el cerrojo...

—Tienes que morir, Sara...

... y lo giró en la dirección de las agujas del reloj. Oyó que el cerrojo se deslizaba. Volvió a colocar la mano en el pomo.

Y en ese momento notó que unos dedos fríos se aferraban a su tobillo.

Desde el suelo, debajo de ella, se oía:

—Tienes que morir, Sara. Tienes que morir.

Lanzó un grito, a la vez que intentaba soltar el pie malo, pero él no cedió. De repente, dio un tirón fuerte y Sara cayó al suelo junto a él. El dolor le subió rápidamente por la pierna. Le dio una patada, pero los golpes no parecían incomodarle. Él había superado el umbral del dolor, cualquier forma de racionalidad. Era como un robot programado para destruir y nada que ella hiciera lograría desprogramarlo. Programado para hacerla callar. Para salvar su clínica. No existía nada más.

Harvey tiró de su tobillo y el cuerpo de Sara se deslizó más cerca de él. Ella alargó los dedos, en un intento por agarrar cualquier cosa que pudiera servir para frenarlo, pero no había nada a mano, salvo el pavimento resbaladizo.

—Tienes que morir...

La agarró del pelo y dio un fuerte tirón. La inmovilizó, a la vez que se incorporaba. Alzó el cuchillo por encima de su cabeza. Sara apretó el puño y asestó un golpe. El puño aterrizó en la entrepierna de Harvey. Él lanzó un bufido de dolor y la soltó.

Sara consiguió ponerse de pie. Giró el pomo. Se abrió la puerta. Oyó que Harvey gritaba:

—¡NO!

Sara cayó en el pasillo con Harvey siguiéndola a tropezones.

Entonces, Sara oyó que alguien decía:

—Se acabó, Harv. Suelta eso.

Los dos se quedaron helados.

«Esa voz... —pensó Sara—. Pero no puede ser».

Miró más allá de Harvey. Miró más allá del pasillo, hasta llegar al punto de donde había surgido la voz.

¡Michael!

Todavía con la navaja en la mano, Harvey se volvió hacia la voz. El ácido le había inutilizado el ojo derecho, pero con el izquierdo todavía conseguía distinguir las formas. Había un hombre plantado a unos tres metros de él. Era

Michael. Y la figura que tenía detrás... Entornó el ojo, intentando enfocar el rostro...

Su voz atormentada pronunció el nombre de ella:

—Cassandra.

Con lágrimas resbalándole por la cara, Cassandra se volvió de espaldas.

—Suelta ese cuchillo —ordenó Michael—. Se acabó.

El teniente Bernstein apareció a toda velocidad por la esquina. El sargento Monticelli lo seguía con el arma en la mano. Apuntó a la cabeza de Harvey.

Pero Harvey ya había soltado la navaja. No tenía sentido continuar. Matar a Sara ya no beneficiaría a la causa del sida porque Michael sabía la verdad. Y también lo sabían Cassandra y el teniente Bernstein y aquel otro policía. No podía matarlos a todos. Ya no podía ocultar por más tiempo la verdad.

Así que ¿qué podía hacer ahora?

Todo el cuerpo se le quedó flácido. El agente con el revólver lo tiró al suelo y lo colocó sin miramientos boca abajo. No había ninguna necesidad. Harvey no ofreció resistencia alguna. Con su ojo bueno vio que Michael cogía a Sara y se unían en un abrazo muy largo.

Lo esposaron y lo levantaron para ponerlo de pie. Cassandra seguía sin poder mirarlo. Una lástima. Le había cogido cariño de verdad. Incluso podría haber llegado a amarla. Pero ¿cómo hacerle entender que la felicidad de él era irrelevante? ¿Cómo podía hacerle entender que él se había convertido simplemente en un cartucho, una herramienta, un activo valioso en la guerra contra el sida? Su vida personal carecía de importancia. Lo que importaba era Harvey el médico e investigador; Harvey el hombre siempre había sido algo superfluo.

Los ojos le ardían todavía por el ácido, pero en eso ya no pensaba. Lo que hacía era meditar sus opciones. Se buscaría un abogado, un abogado que pudiera retrasar las cosas tanto como fuera posible. Unos pocos meses de libertad serían suficientes para perfeccionar el SR1...

—Tiene derecho a permanecer en silencio —le decía el policía—. Cualquier cosa que diga puede ser usada...

... E incluso, aunque tuviera que pasar algún tiempo en la cárcel, ¿qué? En la prisión podría trabajar en la fórmula y mantener correspondencia con investigadores del mundo exterior. Algo había leído de un médico que hacía

eso en algún lugar. Todavía podría hacer una contribución importante, todavía podría ofrecer al mundo su ciencia.

Pero primero llamaría a un abogado. Un buen abogado. Inteligente. Sí, eso. Eso era lo que iba a hacer. Eso era exactamente lo que haría.

## EPÍLOGO

JUEVES, 9 DE ABRIL

Lenny entró en la comisaría de la calle Ochenta y siete. Pasó entre las feas miradas y los abucheos habituales con una sonrisa. En cuanto llegó a su destino, dijo:

—Quítate el lápiz de la boca.

El teniente Max Bernstein alzó la mirada.

—Hola, Lenny.

—¿Preparado para ir a visitar a Sara y Sam?

—Déjame terminar esto.

—¿Qué es?

—Papeleo. Ahora es lo único que hago.

—Pues aguanta el tipo —dijo Lenny—. Alguien tiene que allanar el camino.

Max empezó a jugar con su nuevo bigote.

—Nunca me he considerado un experto en allanar caminos.

—A veces la grandeza se te concede sin saberlo.

—Aquí ya nadie me habla —dijo Max—. Lo único que me dan es cuatro detalles.

—Ser un líder es un oficio solitario.

—No es nada divertido, Lenny.

—¿Desearías no haber dicho nada?

Max recordó la rueda de prensa de siete meses antes. Periodistas de prensa y televisión de todo el mundo acudieron a cubrir la noticia de la captura del Destripador de Gais y la revelación de que el SR1 era un fraude. Ese día, Max no tenía planeado decir nada que no fuera el rollo de «Esto ha sido un trabajo de equipo» de siempre. Su boca, sin embargo, tenía otras ideas.

—¿Cómo se siente uno siendo un héroe, teniente? —le preguntó un

reportero.

—Simplemente, estoy contento de que el caso se haya acabado.

—¿Se da cuenta de que es usted un ídolo? Los padres lo consideran un modelo a seguir para sus hijos.

—Lo dudo.

—No sea tan modesto, teniente. ¿Considera que este caso es un ejemplo de hasta dónde puede llegar la comunidad gay para engañar al pueblo estadounidense?

—No entiendo su pregunta.

—¿Considera que todo esto fue un complot de un grupo subversivo gay para conseguir más dinero para el sida?

—No hay la menor duda de que el doctor Riker actuó por su cuenta —respondió Max, y luego añadió—: Por cierto, puesto que soy su héroe de la semana, les contaré que resulta que yo también soy...

Y entonces fue cuando lo soltó.

—Bueno —dijo Lenny—, ¿te arrepientes de haber salido del armario?

—No lo sé. —Max se encogió de hombros.

—Has hecho muy bien.

—Sí, pero mi carrera se ha ido a la mierda.

Lenny sonrió.

—Uno se lleva lo bueno y lo malo. Dales tiempo.

—¿Tienes algún otro cliché reconfortante?

—No. Recuerda simplemente que, por lo legal, el Departamento de policía no puede hacerte nada de nada.

—Excepto asignarme el papeleo de mierda. Podría haber echado una mano en ese caso del asesino disfrazado, pero pusieron a otro. A mí solo me dan los casos de maricas sin importancia porque, como dice el capitán, ese es mi campo de especialidad.

—Es un troglodita homófobo —dijo Lenny—. ¿Quieres que vayamos a su despacho y nos lo montemos delante de él?

Max se rio.

—Va a ser que no.

—No te preocupes. Empezarán a aceptarte muy pronto. Créeme. Progresar cuesta.

Max se sacó el lápiz de la boca.

—Lo dudo.

—¿Qué hay, Tics?

Max se volvió hacia Willie Monticelli. No había visto al sargento desde hacía siete meses, desde el día que se convirtió en el gay nacional más famoso.

—Hola, Willie. Cuánto tiempo sin verte.

Willie titubeó.

—¿Y este quién es? ¿Tu novio o algo así?

—Lenny, te presento al sargento Willie Monticelli. Willie, este es Lenny Werner.

—He oído hablar mucho de usted, sargento.

Risitas de los agentes que andaban cerca.

—¿Y qué has oído? —preguntó Willie, suspicaz.

—Que es un buen policía —respondió Lenny.

Willie se encogió de hombros.

—Hago mi trabajo.

—¿Qué puedo hacer por ti, Willie? —preguntó Max.

Una voz llegó desde la esquina:

—Ten cuidado con lo que contestas, Willie. Puede que te lleves algo más de lo que te esperas.

—Cierra esa bocaza, Owens —le espetó Willie bien fuerte.

Los dedos nerviosos de Max daban tirones a la camisa.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—Me han trincado —respondió Willie—. Me han asignado la misión de ser tu ayudante con lo del asesino disfrazado. Al parecer, el alcalde no está nada contento con los resultados que están obteniendo Owens y sus colegas. Y quiere ofrecernos la oportunidad a nosotros.

—Estás de broma.

—Escucha, Tics, te lo diré bien claro. —Willie se subió los pantalones tirando del cinturón—. A mí no me gustan los maricones, tengo que ser sincero. Pero en todos estos años he visto a un montón de polis. Algunos son de lo más rectos, a otros les gusta hacérselo con putas en el sótano, y sí, algunos son mariquitas. Así que si a ti te gusta toquetear huevos en vez de

tetas, mientras no sean los míos me importa un carajo. Solo quiero resolver el caso, ¿sabes?

Lenny sonrió a Max.

—¿Lo ves? Vamos progresando.

—Correo.

El celador de la prisión arrojó el sobre entre los barrotes.

—Ahí tiene, Profesor Chiflado. Una carta para usted.

Harvey se apresuró a recoger el sobre. Se alegró cuando vio que el remitente era de Washington. Rompió el sobre a toda velocidad.

Estimado doctor Riker:

El personal de los Institutos Nacionales de Salud ha examinado los historiales y pruebas que me envió. Si bien valoramos mucho recibir noticias de todo aquel que pueda acelerar nuestra investigación en busca de una vacuna para el sida, tenemos que confesarle que ya no lo consideramos un científico respetable.

Por añadidura, no puedo tolerar las absurdas acusaciones sin fundamento que plantea en su carta confidencial dirigida a mi persona. Niego categóricamente todas y cualesquiera de sus acusaciones de «conspiración», aunque opino que tanto el gobierno como el movimiento contra el sida obtendrían más beneficios disuadiéndolo de continuar con sus falsos cargos. Por esta razón, creo que podemos llegar a un arreglo que ambos encontremos satisfactorio.

Por mi parte, estaré encantado de mantenerlo informado sobre los progresos de los INS y comunicar sus sugerencias al consejo. Haré todo cuanto esté en mi mano para que se le proporcione información sobre los avances en la investigación del sida durante su encarcelamiento.

Por su parte, jamás deberá volver a referirse a esas absurdas acusaciones

sin fundamento. Los hombres a quienes mencionaba en su carta y yo ya no tenemos relación. Ya no trabajamos juntos en busca de ese objetivo que califica usted de «vil», y lo que ellos puedan estar haciendo por su cuenta no me concierne en absoluto. He saldado mi deuda con el hombre al que llama usted «escoria beata» y, en consecuencia, ya no estoy en contacto con él.

Gracias por dedicarme su tiempo. Es alentador ver que algunos reclusos desean hacer un uso productivo de su tiempo mientras saldan las deudas que tienen con la sociedad.

Sin otro particular, quedo enteramente a su disposición.

Reciba un cordial saludo,

DOCTOR RAYMOND MARKEY  
Secretario adjunto del Departamento de Salud  
y Servicios Humanos

Harvey dejó la carta, la guardó con cuidado y se puso cómodo. Entonces fue cuando vio en el suelo de la celda la última página del *New York Herald* del día anterior.

El día anterior había estado tan absorto trabajando en sus nuevos cálculos que no había hojeado el periódico. En ese momento vio el enorme titular de la última página:

DOBLE VICTORIA PARA SILVERMAN  
EN UNA SOLA NOCHE TRIUNFA EN SU REGRESO  
A LAS CANCHAS Y SE CONVIERTE EN PADRE

Harry leyó la página entera:

(Nueva York) Por primera vez en toda la temporada pudo oírse el sonido de la música clásica en el vestuario de los New York Knicks. Un dulce sonido para todos.

«¿Has visto lo que ha hecho ahí fuera? —exclamó su compañero de equipo e íntimo amigo Reece Porter después del partido—. ¡El Mike de siempre ha vuelto!».

Tras una larga enfermedad, Michael Silverman, el veterano capitán de los New York Knicks, tuvo un regreso triunfal anoche ante un Madison Square Garden lleno hasta los topes y consiguió que los Knicks se impusieran a los Chicago Bulls con una victoria aplastante: 123-107.

«Ahora que ya nos acercamos a los *play-offs*, lo necesitamos de verdad —aseguró el entrenador Richie Crenshaw—. Le da al equipo ese extra que necesita».

«Nadie creía que consiguiera volver —añadió Jerome Holloway, máximo favorito para ganar el premio al Rookie del Año—, pero esta noche les ha demostrado quién es».

El baloncesto fue solo una parte de la vida de Michael Silverman anoche. Nada más terminar el partido, le comunicaron que su esposa, la popular presentadora de *NewsFlash* Sara Lowell, se había puesto de parto. Todo el equipo de los Knicks acompañó a Silverman al hospital.

«Todos estuvimos andando de arriba abajo por la sala de espera, como un grupo de padres nerviosos y expectante», bromeó Porter más tarde.

A las 23:08 se acabó el suspense. Michael Silverman apareció con lágrimas en los ojos para anunciarles que Sara había dado a luz a su primer hijo, un niño sano de 3,345 kg al que llamarán Sam.

Harvey dejó el periódico y sonrió.

Era una noticia maravillosa.

Luego volvió a meditar sobre por qué el linfocito T receptor no reaccionaba tal y como él había previsto.

Quizá, si cambiaba el compuesto...